EL ÚLTIMO JURAMENTO

UN PODER DESATADO



FREYA MARSKE

VR YA



¡Secretos!
¡Magia!
Enemigos a ¿algo más?

Tras una trágica muerte, lord Jack Hawthorn pensó que había dejado atrás a la magia para siempre. Pero con una amenaza cerniéndose sobre todos los magos, se ve arrastrado a regañadientes de nuevo a ese mundo.

Ahora vive en una extraña casa mágica en Londres, ayudando a un improbable grupo de amigos a encontrar la pieza faltante del último juramento antes que sus enemigos. Y, para empeorar las cosas, con la ayuda del escritor y ladrón Alan Ross.

Los nobles como Jack son todo lo que el astuto y pendenciero Alan odia. Y, por desgracia, Alan es todo lo que Jack desea, envuelto en un magnífico y exasperante paquete.

Cuando un complot empiece a gestarse en las entrañas de la finca de lord Hawthorn, una tierra tan antigua y mágica que ha desarrollado una personalidad tan espinosa como la de su dueño, Jack, Alan y sus aliados se verán enredados en una noche de champán, secretos y sacrificios sangrientos... mientras intentan evitar que todo el sistema mágico se derrumbe.

LA MAGIA Y LA PASIÓN SE DESATAN EN EL FINAL DE *EL ÚLTIMO JURAMENTO.*

Lectura recomendada a partir de los 18 años



FREYA MARSKE

Es una de las presentadoras de *Be the Serpent,* un podcast de ficción especulativa, fandoms y tropos literarios, nominado a los premios Hugo. Su trabajo ha aparecido en *Analog Science Fiction and Fact* y ha sido preseleccionado como mejor cuento fantástico en los premios Aurealis. Vive en Australia.

freyamarske.com

Foto de la autora: KRIS ARNOLD


Traducción: María Laura Saccardo
UN
PODER
DESATADO
FREYA MARSKE
VR
YA

Para mi familia y para todos aquellos que se construyeron a sí mismos.





CAPÍTULO 1

CHEETHAM HALL, 1893

Elsie Alston corría por el césped con sus pies ligeros, como secretos susurrados. Durante el día, tal vez podían convencerla de que usara zapatos, pero con el caer del sol, se había liberado de todo lo que había podido y aflojado otro tanto. Zapatos, calcetines, lazos del corsé, sus rizos oscuros, que rebotaban hasta su espalda baja mientras corría. Disfrutaba sentir cómo jalaban su cabeza, y Cheetham Hall disfrutaba de su gozo, que brotaba por las plantas de sus pies.

–Te dejaré atrás, pruébame –exclamó.

–Ah, ¿sí?

Los pasos de Jack eran más pesados y firmes. Y, claro, él llevaba zapatos. Había llegado al mundo siguiendo a su hermana y la había seguido desde entonces.

Esa tarde, se detuvo de golpe al final de la línea de árboles, donde se abrían hacia el césped empinado. La pausa incrementó la distancia entre los gemelos, que luego disminuyó cuando Elsie bajó el ritmo, miró hacia atrás, y su hermano le ofreció una sonrisa de dientes tan blancos como las cortezas de los árboles en el púrpura del crepúsculo y un mensaje con figuras. Formó una negación, modificada con una cláusula de ilusión propia para decir: "patrañas", pues no creía que ella fuera a dejarlo atrás alguna vez, por mucho que lo amenazara.

Elsie rio y conjuró un látigo para hacer tropezar a su hermano. El césped lo recibió con suavidad y lo acunó mientras él maldecía, se reía y se ponía de pie. Y comenzaron a correr otra vez, casi a la par con sus piernas de dieciocho años, rumbo al Roble de la Dama. La consciencia de la finca se extendió para seguirlos, enlazada como un zumbido en la magia dentro de sus jóvenes herederos. En todas las generaciones de magos que habían llamado hogar a Cheetham Hall, no había habido nadie como Jack y Elsie Alston. Sus padres, condes de Cheetham, que habían sido criados según las antiguas tradiciones, a pocas horas de su nacimiento, los habían llevado a recorrer la finca para presentarlos a todos los espejos de todas las habitaciones. Luego los habían llevado afuera, con el brillo grisáceo de una mañana invernal, y los habían presentado a las abejas. Habían hecho brotar algunas gotas de su sangre con piquetes en sus talones, que entregaron a la tierra. No muchas familias se hubieran molestado en hacerlo. Cheetham Hall estuvo encantada.

"Esta es Elsie Leonora Mary Alston, la primera de nuestro linaje".

"Este es John Frederick Charles Alston, quien te heredará algún día".

Los años habían pasado sin más herederos, pero la finca y los Alston estaba felices con los que tenían. Los mellizos gozaban de la naturaleza a su antojo. Pasaron sus primeros años recorriendo y haciendo propias sus tierras, casi sin abandonar sus límites. Montaban a caballo, caminaban, trepaban árboles y nadaban en el lago.

Jack recibía lecciones para aprender a usar sus poderes, que luego le enseñaba a Elsie, aunque fuera para tener con quien compartirlos

y jugar. Cuando él se marchó para ir a la escuela, como hacían los niños, su hermana permaneció en la finca.

Elsie Alston tenía magia suficiente para cambiar los vientos; contaba con todo lo que su hermano le había transmitido, además de un instinto para blandir el poder que vivía bajo sus pies, con frecuencia descalzos. Era una joven del alba y el ocaso y de todo en medio.

Esa noche, estaba ávida de diabluras. Sus padres habían viajado a Londres y su mellizo estaba en casa, en un receso antes de que Oxford volviera a reclamarlo, y tenían un secreto.

El Roble de la Dama, más viejo y alto que cualquier cosa en esas tierras, coronaba una colina baja. Desde allí, rechinaba durante los otoños ventosos, en los que arrojaba bellotas para que los asistentes de jardinería las recogieran con cuidado. En días de verano como ese, espesaba el aire y extendía sus hojas altas bajo el sol.

Las tierras de Cheetham Hall se extendían en todas direcciones desde esa colina de raíces enrevesadas. Hacia el sur, la finca y sus jardines estaban ocultos bajo el bosquecillo de abedules. Al oeste, la vista humana alcanzaba a divisar la cima de la portería lejana, cuyas esquinas angulosas y su arco resaltaban contra el cielo del ocaso.

Los dos hombres refugiados bajo la sombra del árbol no parecían interesados en las vistas de la finca. Descansaban contra la rama más baja del roble (gruesa como un árbol, con una curva a la altura de la cintura, desde donde bajaba cubierta de musgo hasta el suelo para volver a subir), conversando hasta que oyeron los pasos de Elsie.

–Primo –saludó la joven con una reverencia delicada, a pesar de la tierra entre los dedos de sus pies–. Tío John.

Los dos inclinaron la cabeza como saludo hacia ella y Jack, que llegó jadeando poco después.

–Tío, George. Es una noche agradable.

–Lord Hawthorn –dijo George.

Solo Elsie notaba cómo su primo George Bastoke pronunciaba el título nobiliario, con tanto respeto que parecía sorna. La tierra vibró en sintonía con su irritación, pero no hizo más. Esos hombres tenían derecho de invitados: aunque no eran parte de la casa, eran familia. George era particularmente dotado en las bendiciones del ocaso, con una magia pulcra y fuerte, con una frialdad tajante y una voracidad dulce de las que la finca desconfiaba.

Los mellizos Alston se sentaron en la rama curva, un sitio ventajoso para discutir a la sombra en tardes de verano. Ese era su lugar más propio en todas sus tierras.

–¿Ahora nos dirán de qué se trata este experimento? –exigió Elsie–. Si nos hubieran dicho más, podríamos haber practicado.

–No quiero que practiquen si no hay nadie más fuerte que pueda intervenir si algo sale mal –respondió el tío John. Su cuerpo estaba rígido debajo del abrigo oscuro, como si padeciera algún dolor–. Es posible que sea peligroso.

Los hermanos se sonrieron uno al otro, complacidos. Huesos rotos, incontables torceduras de tobillos y al menos una cicatriz en Elsie que ni las mejores pociones pudieron borrar eran prueba de que el peligro nunca los había detenido. Habían acordado, casi tan pronto como habían aprendido a hablar, que la precaución era para asnos.

–¿Es por eso que lo hacemos cuando nuestros padres han ido a la ciudad? ¿Porque creen que no lo aprobarían? –preguntó Jack.

–Con seguridad –dijo con una sonrisa John–. Su madre me atormentaría por meses. Pero creo que ya tienen edad suficiente para tomar sus propias decisiones, ¿no les parece? Y si funciona, puede ser una gran sorpresa para su regreso.

–¿Si funciona *qué*? –Elsie se removió en la rama.

–Transferencia. –George, con unos años más que los mellizos, era casi tan alto como su padre y de postura más relajada. Hablaba como si las palabras fueran peldaños para atravesar un arroyo: firmes, deliberadas, sin permitir prisas–. Creemos haber encontrado la forma de que un mago absorba la magia de otro y la use como propia.

–Eso es imposible –refutó Jack–. Todos lo saben.

–¿Y si no lo fuera? –replicó su primo.

Jack, algo más propenso que su hermana a reflexionar, escuchó la explicación con mayor atención. Su tío sabía que los dos tenían habilidad para realizar hechizos simultáneos, pues en visitas anteriores les había pedido demostrar cómo usaban la magia de ambos para un fin en común, hasta que lograron hacerlo como si un solo par de manos creara las figuras y una sola voluntad las dirigiera.

Casi.

Lo estaban haciendo en los terrenos de Cheetham Hall porque, como la mayoría de los magos con lazos de sangre con un lugar en particular, la magia era más fácil para los Alston allí. La tierra se agitó cuando George usó un hechizo para cortar los dedos índices de los mellizos con una cláusula para evitar la coagulación, de modo que su sangre cayera y se mezclara dentro de un pequeño cuenco de cobre. Pero no estaban bajo amenaza, ellos estaban ofreciendo

su sangre de forma voluntaria. Era normal, natural, que los Alston derramaran sangre para rituales en ese lugar.

Elsie chasqueó los dedos y encendió una luz azul como huevos de petirrojo sobre el cuenco, que George había colocado en el suelo, a un metro de sus pies blancos. La luz de Jack, del color del albaricoque, se encendió junto a la de su hermana como para fastidiarla.

–Ahora intenten convertirla en una sola –indicó John–. En un solo hechizo. Piensen que las luces son su magia y vean qué tan cerca pueden estar de fusionarlas. Entiendo que deben hacer un juramento para ello.

El juramento que ligaba a Elsie y a Jack con esa tierra había sido realizado en su nombre por sus padres, ninguno de los dos había usado palabras con su magia. Entonces, repitieron las palabras de su tío.

–Como nuestra sangre es una, que nuestro poder sea uno también.

Las dos luces titubearon y comenzaron a fusionarse para ocupar el mismo espacio sobre el cuenco.

–Jack, tu magia cosquillea –dijo Elsie con una mueca–. Es puntiaguda.

–La tuya sabe a leche rancia.

Chocaron hombros, como niños más jóvenes e inocentes por un momento, cuyo primer instinto siempre era hacer un juego de las situaciones. Su magia se espesó, oscureció y comenzó a ocupar más espacio. En poco tiempo era una neblina de la altura de un hombre y del ancho de brazos extendidos, los colores se mezclaban como batidos por una cuchara.

–¿Está funcionando? –quiso saber John, ansioso.

–No lo sé. ¿Elsie? –dijo Jack.

La luz palpitó como si respondiera. Y siguió palpitando; el rosa anaranjado y el azul adquirieron un ritmo en el que cada uno amenazaba con consumir al otro. Uno crecía, hasta que el otro lo superaba en el último momento, como un enfrentamiento de mareas en la costa. Como los latidos de un corazón.

Y era un latido. La finca percibió el momento en el que los pulsos de Elsie y de Jack se unieron, dos corazones jóvenes en uno. La niebla perdió el color hasta que solo quedó el brillo, algo blanquecino como una estrella.

–Finalmente. –La expresión de John se encendió con ambición.

–¿Está…? –preguntó George.

Los mellizos continuaban con los brazos extendidos, distraídos haciéndose muecas uno al otro. Algún tentáculo ocasional se extendía para rodear el brazo desnudo de Elsie o la manga de Jack, pero la luz parecía haber alcanzado el equilibrio.

–No tienen la madurez para saberlo –dijo John, luego formó un nuevo filo, con el que cortó su propio dedo y se arrodilló, una pierna rígida a la vez. Apartó la mano de George cuando intentó ayudarlo. El cuenco de sangre se veía oscuro con la luz menguante y reflejaba el hechizo de Jack y Elsie con un subtono carmesí. La sangre del hombre formó ondas al caer sobre la de los hermanos. Luego, John extendió las manos y formó y recitó un hechizo rápido y duro.

–Por el eco de mi sangre en la sangre de estos magos, llamo este poder hacia mí, hacia mí, hacia mí…

Y jaló.

La magia se retorció al instante, estallaron rayos de luz minúsculos entre la neblina, y los cuatro magos cerraron los ojos de inmediato. John aún tenía los brazos extendidos, los dedos apretados con desesperación, y no se movía, aun cuando el olor a carne quemada cargó el aire y todas sus uñas se abrieron al medio con una línea negra humeante. Hasta que soltó un gemido gutural y se dobló por la cintura.

–Padre… –pronunció George, pero un grito de Elsie lo distrajo.

De repente, un halo de luz roja espeluznante ascendió desde el cuenco de sangre y tiñó la luz de la magia de los mellizos. La nube se sacudió, bulló y siguió sacudiéndose.

Cheetham Hall se agitó; su terror mudo dominó las raíces de los árboles y sus muros de piedra. Sus herederos habían entregado sangre y habían hecho un pacto de fusión, pero no habían consentido eso. No habían aceptado esa succión agónica y abusiva de su magia, como labios en la boquilla de una pipa.

Con un tirón repentino, la magia se separó en dos y desapareció de vuelta en los cuerpos de sus magos. Pero aún era roja, errónea, y los despedazaba por dentro.

Jack cayó al suelo desde la rama, arqueó la espalda y soltó un grito de dolor.

Elsie levantó la cabeza al escucharlo, bajó al suelo con él y lo tomó de la muñeca. Y entonces ella jaló para absorber la magia punzante. La absorbió toda; la magia corrió por el punto de contacto y se concentró dentro de Elsie Alston, la maga más poderosa que había habitado Inglaterra en siglos.

La finca transmitió una advertencia de "Peligro", que recorrió la tierra y retumbó entre los muros, pero los amos de la casa no

estaban al alcance. Las únicas personas cuya sangre latía con el suelo se encontraban allí. Una estaba jadeando, despojada y mareada, sin control de sus poderes; la otra estaba ardiendo, con los ojos como brasas encendidas de dolor.

–Ayuda –pidió Elsie. No les hablaba a sus parientes, sino a la finca. Y recibió respuesta.

La casa no quería ayudarla, pues sabía del daño que Elsie se estaba provocando a sí misma, pero no podía ignorar su voluntad implacable. Entonces, levantó una barrera sobre la piel de la joven para evitar que esa magia perversa escapara y dañara aún más a Jack.

–¿Ahora qué, padre? –exigió George, que maldecía por lo bajo.

John, ya de pie, dudó mientras miraba a sus sobrinos. El cuenco se había volcado con la agitación inicial de Jack. Brotaba sangre fresca de la nariz de Elsie, que espesaba su tos y brillaba en sus labios. La joven intentaba aferrarse a la fuerza de la tierra mientras sus ojos azules perdían el foco, pero ardieron apenas unos segundos más antes de que cayera inconsciente.

"¡Peligro!", exclamó Cheetham Hall, y Jack se sacudió.

–No –balbuceó John–. No, no. Estábamos tan cerca. Debió haber funcionado…

–No podemos dejarlos así –advirtió su hijo–. Tienes más experiencia con amarres de silencio, padre.

Jack, que estaba sacudiendo y llamando a su hermana, intentó defenderse cuando George lo tomó del brazo, pero estaba débil y mareado, y su primo tenía suficiente fuerza para inmovilizarlo aun sin magia. John formó el hechizo con precisión y poder, a pesar de sus dedos quemados.

–No hablarás de lo ocurrido esta noche.

La luz roja voló desde sus manos hasta los labios de Jack, presionados en vano. El joven no volvió a gritar cuando el amarre marcó su lengua como un hierro al ganado, pero su rostro se ensombreció.

En cambio, sí reaccionó con un grito áspero y luchando con George cuando John se inclinó para usar el mismo hechizo en la boca ensangrentada de Elsie. Ella no despertó.

En los cimientos de la propia Cheetham Hall, enredada con las raíces sólidas de los árboles más antiguos, la línea ley era como un río alimentado con lluvia contaminada. Advirtió el peligro a través de sus ramificaciones, en vano, pues no había nadie que pudiera sentirlo, nadie que escuchara.

Un año más tarde, el peligro desbordaría en respuesta a la tragedia (más bien, al resultado inevitable de la tragedia desatada aquel día), pero aún faltaba para eso.

Jack fue liberado y fulminó con la mirada a su tío y primo.

–Revo… –jadeó, pero el amarre estaba fresco y la intención del chico era demasiado cercana a lo que debía suprimir. Y la finca no podía revocar el derecho de invitado por su cuenta.

Tampoco necesitó hacerlo, pues George tomó el brazo de su padre y lo ayudó a escapar hacia el camino que delimitaba la propiedad, donde su hombre los esperaba en el carruaje. Apenas lanzó una mirada hacia atrás en el camino.

–Elsie –pronunció, en un esfuerzo por arrastrarla hasta su regazo–. Elsie. –La respiración de la joven se volvía superficial y su pulso, agitado, se convertía en susurro. La casa sentía que se estaba

apagando. Jack buscó su magia con desesperación, pero se dobló asqueado al percibir apenas las grietas de donde había estado.

–Toma lo que necesites de mí –siseó–. Sálvala. Hazlo.

Cheetham lo intentó, algo que tampoco había hecho en siglos. Encontró su propio poder, el de la tierra, dentro de su heredero y succionó. Y succionó.

Esa magia no estaba destinada a operar en cuerpos humanos, más allá de al recibirlos con los gusanos para enriquecer el suelo. Nunca había intentado sanarlos, pero mantuvo estable a Elsie Alston. La mantuvo con vida. Mientras tanto, Jack Alston permaneció debajo del Roble de la Dama, abrazando con agonía a su hermana, con la boca hinchada de secretos.

Más allá del bosque de abedules, todas las ventanas de Cheetham Hall estallaron a la vez.

Por fin se encendieron las alarmas y las personas salieron de la finca como hormigas, entre gritos, y pronto se percataron de quienes estaban ausentes. A quienes encontraron en poco tiempo, pálidos, durmiendo temblorosos y abrazados como hojas secas, pero vivos, por el momento.





CAPÍTULO 2

CASA SPINET, 1909

Jack despertó de madrugada con la lengua caliente en la boca, un sueño desvaneciéndose de su mente y música en los oídos.

El sueño no era nada nuevo. La música significaba que alguien intentaba irrumpir en Casa Spinet, otra vez.

Con una maldición, empujó las sábanas. La música se hacía cada vez más fuerte, aunque no podía decirse que fuera música, pues era una sola nota, persistente, como si un arco se moviera sin cansancio sobre el violín más grande del mundo.

Llevó la mano al portador de luz de latón en su mesa de noche sin pensarlo, luego golpeó la madera, irritado. No solía tener deslices como ese, hacía muchos años que no le ocurría. Había abandonado las costumbres del pasado, los movimientos inconscientes de todo mago. Con tiempo y mucho esfuerzo mental, los había borrado con fuego de su cuerpo.

Hasta que tres meses atrás, una chica no maga lo había abordado en un barco, se había infiltrado de forma inconveniente en su vida y lo había obligado a reinsertarse en la sociedad mágica y sus conspiraciones. Lo había llevado a reencontrarse con su familia y con su pasado.

El problema era que Jack Alston no tenía magia, y Casa Spinet no le debía lealtad. Entonces, la luz guía no reaccionó a su voluntad, permaneció intacta, una luz amarilla que se movía con suavidad,

como una vela de mecha larga. Jack metió los pies en sus pantuflas, se puso una bata, tomó el arma de la mesa de noche, la revisó y se la guardó en el bolsillo. La pantorrilla derecha se tensó en protesta, así que la estiró y sacudió el pie hasta sentir solo una molestia leve.

Su bastón descansaba junto a la puerta, a la espera, pero no por el dolor en la pierna, que era impredecible. En cambio, los intentos de enemigos anónimos de inmiscuirse en Casa Spinet eran, por desgracia, menos impredecibles. Así que todos habían comenzado a tener armas a la mano.

Cuando abrió la puerta y salió de la habitación, la luz guía salió del portador para posarse sobre su hombro. Escuchó pasos aproximándose por el corredor vacío, pero aflojó la presión en el bastón al divisar a Maud y a Violet en la escalera.

–Violet, ¿a dónde? –preguntó.

–Con un demo… ¡Shh, Hawthorn, casi lo tenía! –exclamó Violet. Jack se unió a ellas. Ambas llevaban batas de noche y el cabello trenzado para dormir. Sus luces guía iluminaban la melena rubia de Violet y la trenza castaña, más larga, espesa y desordenada de Maud–. Planta baja. –Tenía un diapasón en la mano–. Es bastante silencioso para… Ah, Dorothy, ahí estás. ¿Tú que crees?

La criada con más antigüedad de Casa Spinet que corría hacia ellos desde la escalera del ala de sirvientes cantaba en un coro en sus noches libres y, sin contar a Violet, tenía el mejor oído de la casa.

–Es la entrada de la cocina, señorita –respondió.

Violet golpeó el diapasón en su antebrazo, se lo llevó al oído y asintió.

–Eso creía. ¿Vamos?

Maud, fiel a su estilo, tomó la delantera. Tenía un revolver pequeño con empuñadura perlada. Había señalado que, en un mundo lleno de magos que asediaban su morada y querían robarles algo, lo mejor que los no magos podían hacer era cargar armas no mágicas. Su hermano Robin le había comprado el revolver, y Jack le había enseñado a usarlo.

En ese momento, Jack le bloqueó el paso con el bastón y alzó las cejas.

–Vamos, Hawthorn –protestó.

–Me diste tu palabra y la usaré en tu contra si no te comportas –le advirtió él.

–Lo hará –intervino Violet–. Quédate en el medio, querida, o haré que Dorothy te encierre en un armario.

–Traidora –replicó Maud, con los hoyuelos marcados, pero retrocedió y dejó que Hawthorn liderara con precaución.

El dolor en la pierna de Jack ya era apenas una palpitación ligera, que parecía seguir el ritmo de la nota que sonaba persistente en sus oídos. Se disparó cuando la escalera, sin advertencia, se movió bajo sus pies y mutó de un suelo alfombrado plano a una resbaladilla. Tragó la bilis ácida que surgió en su garganta cuando Maud (y el revolver) impactó contra él. La joven ahogó un chillido.

–¡Sujétense! –advirtió Violet.

Los tres se sujetaron con fuerza del barandal con las manos libres. Jack se concentró en no resbalar más por la que parecía una atracción de parque de diversiones y se preparó por si una de las mujeres tras él caía y los derribaba a todos. Las malditas pantuflas no estaban diseñadas para aferrarse al suelo.

–Violet –dijo entre dientes.

–La porquería es escurridiza, dame un instante.

Se arriesgó a mirar atrás: Violet tenía la mano libre sobre un panel de madera y la frente apoyada en la mano. Podría haber estado cantando o susurrando, pero Jack no podía escucharla sobre la música, que comenzaba a provocarle la desagradable sensación de emanar de su propio cráneo.

De a poco, el suelo volvió a formar los peldaños de una escalera, así que Jack apresuró la procesión hacia la planta baja antes de que la carpintería caprichosa de Casa Spinet volviera a interferir.

La cocina se encontraba en la parte trasera de la casa. El suelo emitió un crujido musical cuando atravesaron el salón comedor, la recocina y un pasillo de servicio pequeño hasta la cima de dos escalones de piedra. La cocina oscura conservaba el calor de las cenizas de la hoguera principal, aún en uso, a pesar de las estufas modernas sobre una de las paredes. Destellos de luz de luna se reflejaban en el latón de las ollas que colgaban en el centro.

Jack levantó una mano y se detuvo antes de atravesar la puerta. El vello de sus brazos se erizó. La puerta exterior de la cocina parecía cerrada y por las ventanas no se veía más que la oscuridad de la noche. Debió haber dejado la luz guía atrás, pues no había nada mejor para anunciar una entrada y arruinar el factor sorpresa que el destello de luz amarilla.

¿Era un rastro de movimiento en las sombras lo que veía? Y…

Retrocedió a refugiarse en el pasillo, con lo que le pisó el pie a alguien. Una línea dúctil de luz roja atravesó la habitación, tan brillante que le dejó destellos en la vista, y se apagó contra el marco de la puerta.

–¡Violet, cúbrenos! –sentenció.

Un resplandor dorado apareció como una red de pesca sobre todo el grupo. Una red algo agujereada, por desgracia. Violet era la mejor con la magia de ilusiones, pero todavía tenía que mejorar en otras áreas. Él no podía trasmitirle todo su aprendizaje añejo de una vez, y la mayor parte de la magia era mucho más difícil de enseñar y de aprender que disparar un arma. Entonces, se armó de valor para ignorar los baches en el hechizo. No había nada que hacer, debían trabajar con lo que tenían.

Estaba a punto de sacar su propia pistola cuando una figura desgarbada apareció de golpe, con ambas manos levantadas. Jack saltó y lanzó un golpe con el bastón hacia una de esas manos antes de que pudieran empezar a formar un hechizo.

El intruso soltó un grito juvenil. Familiar. Jack dudó y detuvo el segundo golpe, que hubiera destrozado una rótula, incluso antes de que la figura hablara.

–¡Espere, mi lord!

–Oliver –gruñó Jack–. ¿Qué haces aquí?

–¿Oliver? –preguntó Violet detrás de él. El escudo desapareció.

Maud, Violet y Dorothy entraron a la cocina.

El volumen de la nota musical persistente bajó de forma considerable, de seguro porque la ama de Casa Spinet había llegado al centro del problema. El ayudante de cámara de Jack, que se frotaba la muñeca, parecía avergonzado.

–La señora Smith dijo que me dejaría algo de comida, mi lord. Para cuando me diera hambre en la noche.

Cuando le diera hambre, no *si* sucedía. Freddy Oliver tenía diecisiete años y aún estaba creciendo; los gastos en comida de

Violet debieron haberse duplicado cuando él y Jack se alojaron en Casa Spinet.

–¿Dónde está tu luz guía?

–La apagué cuando escuché…

Resonó un estruendo cuando la puerta de la cocina tembló en sus bisagras. Las manos nerviosas de Oliver chispeaban con magia residual, como si alguien hubiera soplado brasas moribundas. Así que esa no era una falsa alarma disparada por el hambre nocturna del joven.

–¡Alguien está intentando entrar!

–Gracias por señalar lo obvio, Oliver.

–Tranquilízate, Hawthorn, no es momento para esto. El hechizo de protección resiste por ahora –señaló Violet–. Puedo intentar algo si cae, pero…

–Bien. Hazlo. Maud, Oliver… –Jack hizo un gesto con la cabeza y se abrió paso de nuevo hacia la casa. Los otros dos lo siguieron corriendo por la escalera de servicio. El joven sirviente tropezaba en un intento de disculparse, pero él lo silenció con un ademán–. Tienes suerte de que no te haya roto los dedos o disparado. Y le debes una nueva luz guía a la señorita Debenham. Qué demonios… ¿Esta escalera va de la planta baja al ático sin pausa? –Por suerte, la escalera seguía siendo una escalera, pero ya habían pasado por dos descansos que deberían haber dado acceso a la casa–. Quiero una ventana que dé a la entrada de la cocina.

–La casa aún debe estar nerviosa –dijo Maud–. Supongo que no podemos quejarnos de que James Taverner fuera un as de los hechizos de seguridad, dadas las circunstancias.

–Estas escaleras responden mejor al personal, señorita –informó Oliver. Formó un hechizo de luz, que se intensificó mientras regresaba al descanso anterior, donde golpeó la pared con los nudillos de forma educada. Al cabo de un momento, un panel de madera se deslizó a un lado, y Oliver les hizo señas para que entraran en una sala de estar con escaso mobiliario.

Siguiendo la indicación de Jack, el joven lanzó un hechizo de pantalla que amortiguaría el sonido y los ocultaría de la vista. Luego abrieron primero las cortinas y después la ventana, y Jack se asomó hacia abajo.

Una luna gibosa, tras nubes delgadas, iluminaba la escena inferior: había dos figuras, ambas con los rostros cubiertos por máscaras de niebla, que parecían las predilectas de los conspiradores de George. Un hombre estaba a corta distancia de la puerta de la cocina, lanzando de forma metódica un rayo tras otro de magia pálida contra ella.

El otro hombre estaba apostado contra la pared de la casa, con un hechizo flotando sin lanzar entre sus manos. Servía de respaldo. Ninguno de los dos parecía intentar experimentar o hacer algo complicado para deshacer el hechizo de protección, aunque debían haber reconocido lo sofisticado que era. Solo usaban fuerza bruta.

Jack describió la escena, más que nada para evitar que Maud asomara la cabeza.

–Oliver, ¿puedes poner una cláusula para fijar la ubicación en un hechizo de fuego? ¿O algo que los distraiga? Demonios, incluso que sientan picazón serviría. Tiene que aparecer en un lugar específico, no surgir en línea desde tus manos. Tendrás que definir la distancia precisa.

El ayudante de cámara tragó saliva. Incluso en los mejores momentos, el joven parecía un bate de críquet tambaleándose tras impactar con la pelota, y su cabello rojizo se había crispado por la emoción.

–Nunca lo he intentado, mi lord.

–Pero sabes cómo… Sí, esa es la cláusula. –No era preciso, pero Oliver tenía poder suficiente como para permitir algo de imprecisión en sus hechizos–. Inténtalo, para asustarlos. Pero mantener la pantalla es lo más importante. La señorita Blyth podrá disparar algunas veces mientras que no la vean.

Maud asintió, tan emocionada como el chico. Jack se sintió viejo y cansado. Dar órdenes de combate a los jóvenes mientras estaba agotado era como buscar el portador de luz: otro hábito en el que había vuelto a caer con facilidad. Y no le gustaba más que el otro.

–Si… –Oliver comenzó, pero fue interrumpido por un redoble de la nota de alarma de Casa Spinet.

No, eran *dos* notas, y un acorde desafinado. Jack maldijo.

–Señal de que atravesaron una puerta –indicó y los dejó hacer lo propio.

No estaba sordo por completo, aunque la nota nueva era más estridente que la anterior. Se dirigió a la escalera principal, donde escuchó que alguien subía corriendo. Violet apareció, con expresión furiosa y sin aliento.

–La cocina es una distracción, ¿no lo crees?

Jack asintió. Ella señaló hacia arriba, y él dejó que marcara el camino. Le dolía la pierna otra vez. La segunda alarma bajó al volumen de la primera en cuanto Violet se detuvo en la entrada de

una habitación en el último piso antes del ático. Dudó con los dedos sobre la puerta, que no tenía cerrojo ni manija.

–No hemos terminado de descifrar esta habitación –admitió–. Es la más peculiar de todas.

Muchas de las habitaciones más peculiares de la casa eran las que tenían pasajes secretos hacia otros sitios de la casa, por lo que Jack no se sintió muy optimista ante la posibilidad de que alguien hubiera entrado. Tuvo la desagradable imagen de un atacante enmascarado saliendo por una pared del salón en donde Maud y Oliver estaban concentrados en la ventana. Dejó el bastón contra la pared, para reemplazarlo por su arma.

–Ocúltate hasta que sepamos qué está pasando.

Violet no discutió. A diferencia de Maud, ella no necesitaba que él le frunciera el ceño para dejarlo tomar la delantera frente al peligro. No sabía si se debía a su historial siguiendo directivas en el escenario o un rasgo de su personalidad.

–No te adentres demasiado en la habitación si no es necesario. Y avanza como un caballero.

Antes de que pudiera explicarlo, se oyó un chasquido cuando la puerta fue destrabada. Jack la empujó y entró en la habitación, con el arma en alto. Era un lugar pequeño, sin empapelado, tapetes, almohadones ni tapizado en la silla frente al escritorio. Todo era de madera. El piso tenía un patrón de damero inquietante de luz y oscuridad que ascendía por las paredes hasta el techo. Pero el suelo estaba decorado con esquirlas de cristal de la ventana rota, que destellaban con la luz de una pequeña lámpara apoyada cerca del marco.

Había un hombre de pie en medio de las esquirlas. Había volteado al escuchar la puerta; tenía ropa oscura y una máscara de niebla en el rostro. Sus pasos sobre el cristal roto produjeron un crujido suave.

–Manos… –comenzó Jack, pero sus músculos se congelaron, ni siquiera podía presionar el gatillo y por poco tropieza. *Maldición.* Era muy fácil para un intruso lanzar un hechizo de inmovilización hacia la puerta, ¿no?

–¿Dónde están la copa y la daga? Sabemos que las tienen. ¿Dónde?

No era la voz de Morris. Parte de Jack había estado esperando que fuera el agente fiel de su primo el que estuviera haciendo su trabajo sucio. Ese hombre tenía un acento citadino cerrado. Tal vez hacia el sur del río. Él tampoco podía hablar para responder a la maldita pregunta en ese momento, por lo que ese intruso tampoco era tan brillante como Morris.

El crepitar de un hechizo recorrió a Jack: una negación. Violet.

Todos sus músculos se relajaron de una vez, pero, por desgracia, eso lo hizo tambalearse y dejar caer el arma. Maldijo mientras se lanzaba a recogerla, y el enmascarado se lanzó hacia lo más cercano a un escondite, que era un ropero alto. Abrió la puerta como para usarla de escudo, Jack se levantó con el arma apuntada y…

Le costaba recordar con precisión lo que vio después. Violet diría que el intruso entró al ropero, pero para sus ojos, pareció que algo le aferró la manga y lo arrastró adentro como si fuera una máquina fabril. Y lo que pasó después (el armario de pronto pareció tener la mitad de su peso, luego se convirtió en un ropero con espacios elegantes y cajones y volvió a reducirse) sucedió tan rápido que

podría haber sido una de esas visiones absurdas que tiene la mente cuando está despertando de un sueño.

Al menos el sonido fue claro: un grito espeluznante, interrumpido por un sonido mojado, todavía más alarmante. Y luego, silencio.

Silencio total. La nota musical también desapareció.

Violet y Jack se miraron uno al otro. El amanecer comenzaba a asomar por la ventana, y la joven parecía haber perdido la sangre bajo la suave luz grisácea.

–No lo tocaré después de eso –dijo Jack–. Tú eres la ama de la casa, no yo.

Violet tragó con dificultad y atravesó la habitación siguiendo un camino irregular. Al frente, a un lado… Ah. Moviéndose como un caballo de ajedrez.

–Maud descifró esto –explicó. Se detuvo frente al ropero, enderezó los hombros como para ponerse en personaje, y abrió la puerta.

Y la cerró de un golpe tan rápido como la abrió.

–Ay, *no*. No, gracias. Carajo. –Las costumbres de Nueva York brotaban de ella cuando perdía los modales. Se llevó el dorso de la mano a la boca y tuvo arcadas. Jack comenzó a delinear los movimientos de un caballo en caso de que la joven se desmayara, pero ella se enderezó, con una expresión pálida y determinada.

–Podremos lidiar con eso más tarde –aseguró Jack–. Revisemos la cocina.

No parecía que el hombre, o lo que quedaba de él, fuera a irse a algún sitio. Tampoco el cristal en el suelo. Jack enviaría a algunos sirvientes de estómago más fuerte a limpiar más tarde.

La cocina ya no estaba bajo amenaza, y Maud y Oliver ya estaban allí. Oliver estaba preocupado, sujetando una lata de bizcochos. Dorothy había desaparecido, pero la criada de cocina estaba ocupada paleando carbón en la estufa más grande. Dada la hora, los invitados debían estar invadiendo la cocina que pronto iniciaría sus labores. Jack anunció que se trasladarían a uno de los salones, donde al menos podrían depositar los traseros en sillas confortables.

–Trae los bizcochos –le dijo a Oliver.

–No les gustó que les dispararan –le comentó Maud a Jack cuando se reinstalaron–. Ni que se encendiera fuego a sus pies. Escaparon de prisa.

Jack le hizo un gesto a Oliver, quien se sonrojó ante el halago implícito.

–¿Qué pasó arriba? –agregó la joven.

–Alguien entró. La casa… se encargó. –Violet se sentó junto a ella, y Maud respondió a alguna señal invisible y la abrazó por la cintura. Violet la besó en el cabello.

–Debió haber bajado por el techo para entrar por esa ventana –arriesgó Jack–. Tendrás que reforzar la seguridad allí arriba, Violet.

Violet ahogó un bostezo. Las luces guías de todos parpadearon antes de apagarse cuando el reloj del pasillo dio las seis; el cielo ya empezaba a clarear. Jack podría pasar unas horas más en la cama.

La última campanada del reloj se fusionó con más música, aunque al menos esta vez era una melodía en lugar de una nota sostenida. La música anunciaba que una o más personas reconocidas como amistosas por los hechizos de protección de la casa habían entrado por el túnel de Bayswater.

–Temprano para una visita –comentó la ama de la casa–. Espero que no haya pasado nada malo.

–Oliver, trae a las visitas aquí y luego ve a vestirte –ordenó Jack, tras renunciar a la idea de dormir–. Subiré a asearme luego.

Poco después, el ayudante de cámara hizo pasar a tres personas al salón. O más bien, persiguió a sir Robin Blyth, que avanzaba con pasos urgentes hacia su hermana. Logró escoltar a Edwin Courcey y a –Jack parpadeó– Adelaide Morrissey. Los tres estaban vestidos de gala, Adelaide incluso llevaba una capa sobre el vestido borgoña y guantes blancos, y tenían ese aspecto radiante y desaliñado de personas que no habían tocado sus camas.

–Te ves espléndida, Addy –dijo Maud–. Ah, era el baile del Ministerio del Interior, ¿verdad?

–Sí, y uno de los subsecretarios organizó una fiesta verdaderamente mortal. Cuando Robin nos hizo salir corriendo había gente durmiendo en la fuente ornamental –dijo Adelaide.

–Tuve una visión, una de esas urgentes. ¿Están todos ilesos? –Robin miró preocupado a Maud, quien se apresuró a responder.

–Sí, sí.

–Veo que nuestra ayuda no es necesaria después de todo –comentó Edwin, muy tenso. La idea de que Edwin Courcey, entre todo el mundo, asistiera a una fiesta que dejó a los invitados desplomados sobre la fuente resultaba bastante extraña. Jack se acomodó mejor en su asiento.

–Pueden inspeccionarnos en busca de agujeros, aunque podría haber quejas si me despojo de la ropa. O tal vez desean ver si todo sigue como lo recuerdan.

Encontró la mirada de Edwin. La mandíbula del hombre se tensó y sus mejillas se enrojecieron con irritación, pero el único movimiento de sus ojos fue bajar la vista hacia la pierna mala de Jack y volver a subir. Una interesante muestra de garras. El mago insignificante había cambiado desde que se relacionaba con Robin Blyth. Estaba empezando a ser más divertido de molestar.

–Cállate, Hawthorn, que hay damas presentes –replicó Robin sin demasiado encono.

–Mi lord está en su derecho de hacer un espectáculo de sí mismo. Dudo que aquí haya alguien con el suficiente interés como para comentar al respecto –dijo Adelaide. Sus ojos oscuros le daban una mirada penetrante de superioridad.

Maud soltó una risita. Violet dejó escapar un suspiro y se desperezó.

–De acuerdo. Será mejor que le anuncie a la señora Smith que seremos seis para el desayuno.

–Solo tuvimos una herida de guerra hoy, Hawthorn –comentó Violet cuando Jack llegó a desayunar–. Oliver está mejorando.

Jack sintió escozor en el corte en la mandíbula otra vez, pero se forzó a no tocarlo y se enfocó en inspeccionar la comida. No había un solo vegetal que la cocinera de Violet no sobrecocinara, pero era excelente con cualquier cosa de origen animal. Estaba dispuesto a aceptar la necesidad de vivir en Casa Spinet como guardaespaldas glorificado de Maud y Violet siempre que hubiera suministros de jamón.

–El chico resiste la tentación de cortar la garganta de Hawthorn a pesar de tener la oportunidad a diario. Debería recibir un premio –

bromeó Edwin.

Oliver era en verdad un ayudante de cámara muy hábil para su edad y se enorgullecía de su trabajo. Y, de hecho, aún le aterraba tanto cortar a Jack por accidente que era algo tembloroso. Se acostumbraría en algunas semanas.

Su antigua ayudante, Lovett, lo había servido por años, pero como ahora él se había mudado a una casa mágica, la había enviado con excelentes referencias con un hombre de su club y había empleado a Oliver.

O, más bien, Oliver había sido impuesto sobre él, como la grandeza.

–Ya que estamos todos aquí, cuéntanos tu visión, Robin –solicitó Maud.

No había mucho que contar. Robin había estado a punto de quedarse dormido en una esquina de la casa del subsecretario cuando una de sus visiones no solicitadas apareció en su mente. Había visto a Jack, con el bastón en mano, esquivando un ataque mágico.

–Fue rápida y nítida y me dejó la sensación de que alguien había estado picándome la sien. Eso suele significar que es un futuro inminente, solo que no sabía *cuán* inminente.

–No puedo imaginar qué habrá pensado el taxista cuando lo abordamos desesperados al amanecer y le exigimos que nos llevara a una estación de subterráneo al otro lado de la ciudad –dijo Adelaide.

–Addy usó su tono de hija de maharajá con el pobre hombre –acotó Robin–. Estaba abrumado.

Adelaide sonrió y dejó de repiquetear su anillo sobre la mesa para servir lo que quedaba de huevos revueltos sobre un pan tostado y coronarlo con una cantidad generosa de *chutney*.

–Es la cuarta visión en una quincena –intervino Edwin–. Siempre suceden cuando se está quedando dormido y lo dejan con una sensación terrible. No me agrada. –Él y Robin tuvieron un diálogo de miradas.

–Edwin está buscando la forma de eliminarlas.

–¿Sería sensato? –Violet dejó su tenedor–. Odio parecer abusiva, si es que son tan malas como dicen, pero… eres de las pocas cosas con las que contamos que el otro lado no tiene, Robin.

–El otro lado sí me tiene. –El peso en el mentón de Robin de pronto reflejó la noche sin dormir–. Aún estoy bajo juramento de reportar la verdad a la Asamblea. Y cuanto más independiente es la aparición de las visiones, menos puedo invocarlas a voluntad para tener algo que informarles.

–Encontraré algo –aseguró Edwin, ceñudo.

–Sé que lo harás. Anímate. –Robin le dedicó una sonrisita.

Edwin masculló algo dentro de su taza de té, pero giró la mano libre cuando Robin la tomó y entrelazaron los dedos. Cuando Jack lo había conocido, Edwin nunca había estado cómodo con el contacto casual, emanaba un aura que lo desalentaba. Y cuando se trataba de contacto *íntimo*, se entregaba con una intensidad que irritaba a Jack. A él le gustaba que sus compañeros sexuales lo desafiaran y que rieran. No todo encuentro debía ser tratado como el fin del mundo.

–Hablando de la cuarta vez en una quincena –intervino Violet–, tendré que comenzar a pagarle a Dorothy por trabajo de riesgo o lo

que les dieran a los ejércitos medievales. Nadie del personal accedió a estar bajo asedio.

–Spinet parece estar resistiendo –señaló Edwin.

–Sí. Aunque nos están endilgando más habilidades o más suerte de las que hemos tenido. El hombre que se infiltró arriba le preguntó a Hawthorn dónde estaban la daga y la copa.

Los comensales cayeron en un silencio algo deprimente. El último juramento, la representación física del trato por el que los fae dejaron la magia en manos de los humanos siglos atrás, consistía en tres objetos de plata. Una moneda, vista por última vez en manos del hermano de Edwin, Walter Courcey. Una copa, que Violet y Maud habían logrado conseguir a bordo del Lyric y conservar. Sin duda, sus enemigos ya habían descubierto que habían obtenido una falsa.

Y la daga, que lo más probable es que no se pareciera en nada a una daga, que había pertenecido a la dueña de Casa Spinet, lady Enid. Y que, por lo tanto, había sido heredada por Violet, lo que habría sido perfecto si pudieran encontrar el condenado objeto. Spinet era una casa más difícil de requisar que cualquier otra. En gran parte porque arriba y abajo, los puntos cardinales y otras referencias geométricas parecían ser más puntos de referencia que reglas espaciales.

Jack había crecido en una finca mágica antigua apegada a las viejas tradiciones. En cambio, Casa Spinet era un lugar moderno, construido por un carpintero taumolutier y su esposa enérgica y creativa.

Era una fortaleza, una caja musical misteriosa y mágica.

Era un maldito dolor de cabeza.

Y era, en parte, problema de Jack, al menos hasta que se resolviera el asunto del último juramento. Cada día estaba más cerca de poder volver a su antigua casa de pueblo y a su antigua vida, donde podría seguir fingiendo que la magia no existía.

–Deberíamos investigar más las líneas ley –Edwin rompió el silencio dirigiéndose a Violet.

–Creí que no había ninguna por aquí. ¿O has desenterrado un mapa más antiguo y polvoriento con el que aburrirme?

–Violet –le advirtió Maud.

La joven giró la cabeza con irritación, como si estuviera a punto de descargarse contra Maud también, pero se contuvo.

–Lo siento, Edwin. Ha sido una mañana difícil.

Él aceptó la disculpa con tanta gracia como le había sido ofrecida, escasa por ambas partes. Los hermanos Blyth tenían la obstinación de dos personas que habían adoptado un gato callejero malhumorado cada una y estaban decididas a hacerlos convivir. Habían progresado, pero nadie podría decir que el reservado Edwin y la decididamente extravagante Violet fueran *amistosos*.

–No hay líneas que atraviesen Spinet, es verdad, pero sabemos que la daga podría estar afectando a las líneas cercanas –explicó Edwin–. He estado experimentando con los mayores nodos de la línea ley que corre de modo longitudinal por Sutton. Creo que hay algo allí, algún truco que no hemos visto y que nos permitirá solucionar el problema de la distancia…

Y continuó con el discurso; la noche sin dormir, al parecer, no lo cambiaba en nada una vez que se embarcaba en un problema intelectual. Los hermanos Blyth estaban escuchándolo, una con los mismos ojos verdes ávidos con los que observaba el mundo entero,

el otro con una mirada embelesada que decía que Edwin podría haber estado hablando chino, francés antiguo o la lengua feérica olvidada que él estaría feliz tan solo de disfrutar la voz de su amado.

Jack moría del aburrimiento para cuando palabras como "catalizador remoto" comenzaron a brotar a un ritmo alarmante de los labios del mago. Cruzó miradas con Adelaide, quien torció los labios en respuesta, pero era demasiado leal o estaba demasiado concentrada en devorar la pila de huevos revueltos como para colaborar más.

Fue Violet, la supuesta destinataria del monólogo de Edwin, quien le lanzó una mirada significativa, dejó su taza y dijo con figuras: "ayuda".

Edwin pasó de una oración a la siguiente. Se liberó de la mano de Robin y fijó la vista en la puerta, detrás de Jack.

Él volteó justo a tiempo para ver llegar al señor Price con más premura y menos tranquilidad de lo habitual. El mayordomo de Casa Spinet tenía una elegancia quisquillosa, como un director de orquesta siempre a punto de alzar la batuta y fruncirle el ceño al conjunto de vientos.

–Tiene visitas, señorita –le anunció a Violet–. Es periodista, de los periódicos. Le he dicho que esperara en el vestíbulo, pero hizo caso omiso y se abrió paso por…

Por la barrera de protección, asumían, pero no era algo que pudiera decirse frente a cualquier no mago, así que el mayordomo se quedó callado cuando el visitante (que probablemente ni siquiera era de estatura promedio, mucho más bajo que Price, sin duda) irrumpió en la sala. Se detuvo de pronto, atraído por las bandejas

tapadas sobre el aparador, como si el aroma a tocino hubiera relegado los negocios a un segundo plano por el momento.

El señor Price exudaba desaprobación y formó un hechizo antes de que alguien pudiera hablar. Jack no vio cuál, tal vez uno para refrenar al intruso lo suficiente como para poder escoltarlo de vuelta hacia la puerta.

Algo tarde, Violet intervino.

–Está bien, Price, ha…

El hechizo verde ya había despegado de las manos del mayordomo como una explosión de aguijones. El joven sacudió el cabello negro, llevo un hombro hacia atrás como si hubiera sido picado de verdad y frunció el ceño. Dos chispas verdes volvieron a las manos del señor Price, quien agitó los dedos y soltó un quejido agraviado y sorprendido.

En el silencio siguiente, Edwin se levantó con los ojos entornados, que dejaban en evidencia que estaba a punto de decir: "Haga eso otra vez donde pueda verlo".

–Ha sido iluminado –concluyó Violet con una risita–. Gracias, señor Price, lo conocemos.

–¿Sí? –dijo Robin.

El joven en cuestión miró alrededor. No se había cambiado de ropa, aún parecía un ángel de piedra que había escapado del pórtico de una iglesia, se había sacudido el polvo y decidido deambular por el mundo en carne y hueso con ojos de oscuridad profunda.

Aquellos ojos se detuvieron en Jack al recorrer la habitación, y el cuello del hombre se tensó, preparado para una discusión.

–Buenos días. Así que, señorita Debenham, ¿recibe a todos sus visitantes matutinos con ataques mágicos o solo a los miembros de

la prensa? –preguntó Alanzo Rossi.





CAPÍTULO 3

Si intentara hacer una lista de todas sus dudas sobre los aspectos más desconcertantes de la vida de la clase alta, Alan de seguro se quedaría sin dedos de las manos y los pies, también sin vellos púbicos y estrellas en el cielo.

Pero una que ocupaba los primeros puestos en la lista era: ¿por qué servirse el desayuno?

Con una vida en la que un pequeño ejército era responsable de conseguir la comida, ponerla frente a ti y esperar cerca de la pared para llenar o cambiar lo necesario, ¿qué sentido tenía dejar ese hábito durante una comida al día? Suponía que se trataba de un ejercicio diario en el que los ricos y nobles fantaseaban con que servirían de algo si los arrojaran a un mundo en el que tuvieran que valerse por sí mismos.

Podía imaginarlos hablando entre jalea de grosella, arenques y huevos cocidos de tres formas diferentes. "Vean, aún tenemos la capacidad de servir comida en nuestros propios platos y de llevar esos platos a la mesa, ¡e incluso de rellenar nuestras tazas de café!". "¿De dónde viene la comida? Solo aparece, como toda la comida. Que pregunta absurda".

Todavía le dolía entre los hombros por la puntada de dolor mágico que le había infringido el mayordomo. Estaba rodeado de magos, tal vez su comida *sí* aparecía y ya.

–¿Miembros de la prensa? –replicó la señorita Debenham–. No, pero es el procedimiento para los ladrones. No, no, Price, solo bromeaba. Gracias.

El mayordomo se marchó y dejó a Alan con tres personas conocidas y tres desconocidas.

Al escribir su artículo amarillista y adulador sobre la primera clase que cruzó el océano a bordo del Lyric, había descrito a la señorita Debenham como a una heredera excéntrica de buena familia, con un pasado escandaloso y notable belleza. Todo era más o menos cierto, aunque Alan fuera el hombre menos cualificado de Londres para juzgar la belleza femenina. Pero eso no tenía importancia, cualquiera nacido en buena cuna o con dinero era bello en los medios.

Si hubiera podido escribir con honestidad, habría dicho que Violet Debenham era una actriz cauta y descarada.

Esa mañana, la joven parecía relajada, siendo dueña de casa y lo demás. Alan logró no mirar las bandejas de comida otra vez, aunque su estómago emitió un rugido que esperó que nadie hubiera escuchado.

–Tal vez no deberíamos estar bromeando sobre ladrones, dadas las circunstancias –dijo la señorita Blyth–. ¿Cómo se encuentra, señor Ross? ¡Es bueno volver a verlo!

–Señorita B –respondió, con una sonrisa más genuina para la joven. La señorita Blyth era más que nada hoyuelos e idealismo. Para ser aristócrata, al menos ella hacía que una habitación se sintiera más cálida y no más fría. En verdad era bueno verla otra vez.

Debía ser lo único bueno en la situación nefasta en la que se encontraba.

–¿Cómo hizo eso? –preguntó uno de los hombres desconocidos. Alto, delgado, parecía haber visto un solo rayo de sol antes del cambio de siglo.

–¿Cómo hice qué?

–Lo que sea que haya hecho cuando Price… –Terminó con un giro de la mano.

–No hice nada. –Lo había considerado una advertencia, algo para mantenerlo en su sitio. Se había sentido como si hubiera girado el cuello en el ángulo equivocado y tenido que calmar los nervios para reacomodarlo.

–Pero el ataque *volvió* a él.

Alan no hablaba idioma mágico, así que se encogió de hombros.

–Sucedió lo mismo en el barco –aportó la señorita Debenham–. No he podido lograr que una ilusión se sostuviera sobre él.

–Y Price mencionó que atravesó las barreras de la entrada sin ser invitado –agregó el hombre pálido, que parecía más emocionado que disgustado ante la violación a la seguridad–. No debería… Un momento, creo haber leído algo…

–Así que usted debe ser el señor Courcey –dedujo Alan cuando varias notas mentales del viaje encajaron.

–¿Disculpe? Así es. –Courcey miró a los ojos al hombre castaño, que se parecía mucho a la señorita Blyth y aún más al modelo de un tónico nutricional para atletas, y balbuceó algo similar a "encantadodeconocerlo" como una sola palabra en otro idioma–. ¿Por dónde entró? ¿Por la puerta principal o por la trasera?

Si hubiera sido cualquier otra persona, podría haber preguntado por la entrada de servicio, pero Courcey hablaba sin rastros de esnobismo, solo con curiosidad ansiosa.

–Por la principal.

–¿De verdad? ¿Y no siente malestar? ¿Como si no debiera estar aquí y estuviera desesperado por marcharse?

Alan tenía mucha experiencia manteniendo una expresión neutral ante preguntas estúpidas de sus superiores sociales, pero no pudo contener la lengua.

–Ahora que lo menciona, es posible. ¿A qué cree que se deba?

–Señor Ross, ¿cierto? –intervino el hombre de cabello castaño en tono firme–. Me disculpo por los modales de todos. Si se quedará, ¿por qué no se sienta y nos acompaña? Violet podrá hacer las presentaciones pertinentes. –Ese era el hermano mayor de la señorita Blyth, el baronet. Su postura demostraba que estaba habituado a ser la persona de más alcurnia en la habitación.

Pero ese no era el caso en ese momento, ¿cierto?

Alan tomó asiento y finalmente perdió la batalla que estaba librando desde que había cruzado la puerta: se permitió volver a mirar al barón Hawthorn. El hombre se veía tan predador como siempre y el doble de perspicaz sentado en las sillas de madera con tallados imponentes. Había sabido que estaría allí y creía haberse preparado para ello.

Estaba equivocado. Había olvidado la rapidez con la que el odio volvía a bullir dentro de él. Había olvidado que los límites de ese odio se desdibujaban, dejaba de sentirse como odio y se convertía en algo más salvaje y peligroso.

La señorita Debenham presentó a Alan con sir Robert Blyth, el señor Edwin Courcey y con el último rostro desconocido: una joven india con mueca entretenida y ojos tan oscuros como los de él. No se veían los colores aguados británicos en la señorita Adelaide

Morrissey, a quien la señorita Debenham presentó como la… Pausa incómoda.

–Mi colega –intervino sir Robert.

–Mecanógrafa –precisó la señorita Morrissey con alegría. Observó a Alan un segundo más y luego empujó el soporte para tostadas hacia él: el único alimento que no estaba a kilómetros de distancia bajo cubiertas plateadas–. Coma algo, así no seré la única que sigue desayunando. Colabore, Hawthorn, sírvale un poco de té al hombre. ¿Cómo lo toma, señor Ross?

Estaba dividido entre ahogarse con su respiración y jurar eterna amistad. La mujer había reducido a lord Hawthorn al papel de sirviente de té con pura y agresiva buena educación.

–Negro, tres de azúcar.

Hawthorn manejaba las pinzas para el azúcar como si estuviera pensando en usarlas para arrancarle las uñas a Alan. Él se sirvió tostadas y mantequilla, mantequilla *real*, enormes trozos amarillos esparcidos por la mesa como si nada.

Courcey interrogó a los demás sobre los detalles que, al parecer, hacían de Alan una rareza. Alan devoró su tostada y su té. Hasta el momento, nadie le había preguntado *por qué* había ido a la hora del desayuno y atravesado algún conjunto invisible de letreros de "Prohibido el paso". En cuanto a Courcey, el joven podría ser un obsequio de Santa Catalina.

La señorita Morrissey captó la expresión en el rostro de Alan y se rio.

–No se lo tome personal. Edwin hace esto con todos. Magos. Videntes. Médiums. Lo que sea.

–¿Y usted qué es? –le preguntó.

–Yo soy muy aburrida. No tengo magia en absoluto –respondió ella sin perder la alegría. Pero estaba sentada junto a un baronet, robándole tostadas y champiñones del plato y, a pesar de su piel oscura, tenía un acento en el que podrías ver tu reflejo. Alan quería luchar contra lo mucho que le agradaba, quería preguntarle cuántos sirvientes tenía su familia.

–Así que no es resistente a la magia por completo… Nunca he oído que *eso* fuera posible, en todo caso… solo la desvía –reflexionó Courcey, una vez que terminó de interrogar a las señoritas Blyth y Debenham–. ¿Y estás seguro de que no lo has visto en alguna visión, Robin?

–Si lo he visto, fue en una de las que no recuerdo bien.

Courcey chasqueó los dedos.

–Desviador, así fue como lo llamó Guignol. Hay algunos casos de estudio en una de sus colecciones. Pero *nunca* en alguien sin magia. Siempre ha aparecido en un mago o al menos en una familia mágica.

–No tenemos magia –dijo Alan–. Somos católicos.

–La desvía –repitió sir Robert–. Suena como esta casa tuya, Violet.

–Es como la adivinación. No se sabe mucho y se ha escrito menos aún. Si pudiera hacer algunos experimentos…

Alan estaba acostumbrado a que lo miraran como si no estuviera allí. Ser observado como una mariposa clavada a una pizarra era algo nuevo.

–Edwin –advirtió la señorita Blyth con una risita–, deja en paz al pobre hombre.

La palabra "experimentos" sonó moderadamente espeluznante. Pero era una forma de ser útil para ellos, ¿no? Se enderezó y

correspondió a la mirada de Courcey.

–Podría considerarlo. ¿Cuál es la tarifa por hora?

Lord Hawthorn rio, un sonido que ascendió por la espina dorsal de Alan como dedos atentos.

–Cuidado, Edwin. Este regatea como un pescadero de Whitechapel.

Alan se giró para mirarlo con rabia, pero la expresión de fría diversión en los ojos de Hawthorn le hizo desear no haberlo hecho.

Él estaba vestido con uno de sus dos trajes buenos de trabajo: pantalones y chaleco color café, de tela resistente, que había comprado con la esperanza de que se vieran sobrios y elegantes durante mucho tiempo y ocultaran la suciedad lo suficiente como para no necesitar lavarse con demasiada frecuencia. Y habían durado, por un tiempo, pero necesitaba un traje nuevo con urgencia. También necesitaba zapatos nuevos, como todos los demás en su maldita casa. Y en la mitad de Londres. Necesitar zapatos nuevos debía ser una característica personal, como ser católico o tener ojos azules que erizan el vello de los brazos en los demás.

Siempre sentía cómo los editores y escritores experimentados en el *Post* desaprobaban su apariencia andrajosa, pero eso no se parecía en nada a lo que sentía allí. Se encontraba en una habitación hermosa en una casa gigante de Bayswater, ante el escrutinio del hijo de un conde, que lo miraba como si estuviera contando cada parche reluciente y remiendo realizado por Bella.

El chaleco de lord Hawthorn tenía costuras sutiles en hilo púrpura sobre el fondo gris y botones plateados en forma de nudos, su camisa era de un blanco enceguecedor y tenía el cuello almidonado.

De seguro tenía dos pares de zapatos para cada día de la semana y un limpiabotas diferente para cada uno.

Alan quería arrancar cada uno de esos botones y presionar el talón desgastado de su zapato sobre el pie del lord hasta sentir el crujir de sus huesos. Exhaló despacio.

–Imagino que no había escuchado la palabra "desviador" antes que cualquiera de nosotros, entonces, ¿cuál de sus muchos talentos ha venido a vendernos, señor Ross?

Vergüenza y rabia batallaron en su interior. Odiaba estar allí, hacer eso. Santa María. La culpa intentó meter su mano negra escurridiza en la contienda, pero él la aplastó. No tenía opción.

–Nunca volvió a llamarme para solicitar ayuda con su cruzada en busca de plata, señorita B. Así que pensé en visitarla y reiterar la oferta.

–¿Qué? ¿Ya no queda nada que robar en Londres? –preguntó Hawthorn.

–Alguien me dijo que me limitara a vender pornografía. –Las palabras escaparon antes de que pudiera recordar que no estaba en el Lyric. La señorita Morrissey era una dama y no había estado presente esa noche excitante y ridícula en la que su provisión de literatura erótica había sido el entretenimiento. Y, santo Dios, sir Robert era el hermano mayor de la joven a quien se la había vendido.

La señorita Debenham soltó una risita encantada.

–¿Así que ahora vende puerta por puerta? Qué innovador. Espero que haya traído algunos ejemplares.

–Cállate, Violet –chistó la señorita Blyth en tono amistoso y con una sonrisa para Alan–. Tiene razón, no hemos requerido sus

servicios, pero estoy segura de que encontraremos algo para usted. ¿Cómo supo dónde encontrarme?

–Conozco a un tipo que escribe para el *Tatler*. Huele el chisme como un sabueso. –Alan logró ofrecerle una sonrisa a pesar de la tensión–. La joven soltera Maud Blyth está quedándose mayormente sin chaperón en la misma casa que lord Hawthorn, libertinaje incentivado por la escandalosa Violet Debenham. Nadie piensa demasiado bien de su hermano por permitirlo, señor –agregó para sir Robert, en busca de alguna reacción debajo de esa sonrisa afable. No funcionó.

–Nadie piensa demasiado bien de mí de todas formas –respondió–. Pero es verdad, las personas no dejan de decirme que nadie le dará la mano de su hija en matrimonio a alguien que no cuida la virtud de su propia hermana.

La señorita Morrissey ocultó un ataque de risa detrás de una servilleta.

–Mi virtud está en peligro constante. –La señorita le arrojó un trozo de pan tostado a su hermano–. Robin, exijo que hagas algo.

Los hermanos se rieron. Alan los miró a ambos y tomó una decisión rápida.

–Suelo estar mucho en la ciudad trabajando para el *Post*, no esperan que permanezca en la oficina todo el día. Así que, si tiene alguna tarea para mí, la que sea, lo apreciaría, señorita Blyth. No pido caridad, solo trabajo. El esposo de mi hermana resultó herido el mes pasado y no podrá llevar dinero a la casa por un tiempo, así que la situación de sus pequeños es difícil.

–Podremos encontrar algo, por supuesto. –La expresión de la joven se tiñó de preocupación de inmediato.

–No estaba bromeando –intervino Courcey–, nos serviría contar con un desviador, y no solo para estudiarlo. Violet, si la magia no lo afecta demasiado, algunas de las puertas difíciles…

–¿Sería como un canario en una mina? –La señorita Debenham miró a Alan con las cejas en alto–. No tiene que aceptar, señor Ross. El asunto es que aún no hemos encontrado la daga de lady Enid, y esta casa está haciendo que la búsqueda sea… interesante. No es un trabajo fácil ni seguro, aun sin tener en cuenta que nuestros enemigos no dejan de intentar irrumpir por las noches.

Alan dudó; si algo le sucedía, ¿qué sería de Carolina, Dick y su familia, de Bella, que no tenía posibilidades en su estado, de su madre?

Pero si *no* accedía, ¿qué sería de ellos?

–No será más peligroso que correr por un barco gigante lleno de asesinos. Si creen que puedo ayudar en la búsqueda, cuenten conmigo.

–De acuerdo, puede decirnos qué quiere a cambio –respondió la señorita Debenham–. Si Dorothy merece un extra por trabajo de riesgo, usted también.

Él había estado pensando en ello. Exigir dinero parecía más miserable y obvio allí, en un salón comedor elegante, que en el Lyric. Sin mencionar que se sentía como un maldito chantajista ambicioso que metería las manos en el mismo tazón otra vez.

Además, sin importar qué tan profundo fuera el tazón, no podía recurrir a él por siempre. Necesitaba algo que los mantuviera a él y a los suyos por más tiempo. ¿Cuál era el dicho? Dale al hombre un pez y…

Usó su tono de voz más apacible para hablar con superiores, el que usaba con sus editores, y se dirigió a lord Hawthorn. Era el pez más gordo del lugar, si podía pescarlo.

–*Quid pro quo*. Quiero un favor.





CAPÍTULO 4

El taxi hacia Westminster no era el lugar cerrado más incómodo en el que Jack hubiera estado, pero se acercaba. Era una mañana húmeda de verano en la ciudad, por lo que su cabello goteaba de sudor y desafiaba los esfuerzos de Oliver por almidonar el cuello de la camisa. Ross iba frente a él, con la mirada fija en la ventana e incomodidad reflejada en los puños apretados sobre las rodillas. Esas manos tenían las uñas manchadas de tinta y eran más oscuras que la piel oliva del rostro de Ross, cuyo perfil afilado se veía favorecido al estar de lado.

Aunque no era que se viera desfavorecido desde *ningún* ángulo.

Jack podía sostener el silencio con los mejores. Y, por los cinco días de experiencia que había tenido con él, Alanzo Rossi, Alan, era una habitación oscura regada de ratoneras. Cualquier tema de conversación podría terminar en pelea.

Hacía una eternidad que no se involucraba en una buena pelea, pues pocas personas discutirían con el heredero del conde de Cheetham; la mayoría de las personas que se atreverían habían estado en el desayuno en Casa Spinet. Aún no se había rebajado a la indignidad de tocar a su propia puerta y desatar una pelea con Makepeace, aunque solo fuera porque su mayordomo lo conocía demasiado bien. Makepeace sostendría la discusión, pero sería solo por amabilidad, y ambos lo sabían.

Jack extendió la pierna en el carruaje, aunque ya no le dolía, y el golpe de su rodilla contra la de Ross generó una mirada sospechosa.

Si cualquier cosa iniciaría una pelea, bien podría elegir cuál sería, ¿no?

–¿Por qué el *Morning Post*?

–Sus lectores han estado siguiendo de cerca el debate sobre el proyecto de ley del señor Lloyd George en la Cámara de los Lores –respondió Ross.

–No era a eso a lo que me refería.

–Perdóneme, mi lord. No acostumbro a pasar tiempo con personas que prestan atención a la claridad de sus palabras.

La trampa fue activada; Jack sintió el impulso de apartar los pies.

–¿Cómo es que *usted* ha llegado a trabajar *allí*?

–Cómo y por qué son preguntas diferentes. Y creo que lo que busca decir es que estoy "sobreeducado para mi posición".

–Y yo que iba a llamarlo bastardo de asilo con delirios de vocabulario.

Eso encendió algo en algún lugar, algo que destelló como un faro en el rostro de Ross y luego desapareció. Cuando volvió a hablar, su acento perdió refinamiento y adquirió distinción geográfica, que algún lingüista hubiera podido identificar como originario de algún vecindario de Londres.

–Trabajo para el *Post* porque el *Post* tenía una vacante. Leí las ediciones de un mes en una tarde y escribí una columna pretenciosa y sanguinaria para el editor acerca de que la adversidad es buena para el alma y la caridad gubernamental solo propicia la vagancia y el pecado. –Sonrió sin humor–. Me contrató al día siguiente.

Jack no leía el *Post*, apenas ojeaba la portada en puestos de periódicos, pero eso debía estar acorde con la filosofía editorial. Debieron estar encantados de mostrar condescendencia con un hombre que encajaba con su patrón de gratitud ideal.

–Escribir textos publicitarios como extra fue un avance hacia la verdad –continuó Ross con sequedad–. Y… –Volvió a mirar por la ventana y pareció reorganizar sus pensamientos–. Un día me ahogaré en ello hasta la muerte o me darán un puntapié para reemplazarme por el sobrino de alguien. Necesito la seguridad de un trabajo mejor.

–Y necesita contactos para eso. –De allí el *quid pro quo* y la aparición de Ross en el desayuno en Casa Spinet, diciendo: "Quiero que lord Hawthorn me escolte a la Cámara de los Lores y su promesa de ayuda".

Jack se estabilizó cuando el taxi giró en una esquina a gran velocidad. Los labios de Ross formaban una línea fina y disgustada. En el Lyric, había querido rechazar todo gesto de generosidad de Jack y se había visto obligado a aceptarlos por las circunstancias. Era evidente que estar allí, pidiéndole un favor, estaba potenciando su antipatía.

–Al señor Shorter le agradó el artículo de sociedad que escribí sobre el viaje, pero nunca seré invitado a las fiestas indicadas como para escribir para el *Tatler.* Me pondría en el *Sphere* si consiguiera un puesto de subeditor en el *Post*. O al menos me daría historias más relevantes.

–Es decir, políticas.

–Exacto. El Presupuesto Popular ya ha pasado por la Cámara de los Comunes, ahora depende del debate de los lores. Y podré estar

sobreeducado hasta la maldita corinilla y hablar como un noble, pero tan pronto como alguien pregunte por *mi familia*, deberé admitir que mi estimado padre fue un heladero de Clerkenwell y que sus padres eran granjeros italianos, que emigraron cuando la única alternativa era morir de hambruna. Usted –señaló, hirviendo de desprecio–, debió haber embarrado las alfombras de la mitad de los miembros de la Cámara cuando era un niñato. No busco invitaciones a la hora del té, solo presentaciones, contactos. Quiero que algunos pares reconozcan mi nombre y conseguir con halagos algunas declaraciones jugosas de su parte.

–Qué tedio. –Jack fingió bostezar–. ¿Está seguro de que no prefiere joyas?

–Ah, *púdrase*, trozo de estiércol aristócrata –sentenció Ross.

El silencio se volvió tenso como cordel de figuras. Ross movió la mano como para cubrirse la boca, pero la dejó caer y sostuvo la mirada fulminante en el barón.

Después de un momento de regocijo, Jack dijo:

–No imagino por qué tendrá tantas dificultades para conseguir contactos en la sociedad civilizada, señor Ross.

–Permítame reformularlo. –El acento refinado reapareció, rebosante de burla–. Me *desagrada* profundamente.

–¿Y usted cree que yo disfruto de la compañía de un criminal hostil de East End?

Aquel brillo volvió a encenderse en la expresión de Ross. Jack inhaló con dificultad con la garganta cerrada, pero Ross, libre de ratoneras, no cayó en la nueva trampa. No dijo: "Sí, es muy evidente que lo hace". De hecho, no dijo nada más durante el resto del viaje hacia Westminster.

El palacio estaba inundado de togas, trajes, maletines y bombines para el inicio de otro día de sesión en el Parlamento. Jack los llevó por la entrada principal para el público hacia el Salón de San Esteban. Ross parecía decidido a no dejarse impresionar por los políticos tallados en mármol que flanqueaban el lugar, ni por las versiones en carne y hueso que deambulaban ataviados con sus togas. Miraba alrededor con ojos ásperos, una arruga en el ceño y el sombrero aferrado contra el pecho.

Él ya había intercambiado saludos con la cabeza con varias personas, pero ninguna de ellas le había prestado atención al hombre más bajo que lo acompañaba.

–Puedo conseguirle a algunos simpatizantes del *Post*, si es capaz de resistir el impulso de activar una guillotina frente al mosaico de San Jorge.

–He logrado no apuñalarlo hasta ahora, no podría empeorar –masculló Ross.

El vizconde Austin, un hombre que se acercaba a los ochenta años y resollaba al hablar, se encontraba cerca, conversando con dos hombres tan ancianos como él. Jack estaba a punto de acercarse al grupo cuando…

–¡Hawthorn!

Volteó para ver a Pete Manning con una mano en alto, la otra llena de papeles. Era apenas media cabeza más alto que Ross, pero con pecho ancho y barba espesa, y atravesó el vestíbulo como un *bulldog* entre palomas.

–Malditas reformas, tengo que recorrer medio palacio para llegar a mi oficina –resopló–. Me debes una conversación y un trago, Hawthorn. ¿Qué tal? ¿Te has conseguido a un secretario? ¿Qué tal,

muchacho? No deje que el señor lo intimide, mucho ladra, pero no muerde, ya verá.

Jack no tenía idea de cómo resultaría ese intercambio, pero al espiar a Alan comprobó que la animosidad había desaparecido bajo esas facciones rígidas.

–Es un amigo reportero, el señor Alan Ross, iluminado. Está interesado en el asunto del presupuesto. Ross, él es el honorable Pete Manning, miembro por algún terruño insignificante o algo así.

La expresión de sorpresa de Manning ante la palabra "iluminado" dio paso a una carcajada gutural. Luego extendió la mano y, tras un momento, Ross la estrechó.

–Mucho gusto, señor. ¿Debería felicitarlo o compadecerlo por la aprobación del presupuesto en la Cámara de los Comunes?

–Descarado, ¿eh? –Manning sonrió con aprobación. La educación había suavizado su acento de Somerset–. Soy del Partido de Asquith, muchacho. Aceptaré las felicitaciones. Alguien tiene que meter las palabras "bien público" en la cabeza de estos lores que chillan como zorros en trampas ante la posibilidad de que sus preciadas tierras sean gravadas.

La mano de Ross fue al instante a su bolsillo y emergió con una libreta y un lápiz. Jack ya podía imaginar la caricatura del zorro del día siguiente si Ross trabajara para un periódico más progresista.

–Y escuché que al Partido Irlandés tampoco le agrada los aranceles propuestos, ¿verdad?

–¡Ja! Así es. Me alegra que ya no sea mi batalla. Será un asunto caótico. Pero supongo que ya lo sabe, dado lo duro que lord Hawthorn está trabajando para hacer que pase entre los chillones y los lores. –Manning alzó la cabeza ante el sonido de la campana que

llamaba a la Cámara de los Comunes–. Será un día endemoniadamente largo. Lo mejor para ti y tu familia, Hawthorn.

–Y para la suya. ¿Escuché que Arthur está trabajando en El Barril ahora?

Manning lo miró con dureza por debajo de sus cejas pobladas. Su amistad a lo largo de los años, como la mayoría de las conexiones que Jack había mantenido con magos, se había basado en fingir que ambos tenían tan poca magia como el hombre promedio.

–Así es. Arthur es mi hijo –explicó, para bien de Ross–. Abogado, también formado en derecho mágico, así que actúa como *dicentis* en la Librería cuando lo llaman. Además, acaba de comprometerse. –Su expresión se iluminó con orgullo–. Si tan solo mi esposa y yo pudiéramos sacar a Abigail de sus libros y hacer que muestre algo de interés en la propuesta... Bueno, todo a su tiempo. Debo irme.

Jack le hizo una señal a Ross para dirigirse hacia el Corredor de los Pares.

–Como dijo, esto ya no depende del voto de esa Cámara. Intentaremos en el Vestíbulo de los Pares. Ahí es donde se congregan los auténticos chillones.

Sin embargo, Ross no mostró señales de moverse. En cambio, se apartó para permitir la migración al norte de los parlamentarios hacia la salida de la Cámara de los Comunes y lo jaló con impaciencia del brazo para llevarlo hacia uno de los pequeños nichos bajo la estatua de un monarca. La mirada fulminante había reaparecido.

–¿Qué quiso decir con que usted está trabajando para que *se apruebe*?

–¿Está criticando la claridad de sus palabras?

Ross soltó un siseo frustrado. Jack sofocó una sonrisa y descansó contra la pared suave y antigua. El poder empapaba ese lugar tanto como a Casa Spinet, aunque fuera de una clase diferente.

–¡Heredará un condado!

–Hay varios pares afiliados al Partido Liberal en la Cámara. Creo que así es como funciona el gobierno.

–¿Y las cláusulas de superimpuestos? Usted es rico como Midas.

–Bueno, he estado intentando brindar algo a los desfavorecidos, pero solo he tenido éxito limitado. –Ajustó sus mancuernillas. Ross siguió el movimiento con la mirada, y puntos de color aparecieron en sus mejillas impecables–. Los impuestos tienen la ventaja de la eficiencia.

–Usted no… No puedo creerlo.

Podría haber señalado que, durante la frecuente demostración de principios antiaristocráticos de Ross a bordo del Lyric, él nunca había dado indicios de estar en desacuerdo con ellos. En cambio, se encogió de hombros y se dio la vuelta, avanzó hacia la salida sur y bajó por el pasillo a velocidad tal que su acompañante tuviera que apresurarse para alcanzarlo. La indignación del hombre hacía que Jack se sintiera vivo. Podría haber estado así todo el día, avivando las brasas cada vez que amenazaran con apagarse.

Sin duda había suficientes pares afiliados al Partido Conservador en el vestíbulo como para dirigir a Ross hacia un grupo de ellos, después de que pasara unos segundos trasladando su mirada fulminante de Jack a la decoración dorada sobre las imponentes puertas metálicas.

–Ni una palabra sobre magia a nadie aquí o le cortaré la lengua –murmuró–. Buenos días, Hunterbury. Morton. –Frente a esas

personas, presentó a Ross como el hijo de un soldado raso con el que había servido–. Buen hombre, confiable, me salvó la vida en la Guerra de los Bóeres. Prometí cuidar de su hijo y acabo de encontrarlo. Escribe para el *Post* –añadió, lo cual tendría mucho más peso allí que con Manning.

Un destello de aprobación renuente brilló detrás de las gafas del conde de Hunterbury. No hizo falta más estímulo; el presupuesto popular estaba en mente de todos en ese momento. La libreta de Ross resurgió para recibir una avalancha de quejas sobre ese socialdemócrata rabioso de Lloyd George y su codicioso e irracional proyecto de ley.

–Estoy seguro de que Hawthorn querrá hacerle creer que Lloyd George se preocupa por el bienestar del pueblo británico –terminó Hunterbury con amargura–. Tonterías. Quiere desollarnos.

–¿Cree usted que los lores votarán en contra, señor? –preguntó Ross–. Si es cierto que no tienen el poder de modificarlo.

–Sería una grandísima estupidez no hacerlo –sentenció Hunterbury.

–Si ese fuera el caso, Asquith prácticamente ha prometido arremeter contra el poder legislativo de los lores si gana la reelección, y el desollamiento se haría con un tenedor oxidado –dijo Jack–. Mejor digerir unos impuestos ahora, ¿no cree?

Hunterbury resopló con desdén.

–No hay necesidad de derramar sus uvas agrias aquí solo porque no tiene su propia banca y no le gusta cómo está votando su padre, Hawthorn –se atrevió a decir lord Morton, de forma bastante malintencionada–. Espero que planee hablar con Cheetham.

Tenemos una reunión de comité más tarde esta mañana. Estoy seguro de que está en el edificio.

La pausa fue como saltarse un escalón: breve pero desconcertante para el estómago.

–Qué buena sugerencia, mi lord –dijo Ross.

–Sin duda –añadió Jack.

Algunas cejas se elevaron cuando tomó a Ross del brazo y lo llevó al otro extremo del vestíbulo, aunque nadie esperaba buenos modales de parte del barón Hawthorn.

–Oiga –se quejó el joven y se liberó de forma más impetuosa de lo necesario. Jack pronto podría añadir *maltrato a la prensa* a su reputación–. ¿Por qué no sugirió eso por empezar? Una declaración directa del conde de Cheetham es justo lo que necesito.

–No. –Jack relajó la mandíbula.

–*Quid pro quo.*

–No accedí a un recorrido personal de mi árbol familiar.

–No diría que es un árbol, más bien una sola rama. –La sonrisa de Ross asomó como los ojos de un tigre detrás de la maleza–. Cualquier buen periodista sabe que cuando alguien se resiste con tanta vehemencia hay que seguir presionando para conseguir la historia. ¿De qué se trata? Es más que un desacuerdo político. ¿Resentimiento? No es su padre, ¿tal vez?

La mezcla de irritación estimulante y de diversión desbordó en forma de rabia. Quería tomar a Ross del mentón y obligarlo a elevar la barbilla, enterrarle los dedos hasta dejar sus marcas y al diablo con el hecho de que estuvieran en público.

–Hace un siglo lo hubiera retado a duelo por eso.

–Ahora somos una sociedad civilizada. –Ross afirmó los hombros–. No negociaré, mi lord, ese es mi precio. Una última presentación y lo dejaré en paz.

–He accedido a soportar cargar con usted durante este día, no a imponer ese peso sobre mi familia –sentenció Jack, pero acalló el próximo comentario sacudiendo la mano con impaciencia–. De acuerdo.

El periodista tenía razón en una cosa: seguir discutiendo no haría más que convencerlo de que había una historia que desentrañar.

Nunca había visitado la oficina de su padre en Westminster, por lo que requirió indicaciones de un mensajero. Eso incrementó la curiosidad en el rostro de Ross de camino al cuarto piso del palacio.

–Hay menos detalles de oro por aquí –murmuró cuando llegaron al corredor indicado y Jack contaba las puertas–. ¿Es postureo para Lloyd George? ¿Quieren fingir que ya están agobiados por los impuestos y ni siquiera pueden permitirse la más mínima decoración en sus paredes?

Estaba dejando de encontrar entretenida la compañía de ese criminal de East End. Llamó a la puerta antes de que le ganaran las dudas.

–¿Ahora qué? –preguntó una voz impaciente desde el otro lado.

–Vaya, esa debe ser la buena crianza de la que tanto he oído. Ya veo de dónde la ha heredado.

Cuanto más rápido enfrentaran la situación, más rápido terminaría, así que Jack abrió la puerta y se colocó en el centro de la mirada fulminante del conde de Cheetham. Recibir esa mirada desde detrás de un escritorio era como retroceder en el tiempo y volver a ser el Jack de ocho años, acobardado y ansioso por ocultarse detrás

de Elsie, quien de seguro sería la culpable de que enfrentaran esa mirada por empezar. Su versión de treinta y cuatro años se aclaró la garganta.

–Señor.

–Hawthorn. –Cheetham se puso de pie y dejó caer la mano con la que sostenía una pila de papeles–. Creí que estabas… No importa. ¿Ha ocurrido algo? –preguntó con el rostro teñido de preocupación–. ¿Tu madre?

–No, no es nada de eso –le aseguró Jack. Se sentía demasiado grande para esa oficina pequeña y atestada. Y su padre, que también era un hombre fornido, se veía aún más corpulento en mangas de camisa. Su peluca y toga colgaban de un perchero en la esquina.

Había visto a su padre por última vez hacía tres semanas en la casa de Belgravia. Se había sentido como una puerta entornada, por la que dos hombres que ya no sabían qué clase de persona era el otro podrían tener una conversación incómoda.

La vez anterior había sido siete años atrás, cuando el conde de Cheetham se había arrodillado junto a la cama de hospital de su hijo para suplicarle que no volviera a la guerra y se arriesgara a privar a la condesa del único hijo que le quedaba.

–¿Quién es él? –El hombre señaló a Ross, quien había cerrado la puerta tras él.

Allí, Jack dijo la verdad: que le debía un favor a Ross. Su padre comprendería que eso superaba los sentimientos personales y la política de Jack.

La presentación incluyó un "Encantado" de parte de Cheetham y un "Mi lord" por parte de Ross, que sonó mucho más sincero que al

dirigirlo a Jack. El conde comprobó la hora y accedió a dedicar un tiempo al *Post*.

–Iré a dar un paseo, esperaba conversar con algunas personas también –anunció. Si permanecía en la habitación mientras su padre explicaba con fervor sofisticado por qué el presupuesto popular era una atrocidad no se resistiría a discutir. Y sin importar qué tan útil podría ser Alan Ross, el desviador, en la búsqueda de la daga de lady Enid, no se había ganado un asiento en primera fila para ver un debate entre él y el padre con el que apenas volvía a hablar.

–Personas a las que intentarás convencer de votar en contra de sus propios intereses, imagino –bufó Cheetham y miró la hora otra vez–. Vuelve por tu periodista en un cuarto de hora.

La mirada de Ross hacia Jack debía trasmitir alarma, pero él se resistió a informarle que su padre solo masacraba campesinos los martes.

–Ah, Hawthorn.

Jack volteó.

–Polly estará en la finca el resto del verano. Apreciaría una visita de su único hijo. –Una trampa frente a terceros, su padre era todo un político.

–Lo tendré en mente, señor –respondió y escapó de allí.

Las ideas del conde de Cheetham eran tal como Alan lo hubiera imaginado. Podría haber escrito las declaraciones él mismo.

Sin embargo, hubiera atribuido esas declaraciones al barón Hawthorn y hubiera estado muy equivocado. Esa idea no dejaba de intentar llamar su atención, y debía combatirla.

Diez minutos más tarde, otro hombre con esa combinación ridícula de peluca y toga llamó a la puerta y convocó a lord Cheetham para discutir la votación inminente. Ross cerró su cuaderno y se levantó, seguro de que lo echarían, pero el lord lo instó a sentarse otra vez.

–Quédese aquí. No tiene caso que usted y Hawthorn jueguen al gato y el ratón por los corredores.

–Gracias por su tiempo, mi lord.

–Ajá. Hablaré con lady Bathurst si tergiversa mis palabras –advirtió Cheetham, pero Alan había comenzado a vislumbrar qué clase de hombre era. ¿Qué había dicho Manning sobre Hawthorn? "Mucho ladra". Cheetham era hosco y gruñón y, claro, indignado como cualquier aristócrata frente a la idea de la mínima reducción de la torre de su poder, pero podía percibirse que era más paciente de lo que sugerían sus modales.

Una vez solo en la oficina, Alan abrió el cuaderno en una página en blanco y comenzó a diseñar el artículo, pero la novedad de estar en ese lugar y el hecho de que lord Hawthorn afirmara ser un maldito liberal resonaban en su mente. No podía concentrarse.

La ventana era pequeña y, para su decepción, no tenía vistas al Támesis, aunque sí ofrecía un nuevo punto de vista de los chapiteles pálidos de la Abadía de Westminster. Alan caminó de un lado al otro, resistiendo el impulso de revisar el archivo de madera sólida (no era *esa* clase de periodista y, aunque le disgustara, quería honrar el gesto de confianza de Cheetham), y se percató de que lo que buscaba eran rastros de magia.

El conde no había sido informado de que él había sido iluminado y no habían abordado el asunto de la magia durante la entrevista sobre el presupuesto popular, pero era de suponer que sería tan

mágico como su hijo. Incluso más. Alan tenía una idea vaga de lo que le había ocurrido a Hawthorn; había sigo mago, ¿pero ya no? ¿Por elección? ¿Por accidente? ¿Tenía algo que ver con su hermana y con el amarre de silencio que habían grabado en su lengua?

Sintió un escalofrío de terror al recordar cómo ardía el amarre. Y lo más perturbador había sido el quiebre repentino y desgarrador en la compostura imperturbable e irritante de lord Hawthorn.

Lord Hawthorn, que estaba luchando por la aprobación del presupuesto popular. Alan no dejaba de volver a eso, una grieta inexplicable en la estructura del universo.

En general, tragarse sus sentimientos recién comenzaba a irritarlo a mediatarde. A pesar de las intenciones del *Morning Post*, dado su puesto inferior en el periódico tenía la suerte de tratar con pocos miembros de la nobleza. Pero allí se encontraba rodeado de ellos, y había sido su maldita idea.

–Cuando señaló la falta de oro, no creí que fuera porque esperaba robarlo. Es más difícil ocultar arte en sus bolsillos.

Alan, que había estado con la mirada perdida frente a una pintura pastoral, volteó y exhibió su sonrisa más dulce y menos sincera, la que usaba para robar peniques a mujeres de corazones blandos y ocultarlos en el chal de su madre.

–Me inclinaré por el tintero, parece valer algunas libras.

Hawthorn no movió los labios; había recuperado la compostura en el breve período fuera de la vista de Alan. El joven se preparó para que lo instara a salir de la oficina y para exigir de forma provocadora que le mostrara el resto del palacio. No *quería* verlo en realidad, pero la pelea al menos limpiaría el miasma aristocrático de sus pulmones.

Sin embargo, al igual que Cheetham, Hawthorn no lo apresuró a salir. En cambio, cerró la puerta de la oficina y, para desconcierto de Alan, también se dispuso a recorrer y observar el lugar. No era un espacio que un hombre del tamaño de Hawthorn pudiera recorrer con comodidad, pues lo cubría en apenas dos zancadas y Alan por poco debía montarse sobre el escritorio para darle lugar.

Al diablo. Solo conocía un punto débil con seguridad.

–Así que ya conozco a su padre, ¿qué hay de su madre? *Polly*, ¿verdad? ¿Por qué no la visita con más frecuencia?

La mirada de Hawthorn incineró aquella compostura y luego fue por Alan, como llamas que saltan de casa en casa en busca de combustible para arder y lastimar. Fue aún mejor de lo que había esperado.

–Mis familiares son magos, yo no lo soy. El hecho es tan desagradable para ellos como el recordatorio lo es para mí.

Alan tocó el tintero, que *sí* parecía costoso, y dejó marcas sobre el oro.

–¿Saben algo sobre este asunto del último juramento?

–No –respondió el barón, luego agregó a regañadientes–: Al menos hasta donde sé.

La negación inmediata fue reveladora, esperanzada. ¿Quién podía asegurar que los padres de Hawthorn no estuvieran involucrados con el lado equivocado de la conspiración mágica, dado que todos sabían que su primo, George, debía ser el líder? Un nuevo escalofrío de terror amenazó la columna de Alan. Se distrajo con la siguiente pregunta insensata, que logró formular con el mismo tono periodístico.

–¿Y saben que se acuesta con hombres?

Hawthorn dio un paso hacia adelante, un movimiento que acorraló a Alan aún más contra el escritorio y que le provocó otra oleada de calor. Debía ser más cuidadoso, lo había sido durante muchos años. Miró los ojos azules e implacables de Hawthorn y sintió que estaba arrojando piedras al sol.

–¿Intenta extorsionarme, maestro Cesare? ¿Con qué bases?

–Material de lectura.

–No creo haber mostrado interés en las obscenidades que distribuye.

Los nervios afinados de Alan le decían que no había una amenaza real en esa conversación. Estaban lanzándose una granada de un lado al otro, fingiendo que no tenía seguro y podría explotar, pero lo tenía.

–Entonces, supongo que sería hipócrita intentar explicar cómo lo supe, ¿no?

–¿Cómo lo supo?

–¿En el barco? Estaba defendiendo el derecho del hombre trabajador alfabetizado a tener pequeños placeres. Dije algo sobre el hombre que limpia la ventana de un lord y usted dijo que podría –cambió la voz– "experimentar que lo joda la aristocracia en más de un sentido".

Se hizo una pausa.

–Tiene buena memoria –respondió Hawthorn.

Esa frase en particular, pronunciada con una lentitud letal, no se había reproducido una y otra vez en la mente de Alan desde entonces, en absoluto. Se encogió de hombros.

–Me he visto obligado a memorizar fragmentos de las Escrituras y de poesía en la escuela. Imagino que usted también, y que la mitad

estaba en latín.

Hawthorn no mordió el anzuelo.

–Ajá, recuerdo haber dicho eso. Me había hecho pensar en… No recuerdo el nombre.

–*Limpiabotas y jardineros*. –Nada podría haber evitado que la lengua incauta de Alan completara esa frase–. Esa colección tiene una historia sobre un hombre contratado para limpiar todas las ventanas de una mansión campestre. Al mirar por la ventana del estudio, ve al señor de la casa masturbándose y…

El señor también lo mira y mantienen contacto visual hasta que alcanza el clímax. La escena desencadena una serie de intercambios voyeristas que culminan en que el limpiador sea penetrado contra el ventanal mayor.

Alan sintió que sujetaba con fuerza el borde del escritorio con los dedos y se obligó a relajarlos.

–Otra exhibición de memoria. –Hawthorn alzó las cejas–. Ese debe ser un recuerdo temprano, pues la historia es de hace una década. ¿Es coleccionista además de proveedor? ¿O fue un joven muy precoz?

Sería por demás estúpido que respondiera a eso en una conversación que había comenzada hablando de extorsión, pero sus nervios aún no detectaban peligro. Y los hombres poderosos siempre estaban más cómodos si tenían algo que usar en tu contra.

Aunque esa no fue su razón para responder, sino que deseaba borrar esa expresión de superioridad del rostro del lord.

Entonces, extendió la mano y acarició el interior del codo de Hawthorn. Las pupilas del hombre se dilataron. ¿Cómo lo *había sabido*? Con un demonio, a ese hombre no le había faltado nada en

su vida y nunca había tenido que ocultar lo mucho que deseaba algo al verlo. Alan lo había visto desde su primer intercambio, aunque se había encontrado del lado amenazante de un arma en esa ocasión.

–Bueno, mi lord Hawthorn –comenzó en el tono más casual posible–, yo lo escribí.

El hombre alejó el brazo y lo miró con furia y sorpresa en partes iguales. La expresión volvió a ser de dudosa indiferencia de inmediato, pero fue demasiado tarde, Alan se había metido bajo la piel del lord otra vez.

–¿*Usted* es el romano?

–Mis abuelos eran de un pueblo cercano a Nápoles, en realidad, pero ¿para qué reparar en pequeñeces?

Otro momento delicioso de silencio. Hawthorn apretó el puño derecho y volvió a abrirlo.

–Buen intento, pero no le creo. Es demasiado joven. El romano ha estado publicando por diez años.

–Nueve. ¿Nunca pensó que podría ser un grupo? ¿O un pseudónimo heredado, pasado de un hombre a otro? ¿O de una mujer a otra?

–¿Una mujer? –Eso inspiró un parpadeo.

–Se sorprendería, pero no es el caso. Me temo que es todo de mi autoría. La primera colección se publicó a mis dieciocho años. Ahora tengo veintisiete. ¿Necesita un ábaco, mi lord, o ha podido estudiar algo de aritmética entre tanto latín?

Iba a volverse adicto a esos silencios desequilibrados.

–Veintisiete –repitió Hawthorn por fin, frotándose la frente y en un tono tan lastimero que casi pareció una persona real.

–¿Por qué? ¿Qué creía?

–Muy bien, Ross, le creo –dijo con una risotada breve.

–Si ayuda, era un niño cetrino y debilucho cuando tenía veinte.

–Y ahora es un espécimen vigoroso de hombría. –El lord lo miró de la cabeza a los pies, abarcando todo su metro setenta.

–No tanto como los hombres sobre los que escribo, pero lo intento.

Tal vez sobrepasó ese límite. No pudo evitarlo. La pelea tan deseada se negaba a manifestarse de la manera adecuada. Jugaban ese juego de lanzarse espinas, y Alan lo estaba disfrutando demasiado. Necesitaba que Hawthorn hiciera algo para poner fin a su disfrute, que avanzara demasiado, que se aprovechara, como siempre hacían los hombres poderosos. Que demostrara que había tenido razón sobre él.

–De acuerdo. Usted es el romano y yo soy liberal. ¿Estamos a mano?

–En absoluto. Pero creo que es un comienzo.





CAPÍTULO 5

Lo más probable es que hubiera muchos hombres trabajadores en Londres que volvían a casa al final del día pensando en la relativa paz que los esperaba. Tal vez la risa de niños o el crepitar del fuego. En general, un descanso del ruido del trabajo y de las calles de la ciudad.

Alan entró a la pequeña casa en Clerkenwell y sonrió al escuchar los primeros gritos. Era hora de cenar, y la comida no esperaba a nadie en la familia Rossi.

–¿Quién adivina dónde he estado hoy? –exclamó al entrar al calor de la cocina. Extendió la mano sin pensarlo para tocar el marco de la puerta, una costumbre de su madre que se había trasladado de casa en casa, creando una marca lustrosa en cada lugar que había sido habitado por la familia Rossi. Por primera vez fue consciente de que un hombre alto tendría que agacharse para pasar por esa puerta; las casas de ese vecindario no estaban hechas para hombres del tamaño de lord Hawthorn.

El bullicio se redujo por una fracción de segundo ante la pregunta, pero luego se redobló.

–¡En Paris! –dijo Bella.

–¡En el circo! –arriesgó Tom, quien estaba obsesionado con los circos desde que había visto un anuncio la semana previa. Las sugerencias aumentaron en volumen y ridiculez.

–¡En la luna! –chilló Emily antes de reírse a carcajadas con la boca llena de pan.

–¡Se equivocan! ¡Vivo en una casa llena de ignorantes!

–Habla bien, Alanzo –lo reprendió su madre, señaló a los niños y luego, como añadidura, señaló al esposo de Carolina, Dick, originario de Spitalfields.

Alan sonrió y se sentó en el espacio reducido que le dejó Carolina al ordenarle a sus dos hijos mayores que se apretaran en una de las bancas. Él y sus hermanos, las dos mujeres en la sala y el preciado hijo mayor, Emilio, habían crecido hablando dos idiomas. Su madre había insistido en que sonaran lo más locales posible para que tuvieran más opciones que trabajar en las comunidades italianas de Londres, como Clerkenwell. Y había bastado con escuchar un comentario sobre "malditos italianos perezosos" a los quince años cuando buscaba su primer trabajo para que él se cambiara el nombre. Alan Ross era un londinense agudo y cuidadoso con un acento apto para un empleo y que había conseguido un bronceado agradable al sol. Alanzo Rossi solo existía bajo ese techo, con esas personas. Y hablaba en italiano cuando podía, aunque solo fuera para saborear el idioma.

–Ten, amigo. –Dick le pasó un tazón de patatas frías, y Alan comenzó a servirse.

–¿Aún no te la han cortado? –preguntó señalando la pierna de Dick, que estaba vendada y apoyada en un taburete.

–No. Estoy esperando que las chuletas de cerdo superen el chelín. Caro la cortará ella misma, para ahorrar, y la servirá para cenar.

Alan rio, y los niños estallaron en carcajadas ante el disgusto de pensar en comer la pierna de su padre.

–Dick –bufó Caro y le arrojó una corteza de pan a su esposo.

María Rossi comenzó a quejarse de que las chuletas de cerdo habían estado diez peniques el pasado viernes, de una calidad sorprendente por el precio, según Tatiana…

Él sonrió para sí mismo y comenzó a comer. Al menos Emilio y su esposa, Eva, quienes habían tenido la cuestionable bendición de concebir dos pares de gemelos, tenían su propia casa. Solo añadían el bullicio extra de sus seis niños los domingos, cuando todos se amontonaban para cenar después de la misa matutina.

–¿Y dónde has estado hoy? No lo has dicho –exigió Bella.

–En el Parlamento.

Bella puso los ojos en blanco, hubiera preferido la luna. Nadie en su familia tenía energía para pensar en política, aunque Dick había comenzado a prestar atención cuando Alan le leía folletos sobre derechos de los trabajadores. Se había ausentado del trabajo en la construcción por más tiempo del esperado después de romperse la pierna y luego lo habían despedido, tenía todo para convertirse en sindicalista.

Alan comió patatas, huevo y pan con margarina (no porciones perfectas de mantequilla) y bebió té sin azúcar. Cuando acababa de terminar, alguien llamó a la puerta.

–Ese debe ser Berto, vino a buscar unos periódicos.

Como esperaba, Berto se encontraba tosiendo en su puerta. El cielo del atardecer se había tornado púrpura y el calor del día se estaba disipando. Alan dejó pasar a su primo a la entrada con luz tenue y le entregó una pila de papeles que conformaban su último manuscrito, envuelto con cuidado.

–No lo leas.

–Púdrete –respondió Berto, iletrado, con tono amigable–. ¿Nada más? Después de esas piezas selectas que me diste, mi hombre no deja de preguntar si habrá más.

Su primo era más un criminal de East End de lo que Alan había sido jamás. Sus conexiones, tanto profesionales como románticas, llegaban a los sectores más bajos de la ciudad. Alan le había advertido que aparecería estrangulado, flotando en el Támesis, si seguía acostándose con hombres llamados "Sangriento Joe", pero el muchacho era útil. Conocía a muchos peristas (incluso al que se había encargado del reloj de bolsillo y de las mancuernillas de Hawthorn) y era un mediador confiable y discreto entre el escritor de pornografía anónimo conocido como "el romano" y la imprenta clandestina que producía sus panfletos púrpuras.

Además, ellos eran dos primos desviados en su enorme familia católica y eso creaba un lazo entre ellos.

–No robaré más, se lo prometí a mi *mamma* –dijo en voz baja.

–María no tiene que enterarse… Pero bueno, de acuerdo. –Berto levantó el paquete en señal de rendición–. Lo tengo. Tendré el dinero la semana próxima.

Carolina y Dick llevaron a los niños a dormir poco después de la cena. La casa tenía una pequeña habitación abajo que funcionaba de salón, que en invierno era cálida sin necesidad de calefacción. Bella estaba en una silla, con una enorme cesta llena de los trabajos de costura que aceptaba por una paga mínima, y balanceaba una prenda por vez sobre su enorme vientre. Su ceño se fruncía cuando entornaba los ojos para ver la aguja que movía a toda velocidad.

–¿Quieres arruinarte los ojos como la *mamma*? –le advirtió Alan–. Enciende otra vela o pon unos peniques en el medidor de gas,

podemos pagarlo.

Bella le hizo una mueca, pero obedeció. La luz danzaba sobre sus mejillas redondeadas y su cabello negro brillante. Emilio y Carolina no se veían mal, pero lo mejor de la familia de Alan parecía haber sido reservado para la hermana menor, como para que hiciera honor a su nombre. Y el embarazo le sentaba bien, aunque no apreciaba que se lo dijeran.

–Eres un buen muchacho, Alanzo –dijo su madre tras un suspiro pesado.

Él tomó un taburete y se sentó junto a la silla de ella, que estaba harapienta pero acojinada. Después de que su esposo muriera, María había conseguido trabajo como desolladora y, como la mayoría de las mujeres en ese oficio, había perdido gran parte de la visión por ello. El trabajo de escritura de Alan le había permitido retirarse antes de que también perdiera los pulmones.

Alan había estado inquieto por la siguiente conversación durante todo el día. Al menos su madre estaba de buen humor en ese momento, así que le tomó una mano y la acarició sin pena.

Desviador.

–*Mamma*, ¿cuando era niño había…? Eh, yo… –Maldición–. *Mamma*, necesito saber. ¿Hay magos en nuestra familia? ¿Brujas, hechiceros?

–¿Brujas? ¿Qué te traes? –preguntó Bella.

Su madre se enderezó y retiró la mano para poder persignarse.

–¡No digas esas cosas! Somos buenas personas, el Señor es testigo. Nos ha dado la fuerza para expulsar al diablo cuando ha intentado esparcir el mal entre nuestros pequeños. No hay brujas, no.

–¿Qué mal?

María se persignó dos veces más y lo fulminó con la mirada. Ya no era un buen muchacho, nunca había encajado con ese título de todas formas.

–Nada. Rezamos, usamos el rosario contigo como mi *nonna* me enseñó y el mal se alejó. No hay mal en ti. Aunque rompas el corazón de tu madre al no ir a misa jamás –concluyó.

–El mal… ¡Santa *Madonna*, *mamma*!

–¡Alanzo!

La discusión sobre la mención de la Virgen María en vano se extendió durante dos minutos, en los que Bella (con un embarazo pecaminoso, *impedida* de ir a misa o de salir de la casa para que nadie la viera) negaba con la cabeza con petulancia. Finalmente, Alan hizo entender a su madre de que no dejaría el asunto, así que ella lo envió arriba, a la habitación diminuta que compartía con Bella a buscar el rosario de *nonna* Sofia, que estaba enroscado sobre la vieja cómoda.

Bajó al salón recorriendo las cuentas con los dedos, un hábito de la infancia. La piel de su mano se calentó y cosquilleó. Las cuentas más pequeñas eran de madera pálida, las decenas y la cruz eran más oscuras, y todas estaban lustrosas por las generaciones que las usaron en sus plegarias.

–Solía jugar con esto cuando era niño –recordó Alan. La sensación de la madera había despertado una memoria lejana. ¿Qué edad habría tenido? ¿Cinco, seis años? Vivían en una casa como esa, su madre aún era una mujer vivaz y risueña y su padre amado seguía presente, con su bigote negro y constante olor a leche dulce. Le habían entregado el rosario y le habían enseñado cómo usarlo, hasta

que, pronto, se había aburrido de hacerlo y se había limitado a disfrutar de recorrer las cuentas con sus pequeños dedos. Su madre lo regañaba con voz dura si se detenía.

Lo había olvidado por completo, almacenado con todos los fragmentos dolorosos de felicidad durante los años malos, y no lo había recuperado cuando la vida había pasado de ser desesperanzada a ser solo agotadora.

–A mí nunca me han dejado tocar el rosario de *nonna* Sofia –protestó Bella sobre sus remiendos.

No, porque, al parecer, solo Alan había hecho estallar dos platos en el otro extremo de la habitación durante un berrinche. María lo había tomado como una señal de que el mal había vuelto a la familia y, ese mismo día, había colocado el rosario en las manos regordetas de su hijo.

Alan sentía una sensación extraña en el pecho. Quería tomarla y escapar a algún sitio, como si fuera un escrito escandaloso recién salido de la imprenta. Quería… Quería enrostrárselo a lord Hawthorn para que hiciera un comentario mordaz y él pudiera contraatacar.

–¿Por qué preguntas por eso ahora? –Los ojos de su madre se fijaron en él con tanta precisión como si viera a través de él–. *¿Qué sucedió?*

Maldición, le había prometido a la señorita Blyth que mantendría en secreto lo que sabía sobre la magia. Entonces, inventó una historia dudosa en la que el suelo se había agrietado bajo sus pies en un momento de emoción, consciente de que hacerlo desataría otra serie de exclamaciones y de que su madre le ordenaría volver a usar el rosario, *de inmediato*. La mujer presionaba los brazos de la silla como si estuviera a punto de salir corriendo en la noche en

busca de un sacerdote. Alan se apresuró a rezar un avemaría para apaciguarla e intercambió una serie de insultos con Bella antes de retirarse a su habitación, con la excusa de que debía escribir. Y tal vez lo haría. Estaba agotado. La sensación extraña persistía bajo su piel, junto con la irritación que lo había acompañado todo el día desde que había dejado atrás Westminster y la altura ofensiva y voz profunda de lord Hawthorn.

Acercó el taburete pequeño al escritorio y encendió su propia vela, apoyó la barbilla en sus brazos flexionados y contempló la llama. Las sombras de algunos insectos bailaban en las paredes.

Todos los demás miembros de la familia compartían habitación, pero Alan, soltero y la única fuente de ingresos de la familia, además de los peniques de Bella, tenía el lujo de una cama y una habitación propias, aunque fuera en ese ático diminuto. Era mucho mejor que vivir en las calles o en los sótanos de Shadwell, acechados por la humedad de los muelles. Pero mucho peor que la habitación de soltero que había rentado en la casa de huéspedes hasta hacía apenas cuatro meses.

Cuatro meses atrás, Bella había sido despedida de su trabajo como dama de compañía, por el que se había esforzado mucho. En realidad, las referencias inventadas por Alan le habían conseguido el puesto, pero el ingenio de su hermana había hecho el resto. La joven a la que servía confiaba en ella y la apreciaba, la paga era buena y tenía un buen futuro.

Hasta que la maldita rata que se hacía llamar el hijo de la casa se había cansado de las sonrisas aplacadoras y de ser evitado, había dejado de aceptar que le dijera “No, señor” y había hecho lo que

todo hombre criado en la cloaca del dinero y del poder hacía: había tomado lo que quería, porque se creía con derecho a hacerlo.

Y luego, tres meses atrás, una viga de madera había caído sobre la pierna de Dick.

Entonces, Alan había abandonado su habitación, observado con pesar la colección de sus finanzas y trasladado todo a aquella casa. Había movido todas sus influencias para conseguir el trabajo de publicidad para la White Star Line y el artículo de sociedad. Había organizado que Berto vendiera libros sucios en nombre del establecimiento de Charing Cross que solía vender los suyos y había hecho que su primo le enseñara a violar cerraduras.

Gracias a lord Hawthorn, había regresado del viaje en el Lyric con más ganancias de las que había anticipado y había llevado a su familia al mar por tres semanas, porque la tos de su madre había empeorado y los niños de Caro tenían ojeras alarmantes.

Pagar casa, combustible y comida era una cosa, pero pagar vacaciones junto al mar… Había resultado evidente que las ganancias no habían sido honestas. Su madre había hervido de rabia, pero a él no le había importado eso después de ver el color que había recuperado en las mejillas gracias al aire fresco. Pero ningún hijo había doblegado a María Rossi y ella lo había hecho prometer que ya no robaría.

Aún quedaba suficiente dinero de Hawthorn como para que subsistieran por un buen tiempo. Siempre y cuando Dick se recuperara y consiguiera trabajo. Siempre y cuando Bella tuviera un parto sin inconvenientes, los niños se mantuvieran saludables y no necesitaran gastar en atención médica. Siempre y cuando Alan conservara el trabajo en el *Post* o consiguiera uno mejor. Siempre y

cuando no lo descubrieran y encarcelaran por escribir como "el romano". Siempre y cuando su ropa no se arruinara demasiado rápido.

Alan podría salir adelante. Tom, Emily y la pequeña Lizzie nunca sabrían lo que era vivir sin la seguridad de tener un techo y cuatro paredes. *Jamás.* Si tenía que pisotear sus principios, si tenía que suplicarle ayuda a personas que despreciaba, eso haría. Todos sabían que, si había que mendigar, eso hacían.

Negó con la cabeza para despejarla, tomó pluma, tinta, papel secante y una hoja. Lord Hawthorn era la última persona en el mundo a la que querría suplicarle algo. Antes de hacerle aquel pedido, había pensado que pasar tiempo con él le recordaría que era un bastardo arrogante e insoportable, pero el día había sido… tolerable. El lord podría haberle quitado el seguro a la granada y haber hecho que Alan se la tragara, y él aún estaba procesando con incomodidad el hecho de que, en cambio, se había reído. Había recibido su hostilidad y lo había tratado no como un igual, sino con respeto abrasivo.

La vela volvió a parpadear, y Alan levantó la vista hacia el cristal roto que había sido emparchado con papel, en el que un pequeño dibujo no dejaba de gotear. Eso era lo que debía recordar: su realidad, comparada sin piedad con la grandiosa propiedad de madera de Violet y con el derroche de oro de Westminster.

No tenía nada en común con esas personas. No estaba de *su lado*. Alguien como Alan no era más que una herramienta a disposición para personas como ellos.

La demostración de respeto de lord Hawthorn no debía ser más que una ilusión. El mundo real era la situación de Bella. Algunos

ricachones podrían afirmar disfrutar que las personas los enfrentaran, pero eso era una mentira. Sí, disfrutaban de un cotorreo simbólico, pero siempre imponían su superioridad muy rápido frente a un desafío real si el orden natural de las cosas era amenazado. A menos que quisieran ser humillados, que buscaran la emoción de sentirse degradados por asociarse con clases más bajas, sexual, no socialmente.

No estaba interesado en servir de tapete para la suciedad del alma de nadie. Y prefería la fantasía de degradación en el sentido inverso.

"Bastardo de asilo con delirios de vocabulario".

Una bocanada de aire caliente escapó de sus labios como si hubiera sido liberada de pronto.

Mierda. Estaba peor que antes.

Por fortuna, había encontrado el modo de manejar los deseos a los que no podía sucumbir pero tampoco podía ignorar. Observó el parpadeo de la llama un momento más para dejar que la primera oración cobrara vida. Luego cargó la pluma de tinta y comenzó a escribir.

El propietario de esta casa de campo remota y desvencijada tenía cabello espeso y oscuro como la noche en la que me encontré varado. Sus ojos, iluminados por el farol que sostenía, podrían haber sido dos zafiros engarzados por un maestro joyero. A pesar del frío, producto de mi ropa mojada y de mi situación precaria, una oleada de excitación acalorada recorrió mi cuerpo ante esa mirada cruel. Su expresión, posada en la figura desafortunada que yo representaba, era la de una fiera paciente que había llevado a su presa al cansancio y tenía la tranquilidad de escoger cuándo atacar: era voraz, resuelta, sin un ápice de piedad a la vista.





CAPÍTULO 6

Jack guardó su copia bien usada de *Limpiabotas y jardineros* en el bolsillo de su chaqueta para leerla en el tren. También llevaba un periódico para ocultarla, en caso de que se diera la remota posibilidad de que otro de los pasajeros de ese vagón de primera clase en un tren a mitad de semana hacia la esquina sudeste de Essex también fuera lector del romano.

El periódico era el *Morning Post*. No tenía una buena justificación para ello, excepto que lo había motivado el mismo interés lujurioso que lo había hecho morir por releer los relatos eróticos del romano conociendo al autor.

El hombre mayor sentado frente a él parecía propenso a permanecer dormido aunque una banda completa de vientos pasara marchando por el vagón. Era improbable que abriera los ojos para juzgar el material de lectura de Jack, pero él se encontró leyendo el periódico de todas formas. Al igual que el propio Ross, el *Post* le provocaba una rabia placentera, en la dirección opuesta. Realizó una lista mental de todas las causas políticas a las que donar por puro resentimiento, solo porque el *Post* las banalizaba.

Al pasar al tren local, más antiguo y derruido, tuvo el vagón todo para él. Era un día agradable, y el sur estaba luciendo sus mejores ropajes: extensiones de pasturas lozanas y de granos dorados; el color de las pasturas transmitía un zumbido harmónico que resultaría envidiable para Casa Spinet. El sol de la mañana calentaba el perfil

de Jack por la ventana e iluminaba las páginas del panfleto del romano.

Esas páginas nunca antes habían visto la luz del sol. Las velas y la luz furtiva de alguna lámpara eran la iluminación más habitual para… bueno.

–No más, por favor –jadeé. Mis piernas eran dos extensiones de jalea, demasiado débiles para sostenerme, y lo que había sido un dolor delicioso en la parte trasera dos habitaciones atrás estaba por cruzar el umbral de sufrimiento–. Ya no puedo… Y debes estar agotado después de tanto…

–Me encuentro inspirado –dijo mi verdugo en un rugido que se había convertido en una exquisita anticipación. Gemí rendido, y su mano implacable sujetó mi cuello por detrás y empujó hasta que mi mejilla descansó contra la madera pulida de la mesa descomunal. La audiencia de retratos al óleo nos observaba desde las paredes–. Serás mío al menos dos veces más antes de que se ponga el sol, criatura insolente, y te retorcerás deliciosamente en mi erección como la primera vez.

Era imposible no especular.

¿Era posible que un hombre escribiera algo así sin revelar las líneas que seguía su propio deseo? Sí, si era un camaleón tan hábil y desvergonzado como el socialista que imitaba la ideología del *Post* por dinero.

Pero el romano siempre había sido consistente, por eso Jack se había convertido en un coleccionista ávido al instante. Siempre había un lado poderoso y otro más débil, algo *arrebatado*, una barrera violada o sobrepasada. Solo que, al otro lado de la barrera, la pena y

las protestas desaparecían para que el placer del narrador empapara el texto.

Cerró el panfleto con fuerza y, para acentuarlo, lo golpeó contra su mano. Mmm. Al menos había una colección del romano sobre estudiantes sucios y maestros estrictos, ¿no? Y…

Y esa línea de pensamiento no tenía sentido.

Aun con el favor cumplido, Ross no desaparecería por completo de la órbita de Jack, y no podía imaginar lo incómodo que sería vivir en Casa Spinet mientras dos hombres con los que se hubiera acostado buscaban una daga mágica. Soportar las miradas protectoras de Robin con Edwin ya era la suficientemente malo.

Y sin importar cuánta chispa añadiera un leve antagonismo al encuentro sexual, él no buscaba a personas que no lo quisieran. Ross solo quería fastidiarlo con sus provocaciones, la esperanza motivada por lujuria hostil hacía que Jack interpretara algo más.

Entonces, guardó el panfleto en su bolsillo, reabrió el *Post* en la sección de "Cartas" y se distrajo con rabia saludable.

El hombre al que le pagó para que lo llevara a la finca no lo reconoció o era excelente fingiendo que no lo hacía. Las tierras de Cheetham arrendadas para agricultura comenzaban en el límite del pueblo y se extendían unos tres kilómetros antes de llegar al camino que llevaba a la finca. Jack se cubrió los ojos del sol para mirar alrededor. ¿Esos eran sus campos de maíz, sus rebaños de ganado lechero? Sus tierras eran una buena porción de ese territorio; el antiguo condado había sido creado por la fusión de una baronía modesta con las tierras adyacentes, en donde Cheetham Hall había sido construido.

Jack lo administraba a la distancia, como a la mayoría de las cosas. Durante años, él y su padre se habían comunicado sobre asuntos de agricultura, arriendos y manejo de tierras a través de administradores, al igual que imaginaba que algunas parejas lo harían a través del personal del hogar.

La finca se veía igual que siempre, con un frente alto de roca gris pálido, techo y aleros oscuros, favorecidos por el paso del tiempo. Los cristales de las ventanas frontales eran más modernos que el resto, tenían solo dieciséis años. Todos habían sido reemplazados al mismo tiempo después del estallido.

Una figura se movió en una de las ventanas. Jack le dio la espalda a la casa, sin subir por las escaleras hacia el pórtico y las puertas de entrada imponentes. En cambio, rodeó la casa, caminó y caminó (había olvidado la inmensidad del lugar) hasta poder seguir el arbusto aromático de romero que rodeaba el jardín de la cocina. Escuchó voces lejanas allí, luego, sobre ellas, escuchó otro sonido, como de un pulgar recorriendo los dientes de un peine sin parar, más y más fuerte conforme se alejaba del romero y seguía un sendero de césped rozagante.

Y allí, bajo un puñado de árboles, estaban las colmenas.

Se quedó mirándolas durante un tiempo. Había frases rituales para juramentos de sangre; había palabras para toda clase de juramentos. Y había palabras para ello, por difícil que fuera.

–Colmenas y reinas de Cheetham Hall, ha pasado un largo tiempo, y lo lamento. Me encuentro… bien. –¿Cómo profundizar en eso? ¿Saludable? Lo estaba. ¿Seguro, próspero? Claro. ¿Utilizando sus riquezas y su poder de un modo satisfactorio para su consciencia? Sí.

¿Era feliz?

No, pero debía ser una señal que esa fuera la última emoción que tuviera en cuenta. La felicidad verdadera, una vez arruinada, había sido reemplazada por cosas más difíciles y opacas.

Las abejas bailaban en el aire, algunas se acercaban a investigarlo, pero no consideraban aterrizar en su chaqueta oscura. Sin boda, hijos o pérdida que reportar, Jack inclinó la cabeza una vez en dirección a las colmenas. Sus talones cosquillearon dentro de los zapatos cuando se enderezó, una sensación de hormigas heladas ascendió por sus piernas y su visión se ensombreció durante algunos latidos estruendosos, con nubes negras salpicadas de destellos.

Respiró hasta que todo se tranquilizó antes de volver al frente de la finca. Las abejas eran un asunto y ese era uno diferente. El heredero de Cheetham, ausente por largo tiempo, cerró el puño, llamó a la puerta y no entró sin ser invitado.

El señor Blake era un mayordomo demasiado experimentado como para gritar de sorpresa, pero el movimiento repentino de sus cejas demostró que estuvo cerca. Jack le entregó su sombrero y chaqueta, y Blake (ya recuperado como para comportarse como si él visitara su hogar de la infancia cada dos semanas) le informó que la señora de la casa tenía invitados y que estaban bebiendo té en el invernadero.

–Gracias –respondió Jack.

Cada rincón de la casa era un recuerdo. Esa alfombra estaba desgastada y descolorida en el centro por el correr de pies. Aquella pintura había sido derribada durante un juego de lanzamiento de hechizos y había tenido que ser reenmarcada. El empapelado de ese salón debió haber absorbido la risa salvaje y presumida de Elsie

cuando hizo que las cortinas rodearan la pierna de Jack y lo inmovilizaran mientras ella le robaba el libro de las manos.

El pasado tomó su corazón en un puño, y él esperaba que le causara dolor *físico*.

El año de limbo entre la pérdida de la magia de Jack y la pérdida de su hermana había sido como caminar con una piedra afilada incrustada entre el calcetín y el zapato y después… peor aún. La magia de la finca había tomado la muerte de Elsie como una mancha y se había revelado. Parte de él deseaba que sus padres hubieran cedido con gracia y la hubieran vendido; pero no lo hicieron. Y él le dio la espalda a la magia, a Cheetham Hall y, por necesidad, a ellos.

El invernadero, animado a la luz del sol, estaba enclavado en una esquina de la planta principal, tenía paredes de vidrio que daban hacia el bosque de abedules y la colina del Roble de la Dama tras ellos. Jack había intentado espiar y luego retirarse hasta que la invitada se fuera, pero la silla de su madre estaba orientada hacia la puerta, y sintió los ojos posándose sobre él como un halcón aterrizando en la muñeca.

Esos ojos se ampliaron muy despacio. La taza de té en su mano se detuvo a mitad de camino hacia su boca. Para lady Cheetham, esa fue una vívida traición física de sorpresa.

–… una reacción mostraría un alma humana. Es *insensible*, lo es –decía la otra mujer en la habitación. No era una voz que Jack reconociera. Un acento de pueblo, elevado con irritación.

–Lo entiendo a la perfección –dijo la madre de Jack para apaciguarla.

–¿Cómo podrías…? –La mujer se levantó de repente, y él pudo verla mejor: quizás unos pocos años mayor que él, delgada, bonita y

de tez clara, vestida con sencillez–. Yo… Ah, te maldigo con podredumbre.

Para asombro de Jack, ella formó un hechizo (débil, color verde turbio) y lo lanzó sobre la mesa, donde había un servicio de té. Un soporte de pasteles delicado estaba lleno de una variedad de sándwiches, cada uno de los cuales se volvió de un desagradable azul blanquecino al tiempo que el hechizo cubría la comida con moho.

Un silencio sorprendido colmó el aire. En él, la mujer rubia emitió un ruido ahogado, horrorizada.

–Mi lady –dijo y rompió en llanto.

Jack evaluó la posibilidad de retirarse de la habitación.

Su madre también se levantó.

–Intentémoslo de nuevo la próxima semana, ¿de acuerdo, Margaret? –preguntó con bastante amabilidad.

Margaret sollozó y asintió con una reverencia profunda, luego huyó hacia la puerta donde se encontraba Jack. Iba cubriéndose el rostro, enrojecido y empapado de lágrimas, y no pareció registrar su existencia al salir.

Lady Cheetham suspiró, giró el soporte de pasteles para inspeccionarlo y formó un hechizo de reversión general. Era muy difícil manipular comida con magia más allá de la temperatura, así que no se sorprendió cuando la mitad del moho se aferró con obstinación a pesar del hechizo, y toda la comida adquirió un aspecto achicharrado desagradable. Su madre suspiró otra vez, llamó a la servidumbre con un hechizo y tocó el cristal más cercano con la punta de los dedos. Una campana real sonó en las

profundidades de la casa y, solo entonces, se fijó en el rostro de su hijo.

–Jack, querido, no podías llegas en mejor momento.

–Polly. –Atravesó la habitación y la besó en la mejilla. Solo tembló un poco.

Había comenzado a tener las primeras canas siendo joven y, en sus sesenta, su cabello era en su mayoría blanco. Su rostro delineado se iluminó con emoción pura al sostener la mirada de su hijo. Mary Bastoke, Mary Alston, condesa de Cheetham, conocida por sus seres queridos como Polly, nunca fue hermosa pero siempre vibrante, como si hubiera nacido con una luz guía invisible ardiendo por dentro.

–¿Quién era?

–Era Margaret Oliver. La pobre tiene un carácter difícil. Quería preguntarle cómo le iba a su Freddy en Londres; él le envía cartas. Ah, Millie. Haz que alguien recoja esto para los cerdos, me temo que no es apto para la mesa de abajo. Y lord Hawthorn me acompañará en mi paseo matutino.

La sirvienta fijó los ojos amplios en Jack. Él resistió el impulso de enseñar los dientes y gruñir.

–Sí, mi lady.

Preparado para enfrentar interrogantes en cualquier momento, siguió a su madre a través de una puerta lateral del invernadero hacia el pasillo de piedra que conducía a la vieja despensa del guardabosques. De una hilera de perchas de madera colgaban un sombrero grande y de ala ancha y un delantal fuerte, que su madre se puso en silencio. Luego se cambió los zapatos de interior por un par de botas de goma estilo Wellington.

Jack perdió la batalla con su propia pregunta.

–¿Así que él le escribe?

Su madre lo miró, con una sonrisa asomando en la comisura de los labios, aunque sin rastro de culpa.

–Una carta, Jack. *Una* carta en todo este tiempo. No me has dejado hacer nada por ti durante años y, de pronto, he visto la oportunidad de hacerte un favor con mi respuesta.

–¿Enviarme un criado que te informara sobre mí?

Polly abrió la pesada puerta de madera. La luz del sol se derramó sobre las piedras, y Jack levantó una mano para protegerse los ojos.

–Si tú mismo me escribieras más cartas, no tendría que depender de las cartas de Freddy Oliver a *su* madre para saber de ti.

–No estoy enojado porque me enviaras a un espía. –Esperó hasta que hubieran atravesado la mitad del patio cubierto de hiedra que, incluso con ese calor, olía al estanque de la esquina, antes de añadir–: Estoy un poco enojado de que decidieras enviarme a un hermano.

Su madre se detuvo de golpe delante de él. Se tomó un momento antes de voltear.

–Ah. –Sonó cerca de la risa–. ¿Es por eso por lo que estás aquí?

Jack asintió. No mencionó la incitación de lord Cheetham durante la visita a Westminster. Eso había inclinado la balanza, pero estaba considerando la visita antes.

Los ojos azules que había heredado lo miraban pensativos, hambrientos, desde el rostro de su madre. Otros hijos largamente ausentes podrían haber regresado con gritos de ira, lágrimas y abrazos histéricos o cortesía fría y punitiva.

–¿Cómo lo supiste?

–Es el vivo retrato de mi padre en el salón de baile –dijo Jack–. Y ese cabello pelirrojo, justo como el de la tía Hetty y de Christopher. ¿Tiene diecisiete? Debió haber sido… antes.

Antes del amarre de silencio. Antes de que Elsie muriera y Cheetham Hall cambiara.

–Leo me lo dijo justo antes de que naciera el niño. –Polly levantó su falda cuando salieron del camino de piedra hacia un sendero de tierra aplastada que comenzaba a inclinarse hacia abajo. Allí comenzaba el *verdadero* paseo, entonces. Su voz era afectuosa–. Siempre ha tenido una conciencia robusta.

–Oliver no lo sabe.

No era una pregunta. O Freddy Oliver no tenía ni idea de que había sido engendrado por Frederick Leonard Charles Alston, conde de Cheetham, o era un desperdicio como mayordomo y debería estar en un escenario.

–No, no lo sabe. Una vez que él estuvo feliz en el servicio, Margaret cambió de idea sobre decírselo. Creo que aún teme las consecuencias, siempre está pensando que la llevaré a algún calabozo por celos. Es una buena chica, a pesar del carácter. Excelente enfermera, según dice el doctor Jenkins.

–También es poderosa. –Sorteó una serie de charcos que embarraban el sendero en un pequeño rincón sombrío y lleno de insectos; su madre, con las botas, los atravesó sin dificultad–. Ese hechizo de podredumbre. No es de extrañar que Oliver sea tan fuerte.

–Demasiado fuerte para la educación que ha tenido –dijo su madre con franqueza–. De haberlo sabido, hubiera intervenido antes. Necesita a alguien que le enseñe a controlarlo.

–Sí –estuvo de acuerdo con sequedad–. Lo he notado. –Recordó cuando tenía esa edad, lleno de magia que recién alcanzaba su máxima potencia, y tomaba todas sus lecciones y prácticas para mantenerla bajo control. Una vez más, sintió la necesidad de hablar–: Contraté un ayudante mago, Polly. No asumí la responsabilidad de *enseñarle magia* a un medio hermano.

Eso le valió una mirada desaprobatoria por encima del hombro de su madre. El corazón de Jack, como una pieza de reloj sin lubricación, dio un tictac reticente de amor por su madre increíblemente pragmática. No había intentado hacer que él cambiara de parecer después de que abandonara la sociedad mágica, pues sabía que eso solo lo alejaría más. Tan solo había dejado la puerta abierta.

En sus momentos más cínicos a lo largo de los años, había intentado convencerse a sí mismo de que se había desecho de toda responsabilidad junto con los movimientos mágicos instintivos, de que las cenizas de todo aquello habían sido esparcidas en algún lugar del altiplano seco del Bóer, en esa mañana fría antes de ser trasladado de regreso a Inglaterra.

No era cierto. Lo sabía, incluso en aquel momento. Jack odiaba todo acerca de la guerra, excepto a los hombres que lo rodeaban, y no podía deshacerse de la responsabilidad en un lugar como ese. Se aferraba. Había encontrado los recovecos del corazón y creado un hogar arenoso allí, uno que había estado vacío durante años y luego, al parecer, estaba demasiado dispuesto para recibir a Maud Blyth y Violet Debenham.

Y su madre tenía tanta fe en él, aun después de todo ese tiempo, que había respondido a su primer reacercamiento enviándole a

alguien más para que cuidara. No sabía cómo sentirse al respecto.

El paseo duró más de una hora. Los llevó por varias esquinas de la finca, donde lady Cheetham murmuraba sobre cosas que debía decirles a los jardineros que estuvieran atentos y señalaba cambios recientes como si estuviera dando una visita guiada. Jack tuvo que armarse de valor para subir hasta el Roble de la Dama, pero cuando estuvieron a la sombra de sus ramas, respirando una ráfaga de aire que olía a hierba, se sintió… más relajado. Cuando tocó la corteza del árbol, recordó a Elsie gritando, sí, pero también los años antes de eso.

No habló hasta que descendieron por el otro lado de la colina. Entonces dijo:

–¿Qué pasa por aquí?

Ante ellos, a la derecha, estaba el lago. Había una enorme colina de tierra nueva en la orilla norte del agua, una pendiente que llevaba a una terraza plana con una barandilla y maceteros blancos. Desde allí, podía observarse el agua. Debajo, se estaba formando una especie de gruta de piedra, acariciada por el agua.

–Celebraremos la gala del equinoccio.

–¿Es este año?

–Sí, el mes próximo.

La reunión trienal marcaba el cierre de un período de la Asamblea de Magia, antes de la elección de sus miembros para los siguientes tres años. Tradicionalmente, era un momento para discusiones de última hora sobre quién apoyaría qué nominaciones y apretones de manos alrededor del ponche. También era el evento más grande y antiguo en el calendario de la sociedad mágica. La última vez que

Cheetham Hall había sido sede del evento el bisabuelo de Jack aún vivía.

Miró los maceteros blancos. Estaban vacíos, pero anticipaba ver naranjos en ellos.

–Muy mediterráneo.

Lady Cheetham sonrió y levantó el ala de su sombrero para seguirle la mirada.

–Parecía una buena excusa para hacer algo especial, y no cabemos todos en el salón de baile. Así que estamos arreglando el jardín. Leo le pidió a George que…

–*No* –salió antes de que Jack pudiera detenerlo, y el hechizo en su lengua percibió los límites de su secreto. Cuando el dolor dominó su boca, tosió en el dorso de la mano.

–¿Jack? ¿Te encuentras bien?

Presionó los labios hasta estar seguro de que el hechizo no se vería cuando hablara.

–Estoy bien –respondió entonces–. ¿Qué le pidió Leo a George?

–Ayuda. Ya que él fue quien sugirió que fuéramos los anfitriones. Pero hay algún tipo de problema en El Barril, así que envió sus disculpas y a un grupo de Cooper novatos a los que Reeves, que ahora es el jefe de jardineros, podría intimidar durante unos días hasta que terminaran el trabajo principal de mover la tierra. Nuestros hombres se encargarán del resto.

Los Cooper eran una especie de fuerza policial, una herramienta que la sociedad mágica podía usar contra sí misma, y George Bastoke había tomado el control de ella hacía varios años. No había mostrado remordimientos al utilizarlos para sus propios fines en la búsqueda del último juramento. Violet había asesinado a uno de

ellos, al ambicioso y desagradable Arthur Chapman, a bordo del Lyric.

Entonces, que Cheetham organizara la gala había sido sugerencia de George. Jack miró la extensión del césped acogedora e imaginó el lugar colmado de gente. Cientos de magos, todos reunidos en un solo lugar. Perfecto para la ceremonia.

Y muy tentador para alguien con la intención de usar el último juramento para absorber la magia de todos los magos británicos y que sabía que la proximidad podría hacer una diferencia. George podría estar trabajando con una fecha límite. ¿Por eso su búsqueda sería más urgente? Lo que explicaría los intentos de robo en Casa Spinet. O tal vez había alguna razón por la que se sentía confiado en su capacidad para conseguir los fragmentos del juramento para esa fecha.

El mes próximo.

–Jack, ¿estás seguro de que…?

–Estoy bien.

Comenzó a caminar de regreso a la casa. No estaba bien. Un cordón de ira lo mantenía en pie. ¿Cómo *se atrevía* George a regresar a ese lugar? Jack lo haría pedazos. Lo arrojaría al lago y lo ahogaría.

Lo… No haría nada, porque George Bastoke era un mago. Y él no.

Si hablaba con cuidado, esquivando las restricciones del hechizo, sus padres podrían estar de acuerdo en cancelar la gala. Incluso con tan poco tiempo. Incluso con el daño que causaría a su posición en la sociedad. Incluso sin ninguna explicación satisfactoria.

¿Y luego qué? ¿Encontrarían un nuevo lugar para la gala, uno donde Jack no pudiera ejercer ningún control? George no era dueño

de ese lugar para explotarlo y regodearse en ello. Había sido el hogar de Jack alguna vez, y estaba ligado a él. Eso podría ser suficiente.

Terminaron el paseo a un costado de la casa. El sendero por el que caminaban terminaba en una puerta con cerrojo, ubicada en una pared de piedra nueva.

Se detuvo por completo. Era una estatua de negación, con esa sensación escalofriante cosquilleando por las piernas otra vez. Hubiera requerido la magia de tres magos obligarlo a pasar por esa puerta.

Su madre se acercó a su lado. Por un instante acalorado, quiso atacarla por estar allí, luego quiso hundir el rostro en su hombro. Ella extendió una mano, le tocó la mejilla y recuperó su autocontrol de hierro.

–Sigue siendo parte de la tierra, Jack. Le debemos reconocimiento. Pero entenderé si prefieres entrar directamente. ¿Te… quedarás a comer?

Él asintió. Miró más allá de ella hacia la pared que encerraba una pequeña porción de tierra, bajo el ala empinada del tejado más alto de la finca. Su lengua se había quedado rígida en la boca. Se sintió joven y desolado, desgarrado por la mitad, incluso allí, en el umbral.

–¿No duele?

–Sí –afirmó la madre de Elsie Alston.

Luego atravesó la puerta y la cerró detrás de sí.





CAPÍTULO 7

Alan se presentó en Casa Spinet a la hora indicada. Lo condujeron a una habitación llena de libros, muebles lujosos y tres grandes instrumentos musicales sobre pedestales, todos con forma de violín pero de tamaños muy variados. En seguida le vino a la mente el cuento de los tres osos y la niña que se colaba en su casa.

Lord Hawthorn no estaba presente. En la habitación se encontraban Edwin Courcey, frunciéndole el ceño a la estantería más cercana como si le faltara algo, y las señoritas Debenham y Blyth. Esta última se estaba colocando un sombrero rosa sobre la cabeza.

–Ven, ya eres uno de los nuestros –le dijo Maud después de los saludos–. Deja esa tontería de "señorita B". Llámame Maud.

Alan no quería entablar una relación demasiado íntima con esas personas, pero tampoco quería ofenderlas. Esa era una forma fácil de complacerla.

–Alan.

–¡Bien! Ahora, tú, Violet y Edwin pueden llevarse bien y hacer sus cosas, luego me contarán todo sobre ello durante el almuerzo.

–¿No te quedas?

–No, iré a ver a Helen. Helen Bernard, ¿la recuerdas? Su padre tenía el zoológico. La familia está en la ciudad. Y yo solo estorbaría en los experimentos que están haciendo. Ya hemos establecido que no hay fantasmas en este lugar.

–Me abandonas –dijo la señorita Debenham. Violet–. Con Edwin y sus libros.

–Tus libros –dijeron Maud y Courcey al unísono, e intercambiaron una mirada divertida.

–Además –añadió Maud–, ahora tienes a Alan para protegerte si insistes en ser una doncella delicada.

Violet hizo una mueca de indignación y le dio un manotazo en el brazo a Maud. Ella lo esquivó y se acercó, con la clara intención de darle un beso. Entonces fue el turno de Violet de esquivarla. Mantuvo a Maud a distancia con un brazo y miró a Alan.

Él sintió el impulso de preguntarle si daba la impresión de ser alguien que lo desaprobaría y, si fuera el caso, ¿podría culpar al catolicismo? Además, ¿ella y Maud en verdad pensaban que habían logrado comportarse como dos personas que *no* se acostaban durante el viaje en barco?

Maud lo salvó antes de que cualquier pregunta se le escapara.

–Ah, tonterías –dijo con calidez, al tiempo que atraía la mano de Violet hacia su boca para darle un beso acentuado–. Ha sido un buen camarada en el Lyric, y ya le confiamos el secreto de la magia *y* del último juramento. Creo que podemos confiarle esto.

Esa simple afirmación se coló en el pecho de Alan.

–Si usted lo dice, mi general –respondió Violet. Un chillido encantado escapó de Maud cuando su compañera la tomó por la cintura, la inclinó y le dio un beso de labios cerrados, más propio de un escenario que de la vida real. Maud rio en el proceso, y siguió riendo cuando volvió a estar en pie.

Alan sonrió. Se sentía en casa con parejas como esa, que no eran reservadas o formales en su forma de amar.

En ese sentido…

–Por cierto –comenzó, con la mirada en un punto sobre el hombro de Edwin Courcey–, sir Robert y tú tampoco necesitan disimular frente a mí.

La pausa que siguió estuvo cargada de una cautela propia de criaturas semisalvajes. Tuvo que mover la vista solo para saber si Courcey estaba mirándolo o no.

–No creo que nadie haya definido a Robin como disimulado antes –respondió el hombre–. Apreciará la novedad.

Maud se retiró, y Violet se sentó en el brazo de una silla demasiado mullida.

–Lo siento. Amo a Maud, pero fuerza la intimidad cuando ha decidido que eres *de los suyos*. No es necesario que nos tuteemos si no lo deseas.

Alan dudó un momento, pensó en aceptar la oferta, pero era demasiado tarde. Solo tendría que mantener muy presente que no era su amigo, apenas un ayudante pago. Al menos sería más fácil recordarlo en ausencia de Maud, cuya personalidad agradable incontenible hacía bajar la guardia a cualquiera.

–No tiene sentido ser ceremoniosos después del Lyric. Está bien para mí si para ustedes también.

La maga asintió con la cabeza, con una leve sonrisa. Después de un momento, Courcey (Edwin) hizo lo mismo.

–Muy bien –dijo Alan. Tenía el rosario de su *nonna* Sofia en el bolsillo, pero prefería reunir información antes de revelar la suya–. Aquí estoy, explíquenme el asunto.

Edwin, sin duda explicador por naturaleza, lo hizo.

De los tres objetos que componían el último juramento, tenían la copa (sí, Alan recordaba muy bien la carrera alrededor de un transatlántico persiguiendo el cuenco de agua de un loro), y el otro bando tenía la moneda. Al menos, en teoría, era posible triangular la posición de uno de esos objetos mediante magia, ya que así habían localizado la moneda en primer lugar, aunque Edwin no sabía cómo hacerlo. (Su rostro anguloso se estiró en una expresión que mostraba su disgusto por la ignorancia). Su esperanza era que tener dos de los tres objetos hiciera las cosas más sencillas.

–Las cosas quieren estar completas –explicó–. Es una especie de ley de la magia. Los objetos rotos quieren estar enteros. Los conjuntos quieren estar unidos. Y la moneda, la copa y la daga estuvieron almacenados juntos la mayor parte de su existencia. Solo fueron separados por el Club Forsythia hace unas pocas décadas.

Alan asintió. Había estado presente cuando el fantasma de la señora Navenby, la tercera miembro del Club Forsythia en morir, contó la historia de cómo ella y sus amigas habían descubierto y luego vuelto a esconder los tres objetos.

–Entonces, ¿cuál es tu plan? El otro bando quiere usarlo para obtener poder. Ustedes no, pero… ¿qué quieren? ¿Pueden derretir los objetos, al menos?

–No podemos *destruir* el último juramento –afirmó Edwin, con una expresión horrorizada–. Requeriría una gran cantidad de magia y, en cualquier caso…, sería romper el juramento en sí mismo. No habría magia para nadie.

–Queremos encontrar un mejor escondite –explicó Violet–. Lo ideal sería algún lugar al que nadie pueda llegar nunca más, ni siquiera nosotros.

–Ah, ¿sí? ¿Ya encontraron uno de esos?

–No –respondió Edwin–. Tengo esperanzas de hacerlos inutilizables, de alguna manera. Preservar el juramento en sí mismo, que es vital para la continuación de la magia, pero hacerlo… menos tangible. Tal vez se pueda transferir. O tal vez la plata era parte necesaria para anclar el juramento. No sé lo suficiente. Y trabajaré en ello todo el tiempo que sea necesario, pero un nuevo escondite al menos mantendría el juramento fuera del alcance de manos codiciosas por el momento.

–Parece que la daga ya está bien escondida –señaló Alan–. ¿No puede quedarse donde sea que esté?

–Eso funcionaría si Bastoke y sus amigos *no supieran* que lady Enid la tenía –dijo Violet–. Si alguien desmantelará Casa Spinet en la búsqueda, debería ser yo. –Acarició la silla–. Al menos me importa lo suficiente como para hacerlo con delicadeza.

–Entiendo –concedió Alan–. Por eso estoy aquí.

Edwin lo llamó para que se acercara al escritorio, una obra maestra de carpintería. Los bordes eran curvos y formaban espirales en las esquinas, con hojas de helecho grabadas alrededor de la superficie de cuero oscuro. El pulido cálido y brillante de la madera hacía que pareciera casi sin uso. Algo para ser admirado. Algo que demostraba riqueza.

Sobre él estaban extendidas hojas de papel liso cubiertas de líneas y cifras.

–¿Planos de la casa? –preguntó Alan.

–Algo así –respondió Edwin–. No soy arquitecto. Esperábamos que los diseños originales estuvieran en los archivos de James Taverner,

pero no podemos encontrarlos. Hice estos con un hechizo de afinidad.

–Como el que ayudó a Maud a encontrar plata en el barco –especificó Violet. Alan recordaba muy bien las líneas brillantes en las paredes–. Pero Spinet es más complicada que un transatlántico.

–Y es poco decir –murmuró el mago–. Los planos tienen aún menos sentido que la casa. El hechizo hizo lo mejor posible, pero… no figuran pasajes en donde sabemos que los hay. Hay dos habitaciones en el mismo espacio, otras que parecen no estar en absoluto. –Señaló el papel más cercano–. Las partes faltantes son las más prometedoras si lo que buscamos son posibles escondites para la daga.

–La mayoría de la magia de la casa tiene que ver con *puntos de acceso* –explicó Violet–. Muchas puertas y habitaciones no se abren o no muestran todo su contenido, a menos que cumplas con las condiciones correctas. O cantes la melodía adecuada. –Sonrió con amargura–. El personal sabe mucho, nos ha ayudado a llenar los vacíos, pero gran parte de Spinet fue construida expresamente para el señor y la señora Taverner. La última vez que estuve aquí tenía dieciséis años, y la casa parecía muy diferente cuando lady Enid vivía aquí. Ella sabía todos los trucos. Había una habitación en la que podías pararte y susurrar y alguien en otra habitación podía oír todo lo que decías, claro como el día.

–Y, por lo que sabemos, podrían ser habitaciones diferentes ahora –agregó Edwin–. Violet, aún creo que el planetario…

Alan carraspeó. No tenía todo el día, aunque ellos sí; él tenía una fecha límite que cumplir esa tarde y, a esas alturas, ya tendría que escribir más rápido de lo habitual. Pero todo lo que logró con el

carraspeo fue meterse en lo que claramente era una dinámica bien establecida. Violet le lanzó una mirada exasperada juguetona.

–A Edwin no le gusta nada que no tenga sentido lógico.

–Soy dueño de una casa mágica, Violet –espetó él–. *Sé* que su magia funciona con reglas diferentes. A veces, ni siquiera tiene reglas. Se rige según las emociones.

–¡Emociones! El enemigo –susurró la maga con teatralidad.

Edwin tenía las manos extendidas sobre los diagramas. Las yemas de sus dedos eran pálidas, como si incluso esa no discusión fuera el equivalente a alguien lanzando muebles por la habitación en medio de una rabieta. Pero miró a Alan y habló con una voz nivelada, propia de un tutor.

–La magia de las mansiones y tierras antiguas… es como un idioma diferente. Pero los Taverner *crearon* esta casa hace apenas medio siglo y pusieron toda la magia en ella ellos mismos. La mayor parte de lo que hemos descubierto hasta ahora tiene algo de lógica. Aunque no es que eso ayude.

–Es como si te invitaran a jugar a los naipes en una mesa donde todos los demás conocen las reglas y tú tienes que descubrirlas sobre la marcha. Pero *tú*…, si la magia realmente te afecta menos...

–Quieres que sea el espejo del tramposo –dijo Alan–. Que los deje ver algunos naipes para que no los estafen mientras aprenden las reglas.

–Exacto –afirmó Violet.

Tenía sentido. Se había esforzado por no interesarse en todos esos detalles, prestando atención solo a lo que necesitaba guardarse para después, pero se vio atrapado a pesar de sí mismo. Y alerta otra

vez. Se preguntaba qué pensaría una casa mágica de un desviador que estaba a punto de ser usado para indagar en sus secretos.

–Y las apuestas no son bajas –continuó Violet, como si hubiera captado sus preocupaciones. Señaló con la cabeza una pared del salón que daba al jardín–. Intentamos desplegar esa pared hacia afuera para acceder a un balcón, porque hay una pintura en la habitación principal que lo muestra. Edwin hizo un hechizo de apertura y, en su lugar, separó la mitad de las tablas del suelo. Casi se rompe el cuello cuando cayó al sótano.

–Estoy casi seguro de que el violonchelo y el contrabajo son la clave –aportó Edwin–. Supongo que tocas instrumentos de arco, ¿verdad?

–Lo siento. No he tenido tiempo para clases de música, con toda la esgrima, la elocución y la pintura en acuarela –replicó Alan.

Edwin parpadeó. Violet sonrió.

–Maud y yo somos respetables con el piano, pero no hay violinistas entre nosotros. Yo conozco músicos y Edwin conoce magos, pero no queremos meter a nadie más en este asunto que no esté involucrado ya.

Y allí estaba él, involucrado. Sacó el rosario de su bolsillo y les contó lo que su madre había dicho sobre los demonios de la familia y el uso del rosario para eliminarlos. Los ojos de Edwin se ampliaron, luego se entornaron, pensativos, y luego él sacó una pluma que comenzó a escribir por sí sola mientras interrogaba a Alan sobre su infancia, cualquier magia que pudo haber usado por accidente y sobre cómo se sentía tener el rosario. La respuesta a la mayoría de las preguntas era: “No lo recuerdo”.

Edwin se detuvo a punto de tomar el rosario de las manos de Alan, como si una voz interna le hubiera recordado ser educado.

–¿Me permites?

–¿Qué? –Alan estaba mirando la pluma flotante; tal vez podía pedir una de esas como parte de su paga. Pero solo seguía el dictado, mientras que el acto de escribir palabras con las manos era parte de cómo él pausaba sus ideas lo suficiente como poder expresarlas en oraciones coherentes. Era un elemento ingenioso, de todas formas–. Ah, sí, ten.

Edwin colocó el rosario sobre el escritorio y le ofreció a Alan una mirada esperanzada cercana a una sonrisa.

–*Este* es un hermoso fragmento de magia. –Sacó de su bolsillo un cordel y un disco sólido de cera de abejas del tamaño de un huevo, con el patrón de panal intacto, colocado en un marco circular de madera pálida–. Violet, ¿sabes dónde puse la monografía de maderas de la señora Sutton?

–Nunca sé dónde pones nada –dijo Violet, pero empezó a revisar una pila de libros.

El mago movió el cordel con los dedos hasta que sus yemas brillaron de un azul oscuro; manchadas de tinta, igual que las de Alan. Tocó primero la cera y luego su pluma suspendida, y la magia azul desapareció al instante. Dejó caer la cuerda y apoyó la cruz del rosario en el centro de la cera durante unos segundos. Luego aisló con cuidado dos de las cuentas más pequeñas y las apoyó en la cera una por una.

Esperó que algo dramático sucediera con su reliquia familiar. Nada pasó.

Edwin giró con impaciencia y tomó el papel en el que, Alan notó, la pluma había estado escribiendo. Las palabras "HAYA" y "SERBAL" estaban escritas en letras gruesas con florituras germánicas.

–¿Distingue… las maderas? ¿Cómo? –preguntó Alan. Pareció una pregunta sin sentido en cuanto salió de sus labios, ¿cómo era que *todo* aquello funcionaba? La respuesta sin duda sería "magia". Pero Edwin asintió con aprobación, gesto que le recordó al señor Voight, de la escuela benéfica, quien lo sobrecargaba de libros cada semana y solo se estremecía un poco cuando los devolvía con cenizas o con páginas dobladas.

–Es un *holzprobierer*. Un detector de madera. Es de fabricación alemana, así que Taverner debió haber encontrado a alguien que le pusiera un hechizo de traducción específico –explicó Edwin al colocarlo en el escritorio, y la pluma escribió "NOGAL".

–Aquí tienes tu monografía –dijo Violet y le entregó un pequeño folleto que no era mucho más grande que los panfletos del romano.

–Serbal. Serbal. No creo que lo hayamos visto en ningún lado de Spinet –arriesgó Edwin, hojeando con rapidez el libro, y luego comenzó a pasar las páginas con más lentitud.

–Flora Sutton intercambió muchas cartas con los Taverner –le comentó Violet a Alan–. Ella se especializaba en plantas vivas; ellos se especializaban en lo que se podía hacer con la madera. Aprendieron mucho el uno del otro. Y la señora Sutton lo organizó y lo escribió.

–Aquí –exclamó Edwin–. Solo hay una entrada para la madera de serbal. "Un hechizo de protección contra la magia. Ver: todos los antiguos relatos". Mmm. Por lo general da más detalles.

–¿Así que han convertido a Alan en una especie de amuleto ambulante? –preguntó Violet.

–El haya es un concentrador mágico común. Este marco es de haya –continuó Edwin. Tocó el detector de madera, luego deslizó el rosario entre sus dedos–. Más magia y menos magia. Parece bastante inútil usar los dos juntos. Tendré que leer más.

Un pinchazo caliente repentino atravesó la parte superior del brazo de Alan. Se sobresaltó y se dio un golpecito en el brazo como si una avispa hubiera entrado en la habitación.

–¡Ay! –se lamentó Violet y se chupó el pulgar–. No es solo un amuleto si puede devolver la magia al que la lanza de esa manera.

–Y tú me dices que no trate a la gente como un objeto experimental –chistó Edwin, pero era tan evidente que deseaba probarlo él mismo que Alan, con un gesto de sufrimiento exagerado, extendió los brazos hacia adelante, con las palmas hacia él–. Dime *con exactitud* qué sientes –solicitó el mago y levantó su cordel.

Formó un hechizo de color verde pálido que envió una sensación de agua helada a través del cuerpo de Alan, lo que provocó que se le pusieran los pelos de punta de inmediato. Se sacudió, con la sensación desagradable de ser un perro que acaba de salir de un estanque en invierno.

–Condenadamente *fríO*. Así se siente.

–Eso no me rebotó a mí –señaló Edwin, con el ceño fruncido–. ¿Qué hiciste diferente?

–No estoy haciendo *nada* –replicó entre dientes–. ¿Cómo ayuda esto a encontrar lugares para esconder las cosas en la casa?

Edwin suspiró y miró a Violet.

–Probémoslo con algo cuyo efecto ya conocemos.

Para alivio de Alan, eso no involucró ni frío ni pinchazos. Lo llevaron a un pasillo en el tercer piso de la casa, a través de una escalera con más tallados elaborados en la barandilla. El pasillo tenía tres pares de puertas cerradas a lo largo de sus paredes y terminaba en una ventana. Violet señaló hacia el pasillo.

–¿Qué ves a través de la ventana?

–Cielo –respondió, incomprensivo–. Nubes… Espera. ¿Es…? –Algo en esa ventana lo hizo sentirse mareado, como si estuviera suspendida por un hilo y se balanceara lentamente hacia él y luego hacia atrás. Cuanto más la miraba, más parecía que el pasillo estaba indeciso respecto a su propia longitud. Alan cerró un ojo, luego el otro. Dio unos pasos hacia el pasillo. El cielo, surcado por nubes, comenzó a adquirir un tono café, y el marco de la ventana se difuminó.

Tres pasos más y la venta se convirtió en una imagen difusa, detrás de la que pudo ver con claridad varios metros más del suelo de madera, que terminaba en una pared revestida, con un retrato enmarcado y un pedestal bajo de madera, sobre el que se encontraba un artilugio tallado peculiar, como una esfera hecha de anillos. Y a un lado, había una abertura que llevaba a una escalera angosta hacia abajo.

–El marco es de madera de maple y proyecta una ilusión –explicó Edwin. Él y Violet también la atravesaron, aunque el hombre cerró los ojos para hacerlo.

Alan procedió a describir cómo la ilusión se había deshecho cuando se acercó.

–Pero no *sentí* nada. ¿Qué se supone que pretende ocultar? ¿La escalera o esto? –Se inclinó para observar el globo de anillos más de

cerca. Tenía el tamaño de un balón de fútbol, estaba emplazado sobre una base redonda sólida, y los anillos de madera, dispuestos en ángulos diferentes, tenían muescas y símbolos pequeños alrededor. Sobre la base había líneas de texto talladas.

–Ambos –respondió Violet. Movió una palanca y los anillos entrelazados comenzaron a rotar. Una tonada simple se elevó en el aire, como si el interior ocultara un instrumento con una voz vacía.

–Me agrada –dijo Alan. Y sintió una puñalada de injusticia. Si las cosas hubieran sido diferentes, ¿él habría tenido derecho a la magia, habría sido parte de *su* mundo? En su lugar, era una barrera ambulante, que no podía evitar repeler la magia, minimizarla.

La injusticia era parte del mundo, y Alan estaba acostumbrado a ella, pero aun así lo enfurecía en cada ocasión.

–Es un planetario –explicó Edwin–. La caja musical estaba descompuesta, pero Hettie Carroll ha venido a echarle un vistazo y solo necesitaba limpieza.

La melodía se elevó y Violet cantó con ella. Su voz, fuerte y entonada, pareció llenar el vacío en el corazón del planetario. Y Alan notó que estaba cantando las palabras escritas en la base.

–… naturaleza brillando como estrellas, para pagar la deuda al crepúsculo.

Entre la música se oyó el sonido de madera deslizándose contra madera en una ranura delicada. Alan se levantó y miró la escalera estrecha, antes oculta por una ilusión, que, de alguna manera, parecía más invitante. Más ancha. Mejor iluminada.

–Vamos –agregó Violet, poniéndole fin a su canción–. Ahora que sabemos que funcionas, podemos empezar a probarte en otras cosas.

–Un canario, listo para el servicio.

El planetario siguió tocando detrás de ellos mientras bajaban por la escalera. Era una tonada sencilla como una canción de cuna. Lo más probable era que al otro día Alan despertaría con esa melodía repitiéndose en su cabeza.

Estaba tenso, esperando cualquier tipo de tontería mágica (nadie *le decía* al canario lo que sucedería en la mina), pero la escalera se comportaba bien. Bajaba en espiral, iluminada por esferas de luz brillante colocadas en la pared como lámparas. Después de unos giros, se desenrolló y caminaron por un pasillo cerrado que terminaba en otra puerta. Esa no tenía manija.

Violet formó un hechizo, que cobró vida en su mano como líneas de hilo dorado. Lo enrolló en una bola brillante y luego tocó la puerta. El hechizo se liberó de su mano y se convirtió en un pomo para la puerta, que la maga giró para darles paso a la que llamó la "habitación espineta".

Era una habitación con más puertas.

Era pequeña, octagonal y sin ventanas; solo con otras cinco puertas sin manija además de la que habían pasado, todas hechas de maderas de diferentes colores. Estaba iluminada por varias lámparas de pie de cristal liso que emitían la misma luz demasiado limpia, como la magia de la escalera.

En el centro se encontraba la espineta. O eso asumió Alan. Parecía un piano de madera brillante que había tenido un problema de geometría y se había convertido en un triángulo descentrado. La tapa abierta le daba la desafortunada silueta de un ataúd. Las teclas eran negras, el panel justo encima de ellas estaba hecho de un bonito mosaico de maderas más claras y oscuras.

La mirada de Edwin, con una ansiedad apenas contenida, pasaba de la espineta a Alan, luego a las puertas y luego de vuelta a Alan, quien ahogó una risita.

–Adelante. Si no me cuentas todo sobre la madera, creo que explotarás.

Se hizo una pausa; tal vez se había sobrepasado. En su casa, eso sería equivalente a un saludo amigable, no a una verdadera burla, pero Edwin Courcey era… susceptible.

Sin embargo, el rostro del hombre se desfiguró en algo cercano a una sonrisa.

–Tienes razón. No tiene caso entrar en detalles, esta no es más que una estación de paso. Es el único camino que hemos encontrado hacia un par de habitaciones que nos han estado causando problemas. Pero todas las maderas de aquí tienen propiedades mágicas. –Señaló una de las puertas, de un hermoso tono rojizo–. Esa es jarrah, una especie de eucalipto tan duro y resistente que es usado para hacer caminos y que también *prolonga* el efecto de un hechizo. –Continuó describiendo las otras maderas. La puerta por la que habían entrado era de caoba, las demás eran de cedro, abeto, ébano y palisandro brasilero.

–¿Y esa? –Señaló la puerta de madera sosa al otro lado de la habitación, que Edwin no se había molestado en señalar.

–¿La espineta? Es de cerezo en mayor parte, pero la caja armónica es de pícea…

–No, la séptima puerta.

–No hay una séptima puerta –negó Violet, pero el rostro de Edwin ya estaba transformándose. En esa ocasión, su mano llegó a sujetar el brazo de Alan antes de que recordara los modales y la apartara.

–¿Puedes ver otra?

Alan fijó la vista en la puerta; no se nubló como la ilusión. Estaba allí, era indiscutible. Una puerta, sin duda.

–Eh, ¿sí?

Edwin lo imitó y negó con la cabeza, sorprendido.

–La divisé un instante. ¿Violet?

La joven tomó el taburete de la espineta, se sentó, acarició el teclado, pero no presionó ninguna tecla.

–Eso es –dijo al aire, luego observó el mismo punto que los demás–. Sí. –Se estremeció–. Es como intentar mirar una luz demasiado brillante, pero la vi, sé que está ahí.

–Mantén la casa en calma, intentaré estabilizarla.

El cordel de Edwin hizo su aparición. Intentó con dos o tres hechizos rápidos, pero no hicieron diferencia en los ojos entornados de Violet ni en su ceño fruncido de frustración. Por último, creó un patrón intrincado con el cordel que encendió entre sus manos una luz azul como agua arremolinada. Caminó despacio hacia la puerta escurridiza, y Alan lo siguió, dominado por la curiosidad.

Estaban a menos de dos metros de la puerta cuando el pavor comenzó a invadir a Alan. Recordó que en el desayuno, el primer día, Violet había dicho que no era un trabajo seguro, y *le creía*. Ser muy consciente de que debía ser útil para esos magos era lo único que impedía que volviera corriendo por la puerta de caoba. Pero el mago también se había detenido.

–Y tiene una protección –aseveró–. Maravilloso.

Tomó aire, sopló su hechizo y la magia azul voló como rocío al viento, se desplegó sobre la puerta y desapareció.

Para Alan, la puerta no cambió en absoluto, y el pavor seguía ahí. Pero el mago emitió un sonido satisfecho y aguzó la mirada.

–Tendré que mirar los planos, pero juraría que no hay espacio detrás. Una puerta a la nada.

–Justo allí escondería algo –afirmó Violet. Se levantó de la espineta, se acercó a Alan y se estremeció cuando la sensación de pavor, la protección, debió afectarla también.

Primero Edwin y después Violet intentaron hechizos para deshacerse de la barrera. Alan retrocedió para sentarse frente a la espineta, donde se sentía bien (algo hambriento) y los dejó trabajar.

–Esto no está funcionando. Dale a Alan esa cosa de cera –pidió Violet después de un tiempo–. Conocer la madera siempre ayuda, y tal vez él podría acercarse.

–*Holzprobierer* –murmuró Edwin, pero sacó el instrumento de su bolsillo y se lo entregó a Alan sin dudar. También tenía la pluma encantada y un anotador pequeño–. Lo único que tienes que hacer es poner la cera en contacto con la madera. No sé cómo haces lo que sea que hagas, pero… la visualización ayuda con la mayoría de la magia. Podrías… imaginar un escudo frente a ti. Algo que mantenga el mal a raya.

Un escudo. Alan apretó la mano libre en un puño mientras se acercaba a la puerta. Se había forzado a atravesar malos sentimientos antes. Preocupación agotadora y persistente. Hambre que lo carcomía, como la historia del ave que se afilaba el pico en la cima de una montaña. Ese día, tenía una buena dosis de miedo, rabia y culpa a punto de ebullición, burbujeando bajo la curiosidad.

Podría sobrevivir a eso también. Solo eran sensaciones, la magia jugando sus trucos.

Imaginar un escudo duplicó el esfuerzo que suponía caminar hacia la puerta, como si intentara caminar en contra de un vendaval con un paraguas abierto frente a él. Apretó los dientes y avanzó unos escasos centímetros. Empuja, *empuja*.

Recordó el azul arremolinado del hechizo de Edwin y el verde del agua helada de antes. El agua de una alcantarilla se acumula tras un bloqueo, pero es posible liberarla por goteo y despojarla de su fuerza.

Sintiéndose como un completo tonto, cerró el paraguas imaginario, dejó de imaginar una superficie protectora sólida y, en su lugar, dejó que las cosas *fluyeran*. El malestar se intensificó e intentó repelerlo, pero se resistió a ser obligado a nada. Era testarudo y un ladrón e iría a donde no lo quisieran.

Dio dos pasos temblorosos, con los brazos extendidos, y apoyó el *holzprobierer* en la madera.

Edwin pudo haber dicho algo, pero Alan no distinguió las palabras, pues una descarga de energía corrió por sus brazos y no pudo dirigirla, manejarla ni hacer nada. Sentía presión en el cráneo como si fuera un cojín con demasiado relleno. La siguiente inhalación fue una advertencia temible de que no quedaba espacio en él para aire.

Cayó al suelo con fuerza y se golpeó un codo contra el suelo. La mano cosquilleó, su visión se volvió borrosa y, santo Dios, la jaqueca.

El halo azul de Violet lo alcanzó primero en el hombro, y parte de la presión disminuyó de inmediato. Fue una sensación de alivio gloriosa, como si Violet estuviera extrayendo el malestar. Ella jadeó y retiró la mano. Alan quería sujetarla otra vez, pero no podía hacer que sus extremidades cooperaran.

–¿Qué es? –preguntó Edwin.

–No lo sé. Está emanando algo. Parece magia, pero no puedo usarla.

Alan ya no podía ver ni respirar. No se sorprendió cuando Edwin se acercó con el ceño fruncido y le llevó una mano decidida a la muñeca. Probablemente, Edwin Courcey saldría de una explosión ansioso por intentar lograrlo otra vez.

Como era de esperarse, él también jadeó. Sus dedos temblaron por el esfuerzo de resistir más que Violet, pero también los apartó.

–¿Cómo te sientes? –le preguntó a Alan.

Preocupación científica era mejor que nada. El joven logró sentarse.

–Está… calmándose. Cielos, creo que está casa no está impresionada conmigo. –No podía culparla.

Edwin le enseñó el anotador para que leyera la nueva palabra: "ROBLE".

–Eso explica por qué la protección es tan poderosa –dijo, aunque no lo explicaba en absoluto.

–¿Tienen algo para la jaqueca?

Violet asumió su papel de anfitriona y decidió que habían terminado con los experimentos, al menos hasta que comieran algo. Le ofreció un brazo a Alan, en un gesto de caballerosidad un tanto hilarante, pero él lo rechazó. Ya solo sentía una palpitación ligera detrás de los ojos, podía manejarlo.

La magia mundana del servicio doméstico hizo aparecer té, pastelillos y pasteles en uno de los salones. La doncella que lo llevó intercambió algunas palabras con Violet y miró a Alan con curiosidad. Él sintió una extraña punzada de decepción, como si

hubiera estado esperando atrapar a la joven maltratando a su personal, pues buscaba otra buena razón para mantener la distancia con esas personas, otro recordatorio. Percibió cómo su propio acento cambió al de Clerkenwell al agradecerle a la mujer, otro problema de pasar tiempo con ricachones: siempre tenía la necesidad de diferenciarse, de dejar en evidencia que estaba en el equipo inferior, aunque no lo estaba. Allí no. Estaba en su propio equipo.

Comió tres pastelillos con mucha mantequilla y bebió una taza de té con azúcar, a la que Violet le añadió algo que afirmó ayudaría con la jaqueca. Mientras tanto, Edwin leía sobre roble en la monografía de la señora Sutton y hacía teorías sobre lo que podrían hacer a continuación. Alan vio más paraguas desagradables en su futuro; esa puerta de roble sin duda ocultaba algo.

–¿Puedo llevar algunas porciones para los hijos de mi hermana? –le preguntó a Violet, en referencia a unos pasteles dorados con aroma a limón–. Nunca comen dulces tan buenos.

–¡Por supuesto! –Llamó a la doncella para que preparara *toda una canasta*, lo que a Alan le generó un cosquilleo inquieto por la similitud a un acto de caridad. Bien, ya había rebajado su orgullo y vergüenza al estar allí en primer lugar. Casa Spinet lo había castigado por fisgonear; aceptaría el pago por las molestias del día en forma de dulces para Emily y Tom.

El parloteo de Edwin, que se había convertido en la divagación de alguien que estaba resolviendo las cosas por sí mismo sin necesidad de contribuciones externas, fue interrumpido por campanadas melódicas, seguidas por la llegada de sir Robert y la señorita Morrissey. En esa oportunidad, Alan sabía de dónde habían llegado; Violet le había explicado que cuando se estaba construyendo Spinet,

la estación de metro cercana, Bayswater, también estaba en construcción. Los magos podían hacer toda clase de cosas en secreto, incluso un túnel que uniera un pasillo lateral de la estación con el sótano de Spinet, con ambos extremos escondidos y protegidos con magia.

–Ah, *pastel* –dijo la señorita Morrissey antes de lanzarse sobre la bandeja.

Se iluminó con el primer bocado de pastel de limón igual que Edwin lo había hecho cuando sir Robert había entrado en la habitación.

–Robin –comenzó Edwin–. ¿He olvidado alguna reunión?

–No, no. Pero la oficina recibió una carta que queríamos que vieras, cuanto antes mejor, y… tuve una visión.

La boca de Edwin se torció con preocupación, lo cual parecía extraño. Tener visiones era la gracia de sir Robert, por lo que Alan sabía.

–¿Cuándo?

–Hace unas dos horas, antes de la reunión con Knox. –Sir Robert se sentó junto a Edwin y se sirvió un pastelillo. Luego se dirigió a Alan–: No sé si alguien te ha contado esta parte, pero estoy bajo juramento de sangre de reportar mis visiones a la Asamblea, a cambio de que Walter Courcey me deje en paz a mí y a mi familia. Cuando tengo muchas visiones, puedo ser selectivo. Pero no había tenido ninguna en un tiempo, así que cuando llegó esta, fue la única que pude contarles.

–¿Qué has visto? –preguntó Edwin. La vacilación no le sentaba bien al afable rostro de sir Robert. Miró alrededor de la habitación.

–Esperaba que Maudie estuviera aquí. La vi a ella. Estaba en un cementerio, mirando una tumba.

Edwin se movió como si estuviera resistiendo el impulso de estirarse para tocarlo. Él y sir Robert intercambiaron una mirada cargada de inquietud. Alan se sintió incómodo una vez más, pues era un intruso en todo lo que estaba sucediendo allí.

Violet apoyó su taza de té en el plato con un ruido deliberado.

–¿Qué llevaba puesto Maud?

–¿Perdón? –Sir Robert apartó la mirada de Edwin–. Eh… Un abrigo. El celeste. Y su sombrero azul y blanco.

–Entonces, no estaba de luto –concluyó Violet.

Sir Robert se relajó y recordó el pastelillo que tenía en la mano. Fue el turno de Violet y de la señorita Morrissey de intercambiar una mirada.

–Y supongo que Knox no pensó en preguntarte sobre algo tan frívolo como su vestimenta, ¿verdad? –preguntó la señorita Morrissey–. Bien. Que asuman lo peor si quieren.

–Mencionaste una carta –señaló Edwin.

El hombre se limpió la mantequilla de los dedos antes de abrir su maletín y sacar un sobre estampado y abierto, que le entregó a Edwin.

Con el primer vistazo a la caligrafía, Edwin hizo una mueca de fastidio.

–¿Grimm?

–Lo sé. Léela –dijo la señorita Morrissey.

–En voz alta –enfatizó Violet. Edwin lo hizo.

Saben que si recibes un don lo menos que puedes hacer es no ser negligente con él.

Más de medio siglo de paz desde aquel pequeño enredo en el tapiz y ahora todo está MOVIÉNDOSE otra vez, los caminos están llenos como inundaciones, débiles como sequías. Se suponía que fueran los Líderes y están permitiendo que todo se vaya al demonio.

Pero es lo último, los dones del alba no ayudarán más allá del ocaso, necesitan sus propias estrellas para eso y todo lo que puedan conseguir de la Medianoche que se avecina, se los dije, la Canción se los dijo y ahora lo repito.

Por años y años han perdido de vista las estrellas por mirar sus propias manos, pero no sirve de nada formar hechizos sin Nada que poner en ellos.

Suyo,
el Grimm de Gloucester

P. D. Escuchen, llevé Mi propio ser y Mis huesos a esa iglesia en el norte y si USTEDES no saben dónde está la plata, ahora USTEDES tienen un problema y TODOS tenemos un problema. O pronto lo tendremos.

La voz de Edwin cambió al pronunciar la palabra "iglesia", y sus ojos estaban desorbitados cuando terminó de leer.

–Sí –dijo sir Robert con seriedad–. Hace a uno pensar que deberíamos prestar atención al resto de las cosas sin sentido, ¿no? Sabes que no tengo esperanzas de descifrarlo, pero…

Estaba sucediendo algo relevante y Alan no tenía idea de qué era. Recordaba que las mujeres del Club Forsythia habían escondido la

plata del último juramento en una iglesia al norte de Yorkshire, así que ¿alguien más sabía al respecto? ¿Y estaba escribiendo para informarlo?

–¿Estrellas? –dijo mirando a Violet.

–¿Qué? –preguntó Edwin.

–La canción de antes decía algo sobre eso. Estrellas y crepúsculo. El planetario.

–Sí. –Los ojos de Violet se ampliaron–. Es como una canción de cuna. Todos los magos de Inglaterra la conocen.

–El brillo extraordinario del hombre –dijo sir Robert–. Edwin, dijiste que era de… ¿Dumas?

–Dufay –respondió el mago en tono de profesor–. Alfred Dufay. "La canción se los dijo". Mierda, odio los acertijos.

–Claro que no –murmuró sir Robert.

Edwin, sin abandonar el escrutinio atento de la carta, le dio un golpe al dorso de la mano de sir Robert, de quien extrajo una sonrisa que él no notó.

–Esa posdata tiene más sentido que cualquier cosa que Grimm haya dicho hasta ahora –comentó la señorita Morrissey.

–Y el momento… –reflexionó Edwin–. ¿Cómo…? No puedo creer preguntar esto, pero ¿alguien en la oficina ha intentado responder? ¿Adelaide?

–El remitente tiene dirección, podemos intentarlo.

–O hacerle una visita. –Edwin parecía tan abatido como cuando Alan había revelado la séptima puerta–. ¿Cómo no lo vimos? Debí haber leído esas cartas desde un principio.

–Lo siento, pero antes de que nos adentremos en la madriguera, hay algo más. –Sir Robert tenía otro sobre en la mano, cerrado con

un sello púrpura redondo, y se lo entregó a Violet–. Estaba en el buzón de enlace de El Barril. Addy lo ha estado revisando a diario. Pero está dirigida a ti.

–Bueno, eso… establece un punto –dijo Violet.

–Sí. No creo que tenga sentido que finjan que no saben que todos estamos involucrados en esto –dedujo sir Robert.

La maga deslizó el dedo por el borde sellado para abrirlo. Emitió un sonido sorprendido cuando la cera morada se derritió de repente y formó un reguero oscuro que se enrrolló en su dedo como una enredadera y se deslizó hasta la parte posterior de su mano. Y luego ya no quedó cera, solo un brazalete intrincado alrededor de la muñeca de Violet, como una hebra tejida de cuero morado. Cuando la tocó, sus dedos resbalaron sobre su propia piel. No estaba tejida. Estaba escrita con magia.

–Mierda –exclamó Violet–. Más malditas runas

Un silencio tenso dominó la habitación mientras sus ojos recorrían la única página mecanografiada. Había adoptado una de sus máscaras teatrales, pero sus dedos apretaron el papel. Miró las marcas en su muñeca, luego levantó la vista hacia Edwin cuando terminó.

–Es una citación –reveló–. Para una audiencia en El Barril, mañana, para discutir los detalles del testamento de lady Enid. Supongo que los símbolos serán un recordatorio doloroso por si no me presento.

–Déjame ver –pidió Edwin. Tomó la carta y soltó una risa vacía y aguda–. Y está firmada por mi hermano Walt. Claro que sí.

La señorita Morrissey y sir Robert se asomaron por encima del hombro de Edwin mientras leía. Ella fue la primera en mirar hacia

arriba, con el ceño marcado de preocupación.

–No es solo una audiencia, Violet. Estábamos esperando su próximo intento de entrar en Spinet, y aquí está. Es un desafío legal directo a tu herencia.

El suelo emitió un crujido fuerte. Alan se estremeció. Una de las tablas del suelo se había despegado, astillado y quebrado por la mitad.

–*No* –gruñó Violet, y su voz también tenía astillas.





CAPÍTULO 8

Casa Spinet podría estar de acuerdo con Jack en que ya no era un mago, pero El Barril parecía estar del lado de Cheetham Hall en ese asunto, pues cruzó el umbral sin sentir la barrera ni necesitar un amuleto de admisión para los no magos, como Robin.

Jack no había estado en la sede de la Asamblea de Magia desde que era un niño, pero seguía igual que como la recordaba. El techo de plomo y cristal del vestíbulo principal, por el que caminaban las personas. Las puertas de roble, insertadas en sus marcos, dispersas por el suelo de mármol, que podían llevarlo a cualquier parte del edificio.

Se acercaba el mediodía y el vestíbulo no estaba muy concurrido. Su pequeño grupo –Robin, Edwin, Violet y él mismo– atraía miradas curiosas de los empleados de uniforme azul de El Barril.

O quizás fuera Violet, más que nada. Edwin había intentado animarla a vestirse de manera sobria, pero Violet Debenham no era el tipo de persona que trataba la formalidad como una armadura. Todo lo contrario. Estaba en modo heredera excéntrica absoluto: sus botas y su falda eran de un verde botella brillante, la falda estaba llena de bordados de hilo dorado y al menos dos avestruces estaban sufriendo frío al servicio de su ridículo sombrero. Estaba de pie con los guantes en la mano y una expresión en su rostro que, sin duda, había sido robada de algún personaje.

–¿Dónde está el tipo que has contratado para mí? –le preguntó a Jack, quien miró hacia el reloj en la pared lejana. El reloj de estaciones era un artilugio cuadrado de cristal de colores y madera de ébano, con un pequeño balcón a mitad de la cara. Dentro, había figuras de madera encantadas que salían y representaban varias escenas de la historia mágica: una diferente para cada hora.

Cuando lord Cheetham llevó a sus gemelos a El Barril para entregar el cabello tras su ceremonia de hebras, Elsie, encantada, había corrido por el suelo y se había elevado por la pared para investigar el reloj antes de que alguien pudiera detenerla. Jack recordó el pequeño alboroto, las disculpas profusas de su padre y la sonrisita triunfal en el rostro de Elsie más tarde ese día, mientras sacaba un zorro tallado de su bolsillo para mostrárselo. Fuera del reloj, nunca volvió a bailar, pero a ella no le importó.

–Le dije que llegara con quince minutos de antelación –respondió Jack. Violet asintió con la cabeza y empezó a desprenderse el sombrero. Jack miró a Robin y Edwin, que estaban sentados cerca el uno del otro en una de las bancas–. Ustedes dos vienen aquí todo el tiempo. Dejen de mirar como si esperaran francotiradores. No les pasará nada en El Barril. Es terreno neutral.

Eso era una verdad grabada en los huesos de los magos británicos. El Barril era seguro.

Robin, que no era mago, le lanzó a Jack una de sus miradas obstinadas, sello Blyth.

–Supongo que no le pasó *nada* a Reggie Gatling. Supongo que *nunca* le ha pasado nada a nadie a quien estos Cooper suyos tuvieran en la mira.

–No son… –comenzó Jack, pero notó la trampa demasiado tarde.

–No. Son los de tu primo George –espetó Robin.

Jack no tenía base para argumentar. Había tropezado con un bache y se había apoyado en una suposición. Lord Hawthorn, heredero de la familia Alston, nunca se había sentido inseguro en ningún lugar de Inglaterra; menos aún en El Barril. Pero sí sabía hasta dónde llegaban los poderes de los Cooper. Y sabía lo que le había pasado a Reggie Gatling y lo peligrosos que podían ser George, Morris y los demás, con o sin el apoyo de la Asamblea.

Y cuando dejó que sus pensamientos se detuvieran en George Bastoke más tiempo que los segundos habituales, en lugar de apartarlos como si lo quemaran, *sí* sintió algo cercano al miedo. Sabía a sangre y carbón en su boca.

No era real. Un amarre de silencio no podía reaccionar a los pensamientos. Pero los cuerpos no siempre seguían las reglas.

La manija de bronce de una puerta cercana brilló y se abrió para revelar a un hombre joven, de hombros anchos, pecas y rizos rubios. Llevaba traje oscuro como la mayoría de los oficinistas, un maletín en una mano y dos libros gruesos en la otra, y pareció apenado mientras cerraba la puerta con un dedo y se apresuraba hacia ellos.

–Lo siento, llego tarde. ¿Usted es la señorita Debenham? Y… *¿Robin?*

Robin pareció haber recibido un golpe. Miró a Edwin, luego volvió a mirar al recién llegado.

–¿Arthur?

–¿Cómo…? ¿Qué...? ¿Cómo demonios no supe que eras un mago? –Arthur Manning, hijo del Honorable Pete Manning, se sonrojó de forma visible.

–No lo soy –admitió Robin–. Es una larga historia. –Esta vez, su mirada a Edwin fue bastante desesperada–. Edwin, Manning y yo fuimos a Cambridge juntos.

–Sí. Eh… ¿Qué tal? –Aunque le hablaba Edwin, la mirada de Manning seguía posada en Robin, como si el sol estuviera saliendo y poniéndose en su rostro. Jack nunca en su vida había sentido el más mínimo impulso de acostarse con Robin Blyth, pero eso fue suficiente para que, por un momento, se preguntara si se estaba perdiendo de algo.

Edwin no respondió al saludo de Manning. Sus ojos se entrecerraron.

–¿Su nombre es Arthur Manning? ¿A. Manning? ¿Escribió una tesis sobre ilusiones visuales hace unos años?

–Eh… –Manning no parecía muy seguro de su respuesta–. ¿Sí?

Las siguientes frases comenzaron con sentido, pero pronto comenzó a entrar en extremo detalle sobre minucias, excesivo incluso para Edwin. Robin abrió la boca, pero la cerró de nuevo.

Manning abrazaba los libros contra su pecho como si pudieran salvarlo. Finalmente logró interrumpir a Edwin.

–¡Deténgase! Yo… No la escribí yo. Fue mi hermana. Abigail. Pero no se lo puede contar a nadie. Nuestros padres no aprueban que ella ande jugueteando con hechizos.

–Bueno –espetó Edwin con desdén–. Puede decirle que está mal argumentada y le falta profundidad.

–¡Estoy seguro de que es mucho mejor que cualquier cosa que yo pudiera hacer! –explotó Manning–. ¡Y no ha recibido entrenamiento!

–Edwin –dijo Jack–. Estás perdiendo el tiempo. Discúlpate.

Eso era lo más divertido que había ocurrido en semanas: un Edwin Courcey celoso, intentando usar una especie de veneno académico de segunda mano contra alguien que se había acostado con su pareja. Por lo general, Jack hubiera disfrutado del espectáculo y luego se hubiera burlado de Edwin por ello, pero necesitaban a Manning. Provocarlo no los ayudaría. Edwin miró a Jack con furia, pero expresó una disculpa poco entusiasta, que Manning aceptó con alivio.

–Lord Hawthorn. Mi padre le envía sus saludos.

–¿Cómo está, Manning? –preguntó Jack–. Escuché que es oportuno felicitarlo por su compromiso. Esta es la señorita Violet Debenham. Violet, Manning será tu *dicentis.*

–Haré lo mejor que pueda. No quiero que piense que estoy lleno de experiencia.

–Mientras no me diga que es su primer día en el trabajo, tomaré cualquier ayuda que pueda conseguir –respondió Violet.

–Eh… ¿El tercero?

–¿Tercer día? –dijo Edwin, que se había relajado un poco con la palabra "compromiso".

–Tercera vez que me desempeño como *dicentis* para alguien. Entonces…, ¿sí?

–No está vinculado a la Asamblea –les informó Jack–. No se sabe a quién le asignarían a Violet de otro modo o si le concederían un *dicentis* en absoluto. Estoy seguro de que lo hará muy bien –añadió para Manning, haciendo énfasis en las palabras.

Manning lanzó otra mirada incierta alrededor del grupo, pero asintió.

–Podemos usar una de las oficinas preparatorias. Síganme.

Dejó su maletín y libros sobre la mesa para luego dibujar una runa plateada en la puerta más cercana.

–Roble –murmuró Edwin hacia Violet.

–*Runas* –respondió ella.

Eso se traducía en que llamarían a Jack para que ayudara en la siguiente parte de su investigación de Casa Spinet.

La runa brilló, Manning abrió la puerta y los invitó a una habitación de tamaño modesto en uno de los pisos superiores del edificio, a juzgar por la vista desde la pequeña ventana. Todos se ubicaron alrededor de la mesa.

Violet no tenía una copia del testamento de lady Enid, pero sacó una carta dirigida a ella, en la que lady Enid confirmaba que le dejaba su herencia y que podía hacer lo que quisiera con ella. Reflejaba una gran personalidad en pocas líneas.

–La firmó con su nombre de casada, "señora James Taverner". ¿Eso era habitual en ella? ¿Tiene alguna otra carta suya?

–No. Supongo que si revisáramos la casa… ¿Por qué? ¿Cree que alguien podría argumentar que es falsa?

–No lo sé –respondió el hombre–. Si lo que dice aquí sobre cera y runas en el testamento es correcto, todo parece irrefutable. Y menciona la posibilidad de que alguien intente cuestionar el testamento. Mmm. Podría argumentarse a favor o en contra. Sería conveniente que guardara esta carta si usted la *falsificó*.

–¡No lo hice! –sentenció Violet.

–O si usted le pidió que la escribiera, además del testamento, bajo amenaza o coerción –agregó Manning y se encogió ante la expresión cada vez más enfurecida de Violet–. No la estoy acusando de nada, solo intento anticipar de qué podría tratarse todo esto. Es difícil

cuestionar la herencia mágica, pero aún están en juego algunos aspectos de la ley mundana.

–Tiene razón –afirmó Edwin de forma inesperada.

Ninguno de ellos había sido llamado a una audiencia en la Librería antes, así que Manning les dio una explicación rápida de los procedimientos básicos. Quince minutos pasados de la hora, un empleado de El Barril llamó a la puerta y le informó a Violet que estaban listos.

–Me acompañará mi equipo legal –se apresuró a anunciar ella.

Jack esperaba que les negaran la entrada a él, a Robin y a Edwin, pero el empleado se encogió de hombros y los instó a avanzar por el corredor. Pasaron por una serie de puertas corrientes, más altas y anchas que las del vestíbulo. La habitación a la que llegaron era circular y sin ventanas, tenía un estrado con una banca larga, detrás de la que aguardaban tres hombres, y dos escritorios amplios con algunas sillas de frente al estrado. Había dos hombres en el escritorio de la izquierda, ambos con las cabezas inclinadas sobre una carpeta.

Las paredes eran de color amarillo pálido, iluminadas por gran cantidad de luces en portadores de cristal sobre soportes de pared, y el techo era el cielo nocturno. Y no era una simple pintura. Sobre sus cabezas se extendía una oscuridad suave y profunda, en la que brillaba una sola constelación gigante, que ocupaba todo el espacio circular.

–Esperaba que hubiera libros –señaló Violet–. Creí que dijeron que era la Librería.

–Lo es –dijeron Manning y Edwin al unísono.

–La constelación es Libra –continuó Edwin–. Su símbolo es una balanza, que representa la justicia. Las estrellas se llaman "*librae*", el nombre mutó con el tiempo.

–Espero que no estemos robándoles tiempo de hacer nada más importante –dijo Walter Courcey.

Edwin giró la cabeza como si la jalaran con un cordel, y Robin le llevó una mano tranquilizadora a la cintura. Violet lo miraba con curiosidad, pues nunca había conocido a Walter. Y había pasado mucho tiempo desde que Jack lo había visto por última vez. Irónicamente, el tiempo había aumentado el parecido entre los hermanos Courcey. Walter, uno de los dos hombres de la izquierda, parecía una versión de Edwin dibujada con mayor confianza.

–Courcey –dijo Robin con total neutralidad.

–Blyth –sonrió Walter–. No es que la Asamblea *no disfrute* de ver a su adivinador estrella, pero no recuerdo haber visto su nombre en la lista de convocados. Tampoco el tuyo, Win.

–Ni el mío –agregó Jack antes de que Edwin cometiera el error de reaccionar y llevó a su grupo al escritorio vacío–. Pero aquí estamos. Parece algo apurado, Courcey. ¿Por qué no pasamos a los negocios?

Walter se apartó del escritorio para ubicarse en el centro de la habitación y les hizo una señal cortés a los hombres en el estrado.

–Señorita Violet Debenham –anunció.

Violet levantó la mano según indicación de Manning. El brazalete de runas volvió a fusionarse con el disco de cera púrpura que dejó en el escritorio frente a ella.

–Gracias por responder a la citación. Como asesor superior de la Asamblea, dirigiré esta audiencia frente a los miembros de la Asamblea Cowling y Singh y el viceministro Prest.

Jack conocía dos de los nombres. Bertrand Cowling era de la misma generación anquilosada que la mitad de la Cámara de los Lores: un hombre delgado, de barba blanca, el ceño siempre fruncido y gafas pequeñas de vidrios gruesos.

No conocía a Singh, pero el hombre intercambió gestos de reconocimiento con Edwin. Parecía más joven que los otros, con rasgos fuertes bajo un turbante rojo oscuro y una espesa barba sin ni un atisbo de canas.

–Lord Hawthorn –dijo Richard Prest, mirando a Jack con un dejo presuntuoso–. Qué grata sorpresa. Creí que ya no se involucraba en asuntos mágicos.

La madre de Jack lo había puesto al día con la política de la Asamblea durante su visita a Cheetham Hall. Prest era un conocido de lord Cheetham, aunque no un amigo cercano. Había servido dos mandatos como viceministro y esperaba ser elegido primer ministro en las próximas elecciones, ya que el titular del cargo estaba viejo y enfermo como para haberse retirado, si no fuera porque era un año electoral. Era evidente que Prest pretendía evaluar si Jack seguía siendo un Alston influyente o si su estatus de oveja negra hacía seguro enfrentarse a él.

–Hago excepciones –respondió Jack con tono relajado. Que el hombre interpretara eso como quisiera.

–Y ambos lados tienen un mago que se presenta como *dicentis* –dijo Walter.

Manning hizo una pequeña reverencia, al igual que el último hombre en la sala, que se encontraba solo detrás del segundo escritorio. Era un hombre de mediana edad, con el centro de la

cabeza calvo en medio del cabello oscuro ralo, y no dejaba de revolver sus papeles.

–¿Hay dos lados? –preguntó Violet, cuya impasividad ante la sala llena de hombres era impresionante u obra de una actuación excelente. La línea entre ambas opciones solía ser poco clara con Violet. Manning le jaló la manga, instándola a que se sentara, pero ella lo apartó–. Veo otro *dicentis* allí, pero no sé *a quién* representa –añadió.

–El señor Evers representa a una parte involucrada cuya identidad no es necesario revelar en esta audiencia inicial –informó Walter.

–Sí, claro –soltó Robin, indignado. Singh frunció ligeramente el ceño. Y Edwin arrastró a Robin a una silla, con más éxito que Manning a Violet.

Solo había cuatro sillas para cada escritorio, así que Jack permaneció de pie, con la intención de dar a entender que no estaba habituado a llevar su propio mobiliario. Prest se aclaró la garganta como señal hacia Evers, quien se apresuró a llevarle una de las sillas libres de su lado.

Jack se sentó. Violet susurró:

–Bravo.

–¿Quién es ese hombre indio? –le preguntó Jack a Edwin en un murmullo.

–Es el cuñado de Adelaide, el esposo de su hermana Catherine. Manraj Singh. Lo he visto un par de veces.

–Se ofreció para el panel –informó Manning–. Por eso llegué tarde, señorita Debenham, estaba tratando de averiguar quién estaría presente. En general, los miembros de la Asamblea tienen que ser arrastrados a audiencias como esta por sorteo. Y la señora Kaur…

–Si pudiéramos comenzar, Courcey –dijo Prest en voz alta–. Entiendo que esto es un asunto de herencia.

Walter Courcey informó a la sala que se había puesto en duda la herencia de la señorita Violet Debenham sobre la propiedad de la difunta señora Taverner, lady Enid Blackwood. El señor Evers presentó el testamento en cuestión, que fue entregado al panel. Violet permitió que Manning les entregara también su carta, y los miembros de la Asamblea examinaron los documentos durante unos minutos.

–Todo parece estar en orden –comenzó Cowling–. ¿Cuál es el problema?

–Existen razones para creer que esta es una versión *antigua* del testamento de lady Enid y que existe una más reciente –respondió Evers–. Con otros beneficiarios. Verá que tanto el testamento como la carta datan de varios años atrás –agregó sobre el resoplido de furia de Violet y el repentino ojeo del libro de Manning.

–¿Razones para creer? ¿Cuáles? –exigió Manning.

–Conversaciones de la difunta con otros miembros de la familia. Entre ellos, la persona a la que represento.

–Tía Caroline, ¿verdad? Después de… –Violet le lanzó una mirada enfurecida a Walter, pero dejó de hablar. Les había dado una suma generosa a su tía Caroline Blackwood y a su primo Clarence con la condición de que él dejara de cooperar con Walter, quien lo había presionado para que le sacara información sobre la daga.

–No estoy aquí para brindar evidencia en esta oportunidad –continuó Evers–. Solo para presentar la intención de objetar su derecho.

–Si no tiene pruebas que presentar hoy, ¿por qué se ha convocado esta audiencia? –preguntó Singh, con una voz profunda y fluida y un acento fuerte.

–Muy simple. –Evers le lanzó una mirada a Walter como si buscara seguridad. No era de extrañar que Violet estuviera malhumorada; estaba familiarizada con el teatro como para reconocer que esa era una obra, y que Walter Courcey era el coreógrafo. La única pregunta era qué pretendía lograr con ello. Evers continuó–: Propongo que la señorita Debenham abandone la propiedad conocida como Casa Spinet mientras su herencia se encuentre bajo investigación.

–Ahí lo tienes –murmuró Robin.

Ahí estaba. Manning, que estaba llegando a conocer a su representada, extendió una mano para evitar el próximo estallido de ira de Violet.

–Es ridículo. ¿Proponen echarla a la calle?

–La señorita Debenham es rica en amigos –afirmó Walter con voz suave y le lanzó una mirada significativa al escritorio abarrotado del grupo–. Estoy seguro de que le ofrecerán hospitalidad mientras se resuelve este asunto.

–Lo más importante –intervino Evers–, es que esto permitirá que una parte neutral registre la casa en busca de un testamento más reciente, si es que existe. Estoy seguro de que estarán de acuerdo en que no se le puede confiar a la señorita Debenham la tarea de encontrarlo. Sería de su interés destruirlo si lo hallara.

Edwin parecía casi enfermo al mirar a Walter. Incluso a Jack le dio un vuelco el estómago. Se levantó y esperó a que reinara el silencio.

–Esto es una farsa –sentenció, estableciendo contacto visual con Prest–. ¿Por qué la señora Enid no hubiera dejado su testamento

más reciente en manos de sus abogados y ordenado la destrucción de las versiones previas?

–No estaba en poder de los abogados –intervino Evers–. Se encontró en… un cajón de su escritorio, después de su muerte. – Había notado la trampa de Jack, pero no podía hacer nada al respecto.

–Una práctica muy habitual en propiedades mágicas como Spinet –comentó Edwin enseguida–. Y el argumento sobre la versión más reciente sigue siendo válido. La casa proporcionaría el testamento correcto.

–Tiene un equipo legal *muy activo*, señorita Debenham –dijo Walter, su voz se agudizó–. ¿Niega que en este momento esté buscando algo en Casa Spinet?

Manning parecía desconcertado y, en esa ocasión, no logró detener a Violet. Ella estalló.

–Si tan ansioso está por espiarnos, creo que ya sabrá lo *poco amistosa* que puede ser Casa Spinet.

Jack recordó con mal sabor en la boca el armario en esa habitación de arriba y el sonido de carne desgarrada.

–¿Está haciendo amenazas, señorita Debenham? –preguntó Walter.

Eso inspiró miradas desaprobatorias del panel, y Violet tuvo suficiente sentido común como para no abrir la boca otra vez. Pero…

–Creo que todo carece de sentido –soltó Robin. Tenía la capacidad de captar la atención cuando lo deseaba. Estaba de pie, ofreciendo al panel una de sus sonrisas cautivadoras y apaciguadoras–. Así es como lo veo. Sabemos que la Asamblea de Magia ha dado su bendición para la búsqueda del último juramento. Así que, o todos

aquí están al tanto de lo que estamos buscando en Casa Spinet o no lo están, y Courcey está valiéndose de todas estas mentiras a medias y dobles sentidos para hacer que la señorita Debenham parezca poco confiable. Cuando es *él* quien quiere usar este juramento para robar magia de todos los magos que pueda.

Lo que podría haber sido un silencio resonante se vio interrumpido por un ataque de tos seca de Cowling. Las cejas de Singh se elevaron hasta el turbante.

–Qué más da –dijo Violet.

Edwin miró a Robin como si estuviera hablando en otro idioma. Manning, de modo comprensible, parecía perdido.

Fue una jugada audaz, característica; Robin era directo hasta el punto de ser implacable, y tanto él como su hermana creían en sacar las cosas a la luz. Pero Jack no sabía si era la jugada correcta para esta situación.

–Estamos al tanto de esta… propuesta en relación con el último juramento –dijo Prest con rigidez–. No sabía que la noticia se hubiera difundido.

–Es el proyecto predilecto de George Bastoke –espetó Robin–. Y también del Courcey aquí presente. Y apuesto a que no le están informando a la Asamblea lo que han estado haciendo en su nombre.

Como si uno o ambos nombres hubieran sido una señal, Walter se aclaró la garganta y volvió al centro de la sala. No parecía enojado ni alterado.

–No es necesario hacer tanto drama –dijo–. Como señaló el viceministro, la búsqueda del último juramento fue respaldada por la Asamblea. Es un legado vital de la magia británica y fue robado por

un grupo de mujeres que no sabía lo que hacía. Por supuesto, estamos haciendo todo lo posible para recuperarlo. –Miró directo a Edwin–. Tal vez sir Robert no pretendía mencionar que he tenido que intervenir en persona cuando mi hermano intentó quedarse con la moneda del contrato. Y aun así logró heredar una propiedad mágica por sus esfuerzos. Tal como la señorita Debenham dice haberlo hecho. *Qué conveniente*.

Edwin había perdido algo de color bajo la mirada directa de su hermano y no tenía mucho que perder. Esa batalla se estaba torciendo en la dirección equivocada, como suelen hacerlo las batallas cuando dos bandos siguen propósitos diferentes. Los nervios de Jack lo sabían. Sus sienes y la parte posterior de su cuello comenzaban a tensarse.

Era notorio que el *dicentis* de Violet tenía una sensación similar, pues su compostura dio paso a un pánico absoluto. Tembloroso, presionó los libros contra su pecho y dijo:

–Lo siento, yo… no sé… Un momento… –Y salió corriendo hacia las puertas dobles.

–*¡Manning!* –gritó Jack, pero no tuvo respuesta.

Una sonrisa incrédula atravesó el rostro de Walter Courcey. Los miembros de la Asamblea parecían desconcertados. Evers lucía como si quisiera seguir a Manning fuera de la sala.

–Courcey –exigió Cowling–. ¿Qué diablos está pasando?

Walter suspiró.

–Tenemos razones para creer que la señorita Debenham ha heredado la daga del último juramento junto con el resto de la propiedad de lady Enid. Si es que estos objetos pueden considerarse propiedad privada.

Edwin resopló por lo bajo. Tan pronto como Walter continuó, Jack comprendió por qué.

–De hecho, se me ocurre que, aunque se confirme que Casa Spinet y todo en ella es suyo de forma legal, la señorita Debenham debería estar obligada a entregar la daga. Junto, por supuesto, con cualquier otra pieza del juramento que pueda poseer en este momento.

–¿Cualquier otra…? –Prest frunció el ceño hacia Violet.

–Decídase, señor Courcey –dijo ella al recuperar la compostura–. ¿Estoy en posesión ilegal de una herencia privada o estoy reteniendo propiedad pública? Parece ser lo que a usted le convenga.

La arruga en el ceño de Singh también se había profundizado.

–En efecto. Courcey, si el objetivo de esto es una audiencia de herencia…

–Tienes razón –lo interrumpió Walter–. Nos hemos desviado del tema. Pero no puedo permitir que estas acusaciones enturbien las aguas. Les aseguro a todos que estamos lejos de saber cómo utilizar el último juramento para reunir el poder de muchos magos. Lo cual, les recuerdo, es un *objetivo importante*. No sabemos con precisión qué clase de oscuridad acecha en el horizonte a los magos de Gran Bretaña, pero sí sabemos que todos debemos trabajar por el bien común, no acaparando las llaves del poder de forma egoísta.

–¿Egoísta? –replicó Robin–. Usted y Bastoke son quienes se han convertido en asesinos en nombre del poder, Courcey. Ustedes intentaron *matar a Edwin*.

Perdió la compostura por completo, ahogado por el odio que desbordó como bilis, y fue evidente que tuvo efecto en el panel.

Sonaba desesperado y se veía inestable. Era injusto y tenía derecho a sentirse de ese modo, pero no era esa clase de batalla.

Walter dejó que las emociones desbordadas de Robin se expandieran como orín de cachorro sobre la alfombra. Mientras tanto, Jack presionó los labios e intentó pensar, pero Edwin se puso de pie con tanta fuerza que hizo chirriar la silla y marchó para confrontar a su hermano, frente a frente.

Fue un acto muy valiente, que estaba seguro de que empeoraría las cosas.

–Golpéame –exigió Edwin.

–¿Disculpa? –Walter soltó una risotada incrédula.

–Mierda, mierda, *mierda* –murmuró Robin.

–Adelante, tienes mi consentimiento. Levanta una mano e intenta golpearme. Que vean que *no puedes*, pues estás bajo juramento de sangre. El mismo por el que la Asamblea tiene acceso a las visiones de Robin por empezar.

Walter cruzó miradas con Prest y luego miró a Edwin, en cuyo rostro se reflejaba el dolor del pasado. Y Walter, al igual que Jack, siempre había disfrutado saber cuándo presionar. Sintió una punzada de autodesprecio. Odiaba a Walter Courcey y siempre lo había hecho.

–No seas absurdo. Eres mi hermano, Edwin –dijo Walter con amabilidad–. ¿Por qué querría golpearte? ¿Por qué tendría que hacer un juramento de sangre de *no* golpearte? Somos familia. La sangre de nuestros padres está en el suelo de Penhallick, eso significa algo para mí, aunque para ti no.

Eso era más que presionar una herida, era clavar un puñal.

–Robin, *contrólate* –rugió Jack sin necesidad de mirarlo.

–Estás evadiendo el asunto –sentenció Edwin en un susurro cortante.

–Pero tal vez no signifique nada –continuó Walter–. Has tenido que poner tus manos en otra propiedad, al igual que la señorita Debenham.

Era como la historia de Oscar Wilde sobre una pintura: Walter Courcey se mostraba tranquilo y racional y ocultaba su maldad frente a Edwin, mientras que Edwin luchaba por controlarse frente al hermano que lo había torturado durante toda su infancia.

–*Detente* –siseó–. Declara bajo un hechizo de la verdad que tu proyecto no ha derivado en secuestro, tortura y homicidio.

–No existe tal cosa como un hechizo de la verdad –replicó Walter, e incluso Jack se sintió tentado a resoplar ante eso. El propio Walter había usado un hechizo de la verdad con Edwin cuando buscaba la moneda.

Edwin parecía hervir de indignación y levantó las manos para formar un hechizo, aun sin cordel. La reacción del panel fue inmediata.

–¡*Nada* de magia no autorizada en la Librería! –sentenció Prest–. ¡Tenga respeto por esta institución, jovencito!

Jack estaba pensando en sacarlos a todos de allí antes de que pudieran hacer más daño (al diablo con el respeto), cuando la única persona que había escapado del fiasco hizo una reaparición abrupta. Se oyeron pasos superpuestos detrás de ellos cuando Arthur Manning reingresó acompañado de otra persona.

–*¿Kitty?* –preguntó Edwin.

Acompañando a Manning, estaba una de las mujeres más amorosas que Jack hubiera conocido, con cabellera negro azulada

abundante, piel morena resplandeciente y un perfil elegante, con unas hojas de papel amarillento en las manos.

También estaba extremada y visiblemente embarazada.

Incluso él, que en general estaba a favor de tirar las convenciones por la ventana, sintió una punzada de desconcierto. No se solía ver a mujeres fuera de la casa cuando ya estaban tan avanzadas en el embarazo. Cowling se había puesto rojo; el rostro completo de Prest se había arrugado en una expresión de profundo malestar, y parecía incapaz de enfocar la mirada en la recién llegada.

–Eh… –titubeó Cowling–. Este no es lugar apropiado, estimada señora…

–¿Catherine? –dijo Singh en tono interrogativo.

–Buenas tardes, cariño –respondió Catherine Kaur–. Señores de la Asamblea. Evers. –Una leve pausa, como si fuera intencionada–. Courcey.

Edwin logró dejar de mirar a la señora Kaur y volvió al escritorio de prisa. Manning se unió a ellos.

–Iba a decírselos –murmuró–. La señora Kaur prácticamente me entrenó. Nunca se le ha permitido actuar como *dicentis*, pero ha trabajado mucho con los Cooper. Conoce algunas partes del derecho mágico mejor que nadie. Había oído hablar de la audiencia y buscó los papeles sobre la ley de herencias para mí. Pensé que podría seguir en El Barril y… –Hizo un gesto vago hacia donde la señora Kaur se desplazaba lento hacia el estrado–. Y lo estaba. Lo está.

Y ella podría haber incitado a su marido a ofrecerse como miembro del panel para que al menos hubiera un rostro semiamigable. O al menos uno que no estuviera contra ellos.

La señora Kaur se disculpó por la intrusión y, de algún modo, logró dar la impresión de que Arthur Manning *no* se había escondido detrás de las faldas de su profesora, sino que la había convocado como asistente de investigación. Luego desplegó sus papeles y presentó un resumen conciso de un caso debatido en la Librería hacía unos cuarenta años, en el que una propiedad mágica en Wiltshire había sido el objeto de una tediosa disputa por una herencia. La resolución incluía una nota breve que daba cuenta de que a los residentes, entre ellos algunos de los disputantes, se les había permitido permanecer en la propiedad durante los casi seis meses que había tardado la resolución del caso. Enfatizó todo el relato con alguna que otra mueca o mano en la parte baja de la espalda. Jack quería invitar a todo el Parlamento a entrar en esta sala para aprender de su ejemplo.

No sabía mucho sobre Catherine Kaur. Ella había trabajado con los Cooper, luego había dejado de trabajar con ellos y había cambiado a un puesto diferente, en una parte distinta de El Barril. Se preguntaba por qué y si había coincidido con el momento en que su primo George había asumido el control. Los Cooper no eran un ejército, pero estaban bastante cerca de serlo, y Jack sabía cómo funcionaban los ejércitos. Primero se cometían atrocidades y luego se legitimaban, si los altos mandos se veían obligados a reconocerlas en algún momento. Tal vez Prest y la Asamblea no sabían lo que George había estado haciendo en su nombre, pero Jack estaba bastante seguro de que preferían que así fuera.

Walter Courcey parecía furioso durante el discurso de la señora Kaur, pero no presionó a Evers cuando balbuceó.

–Bueno, en ese caso, no hay objeciones a que la señorita Debenham permanezca en la residencia, aunque la disputa podría continuar. Deberé discutirlo con mi cliente…

–Sí, sí –lo interrumpió Prest con impaciencia y una mirada desaprobatoria hacia Violet–. Debo decir que algunas de las acusaciones realizadas hoy han sido inquietantes, señorita Debenham. Muy inquietantes. Pero no puedo discutir si existen precedentes para el caso. ¿Singh? ¿Cowling?

Los demás miembros de la Asamblea coincidieron en que la expulsión de Violet de la casa era innecesaria. Cowling también estaba frunciéndole el ceño a Violet como si sospechara de mal comportamiento de su parte, pero no hubiera podido atraparla con la mano en el acto.

–Pueden retirarse –espetó Walter en tono tajante. Pasó muy cerca del escritorio del grupo al salir de la sala, lo más probable que para intimidar a Edwin aún más, y Jack deseó que hubiera sido un mal día para su pierna, pues de haber tenido su bastón, podría haber hecho tropezar a ese maldito.

–Gracias, señor Manning –dijo Violet–. Dudo que esto fuera lo que esperaba de su tercera vez como *dicentis*.

–No exactamente, no –respondió el hombre–. Si he de actuar por usted otra vez, señorita Debenham –agregó, con una repentina chispa de personalidad–, espero que piense en ponerme al tanto del contexto pertinente.

–Se trata de lo que es seguro saber –intervino Jack.

Manning miró hacia las puertas por las que Walter había desaparecido, hizo un gesto extraño y se despidió de ellos. Después

de todo eso, los pormenores no mágicos de la corte de seguro serían un alivio.

–Creo que yo también me valdré de la seguridad de la ignorancia –agregó la señora Kaur–. Pueden hacer que Addy me ponga al tanto de todo lo que crean que debería saber.

–Gracias, Kitty –dijo Robin–. No quiero sonar malagradecido, pero ¿estás segura de que deberías estar…? –Se sonrojó, avergonzado ante la mirada prolongada de la señora Kaur.

–Estoy embarazada, Robin, no estoy enferma. Encantada de poder ayudar, señorita Debenham. Edwin, me debes una carta sobre ese libro que te presté. –Tras una sonrisa a su esposo en el estrado, la señora Kaur se marchó.

Los demás volvieron a instalarse en la oficina preparatoria, donde Violet lanzó un hechizo para amortiguar el sonido, y Edwin añadió una ilusión auditiva de conversación indistinta. Nadie preguntó si las precauciones eran necesarias. La mano de Edwin tembló mientras creaba una figura extraña con una sola mano para la ilusión, pero no recurrió al cordel.

–Bueno –comenzó Violet, antes de desplomarse en una de las pocas sillas, con la falda abultada–. ¿Alguien más notó que todo aquello fue armado? No solo que tía Caroline intentara poner sus manos en el botín.

–Puede que ni siquiera hayan hablado con tus parientes –arriesgó Jack–. No necesitaban a alguien que cuestionara la herencia, solo a Evers.

–A Evers leyendo el guion de Walter Courcey –agregó Violet.

–No es que Walt dudara de hablar por sí mismo –señaló Edwin–. "Una oscuridad que acecha en el horizonte". Está seguro de que algo

se avecina, lo dijo cuando estuvimos en Sutton el año pasado. Billy Byatt también lo dijo.

–La crisis es una excelente justificación para acaparar el poder –señaló Jack.

Edwin negó con la cabeza. Tenía esa expresión nerviosa, señal de que estaba conectando ideas y a punto de encontrar un patrón.

–Estaba en la carta de Grimm. "La oscuridad que se avecina". Eso es más que una justificación falsa, ¿no? Robin, ¿has…?

–Sabes lo que he visto –lo interrumpió. La forma en que miraba a Edwin reflejaba temor, y su compañero se estremeció.

–Sí, no. De acuerdo. No… No es muy relevante para la magia británica en conjunto. Pero desearía saber qué quería decir Grimm, sobre eso y sobre el último juramento en sí. Y, ahora, la canción de Dufay también encaja.

–Sumémoslo a la lista –dijo Violet, irritada–. ¿La enumero? Aún no sabemos cómo encontrar la daga de lady Enid ni si la Asamblea nos la arrebatará cuando lo hagamos. No sabemos qué clase de hechizo o ritual planea realizar la gente de Bastoke una vez que tenga el juramento completo. Ni siquiera hemos pensado cómo esconder estos elementos o cómo evitar que se les dé un mal uso si reunimos los tres.

Concluyó con un silencio depresivo, al mejor estilo shakespeariano de Violet.

Jack se aclaró la garganta. Ese era un momento tan bueno como cualquiera para revelarles sus sospechas sobre la gala del equinoccio en Cheetham Hall y el plan de George de usar la reunión de magos para absorber poder, así que eso hizo.

–Y si esperaban pedir ayuda oficial en algún momento, hoy ha sido una buena demostración de cómo podría resultar –concluyó–. Ahora todos somos considerados mentirosos, agitadores y, lo más probable, ladrones también.

Otro silencio, que esta vez fue roto por Robin.

–Gracias, Hawthorn. Siempre podemos contar con que nos animes.





CAPÍTULO 9

Dos días después, Alan volvió a Casa Spinet. Apareció por la tarde, después de haberle dicho al subeditor que saldría a buscar detalles para una historia que aparecería en la edición del sábado.

De hecho, la historia ya estaba lista. Se había pasado los dos últimos días trabajando a la luz de las velas hasta altas horas de la noche, lo que había compensado parcialmente durmiendo en su escritorio en la oficina del *Post*, en lugar de ir a casa a comer a mitad del día. Podía ignorar el hambre, pero su temperamento se volvía irritable cuando le quitaban el sueño. Y mientras encendía su segunda vela la noche anterior, había caído en la cuenta de que los magos no tenían que pagar por velas, gas o aceite de lámpara, con sus bolas de luz brillante, y le había dado tanta rabia esa injusticia que había roto la punta de una pluma. Las plumillas también costaban dinero.

En resumen, no estaba de humor para lidiar con nadie que viviera en una mansión mágica en Bayswater y tuviera todo el tiempo libre del mundo.

Por suerte para ambos, era difícil molestarse con Maud Blyth.

–Hoy seré solo yo –dijo al entrar al salón para saludar a Alan–. Edwin y Robin están en el Ministerio del Interior. Violet recibió una invitación de última hora a un almuerzo con lord y lady Albert; sospecho que esperan que sea excéntrica y hable sobre la compañía de ópera. Y Hawthorn está en su club.

–¿Qué club? –preguntó, por costumbre periodística. Los lectores del *Post* estaban muy interesados en detalles como las membresías de clubes de caballeros.

–El Reform –respondió; una excelente fuente, como siempre.

El club más progresista, que todavía estaba lleno de aristócratas. Claro. El fastidio de Alan dio un coletazo agradable.

–Si Edwin y Violet no están, supongo que no tiene sentido que me quede a hacer de canario. ¿Cuándo regresarán?

–¡No, quédate! –Maud le hizo señas para que volviera a sentarse en el sofá. Sus ojos brillaron con determinación militar–. Debería ponerte al tanto de lo que pasó en El Barril durante la audiencia de Violet.

Eso hizo, y Alan sintió cómo sus cejas se alzaban en su rostro.

–Entonces, Edwin le ha respondido al tal Grimm, sea quien sea, y, mientras tanto, él y Robin están revisando la oficina en busca de cartas anteriores (aunque, eh, parece que todos los que trabajaron en la oficina antes que Robin y Addy tiraron la mayoría de ellas a la basura) por si hay otras pistas útiles sobre el último juramento. Y nadie ha intentado entrar a la casa en *días* –agregó–, lo que pone a Edwin y Hawthorn de mal humor, porque piensan que eso significa que la gente de Bastoke desafiará legalmente a *cualquiera* que tenga un trozo del juramento, así que ya no necesitan seguir intentando entrar en la casa para encontrarlo antes que nosotros.

Una inhalación profunda. De vez en cuando, la mente de Maud iba más rápido de lo que sus pulmones podían respirar.

–Escuché que esta casa lucha por sí sola –comentó Alan.

–Sí, totalmente. –Maud le dirigió su mirada marcial–. Así que estaría bien que tú y yo hiciéramos una pequeña expedición,

¿verdad?

–¿Qué tipo de expedición? –Visiones de zoológicos destellaron como advertencia en su mente.

–Edwin estaba buscando todo lo posible sobre Alfred Dufay, el mago que escribió la canción del planetario, y se dice que su fantasma "acecha su propia tumba". –Maud la médium no le dio tiempo a reaccionar a ello–. Soy inútil aquí sin hacer nada. Robin me vio parada sobre una tumba y *no dejaré* que sea la de ninguno de nosotros.

–Quieres ir a preguntarle al fantasma del mago muerto por el último juramento.

–¡Sí! O al menos averiguar si es que está allí, así Edwin podrá volver y hacer *mejores* preguntas.

–¿Y si la gente de Bastoke está vigilando la casa y decide acorralarte para sacarte información sobre la copa cuando salgas? Puedo defenderme si me atacan en un callejón, pero no de magos.

–No sé dónde está oculta la copa. –La joven le sonrió con orgullo–. Nadie lo sabe a excepción de Violet. Eso acordamos. Spinet la protege más que a nadie y es quien tiene más magia de todas formas. Además, hace maravillas con sus ilusiones. Lo único que debe hacer es usar el túnel hacia el subterráneo y salir como una persona diferente. Ahí lo tienes, aunque algún hombre de Bastoke me atrape, no podría decirle nada. Ni siquiera con un hechizo de verdad.

–Eso es… sensato –reflexionó. La cautela había sido reemplazada por algo más complejo, pero era evidente que ella lo haría con o sin escolta y, al diablo, no podía negar que sentía *curiosidad*–. De acuerdo. Hagámoslo a la luz del día.

Maud atraía más miradas que él en el subterráneo. Vestía el sombrero y el abrigo azul que Robin había visto en la visión, que sin duda no eran nada especial bajo sus estándares. Sin embargo, lucía como si debiera estar en un automóvil o en un carruaje privado, no allí abajo, donde la mayoría de los hombres tenían el mismo aspecto apenas respetable que Alan. Una mujer añosa con un abrigo negro desteñido miró a Alan con sospecha cuando se sentó junto a Maud, como si pensara que la estaba importunando.

La joven, alegre, comenzó a transmitirle a Alan algo de información (escuchada de Edwin, por supuesto) sobre la historia de la construcción del subterráneo de Londres. También averiguó los nombres del niño y la niña sentados en la fila de atrás con su madre y supo sus opiniones sobre los picnics (a favor) y las hormigas (menos favorables). Nunca había visto a nadie iniciar una conversación con extraños en el subterráneo. Como siempre, Maud seguía sus propias leyes.

Salieron a la calle en una calurosa tarde de verano, donde Alan se sintió más capaz de contribuir a la conversación cuando no lo estaban mirando desde todos los ángulos como si fuera demasiado común para su acompañante.

–¿Cómo van los planes para la universidad, señorita B? Maud –se corrigió al verla fruncir el ceño de forma juguetona.

–Suspendidos –respondió–. Pero Robin dice que he mantenido la idea durante suficiente tiempo, así que ha dado su palabra de que iré. Y… Violet ha dicho que me prestará para las matrículas. –Lo dijo apenas con una pequeña vacilación. Los Blyth eran más abiertos que la mayoría de los aristócratas que Alan conocía a la hora de hablar sobre dinero.

–Sigues siendo una mujerzuela descarada, por lo que veo –bromeó. Era más seguro bromear con ella que con Edwin. Maud se rio y lo tomó del brazo con la mano en su guante de algodón.

–Esa soy. No… Aún quiero ir, con desesperación, pero ya no lo siento tan urgente. Tal vez porque ya no estoy *huyendo* de tantas cosas.

Tuvo el deseo desagradable de arrastrarla a su propia casa para presentarle a Bella, para mostrarle a una chica con verdaderos problemas de los que escapar. Demonios. No debió haberse permitido provocarla, no debió haber cedido a esa intimidad, sin importar lo amena que fuera la compañía de Maud. No encajaba en ese mundo. No estaba *allí* para encajar.

A primera vista, el cementerio no era nada especial. Él habría seguido de largo si alguna vez hubiera tenido motivos para ir a esa esquina de Londres. Al parecer, era uno de los pocos usados con frecuencia por los magos. A segunda vista, estaba repleto de gatos callejeros.

–Eso es prometedor –comentó Maud.

–¿Dijo Edwin dónde está exactamente la tumba de Dufay?

–Al menos no es demasiado grande –respondió Maud, lo que significaba que no lo sabía.

Estaban buscando algo del último siglo, así que Alan podía ojear las lápidas que parecían antiguas o frescas. La mayoría de ellas eran del tipo antiguo. Las flores escaseaban y muchas tumbas estaban cubiertas de musgo hasta las lápidas.

Marco Rossi había pagado su seguro funerario sin falta, así que al menos María había podido mantener la cabeza en alto y enterrarlo en un buen cementerio católico. Alan visitaba la tumba cada año:

una lápida sencilla entre una maraña de cruces y ángeles. No había tanto de eso allí. Muy pocas lápidas superaban la altura de la cintura, y solo algunas tumbas rectangulares se elevaban de la tierra. Vio a una sola persona más en los senderos, un hombre robusto y de cabello blanco que se había detenido frente a una tumba a mitad del camino por donde acababan de bajar.

Bajo el sol despejado, su compañera parecía acalorada, aun después de haberse quitado el abrigo azul y llevarlo en el brazo. Se frotaba la frente como si le doliera la cabeza.

La tumba de Alfred Dufay resultó ser una de las más grandes, rodeada por un cerco oxidado a la altura de los tobillos, y la lápida tenía un patrón elaborado en el borde. Un gato carey sin una oreja dormía sobre ella. Alan estaba más inclinado a atribuirlo al calor y al ángulo del sol que a alguna presencia fantasmal.

–"Somos el brillo extraordinario del hombre" –leyó Maud. Estaba grabado debajo del nombre "ALFRED DUFAY" y los años 1798-1861.

Nada de homilías bíblicas. Nada sobre el querido hijo, esposo o padre que Dufay había sido. Solo los versos de la canción.

–Así que es el Dufay correcto. ¿Sientes algo?

–Siento que he entrado al cuarto de vapor en los baños turcos del Lyric. Pero sospecho que eso solo se debe al clima. La señora Navenby estaba anclada al medallón, tuve que tocarlo. –Frunció el ceño hacia la lápida y comenzó a jalar del dedo de un guante–. Supongo que…

Y luego tropezó hacia un lado y cayó sobre Alan, como si la hubieran empujado. Su abrigo cayó al suelo y ella tropezó con él. Extendió la mano para estabilizarla, pero la retiró de inmediato cuando vio su rostro.

Lo erróneo en ella lo impactó. De alguna manera, el rostro redondeado y amigable de Maud comenzaba a adquirir ángulos amenazantes, como si objetos de cristal se estuvieran moviendo debajo de una tela tensa. Su expresión se asentó en un profundo ceño fruncido. Alan tragó con dificultad.

–¿Señor… Dufay?

Por un horrible momento, pensó que la joven había *maullado* sin mover los labios, pero no…, fue el gato carey, despierto y con todo su pelaje erizado. Rascó una vez el borde de la falda de Maud y luego salió disparado. Alan no pudo apartar la vista para ver hacia dónde fue. Ella movía la cabeza de un lado al otro mientras lo inspeccionaba. Parecía apenas humana, más parecida a un pájaro.

–*Ah… brazo* –dijo, o tal vez alguna otra palabra que sonó como carne masticada. Sus labios se retrajeron para exhibir los dientes, y el siguiente sonido no fue una palabra en absoluto, sino un rugido doloroso y salvaje, y Maud saltó sobre Alan con los dedos en forma de garra.

–¡Maldita sea, Maud! –Le sujetó las muñecas. Ella no era fuerte, pero lo que controlaba su cuerpo estaba decidido y seguro le importaba menos que a Alan si los tendones de Maud Blyth se rompían–. ¿Puedes volver?

–*¿Qué?* –preguntó ella en tono entrecortado y retorciéndose–. *¿Qué…?*

Definitivamente no era Maud. Y tampoco sonaba como un caballero que hubiera estado vivo hacía un siglo, a menos que hubiera muerto de algo muy desagradable y hubiera perdido la cabeza antes. Alan debería haber hecho más preguntas.

–Te he visto hacer esto –comenzó Alan entre dientes–. Te he visto ir y volver como si nada. Y no sé quién eres tú, pero puedes irte al diablo y dejarla hablar por sí misma.

La joven parpadeó. Lo que ocurrió a continuación le recordó al truco en el que alguien arranca un mantel y deja los utensilios intactos: un cambio, junto con una sensación de inmovilidad peligrosa. Los ángulos de sus rasgos cambiaron una vez más.

–*Vaya* –exclamó Maud, y soltó una risotada larga que erizó aún más el vello en la nuca de Alan, más que el gruñido. Era inteligente, madura y maliciosa. Y tampoco era Maud–. *Hay espacio para todos, queridos, esperen su turno…*

Se dobló por la cintura como si la hubieran pateado, se liberó de Alan y se tambaleó dos pasos hacia atrás.

–*… no* –jadeó.

–¿Maud?

La joven se enderezó, jadeando, enrojecida y, la mejor descripción posible, poseída.

–Son mucho más fuertes –logró decir–. Con la señora Navenby podía…

Y se fue otra vez. Cuando volvió a hablar, su acento parecía un idioma diferente. La voz siguiente no hizo más que escupir obscenidades sobre las mujeres; la siguiente apenas podía hablar entre la tos y los resuellos y logró arrancar el sombrero de la cabeza de Maud, con lo que dejó su cabello en un caos de horquillas.

El único lado positivo de todos esos malditos fantasmas parecía ser que ninguno de ellos podía controlarla por mucho tiempo. Alan tuvo una visión pavorosa de Maud siendo arrastrada por un libertino por la ciudad de Londres en una bicicleta robada. El lado *negativo*

era que había tantos que no dejaban de aparecer. A pesar de sus esfuerzos por llamarla y animarla, Maud no reaparecía.

El miedo dominó su pecho. ¿Qué estaba pasando con la joven? ¿Qué debía hacer *él*? Sacarla del cementerio parecía ser lo más sencillo, pero cada vez que intentaba tocarla, ella se retraía, se sacudía o intentaba golpearlo o, *fantástico*, se reía a carcajadas, lloraba y se encogía como un puercoespín picado con palos.

–Jesús, María y José –lamentó Alan.

–Vaya –soltó una voz suave tras él.

Él volteó y, por un momento, vio al hombre robusto y de cabello cano de antes. Luego, el hombre formó un hechizo que eliminó la ilusión. La maga frente a él también era robusta y anciana, pero su rostro era familiar.

–La señorita Blyth no tiene el mejor de los días, ¿cierto? –preguntó Seraphina Vaughn.

Alan miró a Maud (que seguía agachada, abrazándose las rodillas, con los ojos muy abiertos y emitiendo un gemido de vez en cuando) y luego a la señora Vaughn, la última sobreviviente del Forsythia Club. La que estaba trabajando a regañadientes con la gente de Bastoke para encontrar el último juramento porque creía en su plan de reunir poder mágico.

La señora Vaughn había estado en el Lyric. Pero ella y Alan nunca habían hablado antes.

No parecía tener mucho sentido fingir.

–Así que la ha estado siguiendo –espetó Alan.

–Podría haber estado siguiéndolo *a usted*, señor Ross.

La ignoró.

–¿Pensó que desenterraríamos la daga de un cementerio?

–He dejado de hacer suposiciones sobre dónde escondieron los demás sus piezas del juramento –respondió la señora Vaughn con calma–. Laberintos y jaulas de loros. ¿Por qué no enterrarlo en una tumba? Aunque hubiera pensado que entrar en un cementerio como este, sabiendo que es una médium, sería un riesgo demasiado grande incluso para la temeraria señorita Blyth.

Como para ilustrar el punto, Maud comenzó a llorar otra vez, como niño dividido entre el terror de atraer la atención y la emoción inmensa e insoportable. Ese espíritu en particular parecía tener un control firme sobre ella. Alan se agachó para tocarle el hombro e intentó murmurar las palabras tranquilizadoras que solían calmar ese tipo de ataques de llanto cuando Tom tenía un año.

–¿Se quedará ahí de pie, señora? –preguntó con una mirada furiosa a la señora Vaughn.

–¿Debería involucrarme?

–Es de su interés mantener a la señorita Blyth a salvo y cuerda –señaló–. Todo lo que ella está haciendo es *para encontrar* ese maldito juramento que todos quieren. Pensé que ustedes estaban a favor de eso. Hacer que otros hagan el trabajo sucio y luego lanzarse como buitres para recogerlo. –La amargura se coló en su voz.

La señora Vaughn se agachó hasta apoyar una rodilla en el suelo con la lenta pesadez de la edad y frunció el ceño al ver a la joven.

–No puedo decir que sé cómo terminar una posesión. Puedo intentar una negación general. Y algunas otras cosas.

Recién cuando el primer hechizo tocó a Maud fue que Alan se percató de que había invitado a uno de sus enemigos a usar Dios

sabía quémagia en ella, sin interrupción ni supervisión. Y él no tenía idea de qué hechizos eran.

Jesús Cristo. Ya era demasiado tarde para echar a la mujer.

Ningún hechizo parecía tener efecto de todos modos. La señora Vaughn parecía cada vez más molesta, igual que Edwin cuando no había podido eliminar el hechizo de protección de la puerta de roble. Al final, la mujer formó un hechizo que parecía azúcar hilado de color rosado y lo colocó frente al rostro de Maud, de modo que la joven lo aspiró por la nariz con la siguiente inhalación ahogada por las lágrimas.

Olió un par de veces más, bostezó, y después sus párpados cayeron cerrados y se desplomó, inmóvil sobre el sendero de grava.

–¿Qué le ha hecho? –exigió Alan, molesto.

–Está dormida –respondió la señora Vaughn mientras se enderezaba y sacudía la tierra de su falda–. Su problema está resuelto. Ahora le sugiero que la saque de aquí.

–*¿Cómo?* –Alan apuntó al cuerpo desplomado de Maud, pesado por sus capas de ropa, y luego hacia él mismo, que no era mucho más alto. Antes de que la mujer pudiera decir que ese no era su problema (podía notar esa expresión en su rostro redondo y engreído), continuó–: Si va a ayudar, entonces, ayude. Traiga a alguien. Un médico. Un policía. *Quien sea.*

La señora Vaughn levantó las cejas y se dio la vuelta. No dijo que sí ni que no, por lo que Alan, mientras la veía caminar hacia la calle, pensó que cabía la posibilidad de que llegara ayuda. No se atrevía a dejar a Maud sola. Tampoco sabía cuánto tiempo dormiría.

Resultó que menos de diez minutos, según su reloj de bolsillo. Maud pasó de inconsciente a aterrada, luchando por incorporarse,

pero enredada en sus faldas sucias, y Alan saltó para ayudarla a levantarse.

–Maud. Señorita Blyth. Maud, estás bien. Ya estás bien.

–No puedo. Puedo sentirlos, y… Ah, tengo *tanto* calor. –Sonaba agotada, entrecortada–. *No* –susurró, y la desesperación volvió a apoderarse de Alan.

–¿Maud?

–*No me llevarán.* –Sonó como un rugido desde su garganta–. *No me llevarán*. –Y Alan sintió fuego en el mentón cuando lo atacó con uñas sorprendentemente afiladas. Siseó de dolor y por poco tropezó con el abrigo azul de Maud, aún abandonado en el suelo, al alejarse de ella. Levantó las manos en un gesto conciliador.

–No te haré daño ni te llevaré a ningún lado. Por favor…

–*Mentiras* –siseó y apuntó a… Jesús, los ojos. Alan consiguió girar y sufrir apenas un rasguño leve en la sien. Se mantuvo fuera de su alcance, observando con cautela la violencia sombría en la expresión de Maud y su postura temblorosa.

Su propio cuerpo había cambiado de modo: de asistencia a supervivencia. Rodillas flojas, manos listas para esquivar y bloquear. Había peleado con chicas antes, criadas en la calle, con rostros duros y menos miedo que hambre. Esto era… no sabía qué.

Y lo único que podía detenerlo era el sueño.

Murmuró la primera oración verdadera en la última década, a cualquier santo que cuidara de las chicas de voluntad fuerte y de los ladrones desesperados metidos en algo demasiado grande para ellos. Se acercó en un ángulo y lanzó un golpe directo hacia la cabeza de la joven. Era un golpe diseñado para aturdir a un oponente y terminar una pelea antes de que pudiera empeorar.

Como esperaba, aturdió a Maud, que cayó como una piedra por segunda vez en menos de una hora y, una vez más, quedó inconsciente.

Murmuró las palabrotas más heréticas que conocía, que hubieran ameritado una reprimenda de su madre. Tal vez *debía* dejar a Maud allí mientras iba a buscar ayuda. ¿Por qué se había dejado convencer de hacer eso?

–¡Oiga! –advirtió un grito.

Levantó la vista y vio que un hombre de uniforme azul se acercaba. Era la primera vez en su vida que se sentía aliviado de ver a un policía de Scotland Yard. Pero esa sensación agradable duró solo cinco segundos. Se evaporó tan pronto como el hombre volvió a gritar:

–¡Tú! ¡Suéltala! –Y comenzó a correr.

–Jesucristo –murmuró Alan y se preparó para que las cosas se complicaran.





CAPÍTULO 10

–Es una lástima, parte de mí esperaba que lo encerraran en una celda –dijo Jack.

El rostro de Alan Ross decía a gritos lo mucho que deseaba poder responder con un reguero de groserías.

–Mi lord está bromeando. Mi lord tiene un sentido del humor *único*. –Su acento fue tan refinado como siempre, sin duda por el oficial de policía en la sala. Tenía varios rasguños irritados en el rostro, como si hubiera intentado detener una riña de gatos.

–Estoy bromeando, sí –concedió–. Maud.

–Mi lord –respondió ella con una mansedumbre que le sentaba aún peor que el autocontrol a Ross. Tenía los ojos rojos, el cabello enmarañado y el vestido arrugado y sucio. Pero al menos no había sido esposada.

La agradable tarde de Jack en el club había sido interrumpida por el mensaje de que un agente del Scotland Yard apenado suplicaba un momento de su tiempo. El hombre llegó con una historia descabellada sobre su protegida asaltada por un hombre que primero había afirmado ser su amigo y luego había dicho ser un asistente contratado. Olía mal. Ambos, el hombre y la joven, cuando ella volvió en sí, habían suplicado que llamaran a lord Hawthorn, quien aclararía la situación enseguida.

Ansiaba que llegara el día en que pudiera volver a su vida anterior y que ya no lo convocaran para usar su posición para solucionar los

desastres de Maud Blyth.

–Como le he dicho, mi lord –comenzó el uniformado, cuyo rostro ya reflejaba el desgaste de haber convivido con el torbellino Maud durante un tiempo–. Este… individuo… dice haber sido contratado para cuidar de la joven.

–Porque tengo *ataques violentos* –recalcó Maud–. Les he estado diciendo que el señor Ross solo intentaba evitar que me lastimara a mí misma, mi lord.

Ataques violentos. Lastimarse a sí misma. Un temor antiguo presionó el corazón de Jack y, por un momento, fue incapaz de hablar. Luego se recuperó.

–Retiren las esposas –ordenó–. Mi protegida requiere de supervisión constante, y yo mismo garantizo que la virtud de cualquier mujer está a salvo en compañía del señor Ross.

El rostro de Ross perdió toda expresión antes de que elevara la vista al techo.

Jack los escoltó fuera de la estación en medio de disculpas, carraspeos y "la situación parecía muy irregular, mi lord, estoy seguro de que comprenderá". Escuchó el resto de la historia en un taxi de camino a Casa Spinet. Parte del temor desapareció, pero dejó sus huellas gélidas bajo las costillas de Jack. Maud estaba poseída, no loca, y ya parecía ser ella misma. El rostro de Ross parecía haberse llevado la peor parte.

–¿Por qué no has mandado llamar a tu hermano? –exigió Jack.

–Estuvo inconsciente en un principio –respondió por ella Ross–, así que jugué la carta más alta. Conde vence a baronet.

–Así que los ataques de locura violentos fueron su idea.

–Mi reputación ya está por el suelo, esto no hace daño –afirmó Maud–. Y Alan fue muy astuto al pensar en eso.

Jack reconoció que tenía razón. Dejó a Maud en la puerta de Casa Spinet, y ella le dedicó una mirada algo esperanzada.

–No –negó él–. *Tú* puedes explicarles tu plan brillante y cómo resultó a tus seres queridos. Y enfrentarás los gritos tú misma.

–Violet gritará, Robin no –lamentó Maud–. Él se verá herido y preocupado y será terrible.

–Bien, lo mereces. Adiós, Maud.

–Canalla grosero –replicó la joven, aunque uno de sus hoyuelos salió a relucir antes de que se apresurara a entrar, dejando a Jack y a Ross en la calle.

–Lo es –coincidió Ross–. De hecho, creo que su educación contribuyó. Puede *darse el lujo* de no haber aprendido a ser agradable.

–Aún no he visto evidencias de que usted haya aprendido a serlo.

–Puedo ser un corderito cuando no soy provocado por su estirpe. No se imagina. –Puso los ojos en blanco cuando Jack resopló con incredulidad–. Cuando nos conocimos en el barco, estaba apuntándome con un arma, Violet amenazaba con meterse con mi memoria y ya sabían que era un ladrón. –Su sonrisa maliciosa emergió como una roca a través de un cristal–. No parecía tener sentido fingir ser *amable*.

–¿Y ahora está fingiendo?

Ross dudó un momento.

–No creo que quiera que sea amable, mi lord Hawthorn –respondió, letal. La respiración de Jack no se cortó, pero puede que se haya… detenido–. Además, en mi posición, se aprende rápido a

quién es seguro presionar. Qué ladrido es peor que la mordida. –La sonrisa se volvió más mortífera. Él se tomó un instante para maldecir a Pete Manning antes de que Ross continuara–. Usted tiene un muy buen ladrido, mi lord, un ladrido fuerte, rudo, palpitante…

–Calla –ordenó, en un tono bajo e imponente que lo sorprendió incluso a él mismo.

–… pero no lo he visto morder.

–Si lo pidieras *con amabilidad*, tal vez.

Las palabras quedaron suspendidas entre los dos, con su propio peso y forma. Sus cuerpos se acercaban y alejaban como un pequeño oleaje.

–Hoy se ha ganado el extra por trabajo peligroso –continuó Jack. Las palabras escapaban como arrastradas por la marea–. Me rehúso a permitir que entreviste a otro pariente, pero puedo ofrecerle una cena.

–Cena –repitió Ross.

–En mi casa de la ciudad. Planeaba cenar allí hoy de todas formas.

–*Cena.*

–*Quid pro quo*, si eso sirve a su orgullo.

–Le importa una mierda mi orgullo.

–Una cena y tanta discusión política como desee. O si lo prefiere, puede regocijarse de haber *rechazado* la invitación a cenar del hijo de un conde…

–Púdrase –escupió, pero no se movió. Su expresión era de burla. Jack esperó hasta que el joven agregó, entrecortado–: Sabe que no puedo cambiarme para cenar.

–Entonces, yo tampoco lo haré. Será informal.

–De acuerdo. –Una pausa–. Gracias.

La conversación sobre mordidas resonó en la cabeza de Jack durante todo el camino a su casa en Mayfair, donde Makepeace ni siquiera pestañeó ante la llegada de un invitado inesperado y puso en marcha la preparación de la cena. Cenaron en el comedor más pequeño e íntimo, pero…

–Informal mis pelotas –masculló Ross mientras un sirviente desplegaba una servilleta para él. Miró alrededor, a la disposición de la mesa.

En su territorio, Jack estaba de mejor humor.

–No he cenado aquí en semanas, deje que se luzcan.

–Supongo que pulen la platería los jueves, aunque no haya nadie para verla –comentó al inspeccionar un tenedor.

–¿Debería despedir al personal cuando no esté en casa?

–Págueles, pero deje que hagan lo que deseen con su tiempo. ¿O teme que se vuelvan sobreeducados para su posición? Tú, ¿cuándo fue la última vez que has tenido tiempo y energía suficientes para leer un libro? ¿Por placer o por superación personal?

El sirviente al que le hablaba, el menor de los Metcalfe, lo miró sorprendido, como si ambos hubieran fallado en una prueba tácita.

Jack se aclaró la garganta.

–El señor Ross tiene un instinto irrefrenable de realizar interrogatorios y lo he desprovisto de sujetos. Es periodista.

–De hecho, soy ladrón de joyas. –Ross se llevó la copa de vino a la boca, pero hizo una pausa antes de beber–. He puesto el ojo en toda esa platería.

Jack notó el brillo entretenido detrás del rostro inexpresivo de Makepeace y le indicó que preferían cenar en privado y que

llamarían cuando estuvieran listos para el siguiente paso. Sería más fácil conversar sin que Ross provocara al personal.

–Esperaré a que se esté retirando y haré un espectáculo de caridad entregándole los candelabros –dijo Jack cuando estuvieron solos.

–No creí que fuera un humilde hombre de Dios. Ah, y usted no creyó que yo podría haber leído a Hugo.

–Uno asume que ha aprendido todas esas palabras extensas de algún lado.

El ritmo se rompió, reemplazado por una de esas miradas agudas y evaluativas, pero Ross tomó la decisión visible de no darse por ofendido. Solo se encogió de hombros, un milagro. Tal vez era el vino.

–Asistí a la escuela benéfica y ese era el libro más largo en la colección de mi maestro. Lleno de Dios, perdón y criminales pobres que mejoran a través de la fe. –La mirada aguda adquirió un costado irónico–. Estaba *emocionado* cuando mostré interés, pero no tanto cuando dejé el libro en su escritorio una semana después y divagué sobre cómo los chicos de las barricadas tenían buenas ideas que necesitaban mejor ejecución.

–Guillotinas, como suponía –comentó–. Nadie me lazó a Hugo hasta que llegué a Oxford, y no puedo decir que lo haya disfrutado. ¿Era una práctica normal en las escuelas benéficas?

Ross negó con la cabeza.

–La escuela de nuestra zona tenía financiamiento de la iglesia y de una sociedad filantrópica. Los maestros tenían la idea radical de que enseñarles a los pobres *a pensar* no quebraría el tejido social. Tuve

mucha suerte. Y fui aún más afortunado de que mi familia me dejara asistir durante tanto tiempo.

La ley de educación disponía la obligatoriedad de asistir a la escuela solo hasta los trece años. En sectores de bajos recursos, la mayoría de las familias solían elegir trabajos remunerados después de eso.

–Era el proyecto predilecto del señor Voight –continuó–. Soñaba con que ganara una beca universitaria. Sería el póster perfecto para destacar el potencial de las escuelas humildes.

Era imposible ignorar la amargura en su voz.

–¿Y qué sucedió?

–Mi padre murió. –Cayó como una bofetada–. Así que tomé lo que tenía e hice lo mejor que pude con ello.

–¿Cuántos años tenía?

–Quince. –Miró a Jack con sus ojos de un negro imposible. Reflejaban algo más profundo que desafío, igual que la forma en que sujetaba con fuerza los cubiertos de plata con los que Jack cenaba a diario.

–Y ahora acorrala condes en el Parlamento para exigirles su opinión sobre el presupuesto.

–*Ahora* me encuentro en la trampa de la clase media baja. ¿Sabe qué viste mi hermano Emilio para trabajar? Lo mismo del día anterior, con manchas de lodo y todo. A nadie le importa un cuerno cómo se vea. Mire alrededor de su ciudad alguna vez, lord Hawthorn. Cientos de los hombres que ve a diario no pueden permitirse una camisa limpia todos los días, pero eso es *esperable*. Y deben pagar por habitaciones cerca del trabajo. Y es mucho más

duro si tienen familias que mantener. Y les aterra, a todos ellos, caer en la indigencia.

La mayoría de las obras de caridad estaban destinadas a mejorar las vidas de los pobres, huérfanos desnutridos y viudas desprovistas que vivían en las calles. Jack no había pensado que también debían mejorar las condiciones para el empleado bancario promedio.

–Nunca me ha parecido aterrado.

Ross soltó una risa áspera e incrédula.

–He caído y sé que puedo sobrevivir. Eso ayuda. Pero me aterra de todas formas. Me gusta usar la mente más que las manos. Me gusta saber que a los cuarenta no seré inútil por el dolor de espalda o rodillas arruinadas. Y disfruto que hombres nacidos en casas llenas de *plata* escuchen las palabras largas que uso y me den unos minutos más de su tiempo y así pueda mantener a mi familia a flote.

Hablaba con una intensidad que le recordó al discurso de Catherine Kaur en la Librería: una cadencia que demandaba atención. Ross podría haber aprendido oratoria en la escuela benéfica, pero Jack sospechaba que era pasión natural. Quería presionar, entrar en ritmo, pero se guardó las palabras y dejó el silencio como una invitación.

–Estoy aterrado *todo el tiempo* –continuó Ross–. Me aterra que las hijas de mis hermanas crezcan, vayan a trabajar y luego las echen a la calle cuando sus vientres comiencen a mostrar evidencia de la avaricia de un hombre rico, mi lord. Eso le sucedió a Bella. Y ella y Caro ni siquiera hubieran conseguido trabajo por empezar de no haber sido porque falsifiqué sus referencias.

Finalmente cerró la boca y miró alrededor. El comedor seguía vacío fuera de ellos dos.

–Estoy disfrutando la cena, llamaré a los oficiales después del postre.

–Adiós a los candelabros. –Comió un bocado y agregó, a la defensiva–: Sabe que robaría por ellas. Robé *oportunidades*. Si el mundo fuera diferente, no habría tenido que hacerlo, pero así son las cosas. Y por eso he estado aterrado toda mi vida y furioso, más aún. Es agotador. No tiene idea de cuán agotador. Algunas personas pierden la rabia por el agotamiento, porque necesitan toda su energía para mantenerse con vida. Como dije, he sido afortunado. –Su sonrisa era una línea fina, una cuerda arrojada con desprecio por una grieta oscura, con el único objetivo de enfatizar lo amplia y trascendental que era la distancia entre ellos–. Tenía suficiente energía para mantener la rabia viva también.

Sin duda la tenía. Jack se había sentido atraído por ella desde un principio, por esa llama furiosa y hambrienta que alimentaba la luz de Alanzo Rossi. Lo hacía querer tocarla aunque pusiera en riesgo sus dedos. Así que respondió.

–Me he sentido así –dijo con honestidad–. Aunque estoy seguro de que diría que tengo menos motivos para estar enfadado.

–Tal vez no. Pero sin duda tiene más opciones respecto a qué *puede* hacer con eso cuando tiene el poder y el dinero para que no le falte nada.

Inclinó la cabeza en señal de que eso tenía sentido y llamó para sirvieran el siguiente paso de la cena. No creía que Ross le hubiera dicho nada de eso como parte del *quid pro quo*. Sospechaba que había sido un desafío, la primera vez que podía decir lo que pensaba frente a un aristócrata sin temor a represalias ni a quedar desempleado. El hecho de que le pareciera que era seguro

presionarlo a él, extrañamente, tenía el peso de un regalo en oro en sus manos.

Así que, durante el siguiente plato, le ofreció parte de su propia biografía. Solo podía hablar *alrededor* de la muerte de Elsie, delinearla en un espacio en blanco en medio de la página. Y no mencionó la magia, eso ya era algo instintivo en esa casa. El personal de allí era de no magos, a excepción de Makepeace, quien guardaba secretos con la misma pericia que manejaba la casa. Pero sí habló de su educación en Oxford y, después de un salto incómodo sobre el espacio en blanco de la muerte de Elsie, de su tiempo al servicio del Ejército Real en los Bóer.

–Y de vuelta en Inglaterra, como se habrá enterado por la señorita Debenham, me he dedicado a cultivar mi mala fama como libertino.

–¿Solo fama? –preguntó Ross. No había interrumpido ni hablado demasiado; su instinto de entrevistador, sin duda. Si la fuente estaba hablando, debía dejar que tejiera su propio relato.

Jack se permitió sonreír. Se sentía relajado y audaz, así que dejó que la pausa se entendiera y acalorara.

–He ladrado más que mordido –respondió con voz suave–. Pero lo suficiente.

Después de la cena, llevó a Ross a la biblioteca de arriba, si es que podía llamarse biblioteca.

–No es una verdadera biblioteca –le advirtió–. Al menos para los parámetros de Edwin.

–¿No es una habitación llena de libros?

–Es un estudio.

Ross puso los ojos en blanco. La hostilidad se había desvanecido con la cena, pero estaba resurgiendo después de subir las escaleras y recorrer el empapelado de damasco de seda verde en las paredes, como si retara a Jack a reprenderlo por mancillar su belleza con los dedos de clase trabajadora.

Pero se decepcionaría si era el caso. Jack necesitaba la compañía de pocas personas para estar a gusto y disfrutaba la calma de la soledad. Aún más después de las semanas en Casa Spinet. Y, de todas formas, permitir que la turbulencia Alan Ross entrara en el corazón y el calor de su existencia había sido… excitante.

Desviador, pensó. Era como el diapasón de Violet, golpeando en su muñeca. Palpitaba con algo paciente y extenso.

Encendió las lámparas y cerró la puerta del estudio para mantener el calor, giró la silla del escritorio para sentarse y extendió una mano como invitación hacia la pared repleta de estantes. Ross podría disfrutar de juzgar a un hombre por sus libros tanto como Edwin.

–Una biblioteca –sentenció Ross en tono terminante–. Reconozco una cuando la veo. Usted… –se detuvo, y Jack sonrió para sí mismo.

Como era de esperarse, Ross fijo la vista en la mitad del estante llena de panfletos púrpura y se acercó como atraído por un faro.

–¿Los tiene *a la vista*?

–La mayoría no los reconoce por el lomo. Y no uso esta habitación para recibir visitas.

Ross volteó. La oscuridad de su mirada era embriagadora.

–¿Quiere que le dé las gracias por haberme invitado? Es un honor, mi lord –dijo con una reverencia.

–El honor es mío –salió de la boca de Jack, producto del vino de esa noche–. Debería pedirle su autógrafo.

El joven se irguió de inmediato y elevó una mano, algo protectora, para tocar los panfletos y adoptó una postura familiar. Edwin era igual con algunos de los hechizos que había inventado. El artista que desea ser notado y pasar desapercibido a la vez.

–No son más que basura.

–No lo imaginaba modesto.

Ross torció los labios y tocó los libros otra vez.

–Háble me de ellos –le pidió Jack. El ambiente del estudio afloró el tono imperativo y endureció su voz–. Háble me del romano.

Su invitado no pareció alerta entonces. En cambio, se apoyó de espaldas en el estante que contenía el producto de su propia mente.

–Le dije que inicié a los diecisiete. Necesitábamos el dinero para que Caro dejara el trabajo. El lugar en el que estaba… No ha tenido el mismo problema que Bella, pero el ama de llaves era abusiva y la señora de la casa aún peor. Nos mantuvo en pie hasta que se casó y se convirtió en problema de Dick.

Una sonrisa sin alegría. Allí estaba, los pormenores de vivir al límite agotador de la supervivencia.

–¿Por qué escribir sobre hombres con hombres? –preguntó Jack de repente–. Si se trataba de dinero, ¿por qué no elegir un público mayor?

–Lo intenté en un principio. –Para su sorpresa, la sonrisa se volvió verdadera–. Intenté conseguir lo que era popular y copiar el estilo. Era basura y lo odié. Hasta que, un día, me encapriché y escribí lo que quería, y el editor lo hizo llegar a manos de un "coleccionista estimado". –Pronunció las palabras con sorna–. No sé de quién se trataba, pero pagó por adelantado por algunas historias más. Y luego se corrió la voz.

No sería una gran audiencia, pero sí una que lo valoraba. Y dispuesta a pagar sumas generosas. Jack no recordaba cuál de sus allegados con ideas afines se lo había recomendado por primera vez. El recuerdo de la *lectura* reptó lujurioso por su mente al ver a Alanzo Cesare Rossi, el romano, sacar un panfleto púrpura del estante y abrirlo.

–Le gustó el estilo clásico de la primera historia –continuó. Pasaba las páginas con el pulgar con un susurro rítmico–. Al patrocinador anónimo. Dijo que quería más de eso. Amos y esclavos. Prostitutos y gladiadores.

El cuerpo de Jack se tornó pesado en la silla, con más sangre en las extremidades de lo habitual. Los primeros libros del romano habían tenido ese escenario (de ahí el pseudónimo, asumió Jack), pero luego se había ampliado para abarcar otras épocas. Otras fantasías, todas con la esencia oscura de algo robado y reclamado.

–Dijo que escribía lo que quería. –No fue pregunta, tampoco una afirmación. Se produjo una pausa y el joven dejó de sonreír.

–No se ande con rodeos –replicó de pronto–. Le importan un cuerno los modales cuando le conviene. No cambie eso ahora. Lo que quiere saber es *por qué*. Entonces, pregunte.

–¿Por qué es eso lo que escribe?

Ross asintió, un gesto demasiado condescendiente para alguien treinta centímetros más bajo y siete años más joven que Jack. Alguien a quien podría haber comprado con facilidad; *a quien había comprado*, pensó con un cosquilleo acalorado al recordar las mancuernillas y el reloj que había puesto en sus manos.

–Porque *esto* es seguro –respondió con un libro en mano.

–Se lo recordaré si alguna vez lo arrestan por difundir obscenidades.

–Es más seguro que la alternativa. O tal vez cree que no sería arriesgado si saliera en busca de soldados mano dura y duques crueles para decirles que lo que en verdad deseaba era ser maniatado y penetrado mientras fingía que no lo deseaba.

Toda la sangre de Jack intentó acumularse en un solo punto. Se agitó en la silla cuando el calor se apoderó de él. La mirada de Ross lo captó, se burló y volvió a analizar su rostro en cuestión de segundos.

–Si dice que nunca ha tenido sexo, diría que miente sobre ser el romano.

–Una de las mejores escritoras de pornografía que conozco es una solterona virgen de cincuenta años que no parece haber tenido un pensamiento sucio en su vida.

–Me retó a preguntar, así que *responda* –exigió.

La luz que había visto en su expresión reapareció. Por un momento, pensó que Ross había cambiado de parecer, que devolvería el panfleto a su lugar, saldría del estudio y seguiría con su vida.

–Sí, lo he intentado una o dos veces. He buscado más –confesó con el libro en la mano–. Pero no muchos hombres de su posición reconocen el límite entre la realidad y el juego. Y, por desgracia para mí, el encanto está justo en ese límite.

Sabía a lo que se refería. El cuerpo le gritaba que se levantara y que usara su altura y su imponencia. Que viera ese rostro fantástico *elevado* hacia él, enfurecido por tener que hacerlo, encendido de desagrado y deseo, allí en su casa, rodeado de evidencias de su

riqueza. Era un deseo cruel, pero lo deseaba tanto que le costaba respirar.

Pero más que eso deseaba que Ross se sintiera seguro para seguir hablando. Así que permaneció en la silla.

Y en el silencio, una de las medias sonrisas maliciosas del joven apareció como recompensa para su control.

–Pregúnteme si me han pagado por eso.

–¿Preguntar? Solo tengo que mirarlo. Los hombres irían a la bancarrota.

El rostro del joven se tiñó de sorpresa. Su cuerpo formaba un ángulo, con los hombros hacia adelante como si quisiera avanzar pero una cuerda lo retuviera por la cintura.

–¿Debería pedirle que me diga su precio? –agregó con intención.

Ross giró para dejar el panfleto, luego se pasó una mano por los rizos.

–Váyase directo al infierno, lord Hawthorn –rugió en voz baja–. Esto sería mucho más fácil si mi deseo fuera tenerlo *a usted* de rodillas.

–¿Y no es eso?

–En un mundo ideal, sí. Me encantaría verlo rendido de rodillas. Políticamente. Lo disfrutaría en grande.

La anticipación, siempre optimista, había comenzado a elevar el deseo de Jack. Se debatía entre reprimirlo y rendirse a él.

–¿Y en la realidad?

Ross soltó una risotada.

–En la realidad, creo que, si me pusiera de rodillas y me llenara la boca con su erección, me correría sin tocarme antes de que pudiera comprobar qué tan profundo lo puedo chupar.

Jack lo sabía y no lo sabía. Había estado cargando el aire como petróleo entre los dos. Y Ross había dado un golpe certero con su honestidad; había hablado en *primera persona* y los había sacado del plano hipotético.

Fue lo más excitante que escuchó en su vida, pero no fue una invitación.

–Ah, y sí que debe odiar eso –murmuró.

–*Por supuesto* que lo odio. –Una oleada de vergüenza e irritación atravesó el rostro de Ross. Y, tarde, Jack se percató de que lo que tenía allí, una colección completa de las fantasías del joven y la identidad del autor, era más que el poder político, social y financiero sobre Ross. Era un secreto que nadie más conocía. Y el menos seguro de todos.

Debía entregar algo de poder a cambio. No dinero, no magia, sino un secreto a cambio. Uno que significara algo.

–Le escribí una carta.

–Usted… ¿Qué?

–Le escribí una carta al romano. Hace unos cinco años. Se la entregué al hombre en la tienda de Charing Cross y le dije que se la hiciera llegar al autor. No tengo idea de si le ha llegado, pero…

–Me llegó.

–¿Seguro? No es que haya firmado con mi nombre.

–¿Cuántas cartas cree que recibe el escritor anónimo de pornografía ilegal promedio? Solo he recibido una. Creí que era una maldita broma, hasta que la leí. Y ahora creo que podría copiar la letra de memoria. O reproducirla a la perfección. Madre de Dios, ¿fue *usted*?

Jack extendió las manos. Aquella carta había sido de los actos más sinceros e impulsivos de su vida, inspirada por una sensación extraña de juego limpio. Alguien había creado algo que se había colado bajo su piel y tocado un nervio de felicidad, y quería hacérselo saber. En ese momento tenía la sensación incómoda de haber desplegado esa misma capa de piel.

–No la recite. No tengo idea de qué escribí. Toda clase de tonterías, sin duda.

–No. –La postura de Ross cambió–. Significó algo para mí saber de una persona real. Hizo que todo se sintiera menos sórdido. Fue… algo amable.

No pensaba preguntarle qué tan pocos actos de amabilidad había recibido en su vida para que valorara tanto una carta de una página que le decía lo que ya debía saber: que tenía un don y lo usaba bien.

El cambio se convirtió en movimiento. Ross se acercó a la silla de Jack. No demasiado; tendría que pararse para tocarlo. Colgó los pulgares de la cintura del pantalón, y su voz, pareja y honesta hacía un momento, se convirtió en un tono provocador, bajo y electrizante.

–Ahora sé qué clase de perversiones le gustan. ¿Quiere una excusa para tratar a alguien como basura? ¿Es por eso que estoy aquí? ¿Un hombre salido de las alcantarillas, invitado a la casa del gran lord para que vea todo lo que no puede tener?

Jack había estado esperando un agradecimiento, tal vez incluso uno sincero. La rabia se elevó dentro de él más rápido que la razón, y estaba a punto de negarlo, hasta que vio la expresión en el rostro de Ross.

Se puso de pie, y el joven dio un paso atrás de inmediato. En verdad debía levantar la cabeza para mirarlo a los ojos, y también parecía molestarle tener que hacerlo. Los rasguños en el mentón resaltaban a la luz de las lámparas, y era difícil saber dónde terminaba el café intenso de sus ojos y comenzaban las pupilas.

Ross había dicho que Jack no deseaba nada. Falso, terriblemente falso. No le hacía *falta* esto; había adaptado su vida y su corazón para no necesitar a nadie más, pero *desear* era algo muy diferente.

Apoyó una mano en el hombro de Ross, lo que tensó un músculo en el cuello del joven, y lo supo. Casi.

Con cuidado pero con fuerza, empujó a Ross, quien retrocedió tres pasos por cada uno de los de él. Su hombro se sentía huesudo y caliente bajo la mano, y no intentaba apartarse. Cuando sus talones y cadera impactaron contra la biblioteca, miró a un lado por un momento para observar el hecho de que Jack lo había empujado de vuelta a donde había estado, donde los panfletos púrpuras del romano ocupaban medio estante. Luego volvió a mirar a Jack, con una mirada provocadora semisalvaje, como si se hubiera formado en el camino.

Tú me has retado a preguntar.

–Está aquí porque puedo tener todo. Lo que quiera –dijo Jack, como si estuviera aburrido.

–Claro. –Los labios de Ross se elevaron–. Ustedes los ricachones son todos iguales.

Lo estaba retando a dejar de hablar.

Sabía que había pensado que esa era una mala idea, pero no podía recordar una sola razón en ese momento. Así que hizo justo lo

que quería: llevar la mano libre al frente de los pantalones de Ross y presionar de forma autoritaria.

El joven se estremeció de repente y cerró los ojos, lo que no hizo más que exhibir sus pestañas espesas. Luego se mordió el labio inferior de forma involuntaria, o como la actuación más minuciosa que Jack hubiera visto. De cualquier manera, inspiró una respuesta violenta en la boca de él.

–Mmm –tarareó como si estuviera a punto de regatear. Cuando Ross reabrió los ojos y lo fulminó con la mirada, él movió la mano para frotarlo con el pulgar. El pantalón era de lana fina, suave y agradable al tacto, y dejaba poco a la imaginación.

–Púdrase –murmuró el joven.

–¿Qué dijiste?

–Me… Ah, *mierda*… Me escuchó, mi lord.

Jack seguía sujetándole el hombro con la otra mano. Sabía que, para esas alturas, Ross no iría a ningún sitio, así que la usó para obligarlo a levantar la barbilla y recuperar el glorioso contacto visual.

–Eres todo un vagabundo impertinente, ¿eh? Adelante, dime lo que piensas de mí.

Ross se estremeció otra vez ante la caricia exigente, pero mantuvo los ojos abiertos y empujó las caderas contra la mano de Jack.

–Lo desprecio –susurró–. Aborrezco su existencia. Es un maldito cabrón.

–Dime que me odias.

–Lo odio en verdad.

Jack tembló por el deseo intenso de su propia erección, junto con otras partes extrañas y hambrientas, como sus omóplatos y muslos o la piel de su mano en la barbilla de Ross, que raspaba con la barba

nocturna incipiente. Se acercó más, hasta que el aroma embriagador al calor corporal invadió su olfato.

–Dime que me deseas de todas formas.

El joven gruñó con rabia y levantó el mentón. Se elevó en puntas de pie, caliente y firme contra la mano de Jack, y se acercó a su oído.

–*No.*

Eso rompió una barrera dentro de Jack. Llevó una mano hacia atrás para jalar el cabello de Ross y la otra le rodeó la cadera para apretarle el trasero, donde la madera de la biblioteca le cortaba los nudillos. Pero no le importó. Todo un escuadrón de fusilamiento podría haberlo apuntado desde el otro lado de la habitación y no le hubiera importado, porque tenía un muslo entre las piernas de Ross, y el joven se frotaba contra él, lleno de calor y resentimiento. Las garras de Ross presionaban su pecho y el rostro estaba cerca de la base de su cuello. Se tomó un segundo para preocuparse por sus arterias vitales, pero decidió que eso tampoco le importaba.

Su cuerpo se sacudió cuando el otro lo apartó de un empujón. Él le devolvió el empujón con fuerza, y el impacto contra la madera hizo que el joven gimiera de rabia. Jack tenía la boca entreabierta, sus hombros se agitaban con la respiración y todo su ser estaba tenso, embelesado por la erección de su compañero. Aferró el cuello de la camisa de Ross y…

–No. Alto –dijo el joven.

La mano de Jack bajó de inmediato, e inhaló aire caliente. Esperó a que Ross se apartara e intentara escapar, pero no lo hizo. No reflejaba temor, solo sorpresa en las cejas arqueadas, velada pero

notable. Y el único sonido era el de ambos intentando controlar sus respiraciones.

–¿Qué? ¿Pensó que no lo haría?

–Leyó mis historias –replicó Ross con voz ronca–. "Alto" y "no" no suelen ser acatados en esta clase de escenarios.

–¿No quería que lo acatara?

Una pregunta ridícula en muchas circunstancias, pero que parecía oportuna en ese momento. Ross llevó el pulgar a su propio labio inferior, pensativo, para acariciarlo en un movimiento enloquecedor.

–Supongo que tiene un nombre además de un título. Aunque no lo he escuchado, ni siquiera de su padre.

–¿Por qué lo usaría cuando las personas pueden decirme "mi lord" como si estuviera cubierto de tierra? –Dejó que esa información se asentara un momento–. John. Jack es más frecuente. Jack.

–Muy bien. Si le digo a mi lord que se detenga, puede ignorarme. Si le digo a *Jack* que se detenga, será mejor que me preste atención, de lo contrario acabará con una rodilla en la entrepierna.

La anticipación volvió a elevarse en su interior, junto con el escalofrío que le provocó escuchar su nombre en los labios de Ross, con una intimidad descarada y no solicitada.

–¿Alguna otra regla?

–Sin besos.

–¿Quiere que… se los niegue aunque los pida?

–No… –Evaluó el rostro de Jack. Él no sabía lo que esperaba ver o no ver, pero parte del descaro desapareció–. Si lo pido está bien –respondió despacio.

Jack se encogió de hombros. No le hubieran molestado las reglas; en ese momento, lo más probable era que aceptaría lo que fuera con

tal de volver a poner las manos sobre Ross, y tenía la incómoda sensación de que su compañero lo sabía.

Eso también era poder.

Se adelantó, para cubrir gran parte de la distancia que Ross había puesto entre ellos, y dejó que su voz se volviera más baja y oscura.

–No es lo primero que pienso al ver esa boca de todas formas. –Mentira. En lo único que podía pensar en ese momento era en besarla–. Mierda, eres un demonio.

En el espacio entre los dos, Ross le lanzó una sonrisa de una belleza luminosa y enfurecedora.

–Soy un vagabundo. Probablemente esté allanando. No tengo remedio.

–Alguien tiene que enseñarte –respondió Jack, ronco, y se dejaron llevar.

Estaba más de ánimos para castigar que para provocar, así que desabotonó el pantalón de Ross y fue por sus interiores sin más preámbulos. Silenció el primer gemido ahogado que provocó con la otra mano y sujetó el cuello del joven.

–¿Así que eso es todo? –siseó entre dientes.

–Recibirás lo que te dé –ordenó Jack.

–¿Sin quejas?

–Ah, quéjate todo lo que quieras. –Tenía la erección caliente de Ross en su mano y la jaló con dureza debajo de los interiores–. No me importará.

–Ah, maldito pedazo de mierda –escupió en un jadeo bajo, pero cerró los ojos, echó la cabeza atrás y su respiración se volvió tan rápida como la mano implacable de Jack sobre él. Jack estaba

dominado por una tormenta de deseo, que de seguro sería visible, como magia o humo brotando de él.

–Repíteme que no quieres esto –exigió con desdén–. Cómo quieres ser reducido a un juguete para diversión de un lord, en contra de tus nobles principios, sin duda.

–Púdrase, *púdrase* –jadeó Ross–. No…, por favor.

Aferraba los brazos de Jack y daba pequeños empujones con el pene, ansioso por llegar al éxtasis. Olía a tinta, vino y piel húmeda, atrapado donde él lo quería. Cuando acarició la punta de esa erección firme, estaba húmeda de deseo.

Saber que podía hacer que se corriera con facilidad, de pie y vestido por completo, con un minuto y algunas palabras precisas, le provocó una descarga de placer. Y aún más el saber que podría detenerse.

Así que eso hizo.

Soltó el pene de Ross sin advertencia, lo que inspiró un quejido gutural. El joven lo cubrió con su mano, y la erección de Jack palpitó anticipando una presión similar. Como si leyera su mente, Ross trazó apenas con dos dedos la línea que sus pantalones contenían con incomodidad. Una punzada de fuego se encendió en el estómago de Jack. Logró contener un quejido. Los dedos de Ross volvieron a bajar, un movimiento cauteloso, medido, casi tímido.

–Así que, mi lord, imagino que quiere que haga algo respecto a esto.

–He visto esa expresión –respondió Jack. Cuando volvió a elevar la barbilla de Ross, no había timidez en él. Presionó, su piel contra la mandíbula afilada–. Vi tu lengua y creo que lo que más quisieras es

mi pene en tu boca. Pero no olvides que no me importa lo que tú quieras.

Deslizar el pulgar entre los labios de Ross fue un riesgo que resultó en que lo mordiera, con fuerza pero lejos de lastimarlo, y en una mirada de advertencia. Sacó el pulgar rápido, de modo que enganchó la comisura de Ross, y se movió antes de que pudiera reaccionar. Lo movió por la habitación, sin detenerse cuando tropezó, y lo llevó al escritorio frente al que había estado sentado.

–Bájate la ropa e inclínate sobre el escritorio. –La escena del libro, leída en el tren, resurgió en su mente como un rayo–. ¿O tengo que inmovilizarte y hacerlo yo mismo?

Ross exhaló, y fue el momento de dejar de dudar. Jack podía verlo como si alguien se lo estuviera leyendo, y su acompañante, milagro supremo, hizo justo lo que se le indicó: se bajó pantalones e interiores para desnudarse hasta las rodillas. Jack tuvo un vistazo de la erección del joven y de la línea de vello negro que descendía hasta ella antes de que volteara e hiciera a un lado el papel secante, fastidiado, y se inclinara sobre el escritorio.

Y así como así, Jack pudo haber hecho lo que quisiera con él.

No hizo nada. Observó el trasero de Ross y tragó con la boca seca. Esperó hasta que el palpitar de la sangre en sus oídos se detuviera y, en el silencio, escuchó cómo uno de los relojes en algún sitio de la casa marcaba la hora.

–Si estoy aquí solo por la vista, prefiero ir a otro sitio –soltó Ross con voz inestable–. Yo… –Se detuvo, con un repentino espasmo muscular cuando Jack colocó una mano firme sobre su cadera. No tenía la piel sedosa de algunos hombres, pero era caliente y suave.

–Aunque estés aquí solo por la vista, te quedarás donde estás –ordenó. Luego desabotonó sus propios pantalones y los bajó. Su pene estaba duro como si se hubiera estado estimulando por media hora, y se permitió una caricia tortuosa a la hendidura firme del trasero de Ross.

–Mierda –lamentó con voz espesa–. El único demonio es usted.

–Suplícame.

–En sus malditos sueños. –La espalda de Ross estaba arqueada, sus codos, firmes sobre el cuero del escritorio, y las manos aferradas al borde opuesto–. Si lo quiere, *tómelo*. No se lo haré fácil.

–Pero te encantará de todas formas. –Las sombras cantaban bajo su piel, se *sentía* como un sueño. Había tenido sexo con muchas personas en su vida, hombres y mujeres, y nunca había alcanzado ese nivel de surrealismo acalorado. No le sorprendería despertar duro y jadeando tras haber soñado con esa escena de deseo absoluto–. Y creo haberlo dejado en claro, estás aquí para mí placer, no el tuyo. Así que aprieta esas piernas juntas.

No solía desear parecerse más al libertino que indicaba su reputación, pero tal vez ese libertino tendría aceite en *todas* las habitaciones de la casa y no solo en la habitación. Él ni siquiera había planeado entrar al estudio esa noche, mucho menos tener sexo con alguien allí.

Edwin tendría un hechizo para esa situación, Jack contuvo la risa inapropiada ante esa idea y, en cambio, escupió en su mano algunas veces. Estaba tan duro que no resistiría mucho.

La sensación de deslizar la erección entre las piernas de Ross, entre el calor creciente de su trasero, fue increíble. No se molestó en tomarlo con calma, pues representaba un papel egoísta, a fin de

cuentas. Se movió todo lo rápido y duro que quiso, con ambas manos firmes en las caderas de Ross. Su compañero se sacudió, maldijo y tembló.

–Más apretado –rugió–. Si no puedes, usaré un cinturón para sujetarlas. Pero tal vez lo use en este trasero primero, para que recuerdes a quién le pertenece.

–Santo cielo –exclamó Ross, casi al pasar, y se corrió sobre el escritorio.

Jack casi no se percató, excepto porque el cuerpo del joven se sacudió y presionó tanto que lo acercó a su propia descarga. Luego notó que el temblor se convertía en una risotada agitada.

–Mire eso –dijo Ross, ahogado. Su cabeza oscura se había hundido más–. Ensucié su escritorio elegante.

Él le hundió los dedos con más fuerza. Cada movimiento era agónico, pero, de pronto, también quería echarse a reír. Se sentía ligero y demasiado cálido.

–No te preocupes, pienso hacer que tú lo limpies.

Ross soltó un sonido estrangulado, y Jack alcanzó un orgasmo que lo hizo temblar. Cuando las réplicas del placer se detuvieron y volvió en sí, se dejó caer sobre Ross y luego dio dos pasos incómodos hacia atrás para intentar reordenar su ropa.

Ross levantó la suya y se reabrochó el pantalón. Sus mejillas estaban encendidas y un mechón de rizos caía sobre su frente como si ellos también hubieran quedado flácidos y sin sangre después de la descarga de placer.

Estaba listo para recibir más insultos o para el arrepentimiento esperable, pero Ross lo miró a los ojos, y lo que transmitieron fue algo como… reconocimiento. Más profundo que antes. Tuvo la

extraña necesidad de decir algo para prolongar el encuentro, a pesar de que había llegado al obvio final.

El joven miró el enchastre en la superficie de cuero y de vuelta a Jack, quien sí se rio entonces. Luego le entregó un pañuelo que tenía en el bolsillo.

–Debería limpiar sus propios malditos muebles. Es bueno para el alma.

–Solo para los pobres. Lo leí en el *Morning Post*, así que debe ser cierto.

Ross le hizo un gesto obsceno y limpió el escritorio. Luego observó el pañuelo húmedo y arrugado en su mano, y Jack se preparó para que se lo arrojara en el rostro, pero Ross lo miró a los ojos con descaro y lo guardó en su propio bolsillo. Un brote de deseo residual lo recorrió al verlo.

–Ladrón.

–Bastardo.

–Las personas con las que me he acostado pueden llamarme Jack, de hecho. Sin importar el contexto.

Observó cómo Alan Ross evaluaba la invitación como a todos los obsequios: como si sospechara que estaban huecos y llenos de griegos.

–Muy bien. Si alguna vez tocas con un cinturón alguna parte de mí, Jack, te arrancaré el pene.

–Entendido.

–Nunca le he dado mi verdadero nombre a ninguna persona con la que me acosté.

–Julio Cesare, lo recuerdo –respondió Jack con sequedad.

Una sonrisa breve, una de las reales e irregulares.

–Supongo que puedes llamarme Alan. Solo entre amigos, por cierto, si es que tienes alguno.

–Que te jodan –dijo Jack, pero estaba demasiado satisfecho como para ocultar el tono afectuoso.





CAPÍTULO 11

Resultaba mucho más difícil grabarse el nombre Jack para lord Hawthorn de lo que había sido con Maud, con Violet o con Edwin. Incluso sir Robert estaba virando a Robin en la mente de Alan de tanto escucharlo de los demás.

Jack. El nombre era como el golpe de dedos contra la piel; para nada mágico y sin estatus. Alan convertiría al lord en un simple cristiano aunque le costara la vida, pues necesitaba tanta igualdad como le fuera posible ya que las cosas se estaban… complicando a sí mismas. No era más que una persona, igual que él. Caminaba por el mismo suelo, respiraba el mismo aire. Y, al menos por el momento, trabajaba por el mismo objetivo que él.

Jack. Lo repitió una y otra vez mientras dejaba que su vista se desviara hacia el hombre en cuestión, relajado en uno de los sofás más grandes de Violet. Lo invadieron las sensaciones cuando aquellos ojos azules le sostuvieron la mirada sin ocultar el interés. Apartó la vista de inmediato, pero la testarudez la obligó a volver. No perdería esa pelea, fuera la que fuera. No era su culpa que el noble lord Hawthorn, *Jack*, fuera incapaz de hacer lo correcto e ignorar su presencia como si nada hubiera pasado entre ellos. No era de sorprender. No le importaban los modales a menos que le sirvieran de algo. ¿No le había dicho eso él mismo la noche anterior?

Algo tarde, Alan se percató de que Edwin le había hecho una pregunta.

–¿Disculpa?

–¿Lo has traído?

El rosario. Lo sacó del bolsillo y se lo entregó. Edwin y Violet atravesarían la puerta de roble de la habitación de la espineta ese mismo día. Lord… *Jack* estaba allí porque las runas tenían algo que ver con las puertas y su familia tenía algo que ver con runas. Alan estaba allí porque Edwin tenía una teoría sobre el rosario y la desviación.

–La combinación de haya y serbal me resulta interesante –comentó Edwin–. He descubierto algo más sobre el serbal, apenas se utiliza en contextos mágicos, pero es un amortiguador; hace que cualquier magia sea más débil, *menos* útil.

–¿Como el pedal sordina de un piano? –preguntó Violet.

–Exacto. Y la haya tiene el poder de concentrar la magia. Usar las dos maderas juntas no tiene sentido, a menos que el objetivo sea la oposición. ¿Y tu madre te ha hecho usar esto en un ritual?

–Para rezar avemarías y padrenuestros –respondió Alan–. Las recitas una y otra vez, usando las cuentas para ello. Y si tienes cinco años, te aburres de rezar y solo juegas con la madera porque se siente bien.

Edwin sintió las cuentas entre sus dedos, como si pudiera convertirse a sí mismo en un detector de maderas. Se acercó al escritorio donde se encontraban los planos de Casa Spinet y arrancó con cuidado una tira de papel. Luego chasqueó los dedos de una mano hasta que brillaron con luz blanca y presionó el pulgar en la punta de la tira. Fue como pegamento, que unió una punta del papel con la otra. Le entregó el aro resultante a Alan, quien lo tomó.

–Hay una explicación matemática… No importa. ¿Has visto cómo giré el papel antes de pegar las puntas? Eso significa que el aro tiene una sola cara. Si dibujaras una línea con lápiz, giraría hasta encontrarse consigo misma.

–Mira eso, has aprendido trucos visuales, Edwin –dijo Jack.

–A Robin le gusta que los libros tengan imágenes –respondió Edwin con tranquilidad, y la esquina de la boca de Jack se torció.

–¿Esto qué tiene que ver con el rosario? –Alan volvió a mirar el aro.

–Creo que… –Edwin dibujó en el aire una figura como un ocho acostado–. Creo que manipular estas maderas a una edad a la que la mayoría de los magos comienzan a dar señales de su poder y a tener su ceremonia de hebras, ha dejado a tu magia sin lugar a donde ir. La haya la mantenía fluyendo, mientras que el serbal la hacía volver sobre sí misma, encerrándola hasta que no hubo forma de que accedieras a ella aunque hubieras sabido que podías hacerlo.

–Espera –intervino Jack–, ¿estás diciendo que Ross es un mago? –El lord no había estado presente cuando Alan les había hablado de los platos rotos y del pánico de su madre.

Edwin respondió con una expresión de que aquello era impreciso.

–Lo era –se decidió por decir–. Tenías el *potencial* de ser mago, pero fue suprimido. Eso explica los casos de estudio de Guignol, aunque tendré que releerlos para ver si hace alguna mención específica a la madera o, eh, al catolicismo.

–Lo era –repitió Hawthorn con dureza. Tiempo pasado, aplicado a la magia. Su mirada volvió a encontrarse con la de Alan.

Alan quería golpear a Edwin; *deja de encontrarme más cosas en común con este hombre*, pensó. Ya había estado en la casa de Jack,

había comido en su mesa, se había reído de su humor, tocado sus libros y, santo Dios, se había corrido en sus muebles, presa de una excitación desesperada y abrasadora de la que no sabía que su cuerpo fuera capaz.

Y luego se había ido a casa con un pañuelo manchado de semen en el bolsillo y se había autocomplacido solo con el recuerdo.

No debía haberse dejado llevar a eso, por muchas razones. La más relevante: sentía la necesidad de disculparse con Berto por haberlo sermoneado sobre relaciones insensatas. Al menos si se acostaba con hombres de su misma posición, ninguna de las dos partes tenía muchas más probabilidades de meterse en problemas que la otra si eran arrestados.

Lord Hawthorn podría arruinar la vida de Alan; podría acusarlo de comportamiento indecente y, aunque él mismo le hubiera practicado sexo oral a cada miembro de la corte, Alan Ross sería el que iría a prisión. No el hijo y heredero de un conde.

El de anoche había sido un acto imperdonable de autocomplacencia. Había apostado su vida y la seguridad de su familia a que Jack era una persona decente, la clase de persona que no guardaría rencor, que no buscaría venganza si tenía motivos para estar enfadada. Ja, *ja*.

Y aunque lo sabía, aunque lo ahorcara la soga de su propio error, en lo único que podía pensar era en hacerlo otra vez. El recuerdo de cómo Jack por poco lo había arrastrado de un lado al otro de la habitación, de la voz áspera y sucia, de la perfección de ese cuerpo detrás de él, del miembro grueso entre sus piernas, hizo que su propio pene volviera a agitarse y que su pecho se convirtiera en mantequilla derretida.

Era su propia clase de desastre. Esa mañana, por un momento, había tenido la vana esperanza de que una vez hubiera sido suficiente para purgar aquel deseo, para probar que un encuentro en carne y hueso nunca estaría a la altura de la fantasía –en especial de las fantasías que se dedicaba a poner en palabras y en historias–. Pero había tenido el efecto opuesto. Había comprobado que ese hombre podía complementarlo de formas tentadoras y aterradoras. La noche anterior había roto el cristal de lo que se podía atrever a desear de un compañero como él. Había mucho más, más oscuro y riesgoso, en la profundidad.

Alan estaba jodido en muchos sentidos.

–*Hawthorn* –exclamó Edwin, lo que devolvió a Alan al presente–. Si espantas a mi desviador con tu actitud de bastardo habitual, nunca encontraremos la daga y estarás condenado a *cuidar niños*, como tú dices, para siempre.

Violet tomó el aro de papel, que él había dejado en el diván entre los dos.

–Volvamos a los negocios. ¿Esto es lo que pasa ahora cuando la magia de otro lo toca? –preguntó–. ¿Vuelve sobre sí misma?

–Eso creo –respondió Edwin–. No con la misma intensidad, claro. La magia busca caminos, se aviva a sí misma en las líneas ley de la tierra. Y cada camino en ti, Alan, está trazado para desviarla. –Formó un hechizo verde pálido con el cordel, y el recuerdo erizó el vello en los brazos de Alan, pero el otro sostuvo el hechizo dentro de la figura–. Este es el hechizo de frío que usé antes. Esta vez, no imagines un escudo. Piensa en ese aro de papel. Piensa que la magia se… desvía, ¿de acuerdo?

El hechizo impactó contra él, y se imaginó como si fuera más resbaladizo que la piel; como hielo, porcelana o una superficie de madera pulida. Cualquier cosa que pudiera penetrarlo seguiría de largo.

Aun sintió frío y, cielos, sí que debía esforzarse. En cuanto un pensamiento se infiltraba y difuminaba la imagen que quería crear, el frío se intensificaba.

–Mejor –dijo de todas formas cuando Edwin terminó–. Eso creo.

–No lo sé. –El mago tenía el ceño fruncido–. Es demasiado subjetivo. Violet, podríamos intentar con una de tus ilusiones.

Entonces Alan era el que no tenía idea si estaba funcionando. No podía sentir la ilusión como al frío. Estaba allí, de pie, pensando en caminos tallados y en aros de papel mientras la maga lanzaba un hechizo y luego caminaba en círculo a su alrededor, con las manos levantadas, tarareando pensativa.

–Está hecho un desastre –señaló Jack.

–Ayudas mucho, Hawthorn –replicó Violet–. También estaba hecho un desastre en el Lyric, pero ahora es peor. Lo que sea que estés haciendo, está funcionando, Alan. Creo.

–Se siente como correr cuesta arriba –comentó él, con la respiración agitada de forma desagradable en el pecho–. Así que más vale que esté haciendo algo.

–No te agotaremos con experimentos –le aseguró Edwin–. Probemos con la puerta.

Fueron a la sala de la espineta. La puerta de roble seguía siendo visible para todos, un hecho que iluminó el rostro de Edwin con una satisfacción que casi lo hacía parecer atractivo. Lo que fuera que hubiera hecho la última vez para estabilizar la apariencia de la

puerta, seguía funcionando. El hechizo de protección también seguía funcionando.

–¿Cómo atraviesan las otras puertas de aquí? –preguntó Jack–. Si algo funciona para las demás…

–Con música –respondió Violet–. Tienen una canción tallada en los marcos, si miras con atención. –Se sentó a la espineta y tocó una melodía con una mano. La puerta roja, de madera de jarrah, emitió un zumbido que siguió la misma melodía. Y de un momento a otro, la puerta tenía un pomo de bronce.

Alan fue a mirarlo. En el borde más alto del marco de la puerta de jarrah, pudo ver las cinco líneas de un pentagrama y una breve serie de notas.

–Si cuentas conmigo para ver lo que está escrito en el roble y luego *tararearlo*, no te seré de mucha ayuda. No sé leer una melodía. ¿Tienes un detector de música, además del de madera?

–¿Está grabado? Podrías hacer un frotado con papel y carbón –sugirió Jack.

–Veamos si puede acercarse lo suficiente, primero –intervino Edwin.

Así que Alan dio un paso cauteloso tras otro hacia la puerta de roble mientras el terror del hechizo de protección intentaba ahogarlo. Si se concentraba con fuerza… Podría haber sido solo su imaginación esperanzada, pero tal vez podía sentir algo después de todo, caminos dentro de él, tallados lento y profundo como una cicatriz reabierta sin cesar con el mismo cuchillo.

Incluso pensarlo le dolía. Era apenas consciente de que estaba aferrándose el pecho como si quisiera evitar que su contenido se derramara. Pero el dolor hizo que todo se enfocara y, de pronto,

supo que cuando llevó el detector de madera a la puerta la última vez, había sido *demasiada* energía intentando escapar por canales demasiado estrechos para contenerla. Así que se había desbordado dentro de él hasta casi hacerlo estallar, hasta que había encontrado un nuevo camino a través de Violet.

Con la sensación de estar caminando por una cuerda floja sobre un mar embravecido, caminó hacia la puerta de roble y miró el marco.

–No hay música. Solo estrellas –anunció.

–¿Qué? –preguntó Edwin.

–*Estrellas.* –Alan levantó una mano impotente y representó destellos con los dedos. Le dolía la cabeza. Estaba perdiendo el poco dominio que tenía sobre el efecto del hechizo de protección en él. Quería correr un kilómetro lejos de allí y luego vaciar sus entrañas–. Toda una… fila de ellas.

–Violet –dijo Edwin tajante, pero Violet ya estaba hablando.

–Sí, sí, dame un momento… Tengo que hacerlo de oído…

Después de unos comienzos en falso (las notas sonaron como cristal roto sobre el palpitar en la cabeza de Alan), la música resonó en la habitación. La canción del planetario. La de Alfred Dufay.

La tormenta que rugía en su cuerpo desapareció de pronto. Sonaron exclamaciones detrás de él; así que la protección había caído para todos. Y la puerta de roble tenía una manija exactamente donde debería estar.

Por desgracia, todavía estaba trabada.

–¿Qué piensan? –preguntó Alan, ya con la cabeza ligera por la ausencia de dolor–. ¿Otra canción para hacer aparecer la cerradura?

–Podría abrirse solo para el dueño –sugirió Edwin–. El salón de rosas en Sutton es así.

Pero tampoco ayudó que Violet moviera la manija. Frunció el ceño.

–Hawthorn, te toca contribuir. ¿Cómo funcionan las runas en El Barril?

–No lo sé.

–¿Cuándo dejarás de ser tan negativo, Jack? –soltó Edwin, irritado–. Ya dejó de ser interesante. Todos sabemos que desearías no estar aquí. Ahora solo es tedioso.

Jack estaba apoyado contra una de las otras puertas, de brazos cruzados. Parecía incapaz de existir sin tener en qué recostarse o apoyarse. Además, había elegido como fondo una de las maderas más claras (Alan no recordaba la mayoría de los nombres) lo que hacía que su cabello castaño oscuro pareciera casi negro y sus ojos, fragmentos de cristal iridiscente. Su chaleco era verde esmeralda con costuras que le daban la apariencia de escamas cuando le daba la luz.

El lord le lanzó una mirada serena a Edwin, que no sirvió para disipar los pensamientos de Alan sobre serpientes. Y luego hizo que recordara de repente qué categoría de personas estaba invitada a usar el nombre Jack. La idea estalló en su mente y reordenó algunas cosas. Tuvo que morderse los labios para no reír.

–Lo creas o no, Edwin, mi mera presencia aquí significa que estoy resignado a llegar al final de esto. Sí, el abuelo de mi madre diseñó el sistema de runas que controla las puertas de El Barril. No tengo duda de que ha sido un proyecto difícil y que tomó mucho tiempo, pero la historia no ha sido transmitida a lo largo de las generaciones a la hora de dormir. –Tras la explicación arrasadora, la postura del

lord se relajó–. Es como tu hechizo para indexar bibliotecas. Todas las habitaciones de El Barril están marcadas y nombradas, lo que las puertas necesitan saber es qué dos habitaciones están siendo vinculadas y si una persona tiene permiso para pasar. La runa será una representación de esos hechizos. Una cláusula definitoria y una cláusula de paso. Esa es toda la teoría que sé, y puede que ni siquiera se aplique aquí.

Por la expresión de Edwin, eso era más de lo que esperaba averiguar.

–Si necesitamos una cláusula definitoria que solo es visible *dentro* de la habitación a la que no podemos acceder, entonces, es un acertijo imposible –se lamentó Violet, irritada–. Lady Enid sí que quería que este secreto muriera con ella.

–Pero la casa no lo haría –señaló Edwin–. No tiene antigüedad para funcionar así. Y tú *la heredaste*, así que tienes derecho a cada centímetro de este espacio. –Recuperó un poco del brillo que lo animaba–. Hawthorn, ¿puedes darnos una runa para un hechizo básico de apertura? ¿Funcionaría la notación de hechizos estándar?

Lo que siguió fueron más garabatos en un cuaderno, en un patrón como de telaraña explotada, al final de la cual Violet adjuntó las iniciales "VAD", que eran su firma.

A punto de formar un verdadero hechizo, Violet miró el papel, luego la puerta y tragó saliva. Su compostura mostró grietas.

–Edwin. Hiciste un juramento de sangre con Sutton, ¿verdad?

–Sí, yo… ¿Tú no?

–No. Fui nombrada en el testamento, y la casa me aceptó. Y tienes razón, es joven, la construyeron con magia nueva, no según

las viejas tradiciones. No sé si alguien le ha dado sangre a esta casa de forma voluntaria.

Un sentimiento despertó en Alan, como si lo sacaran del pozo de su niñez, de los años en los que creía en Dios, en los santos y en los poderes del cielo y del infierno. En misa, escuchar los cánticos era como estar hasta las rodillas en agua negra, temblando de gozo al ser sobrepasado por algo más grande. Un poder con la fuerza suficiente para sostenerte cuando estás demasiado cansado para hacerlo tú mismo o para contenerte cuando estás demasiado inquieto para dormir.

La magia no era religión, pero era poder, y una parte hambrienta de Alan quería desatar su rabia por su herencia negada. Quería revelarse contra ello hasta que abriera esos canales de la infancia. Sangre, si eso era lo que hacía falta.

–Mierda –murmuró Violet–. Edwin, hazlo tú, por favor.

Extendió la mano en dirección a Edwin, y se sobresaltó cuando él formó un hechizo que le hizo brotar sangre de un dedo. Una respiración profunda la obligó a enderezar la cabeza.

–Mi nombre es Violet Anne Debenham. Acepto esta herencia y… –con una mueca de dolor, llevó la punta del dedo sangrante hacia la puerta para trazar la runa– hago un compromiso de sangre con Casa Spinet y con sus tierras.

–Mías para cuidar y mías para sanar –dijo Edwin–. Mío el vínculo y el derecho natural.

Violet lo repitió. Y luego, se apresuró a añadir:

–Perdón por haber estado… asustada. En verdad lo siento. Sé que has estado haciendo lo mejor posible. Gracias.

Dejó caer la mano de la puerta.

Y la puerta hizo un clic al abrirse.

La habitación era pequeña; quizás dos tercios del tamaño del salón de abajo con los grandes instrumentos de cuerda. No había espinetas allí, no había instrumentos en absoluto, aunque Alan no dudaba que esa casa de repente pudiera empezar a lanzar clarinetes a la cabeza de alguien.

A través de una única ventana con las cortinas recogidas se filtraban la luz del sol y el ruido débil de la ciudad, una ventana real en lugar de una ilusión, a juzgar por los parches descoloridos en las tablas del suelo. El papel tapiz era de un amarillo pálido con pequeñas flores blancas. Todo el mobiliario parecía demasiado grande para la habitación, de un modo que lograba sentirse acogedor en lugar de abarrotado. Había muchos cojines abultados y bordados. El aire era suave, con aroma a polvo y lavanda, con antigüedad y quietud. Y…

–Ah, aquí es donde guardaba las cajas –señaló Violet. Estaban sobre el alféizar de la ventana, adornando mesas pequeñas, pedestales de exhibición y el tocador, con su silla delicada y el gran espejo. Algunas eran redondas, algunas cuadradas, algunas en forma de corazones o de estrellas de muchos picos. Variaban en tamaño, desde el de una caja de cerillas hasta una (en el suelo, cubierta con un tapiz de encaje y con otra caja más pequeña encima, como si fuera un sombrero) que bien podría llamarse baúl. Como las puertas en la habitación de la espineta, como cada hermosa pieza de madera en ese lugar, variaban en color, desde crema pálido hasta negro ébano.

–James Taverner hacía cajas para lady Enid como regalos de cortejo –explicó Violet–. Y luego le hizo otra cada año como regalo de aniversario mientras estuvieron casados.

El peso cargó el aire mientras miraban alrededor.

–Esto se siente como una pesadilla o un cuento de hadas –comentó Jack–. Estoy esperando que aparezca un elfo y nos diga que tenemos hasta el atardecer para encontrar el alfiler de oro en todas estas cajas.

–De plata, no de oro –lo corrigió Edwin. Tenía el cordel alrededor de las manos–. No me sorprendería que lady Enid se hubiera inspirado en el salón de rosas de la señora Sutton para este lugar. Y esperemos…

Formó un hechizo sin color, que sostuvo como si equilibrara una pompa de jabón entre las palmas antes de soltarlo. Después de unos segundos, tomó aire y se miró las manos, todavía levantadas frente a él con el cordel.

–Es un hechizo de rastreo –explicó–. No le importa cuán mágico sea un objeto, solo de lo que está hecho. Aquí. –Los condujo hasta el tocador.

–Esos otra vez –dijo Alan, sorprendido, al ver el espejo de mano y el cepillo de plata.

Violet levantó el cepillo para inspeccionar el grabado en la parte posterior.

–La señora Navenby dijo que Flora Sutton le dio un juego a cada una. ¿Qué más, Edwin?

El mago frunció el ceño como si escuchara un sonido tenue. El siguiente objeto de plata parecía estar en una caja rectangular sencilla, sobre una mesa alta en una esquina. Violet llevó la caja

donde había mejor luz, y resultó contener un atado grueso de cartas, rodeadas por un listón rosado deshilachado, y un marco de fotografías de plata, muy ennegrecido, con una fotografía en sepia de un joven sonriente con un espacio entre los dientes delanteros.

–Había olvidado que tenían un hijo –comentó la joven–. Es… Es horrible, pero no recuerdo su nombre. Lady Enid no hablaba de él. Murió joven. Antes de que yo naciera.

De nuevo, Alan quiso correr lejos de allí, pero no tenía nada que ver con la magia y la protección, sino con que no le gustaba lo que estaban haciendo allí, en el corazón de una mujer difunta, hurgando en los restos de su vida en busca de secretos y poder. Ni siquiera caminar por un cementerio con Maud se había sentido tan intrusivo.

Más que eso, quería huir de la sensación de camaradería que lo envolvía, seductora como una cama suave después de un largo día, más fuerte cuanto más trabajaba con estas personas. Empezaba a sentirse como si encajara allí, como si fuera respetado y querido y tuviera acceso a todas estas historias secretas. No podía permitirse eso. Y no quería permitirse el dolor que llegaría cuando terminara.

–¿El marco podría *ser* la daga? –preguntó Violet–. La señora Sutton cambió la moneda por anillos.

–Y los anillos volvieron a ser una moneda con un hechizo de rectificación –dijo Edwin, antes de aplicar un nuevo hechizo al marco. Nada pasó.

Los pulgares del mago guiaron al grupo hacia una caja redonda de madera muy pálida escondida debajo de un sofá. Dentro había… otra caja. Esta era de plata, con perlas incrustadas en la tapa. Violet la levantó con cuidado, y Edwin lanzó el hechizo de rectificación, pero siguió siendo una caja en lugar de una daga.

Dentro de la segunda había…

–Otra caja de madera –exclamó Jack–. ¿Quién apuesta a que dentro habrá una caja de plata más pequeña?

Violet abrió la tapa. Jack hubiera perdido la apuesta. La caja estaba forrada en terciopelo rojo y dentro había un papel cuadrado doblado muchas veces y un mechón largo de cabello castaño. Otro recuerdo del hijo muerto, tal vez.

El papel, al ser desplegado, reveló dos líneas de música escritas a mano con tinta. Violet parpadeó frente a él por un momento, luego probó un tarareo experimental.

–No sé. Parece el comienzo de un ejercicio de transposición. La misma melodía en dos tonos diferentes.

–Edwin, Violet –dijo Jack–. ¿Recuerdan su ceremonia de hebras?

–Sí. –Edwin levantó la vista de golpe.

–¿Cómo era la caja?

–¿Qué caja? ¿Para almacenaje? Nunca la vi. La ceremonia fue en Penhallick. Mis padres enviaron la hebra a Londres para que la registraran en El Barril.

Violet estuvo de acuerdo en que ella también había pasado por su ceremonia en su casa familiar. Ese era un aspecto de la cultura mágica que Alan ya conocía: ante la primera señal de habilidades mágicas, a los niños se les cortaba un mechón de cabello y se enviaba a una habitación en El Barril, donde luego podrían usarse para determinar la ubicación de cualquier mago registrado en tiempos de peligro. Robin y Adelaide lo habían usado para localizar a Edwin, con la ayuda de la señora Kaur.

–Nuestro padre nos llevó a mí y a Elsie a El Barril en persona después de la nuestra. –Era la primera vez que Alan escuchaba ese

nombre de la boca del lord–. Nos llevaron al Archivo de Hebras y nos dejaron poner nuestro cabello en sus cajas. –Señaló hacia la caja forrada de terciopelo–. Se veían como esa, exactamente igual.

–Pero si… Ah. *Transposición.* Eso es *brillante*. –Edwin parecía dividido entre la risa y arrancarse el propio cabello. Miró a todos–. La buena noticia es que sé dónde está la daga.

El corazón de Alan dio un vuelco doloroso. Así que, lo que tenía que hacer allí estaba cumplido en mayor parte. Eso era algo *bueno*, sí, sí lo era.

–¿Y lo malo?

Una sonrisa de lado se desplegó en los labios de Edwin.

–¿Qué opinamos de robar algo del lugar más mágico de Inglaterra?





CAPÍTULO 12

Jack pasó la mitad del día siguiente en Westminster, teniendo conversaciones sobre el presupuesto popular, incapaz de acallar el eco de la voz de Alan. Luego pasó por su casa en Mayfair, donde Oliver estaba empeñado en renovar el vestidor de Jack y catalogar sus debilidades para cumplir su palabra con lady Cheetham.

Su medio hermano ilegítimo era un chico agradable. Demasiado ansioso por complacer para que su alegría fuera genuina, pero era decente y con una pomposidad profesional que era la marca de todos los ayudantes bien entrenados.

Y Oliver emanaba magia; no cabía duda de eso. Bajo el pretexto de prepararlo para ser útil en la defensa de Casa Spinet, en caso de que fueran atacados otra vez, Jack había comenzado a llenar algunos de los vacíos en *esa* parte de la formación de Freddy Oliver. En la que había tenido… o no tenido.

Edwin tenía todo un discurso sobre cómo los magos fuertes tendían a ser descuidados porque no necesitaban ser meticulosos para hacer que un hechizo resultara como querían. Así que pasaban por alto lo básico valiéndose de la fuerza y aprendían hechizos más elaborados o complejos solo si eran curiosos y metódicos o si su familia se encargaba de que lo hicieran.

Walter Courcey podría encajar en esa categoría, pero George Bastoke no. Y Jack tampoco; hijo de una mujer Bastoke que había insistido en que sus hijos aprendieran un control perfecto. Ver crecer

en Oliver la fuerza de un Alston no entrenada debió haber provocado una guerra entre la discreción y la practicidad de lady Cheetham. Jack se sorprendió de que ella hubiera logrado esperar hasta entonces para encargarse de la educación del chico.

Una vez que la lección de magia terminó, volvieron a Casa Spinet. Jack hizo que Oliver ajustara uno de sus trajes de noche viejos, de modo que, cuando Alan llegara con media hora de sobra antes de que los llamaran a cenar, él pudiera disfrutar del placer de decir:

–Nada de excusas esta vez, maestro Cesare. Te cambiarás para la cena.

Alan miró a Jack, a Oliver y de vuelta a Jack.

–Si me compraste un traje, lo tiraré por la ventana –sentenció.

–No me atrevería. Son prendas usadas, aptas solo para convertirse en trapos. O para ti.

Oliver resopló con orgullo herido, pero la atención de Jack estaba puesta en la forma en que el rostro de Alan se volvía desafiante. Por un momento caliente de locura, quiso darle la noche libre a Oliver y quitarle él mismo a Alan Ross esa camisa manchada de tinta y el traje café sencillo que se esforzaba por hacerlo parecer un hombre común, algo menos que extraordinario, y que fallaba de forma miserable. "¿Cómo demonios es que alguien consigue hacer su trabajo contigo en la oficina?", quería preguntar. No era de extrañar que sus editores estuvieran felices de dejarlo deambular por las calles y que apareciera solo para las fechas de entrega.

–¿Tus prendas usadas? Bailaré en ellas.

–Oliver sería un pésimo mago ayudante de cámara si no pudiera ajustar un traje para que te quedara bien –replicó Jack, y el cabello pelirrojo de Oliver rebotó con alegría.

–He medido la talla a ojo, señor, pero puedo hacer los retoques finales una vez que lo tenga puesto.

Alan hizo una mueca, tal vez por el "señor", pero la franqueza de Oliver parecía ser un arma contra la que no se había preparado. Se dejó llevar hasta el vestidor y luego se sentó a la mesa con el que debía ser el primer traje que le quedaba bien en su vida. Se veía bien arreglado, encantador y radiante a pesar del mal humor por todo el asunto.

Maud y Adelaide lo colmaron de elogios. Violet le echó un vistazo y giró para lanzarle una expresión alegre y sugestiva a Jack a través de la mesa.

"No", le dijo Jack en lengua de figuras

Ella respondió con algo vago, que significaba "hambre" y "obvio" y, antes de que él pudiera decirle algo más, giró para hacer una señal de llamada hacia la bandeja de verduras hervidas, que la cocinera había cubierto con una gloriosa salsa de queso.

Aunque la conversación fue ligera hasta que terminaron de cenar, la atmósfera estaba tensa. Todos sabían lo que debían hacer esa noche: antes de un ataque ofensivo, venía la etapa de planificación. Jack no era un historiador militar, pero tenía suficiente experiencia práctica para saber que una hora de estrategia podía definir cada minuto clave en un campo de batalla. Y un segundo de caos inesperado podía echar por tierra horas de estrategia en un instante. Pero no ganaría muchas sonrisas si lo mencionaba.

Finalmente, Robin hizo sonar su copa y se aclaró la garganta. El postre había sido retirado y solo quedaban copas, servilletas manchadas y las luces guía de todos en la mesa. Los portadores de luz guía eran esferas sutiles de cristal soplado, con burbujas de aire

teñidas de verde suave, que le daban un aspecto submarino a la habitación.

Los sirvientes se habían retirado con discreción. Todo el personal de Casa Spinet sabía que *algo* se estaba gestando (los muchos intentos de allanamiento nocturnos lo habían dejado claro) y Maud se había negado a mentirles, pero la señora Kaur tenía un punto sobre los peligros de dar demasiada información. Así que Violet solo les había dicho que había algo valioso de lady Enid en la casa que muchas personas querían robar y que no dejaría que sucediera.

–De pie para dar discursos, Robin –dijo Adelaide.

Robin le sonrió y se puso de pie.

–No tiene sentido hacer discursos para darles las gracias por haber venido ni para halagar la comida. Seamos francos, estamos aquí para discutir…

–*Robo mayor* –intervino Maud con deleite.

–Bueno. Sí. –Edwin también se levantó–. Creemos que lady Enid visitó el Archivo de Hebras en algún momento e hizo un intercambio. Retiró la caja de cabello de alguien y la sustituyó por la daga del último juramento.

–Hizo que la Asamblea se encargara de esconderlo por ella –dijo Violet–. Me encanta.

–Es irónico, entonces, si la Asamblea ha estado rompiendo alfombras y asesinando gente para encontrar algo que ha estado bajo sus narices todo el tiempo –comentó Jack–. Parece arriesgado como escondite.

–El Barril es un punto de intersección de líneas ley –explicó Edwin–. Aún más que Cabaña Sutton; de hecho, tienen una línea en común. Piénsenlas como estaciones del subterráneo. Sospecho que

por eso se eligió ese sitio en Londres para El Barril en primer lugar. Pero no estoy seguro de que la daga esté allí –advirtió–. La señora Sutton dijo que una parte del juramento crearía una huella más fuerte en las líneas ley si se escondiera en un lugar de poder, y así fue como la gente de Bastoke sospechó que ella tenía la moneda en primer lugar. Yo creería que hubieran encontrado la daga con *más* facilidad si estuviera en algún lugar con tanta magia como El Barril, pero sigue siendo la mejor pista que tenemos.

–Edwin fue a ver a Kitty Kaur hoy –les contó Robin–. Ella conoce El Barril mejor que cualquiera de nosotros. No le estamos contando todo, Addy, no quiero que ella y Singh se vean en una posición difícil si las cosas salen mal.

–Si nos atrapan robando en El Barril después de lo que pasó en la audiencia de Violet… Sí, eso calificaría como que las cosas *salieron mal* –señaló Jack.

–Entonces, que no nos atrapen –dijo Maud, al tiempo que extendía la mano sin pensar para tomar la de Violet–. Edwin, Robin, ¿tienen un plan?

–Hasta ahora, lo que tenemos es una lista de problemas –respondió Robin–. Pero gracias a Kitty, al menos es una lista precisa.

Él y Edwin les enumeraron los problemas, con la ayuda de un cuaderno en el que Edwin había escrito todo lo que la señora Kaur les había contado.

Cada visita al Archivo de Hebras para registrar a un nuevo mago o para usar el cabello de alguien para localizarlo, aunque eso era mucho más raro, se anotaba en el libro de visitas. Nombre completo del solicitante, nombre completo del mago cuya caja se añadió o retiró. El mismo libro de registro enorme había estado en uso desde

que se había construido El Barril, por lo tanto, debía ser posible ver si lady Enid había visitado el Archivo y qué caja había solicitado para hacer el intercambio.

–Podría haber sido la suya, la de su hijo, la de su esposo… Cualquiera –concluyó Edwin.

–Edwin tiene un encantamiento que puede buscar el nombre completo de lady Enid en el registro –dijo Robin.

–Tal vez –lo corrigió el mago–. Todavía estoy trabajando en ello.

La expresión de Robin era como el grito de apoyo de un adorador desde las gradas durante un partido de rugby. Edwin puso los ojos en blanco, pero también se espumó un poco.

Pasaron a la siguiente página de las notas, que parecía ser una lista deprimente de razones por las que esa era una locura condenada al fracaso. No todos tenían permiso para acceder al Archivo de Hebras, aunque supieran la runa que lo definía. La mayoría de los que podían entrar estaban vinculados a los Cooper, que trabajaban para George Bastoke. Y el permiso de la señora Kaur había sido revocado desde que había sido "amenazada" para ayudar a Robin a entrar.

Y aunque lograran entrar al Archivo, cualquier solicitud que hicieran para ver y retirar una caja quedaría registrada para siempre con el nombre completo de alguien. Los registros solo se revisaban una vez a la semana, pero era casi imposible falsificarlos.

–Dejen de parecer amargados –los reprendió Violet–. Debemos tener *algunas cosas* a nuestro favor. Yo me he vuelto bastante hábil con las ilusiones, por ejemplo.

–Robin, Edwin y yo podríamos idear una razón para visitar casi cualquier departamento de El Barril por el trabajo de enlace –agregó

Adelaide–. Robin y yo tenemos pases, y sabemos que Hawthorn puede entrar. De hecho, la mayoría de nosotros puede atravesar la barrera contra los no magos. Solo… ¿Maud y el señor Ross no pueden?

–Una mano firme puede hacer que cualquiera entre si es necesario –respondió Robin con una sonrisa–. Tuviste que arrastrarme por el umbral la primera vez.

–¿Es probable que *yo* sea necesario? –Fue la primera vez que Alan habló desde que terminaron de cenar.

–Sabemos que las ilusiones de Violet no funcionan en ti –comenzó Edwin–. Y no imagino que necesitemos un desviador para esto. En especial porque el efecto que tienes es impredecible.

–Me parece bien. –Alan desvió la mirada hacia Jack, luego la apartó–. La única otra habilidad relevante que tengo es abrir cerraduras, y no parece que eso sea lo que necesiten para esas puertas mágicas.

–¡Yo puedo ayudar! –exclamó Maud–. ¿Qué puedo hacer?

–*Tú* deberías ser encadenada a una pata de la cama y obligada a quedarte en casa después de ese ardid del cementerio –sentenció Violet.

Maud se sonrojó, mitad por rabia y mitad por algo más. Dios, Jack deseaba no saberlo. Violet le había gritado a Maud después de la desafortunada aventura de ser poseída múltiples veces, y la joven había respondido a los gritos. Eran así, tenían peleas enérgicas, porque hacer las paces después de una pelea era una de sus actividades favoritas, otra cosa que él deseaba no saber y que solo *sabía* porque, al parecer, Violet era incapaz de hacer su vida sin un amigo con quien discutirla. Y, en un acto absolutamente inapropiado,

Violet había decidido que Jack sería ese amigo. Tres años en un teatro de Bowery habían hecho que se sintiera mucho más cómoda hablando sobre sexo que la mayoría de las damas que él conocía.

En esa ocasión en particular, Jack había entrado a la habitación y las había encontrado… haciendo las paces. Y le había informado a Maud que era justicia natural por haberlos sorprendido a Violet y a él en el Lyric. Luego se había ido a intentar borrar la imagen de su memoria con *whisky*. Fue la primera vez en años que se sintió tentado a conseguir algo de hierba de Leto.

Maud levantó el mentón y se volvió hacia Edwin.

–¿Hay alguna forma de hacer que todos evacuen El Barril, para que esté vacío y nadie los vea entrar al Archivo? ¿Qué pasaría si surgiera algún tipo de peligro?

–Hay una runa general de salida –respondió el mago–. Hace que cualquiera, a través de cualquier puerta, regrese al vestíbulo principal. La gente usaría eso si algo saliera mal. Pero… ¿evacuar? ¿Debido a qué? Un edificio lleno de magos podría lidiar con algo tan simple como un incendio.

La joven frunció el ceño.

–¿Riesgo de explosión?

–Pólvora, traición y complot –murmuró Alan–. Difícil de simular de manera convincente.

–Además, a menos que encontremos una forma de engañar a las runas, aún necesitaremos que alguien más nos lleve al Archivo de Hebras –agregó Adelaide, algo sombría.

–Robin –dijo Edwin de repente–. No. No creo que…

–Merece la pena intentarlo. –Robin se quitó un anillo del dedo y lo dejó sobre la mesa. Era de madera, como los que Violet usaba

cuando creaba ilusiones–. Mis visiones ayudaron a Maudie en el Lyric. Y sabes que a veces puedo dirigirlas. He estado dentro del Archivo, así que sé por dónde empezar.

El anillo era de serbal. Edwin había esperado que ayudara a mantener a raya las visiones cada vez más dolorosas de Robin. La adivinación no era magia, pero parecía tener suficiente cercanía como para que el anillo ayudara.

Edwin parecía preocupado, pero era difícil disuadir a un Blyth cuando se le metía una idea en la cabeza. Robin cerró los ojos, respiró lento, frotó las palmas de las manos como si intentara advertirles y… se quedó inmóvil. Jack solo había visto a Robin Blyth dominado por una visión una vez. Era perturbador. Sus párpados se abrieron y dejaron ver los ojos avellana, desenfocados y vidriosos.

Duró menos de medio minuto, luego Robin parpadeó varias veces y se llevó una mano a la sien con expresión adolorida. Un suspiro escapó de Edwin como una brisa tranquila.

–No lo sé –comenzó Robin, frustrado, antes de que alguien pudiera preguntar–. Fue… raro. Caótico. Nubes oscuras y destellos de movimiento entre las nubes. *Creo* que era un lugar cerrado, pero ni siquiera sé si era El Barril. Y todo temblaba, como una cámara fotográfica lanzada en una tormenta. No ayudó mucho. Lo siento.

–¿Estamos seguros de que no podemos dejar la daga donde está? –sugirió Adelaide. La preocupación arrugó su rostro al mirar a Robin–. Si todo es caos e incertidumbre, ¿en verdad hará daño dejarla escondida?

–¿Y si el otro bando encuentra la forma de hacer funcionar la triangulación y la encuentra primero? –replicó Edwin–. No he tenido tiempo de hacer planes por si eso sucede.

–Deberíamos –dijo Violet–. Hacer un plan. O… ¿Y si dejáramos que pasara?

–*¿Qué?* –preguntó Edwin.

–¿Y si la idea de Robin en mi audiencia fue la correcta? Poner todo al descubierto, para que todos lo sepan. Walter dijo que solo usarían la magia reunida de los magos de Gran Bretaña para el bien común. ¿Y si los obligamos a cumplirlo? Si tuviéramos a toda la Asamblea a bordo, no solo a Bastoke y a quien sea que tenga en su bolsillo, podríamos insistir en que necesitan el consentimiento de todos, una votación, antes de hacer algo. O… insistir en que creen un ritual que use las líneas de sangre de las tres familias, pero que excluya a cualquiera que no haya dado su consentimiento *directo*.

–¿Insistir cómo? –preguntó Edwin, pero se mordió el labio, pensativo–. Yo… supongo que, en teoría, reunir poder no es *inherentemente* peligroso. Solo hacerlo sin consentimiento o supervisión.

–Es peligroso –intervino Jack. Todos se volvieron hacia él. Su garganta estaba tensa y caliente–. Una vez que la magia ha sido extraída de alguien y mezclada, no hay garantía de que vuelva sin corromperse. O de que vuelva siquiera.

–¿Es necesario que vuelva? Pensé que el propósito de la magia era usarla y que luego –Robin hizo un gesto con la mano– se recargue a sí misma con el tiempo. Si no, nunca podrías volver a hacer hechizos al día siguiente.

–Normalmente, sí –respondió–. Pero…

Y ahí estaba, a punto de explicar cómo sabía todo esto, pero el amarre de silencio se encendió doloroso en su lengua. Jack no pudo evitar lamentarse. Al menos se aseguró de que fuera breve.

–¡Hawthorn! –Maud gritó de preocupación–. Esto tiene que ver con lo que pasó con lady Elsie, ¿verdad? ¿Y con tu primo?

–Ay, cielos. –Edwin se dejó caer en la silla con pesadez y se frotó el rostro–. Hawthorn, *necesitamos* saber lo que sabes si se trata de lo que Bastoke ha planeado hacer con el juramento. En especial ahora que la pista de Dufay no nos ha llevado a nada. Es absurdo que estés aquí sentado como un libro que ha sido cerrado con pegamento.

Jack tragó un sorbo de agua y dejó el vaso en la mesa con fuerza.

–Qué imagen tan encantadora, Edwin. ¿Y *cómo* planeas forzar las páginas para abrirlas? –Su voz salió salvaje.

Edwin se sobresaltó, pero mantuvo la mirada en él. No era amable ni débil, a pesar de su apariencia. Podía inmovilizar a Jack como a una mariposa en un tablero de coleccionista y hacer lo que fuera necesario para encontrar las respuestas que necesitaba. Y si era por el *bien mayor*, Maud y Robin podrían dejarlo hacer lo que fuera.

A pesar del agua, la boca de Jack se sentía como si la hubieran raspado por dentro. Quería escupir. Quería levantarse de la mesa, salir de esa habitación y embarcarse rumbo a cualquier lugar que no fuera ese.

–Engañándolas –soltó de pronto Maud.

–¿Qué? –preguntó Jack.

–La magia es mucho menos astuta que las personas. El juramento de Robin de reportar sus visiones lo demuestra. –Le sonrió a su hermano–. Ambos somos muy buenos para decir la verdad de maneras estúpidas.

Lo eran. Jack había visto a Maud decir una impresionante cantidad de mentiras sin decirlas en realidad. Todo se trataba de la forma en

que usaba las palabras.

Se le ocurrió una idea.

–Edwin. –Chasqueó los dedos hacia el cuaderno–. Necesito un lápiz. Voy a dibujarte una sección de mi árbol genealógico.

–¿Por qué…?

–Por *ninguna razón* –respondió casi en un gruñido.

–¡Eso es! El sarcasmo podría funcionar –rio Maud.

No parecía que pudiera ser tan simple. No podía convencerse a sí mismo de que el nombre de su hermana en su lengua hiciera algo más que quemarlo, pero tomó un trozo de papel arrancado del cuaderno de Edwin, quien también le encontró un lápiz, y dibujó el lado de su madre en su árbol genealógico. Mary Bastoke. Dos líneas breves conectándola con Frederick Alston, lord Cheetham, y más líneas hacia los nombres John y Elsie. Su mano temblaba y su boca se secaba cada vez más mientras trazaba una línea rápida para tachar "Elsie". Luego subió por el papel para llegar a los padres y el hermano de su madre; el hermano era el segundo John en la página. Presionó el lápiz para escribir el nombre con más fuerza e hizo lo mismo con la línea hacia el nombre George Bastoke. Subrayó los nombres de su tío y de su primo, intentando pensar en su mano como algo separado de él mismo, y luego dejó el lápiz.

–Pregunten. Les contaré algunas mentiras.

No le sorprendió que fuera Maud quien hablara primero.

–Entonces, mi lord. ¿Podemos asumir que mantiene *excelentes* relaciones con su… –consultó el papel– tío? ¿Y con su primo?

–Tengo el mayor respeto por ambos –respondió–. Hemos mantenido contacto frecuente durante los últimos dieciséis años. Me duele *profundamente* que mi tío haya fallecido hace algunos años,

después de haber estado en muy malas condiciones de salud desde…

Pero, a pesar de que intentara hablar rápido, como si quisiera ganarle una carrera al amarre de silencio, no pudo terminar la frase una vez que se acercó a la verdad.

–Desde que –repitió Edwin. Trazó las líneas gruesas que Jack había dibujado–. No intentes asentir. Solo toca la mesa si me equivoco. Bastoke padre y George estuvieron involucrados en lo que le pasó a Elsie. Y tenía algo que ver con reunir poder mágico. –Su voz también se aceleró, casi tropezaba con las palabras–. Incluso entonces, eso es lo que querían los Bastoke. Intentaban extraer la magia de otras personas. Y por supuesto que lo intentarían contigo y con Elsie…, parientes sanguíneos directos, que, además, parecerían tener magia de sobra.

–¿Estas personas mataron a tu hermana? –preguntó Alan en voz baja.

Escucharlo llenó a Jack con una especie de ira salvaje y desesperada que no había sentido en años. La ira que había estado escondiendo cuando se negó a seguir a su madre a través de la puerta en los jardines de Cheetham. No pudo evitar un pequeño estremecimiento. ¿John había matado a Elsie? Sí y no.

–Demasiado general –dijo Maud, observándolo–. Alguien intente algo más específico.

Violet estaba pálida, pero preguntó sin rodeos:

–¿Uno de ellos la empujó del techo?

Alan hizo un pequeño movimiento, luego se quedó quieto. Jack exhaló. Ningún amarre de silencio le impedía hablar sobre ese evento en particular, solo una profunda renuencia a mencionarlo,

incluso al pasar. Había encerrado ese recuerdo y esperaba poder hacerlo desaparecer.

–No. Ella había estado… aislada durante los meses previos. Enferma. Y aunque no tenía magia, *sentí* lo que sucedió en las tierras de Cheetham cuando… –Cerró los ojos, pero no ayudó. Aplanó la voz por completo, como si pudiera separarse de su cuerpo y dejar que ese pedazo de carne dijera las palabras sin tener que sentirlas–. No tengo ninguna razón para creer que había alguien más allí o que alguien más lo haya provocado. Cuando saltó.

–Todos sabíamos que había estado enferma durante mucho tiempo –dijo Violet–. Pero nadie sabía con exactitud qué había pasado. Dijiste que la magia vuelve *contaminada* o que… no vuelve en absoluto.

–Ah, maldita sea. ¿Eso le pasó a tu magia? –preguntó Robin.

Al menos fue Robin. Había compasión en su rostro, pero era el tipo firme de compasión que Jack podía soportar.

No asintió. Tampoco tocó la mesa.

–¿Y la de Elsie? –quiso saber Edwin.

Jack logró negar con la cabeza de manera convulsiva antes de que el amarre lo castigara por ello. Aunque hubiera podido explicarlo frente a las preguntas cada vez más desesperadas de sus padres, cuando había ocurrido el hecho, no habría sabido por dónde empezar. Elsie nunca perdió su magia de la misma manera que él lo hizo. Pero ella estaba perdida para él y perdida para la vida que debería haber vivido, brillante y sin precedentes.

–Es obvio que no tenían el último juramento –señaló Edwin. Miraba a Jack como si fuera una brasa caída de la chimenea. Sin

duda, imaginando el horror de ser lo que Jack era–. Eso podría haber sido lo que salió mal.

No pudo responder a eso. Tal vez su magia y la de Elsie en verdad se habían mezclado, tal vez no. Su tío había decidido que nunca lo sabrían. Tuvo una repentina y muy nítida imagen de uñas astilladas y ennegrecidas y, de pronto, ya no quiso seguir con esto. No estaba ayudando.

–No puedo contarles los detalles. Aunque la perspectiva sea desalentadora, tendrán que confiar en mí y ya. Créanme que esto es demasiado peligroso para que alguien experimente con ello. Y aunque no lo fuera… George, Walter y los demás han asesinado a varias personas para hacer esto posible. ¿De verdad creen que se echarán atrás sin chistar si la mayoría de los magos británicos deciden no dar su consentimiento cuando se les pregunte? ¿Violet?

–No. –Violet parecía desanimada–. Mierda.

–Entonces, está decidido. Robo mayor será –concluyó Adelaide.

La planificación los mantuvo ocupados hasta más tarde de lo que esperaban. Edwin completó una lista de preguntas adicionales para que Adelaide se las llevara a Kitty, junto con unas disculpas.

Maud no dejaba de mirar a Alan con esperanza, como si él pudiera otorgarles perlas de sabiduría criminal, pero el joven no parecía dispuesto a contribuir. Tampoco era necesario en el plan en sí.

Sin embargo, no se marchó. En un momento, mientras Adelaide y Robin discutían sobre la ubicación de una oficina específica, Alan deslizó el cuaderno abierto de Edwin hacia sí mismo, arrancó algunas páginas y se sentó allí, cabeza y hombros inclinados sobre la página, y garabateó sin parar. Jack esperaba con todas sus fuerzas

que lo que estuviera escribiendo fuera algo de tipo periodístico, porque la idea de que el romano estuviera sentado al otro lado de la mesa, trabajando abiertamente en una historia sobre… sobre…

Jack dejó de lado ese pensamiento y volvió a concentrarse en la planificación.

Violet ofreció habitaciones para la noche a quien las quisiera, pero se esperaba que Adelaide regresara a casa, y Robin no la dejaría ir sin escolta, y Edwin iría donde fuera Robin.

–Me gusta tu casa, Violet, pero yo no creo agradarle lo suficiente para eso –dijo Alan y salió por la puerta principal con la cabeza en alto.

Jack, bostezando en la puerta con Violet, tuvo la visión inquietante de una vida que podría haber tenido: casarse con ella, hacerla baronesa Hawthorn y despedir a sus invitados juntos después de una fiesta.

La miró, radiante con su cabello rubio y vestido azul lujoso. Tal vez ella también lo estaba imaginando, porque lo miró a los ojos y soltó una risita.

–Lord Hawthorn. –Alan, a medio camino de las escaleras, señaló la calle con la cabeza–. ¿Puedo hablarle un momento?

Jack lo siguió. El farol más cercano estaba solo a unos metros, proyectando sombras de hojas densas sobre el empedrado y creando un charco de luz en el que Alan se sumergió. Esa conversación sería privada, pero no estaría oculta.

–¿Qué ocurre? –preguntó al levantar las cejas.

Alan lo miró, con los dedos en el labio inferior. El deseo invadió a Jack al ver eso, pero la mayor parte de él estaba hecha un caos de sentimientos agitados como el fondo de un estanque. La ira, el dolor

y la pérdida lo enturbiaban y le llevaría tiempo tranquilizarse. Y le dolía la maldita pierna. Así que no estaba de humor para recordar la boca de Alan Ross. Estaba listo para dejar al hombre allí, de forma brusca, cuando...

–¿Cuánto dolió? –soltó el joven de pronto–. Cuando te hicieron eso.

Ah.

–Dolió –respondió Jack–. No sé qué puntos de comparación tienes. Y no comenzaré a revivirlo con cariño, si eso es lo que tenías en mente. No importa cuánto te guste la idea de verme sufrir.

–No… me gusta. –Los labios de Alan se retorcieron como si hubiera sido difícil decir eso–. Solo quería decir que ahora entiendo a qué te referías con tener razones para estar enojado. El mundo les ha hecho mucho daño a mis dos hermanas, pero aún no las ha matado. Me preguntaba, por qué teniendo algo como esto, como magia, habrías renunciado a todo. Pero tiene sentido.

–No renuncié a la magia.

Fue más fácil admitirlo allí, en las medias sombras de la noche.

La magia me dejó a mí. Pero eso tampoco era del todo cierto. Jack había sido herido y abandonado, y había querido hacer lo mismo: herir y abandonar a su vez. La magia le había sido arrebatada, al igual que su melliza, que era la mejor parte de la magia. Eso le había enseñado una lección útil sobre la importancia de no aferrarse demasiado a nada ni a nadie.

Y su decisión casi no se había sentido como huir. Había sido más bien necesaria, práctica. Como salir de las ruinas de una casa que se ha podrido y derrumbado.

–Supongo que he estado construyendo castillos en el aire –dijo Alan–. No puedo evitarlo. Sigo pensando que, si mi familia tuviera un poder como este, no tendríamos que estar al servicio de nadie, y yo no tendría que luchar por crear conexiones para conseguir un trabajo mejor, pero eso no es cierto. Tu ayudante, los sirvientes de Violet son magos, pero siguen siendo sirvientes.

–Si buscas más lacayos para preguntar sobre sus hábitos de lectura, puedes volver mañana.

Alan soltó un suspiro, cercano a una risa.

–El hecho es que el mundo es como es, y lo más probable es que tu título me serviría más que cualquier cantidad de magia que me hubieran arrebatado con un rosario. Y sí, mi lord, *odio* eso.

No se estaban tocando. Jack quería saborear ese odio y dejar que fluyera por sus dedos. Sin embargo, no quería que Alan Ross *lo odiara*, excepto en formas que ambos pudieran disfrutar. Descubrir eso lo desconcertó. No le había importado la opinión que nadie tuviera de él en años.

Pero Alan Ross tenía opiniones muy pensadas y firmes, que crecían como mala hierba, resistente en el suelo árido de su crianza. Si pensaba que Jack era deficiente, entonces, Jack le haría honor.

–El mundo es como es –concordó–. El éxito, en mayor medida, se alcanza a través de conexiones, sin importar tu posición. No existe una ley mágica de herencia que haga que alguien abra un cajón de su escritorio cuando se jubila y encuentre un contrato de empleo con el nombre ideal de la persona para reemplazarlo, que convenientemente tenga el nombre completo y la dirección. –Esperaba otra casi risa, pero no recibió ninguna–. La gente habla. La gente hace favores. Así es como funciona.

–Lo sé –respondió Alan con amargura–. Magos o no, las personas se usan una a la otra.

Una sensación dolorosa repentina creció dentro de Jack. Sintió las palabras *"quid pro quo"* en la punta de la lengua e imaginó escupirlas al suelo, para que fueran pisoteadas y olvidadas para siempre.

–Y yo soy una carta que jugar, has dicho. Así que dime qué más quieres. Úsame.

El silencio de Alan tenía un matiz sospechoso, pero levantó la vista hacia él y tragó saliva. La luz rojiza del farol jugaba con las sombras que los rizos proyectaban sobre su frente.

–¿Me estás dando un cheque en blanco?

–Lo romperías y me dirías que me comiera los pedazos –señaló Jack–. Y sé que tienes más imaginación que eso.

Tal vez las mejillas de Alan se oscurecieron con sangre. Jack quería poner una mano sobre ellas para comprobarlo.

–Usarte. Está bien –dijo Alan con voz ronca–. Lo haré.





CAPÍTULO 13

La oficina del *Morning Post* era como una pieza musical interpretada por una orquesta. O tal vez Alan necesitaba resistir la influencia de Casa Spinet y buscarse nuevas metáforas. En cualquier caso, la actividad en un periódico comenzaba despacio y luego aceleraba a lo largo del día, hasta alcanzar el clímax cuando el periódico era enviado a imprenta por la noche y comenzaba el ruido constante de las máquinas, alojadas en cobertizos de madera en el patio gris del edificio.

Cada artículo era un instrumento, el comentario político, los avisos y críticas de ópera y teatro, las crónicas de los corresponsales en el extranjero, las secciones de sociedad con chismes disfrazados de lenguaje ampuloso. Todo contribuía al sonido del conjunto.

Era media mañana, por tanto, estaba bastante tranquilo. Esa era la única forma de encontrar al editor del *Post* con tiempo para una conversación tranquila. Alan condujo a Jack hasta la oficina de Kenyon, a través de una sala repleta de máquinas de escribir sobre escritorios, de las cuales solo la mitad estaban en uso en ese momento.

El sonido de muchas personas escribiendo era reconfortante para Alan, sin importar cuán frenética se volviera la orquesta hacia la hora de entrega. Había crecido en una familia bulliciosa y en una serie de habitaciones de paredes delgadas como el papel. Se necesitaba mucho más que un redactor en jefe gritón, escupiendo sobre el

rostro enrojecido de un periodista que había llegado cerca del cierre con una historia cinco oraciones demasiado larga, para desconcentrarlo.

–¿Señor? –Alan llamó a la puerta, y Randall Kenyon levantó la vista de su lectura para hacerle una seña de que pasara–. He traído a alguien muy interesado en conocerlo. Lord Hawthorn…

–Encantado –dijo Jack. Llevaba el bastón esa mañana, algo que Alan solo le había visto hacer una vez en el Lyric, y parecía usarlo de verdad. Exageró al entrar en la oficina con paso firme y extender la mano.

Sus mancuernillas tenían incrustaciones de diamantes. Alan intentó parecer humilde y furibundo cuando el tono más aristocrático del lord salió a relucir.

–¿Cómo se encuentra, Kenyon? Quería conocerlo en persona y expresarle mi aprecio por el trabajo que hace. Leo el *Post* sin falta, por supuesto. Es el primero que elijo en el desayuno.

–Bueno… Encantado, mi lord, por supuesto. Gracias. Muchas gracias. –Kenyon se sonrojó por encima del bigote mientras estrechaba la mano de Jack. Cuando se había hecho cargo del *Post*, soplaba algún aire reformista débil en la editorial, pero bajo la propiedad de lady Bathurst, se había decantado por producir un sólido periódico conservador. A diferencia de lady Bathurst, él era fácilmente intimidado por los títulos nobiliarios. Y, también a diferencia de ella, *no* era amigo personal de lord Cheetham, por lo tanto, ignoraba que la política de Jack era la de un traidor a su clase.

Alan había apuntado a Jack como a un cañón y lo estaba disparando sin piedad contra el hombre. Esa era su última oportunidad, mientras él y el lord siguieran metidos en el mismo

asunto y Jack tuviera razones para agradecerle con favores. No duraría. Nada lo hacía. Todo cambiaría en unos días si encontraban la daga en El Barril.

–Y es muy generoso de su parte el darle a Ross la oportunidad de brillar. Brindar oportunidades a los pobres con habilidades demuestra buen ojo para el talento, además del ojo editorial, ¿eh?

El barón Hawthorn le dio a Alan una palmada condescendiente en el hombro y comenzó a relatar una versión ampliada de la historia que se había inventado en Westminster, con gestos vagos hacia el bastón y la pierna, insinuando heridas terribles. El buen sargento Ross le había salvado la vida en la Guerra de los Bóeres. Que en paz descansara. Había sido un placer encontrarse con el único hijo de Ross de vuelta en Inglaterra.

Alan no recordaba si alguna vez le había contado a Kenyon que su padre había sido heladero, pero no importaba. La realidad estaba siendo reescrita a pura fuerza de autoridad aristocrática. Su editor (partidario ferviente del Ejército del Reino y exfuncionario civil en el Transvaal) miraba a lord Hawthorn, veterano de los bóeres, con creciente adoración. Alan se tragó un bocado complejo y retorcido de sentimientos posesivos.

–… me gustaría mucho que me ayudara a cuidar el porvenir del muchacho –concluyó Jack en tono insufrible–. Estoy seguro de que él es *muy consciente* del privilegio que representa trabajar aquí, en el *bastión* del pensamiento político moderno.

Alan logró murmurar algo apropiado.

–P-por supuesto –balbuceó Kenyon–. Muchacho talentoso. Un activo para la redacción. Siempre lo he pensado.

Sus frases comenzaban a adoptar el mismo compás que las de Jack.

El lord divagó un rato más sobre la guerra, hizo una donación improvisada de cincuenta libras al ridículo fondo de suscripción del periódico para comprar un dirigible para la defensa nacional, y repitió con exactitud los mismos argumentos contra el presupuesto popular que usaba lord Cheetham.

Kenyon prácticamente flotaba de orgullo cuando los escoltó fuera de la oficina. Varias miradas se clavaron de inmediato en anotadores o máquinas de escribir al verlos salir, y la melodía inocente del tecleo los siguió hasta el pasillo.

–Jesús, María y José, eso fue incluso mejor de lo que esperaba –exhaló Alan–. Si no me da un puesto de subeditor antes de que acabe el año, me comeré mi sombrero. Quizá incluso uno de los tuyos. Con toda esa seda rígida, sería más difícil de tragar.

–Tonterías. Tengo plena confianza en tu capacidad para tragar cosas rígidas –replicó Jack, con ese espantoso tono refinado.

Alan soltó una carcajada incrédula con la que casi se atragantó y le suplicó a su entrepierna, con desesperación, que *no era el momento*.

–Además –continuó, antes de que él pudiera formular una respuesta sarcástica–, cuando aproveches el puesto para conseguir otro en el *Sphere*, el hombre podrá echarme la culpa a mí.

–No creo que sea capaz de culparte ni aunque lo degollaras mientras lo miras a los ojos. No, se quejará contigo sobre mi voluble falta de gratitud, y tú podrás estar de acuerdo en que las clases bajas hoy en día carecen de toda lealtad hacia sus amos.

Una esquina de los labios de Jack se elevó. Se apoyó contra la pared y posó ambas manos sobre la cabeza plateada de su bastón. El gesto fue casual, pero el desplazamiento del peso le llamó la atención. La sorpresa lo volvió más brusco de lo que pretendía.

–No me digas que en verdad tienes una herida de guerra.

–Nada grave –lo desestimó–. El lord Hawthorn que recuerda su servicio militar con aprecio y orgullo hablará de ello en cada oportunidad, por supuesto.

Alan se rio.

–Demonios, *él era* admirable, ¿eh? Podría escribir una historia sobre él. –Estaba dispuesto a guardar esa idea para más tarde, pero la mirada de Jack lo atrapó como un anzuelo y no lo soltó.

–¿Qué clase de historia?

Por el amor de Dios. Nunca le habían pedido que propusiera ideas para una trama estando de pie y cosquilleando con excitación.

–El tipo de aristócrata que entra aquí pavoneándose para imponer su autoridad no se tomaría la molestia a cambio de nada. No por un periodista de cloaca como yo. Lo haría porque espera algo a cambio.

–Algo –repitió Jack.

Demasiadas emociones pugnaban por atención. Alan estaba descendiendo de la emoción del éxito y seguía ignorando el pozo constante de culpa. Ya había cometido el error de tener sexo con ese hombre, ¿no? No podía deshacerlo. Solo podía decidir hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

Pero escribir era *trabajo*. No quería ser él quien redactara las directivas de escena de algo real.

–Sí. Imagino que también estaría impaciente.

Jack echó un vistazo al pasillo cuando alguien salió por una puerta y se alejó hacia la entrada de la calle. Luego volvió a centrar su atención en él.

–¿Y qué ofrece exactamente el periodista?

Fue deliberado; medido. Alan pensó en lo cuidadoso que había sido Jack en su estudio al asegurarse del deseo de Alan antes de liberarse. Jack Alston era burlón e irritante, y la mera existencia de su título era una farsa, pero él era… Él no era…

Necesitaba dejar de pensar. Se permitió ser hambre, vergüenza y poco más.

Alzó la mirada.

–Úsame.

Una expresión con garras y dientes surgió detrás de los brillantes ojos azules del barón, visible en la forma en que sus labios se tensaron, y un pequeño gesto de desprecio arrugó su nariz. Inhaló con fuerza.

–Ven conmigo.

La cojera, si es que la había, había desaparecido. Las piernas de Jack cubrieron el pasillo a zancadas mientras sacudía los picaportes de puertas cerradas, abriendo las que no tenían llave y asintiendo con impaciencia hacia quien estuviera dentro antes de cerrarlas de nuevo. Como si tuviera más derecho a estar allí que la gente para la que ese era su lugar de trabajo. Como si interrumpir o incomodar a otros no tuviera importancia.

Alan sabía que en gran parte era una actuación y aun así quería golpearlo.

Y era insoportablemente excitante, porque el hombre estaba desplegando toda la fuerza de su arrogancia para encontrar una

habitación vacía donde poder hacer que eso sucediera.

Hasta que la encontraron. Parecía ser el lugar donde se dejaban sillas rotas y viejos archivadores a reflexionar sobre sus pecados: sombrío, con olor a humedad y la moqueta verdosa más fea que había visto en su vida.

El lord cerró la puerta de un portazo detrás de Alan y lo arrinconó contra ella. No había llave para echar el cerrojo. A Alan se le subió el corazón a la garganta y tuvo que tragar con fuerza para devolverlo a su pecho.

–Tienes razón –comenzó. El desprecio ya se escuchaba en su voz–. No soy de los que esperan a tener lo que se les debe.

–Mi lord, no entiendo…

–Creo que sí entiendes.

La mente de Alan no dejaba de pensar en la *falta de cerrojo*, mientras que sus manos se extendieron sobre la puerta y su dedo meñique golpeaba la manija de forma dolorosa. Estaba pasando mucho tiempo pensando en puertas por esos días, pero ninguna de sus aventuras en Casa Spinet se comparaban con esa.

Necesitaba una versión de sí mismo. Una como la versión de Jack frente a él, robusto e implacable, tan cerca que podía verle un corte de rasurado en el mentón y la forma precisa de la nariz rota.

–¿Cree que soy esa clase de hombre? –Permitió que su voz temblara, pues lo hubiera hecho de todas formas. Estaban demasiado cerca, y su cuerpo estaba encendido–. ¿Cree que lo dejaré aprovecharse de mí en una clase de fantasía indecente, perversa?

Jack no se molestó en responder. Sonrió con la crueldad de un jugador de cartas, a punto de ganarle a su oponente hasta la camisa

sobre los hombros, y levantó una mano para sacudir un rizo de Alan de forma burlona. Luego le delineó el costado del rostro, con dos dedos redondeados apenas en contacto, pero que le provocaron escalofríos de todas formas. Al final, sin advertencia ni preámbulos, deslizó esos dos dedos entre los labios de Alan.

Él emitió un sonido ahogado. Se conocía a sí mismo y a sus deseos; había explorado sus límites con demasiado detenimiento durante los nueve años como el romano. Si lo pensaba, concluiría en que sí, tener los dedos de lord Hawthorn en la lengua, llenándole la boca, de seguro dispararía sangre directo a su pene.

Pero se quedaría corto.

Cerró los ojos, porque ya podía sentir, saborear y oler al hombre frente a él, podía oír la humedad en su propia boca, y ver hubiera sido… demasiado. Redujo el mundo a la presión de esos dedos y a la sensación de succionarlos y explorarlos con la lengua. Era como si tuviera la punta de un cordel amarrada a la base del pene y la otra jalara con fuerza cada vez que succionaba. Sus párpados se oscurecieron, su respiración se acaloró y luego quedó olvidada, irrelevante.

–*Mierda*. Lo deseas demasiado, ¿no?

Tosió cuando los dedos dejaron su boca. Abrió los ojos y logró mirarlo con rabia.

–*No.*

–Buen intento, señor Ross. Sé muy bien la clase de hombre que eres. Me seguiste aquí ansioso por tener mi erección en la boca. Y eso es lo que tendrás.

Alan pudo haber resistido la presión en los hombros, pero dejó que lo pusiera de rodillas, y su boca traidora salivó aún más. La

horrible alfombra era más confortable de lo que parecía, o tal vez solo era mejor que la gramilla húmeda. O tal vez el resto del cuerpo de Alan estaba tan caliente, gritando de deseo al tiempo que Jack lo aferraba del cabello, que no hubiera notado si estaba arrodillado sobre púas.

Apoyó las manos en los pantalones negros del hombre, de una lana muy fina y liviana. Un jalón lo obligó a levantar la vista, algo para lo que no estaba preparado, de modo que la piel de sus mejillas y de su frente se sintió expuesta a los elementos, a la luz del sol y a la extraña nevisca en la mirada de Jack.

–Mierda –jadeó el lord. Fue suave y estrangulado, y no sonó fingido.

Él tragó saliva. Esperó. Jack le frotó el cuero cabelludo, lo que envió una nueva oleada de escalofríos a unirse con la anterior. No parecía querer soltar su cabello para abrirse los pantalones y bajarse los interiores, así que Alan lo hizo por él. No era su primera vez ocupándose de la ropa de un caballero desde ese ángulo, aunque había pasado un tiempo. Y, cielos, sí que estaba motivado.

Cuando liberó el miembro de Jack, casi erecto en su mano, escuchó una inhalación aguda sobre él. Rodeó la base del pene con los dedos y pensó, divertido, en *sombreros de seda*.

Y luego hizo lo que había querido hacer desde alrededor de diez minutos después de haber puesto los ojos en lord Hawthorn, sin importar las armas, el odio ni el riesgo de muerte. Se adelantó y tomó la punta entre los labios, y lo invadió un placer salvaje ante la calidez y vulnerabilidad de la carne en su boca.

–Muy bien, pequeña rata, ahora te usaré y lo disfrutaré.

Un gemido separó los labios de Alan, y Jack lo aprovechó para abrirlos más. Lo recibió con gusto, profundo, y lo succionó con la mano aun en la base para poder controlarlo. Apenas logró saborearlo un momento antes de que el lord lo jalara del cabello otra vez. Él lo miró con una pregunta silenciosa.

–Dije que *te usaré*. –Se veía despiadado y sonó agitado.

Lord Hawthorn era mejor que un psíquico, estaba moldeado según las especificaciones de Alan; diablos, *él mismo* lo había moldeado con su pluma, página tras página, fantasía tras fantasía. Jack las había leído a todas y sabía muy bien lo que Alan quería. Jack era justo lo que Alan quería.

Así que el joven aflojó los labios, soltó la mano y dejó que el hombre se moviera como si él no fuera más que una herramienta para darle placer.

Algunas personas tenían sexo para sentirse más presentes, pero él, cuando se lo permitía, lo hacía para estar *menos* presente por un tiempo, para liberar su visión gris del mundo. Debía concentrarse para tener cuidado con los dientes, pero el resto de él estaba perdido en un sueño de placer doloroso, en el que respiraba con dificultad entre las embestidas de Jack, su barbilla se mojaba cada vez más y su propio miembro estaba duro bajo su mano.

No pareció haber pasado el tiempo cuando Jack comenzó a correrse en su boca, sin más advertencia que un sabor más intenso y una mano firme en la nuca para sostenerlo en su lugar.

Esa era, sin duda, una de las cosas que catalogaría como *perversas*.

Alan tragó, y la presión de los dedos de Jack se liberó de a poco cuando se apartó. Se encendió una chispa de orgullo en él al

devolver el miembro del barón dentro de la ropa interior y cerrarle los pantalones, con una sensación blanda y melindrosa extraña. Luego se puso de pie y se sacudió el polvo de la alfombra de las rodillas.

Una vez terminada la transacción, esperaba que Jack retrocediera, pero se acercó más que nunca, y se miraron durante un instante cargado, pensativo.

–Para ser honesto, eso fue más o menos por lo que lo seguí aquí.

–Sucia rata pervertida. –Jack sonrió de lado.

–Cabrón aristócrata comemierda.

Jack se echó a reír.

Hacía un tiempo, Alan se había topado con la palabra "céfiro" en un libro que, en contexto, parecía ser una especie de fantasma amable, cuyo aliento era caliente y frío a la vez. Sintió eso en el espacio diminuto entre ellos. Lo sintió cuando Jack le pasó un pulgar por los labios cosquilleantes.

Sin besos, esa era su propia regla. Era un vaso de agua lleno hasta el borde, sus sentidos estaban colmados.

–¿*Cómo* es que hueles tan caro, maldita sea? –murmuró.

–Te diría cuánto cuesta esta colonia, pero me preocupa que volvamos a las guillotinas.

Alan se consintió a sí mismo y se inclinó para sentir el perfume. No olía a flores, dulce o comestible. El aroma complejo bajó por sus fosas nasales y dejó una huella permanente en sus sentidos.

–Ni siquiera sé qué son todos esos aromas. Huele como la habitación de un palacio en la que alguien acaba de tener una orgía.

–Los narradores de tus historias tienen muchas más orgías que el promedio. La aristocracia no anda celebrándolas cada fin de semana.

Yo solo he sido invitado a… cuatro o cinco.

Alan se lo quedó mirando, hasta que se percató de que lo estaba provocando.

–Vete a la mierda.

–Creí haber sido invitado a una una vez –dijo pensativo–. Resultó ser una fiesta en la que nos atraparon a todos en una habitación mientras que el cuñado del anfitrión intentaba convencernos de invertir en un negocio terrible.

–Suena a que algo de sexo hubiera animado las cosas.

–No las hubiera empeorado.

Alan dejó de resistirse a sonreír.

–Hablando de eso, aún no terminé con usted, señor Ross –agregó Jack.

El miembro resignado al olvido de Alan recuperó las esperanzas.

–Creí que solo estaba aquí para tu placer.

–Y lo estás. –Los ojos de Jack lo recorrieron de arriba abajo–. Me daría mucho placer ver cómo te autocomplaces aquí, contra esta puerta.

Las mejillas de Alan se sonrojaron. Eso no era lo que había esperado, pero su mano ya estaba presionando su erección a través de la tela, mientras que la otra abría los botones. Mmm. Dar un espectáculo era una cosa, pero correrse sobre su preciado traje de trabajo era otra.

–¿Tienes un pañuelo? –exigió.

–Oliver me dará un sermón si sigo perdiéndolos. –Jack se lo entregó; era igual al que ya tenía en casa, un cuadrado amplio de algodón fino, con las iniciales bordadas. Se regocijó de arrugar los dobleces impecables de la tela y tenerla lista entre los dedos.

Su respiración se agitó cuando se rodeó la erección con la mano desnuda y jaló por primera vez. Haría eso con los ojos abiertos, desafiantes.

–Por supuesto que estás duro –observó Jack–. Debí mantenerte ahí abajo por más tiempo, estoy seguro de que te hubiera encantado frotarte contra mi pierna.

Esa era la versión despectiva de lord Hawthorn, que lo miraba como si quisiera arrojarlo al suelo de una patada o comérselo vivo. La idea de dar un espectáculo escapó por la ventana. Alan debía esforzarse para evitar que sus rodillas cedieran ante la voz arrogante del lord, que acentuaba lo mucho que disfrutaba de ser usado y de todas las otras formas en las que al hombre le gustaría usarlo…

Estaba perdido, fuera de este mundo, y una serpiente de placer se arremolinó a gran velocidad por su columna. Soltó un jadeo doloroso, que brotó en su boca como agua caliente, y se corrió en el pañuelo.

Había logrado mantener los ojos abiertos después de todo, y había merecido la pena por la forma en la que Jack abrió los puños pálidos y por la expresión en su rostro. La mente de Alan tenía nubes de polvo y deseo, mezcladas con la maldita colonia costosa. Ser *deseado* con tal intensidad, por un hombre que podía tener todo lo que quisiera, lo llenaba de un regocijo acalorado más allá de lo que hubiera podido imaginar. Y tenía muy buena imaginación.

Tardó un momento en recomponerse.

Luego se limpió bien y, por reflejo, extendió el pañuelo.

Jack se echó a reír. Tenía una nota de alivio, lo que liberó parte de la tensión de Alan y terminó de devolverlo a su cuerpo. Su estómago se revolvió como recordatorio: con eso bastaba, eso y se acabaría.

El barón tomó el pañuelo, lo dobló con delicadeza y se lo guardó en el bolsillo.

Ambos recuperaron las apariencias antes de salir y seguir cada uno su camino, con un saludo de la cabeza, que por fortuna no fue incómodo, como si fueran colegas.

Eso era lo que eran, colegas, por ese día y unos más. Nunca fueron amigos y eran amantes solo en un sentido técnico. No, cuidado con las palabras, Alanzo. *Fueron* amantes. Dos veces. En el pasado. Y era todo.

Se metió las manos en los bolsillos. Tenía trabajo que hacer, pero primero necesitaba caminar. Una vez que las nubes de deseo comenzaron a disiparse con el sol de la calle, la culpa reapareció, y no pudo acallar el pensamiento que daba vueltas por su mente: *¿y si las cosas fueran diferentes? ¿Y si pudiera conservar esto?*

El mundo estaba jugándole una broma perversa. Allí, como recompensa a todo lo que se había negado, al hambre y al trabajo duro, estaba todo lo que alguna vez había querido.

Los pobres merecedores.

Nadie tenía lo que merecía. Y las cosas no habían cambiado, era como eran, el mundo era el mundo, y Alan siempre lo había sabido. No podía permitirse olvidarlo.





CAPÍTULO 14

–Tal vez le pida a Violet si puedo quedarme con esto –dijo Adelaide mientras giraba el rostro de un lado a otro para inspeccionarlo en un espejito del tamaño de la palma de la mano–. ¿Sabes la cantidad de tiendas en Mayfair de las que me han sacado con cortesía y comentarios tontos sobre los "gustos coloniales"? Estoy tentada a volver a todas ellas, probarme diez vestidos mientras hablo en voz alta sobre mi enorme herencia y luego rechazarlos por mediocres sin comprar ni uno solo.

La postura de Adelaide aún delataba lecciones de protocolo, y su acento seguía siendo tan melodioso y culto como siempre, pero la mujer que estaba junto a Jack, en la calle un poco más abajo de El Barril, tenía la piel blanca y el cabello castaño claro. Bajo su chaqueta, llevaba una blusa con bordados elaborados en el frente, el cuello y los puños: un patrón floral denso que contenía las runas necesarias para anclar la ilusión de otra persona a la prenda y a quien la llevara puesta.

–Llévame contigo en esa excursión de compras –pidió Jack–. Me quedaré en un rincón, imponente, con expresión de ricachón desagradable.

–Eso lo haces estés donde estés –respondió Adelaide, distraída. Observó su reflejo una vez más por un buen tiempo antes de guardar el espejo–. Y supongo que yo soy yo misma donde sea que esté. A menos que de pronto me convierta en una rosa inglesa

pálida, en cuyo caso, la mitad de las dificultades de mi vida… se desvanecerían. Solo con unas puntadas y un par de movimientos de los dedos de Violet. –La sonrisa de la mujer era extraña y fría en esa boca pulcra y rosada–. Es un pensamiento raro. No estoy del todo segura de que me guste.

La ilusión de Jack estaba cosida en su corbata. Violet solo le había retocado la nariz, suavizado la mandíbula y vuelto los ojos color café, pero eso bastó para provocarle una sensación de extrañeza, como si se hubiera perdido a sí mismo al mirarse al espejo. Extraño, sin duda. No podía imaginar cómo se sentiría para Adelaide, para quien la apariencia era una carga constante e inevitable.

Miró su reloj de bolsillo. Era hora.

–¿Lista, querida? –Le ofreció el brazo, y ella lo tomó del codo.

–Lista. –Adelaide llevaba su ficha de entrada en el bolso tejido.

Subieron los escalones amplios y atravesaron las enormes puertas hacia el vestíbulo principal. De inmediato, su acompañante le apretó el brazo con más fuerza.

–¡Ah, mira eso! Justo como lo describen, ¿verdad?

Siguió su mirada hacia el techo alto de cristal y plomo, tan concurrido como siempre por los pies de quienes cruzaban por arriba. Cuando volvió a mirar al frente, Adelaide ya estaba admirando las puertas de roble, el reloj de estaciones y el mármol pulido bajo sus pies. Su atención al detalle le recordó que debía llevar doblados su abrigo y la chaqueta de ella sobre el brazo, como si los fueran a pasear por todo el edificio. Fingió sorpresa cuando uno de los asistentes uniformados de azul se acercó con las manos extendidas, en actitud servicial.

–Muy agradecido –dijo Jack, entregándoselos–. ¿Podría indicarnos a dónde ir? Es nuestra primera vez aquí.

–Por supuesto, señor. ¿Sabe qué oficina busca? ¿Los espera alguien?

–No –intervino Adelaide–. ¡Ay, Tom, te dije que deberíamos haber pedido cita!

–Seguro que no habrá problema –respondió Jack. Tal vez se le escapó demasiado su tono natural allí; esa arrogancia que se esperaba de lord Hawthorn sería insolencia en un simple terrateniente del campo. Carraspeó–. Verá, se trata de nuestra niña, Rosie. Su ceremonia de hebras fue la semana pasada. Normalmente, hubiéramos enviado el cabello por correo, pero como vendríamos de visita a Londres… Escuchamos que era posible traerlo aquí en persona y ver cómo lo guardaban en el Archivo de Hebras. ¿Y ver cómo la registran?

–Rosie es nuestra hija mayor –agregó la mujer, irradiando simpatía–. Nos ha dado mucho orgullo el día en que mostró su magia.

–Por supuesto –respondió el empleado–. Iré a buscar a alguien que pueda atenderlos. ¿Quieren tomar asiento, señor…?

–Pember. Y ella es mi esposa, Margaret.

Tom y Margaret Pember fueron escoltados a una banca mientras el empleado trazaba una runa sobre una puerta, dejaba sus abrigos en el guardarropa tras ella y volvía a cerrarla. El siguiente conjunto de runas era más complejo; el empleado giró la manija brillante, cruzó la puerta y desapareció.

Según la señora Kaur, tres personas podían ser llamadas para escoltar a los padres de un nuevo mago para registrarlo. Jack y

Adelaide esperaron unos tensos diez minutos antes de que un hombre corpulento, de cabello rubio mantecoso y bigote demasiado encerado, saliera por una puerta, mirara alrededor del vestíbulo y luego se dirigiera hacia ellos mientras se alisaba el ya perfectamente alisado cabello.

–¿Fawcett? –murmuró Adelaide.

Él asintió, se puso de pie y avanzó con decisión para encontrarse con el hombre (el señor Alec Fawcett, según la descripción de la señora Kaur) y saludarlo con un apretón de manos entusiasta. Adoptó lo que esperaba fuera la sonrisa de un padre orgulloso y acaparó la atención de Fawcett con las presentaciones mientras Adelaide sacaba una piedrecita de su bolso y la dejaba caer con discreción bajo la banca.

–¿Maggie? –llamó después de haberle dado el tiempo suficiente–. Ven a saludar al señor Fawcett. Trabaja para la Asamblea.

–Señora Pember. –Fawcett asintió con cortesía cuando Adelaide se acercó de prisa–. Un placer. Felicitaciones por la ceremonia de hebras de su niña.

–Gracias. Espero que no le estemos robando tiempo de tareas más importantes –dijo Adelaide en tono sincero.

–Por favor. No hay nada más importante que registrar una nueva incorporación a la sociedad mágica, ¿no le parece? Y han venido desde tan lejos, vamos a darles una historia que contar al volver a casa.

Adelaide hizo una mueca apenada minúscula hacia Jack a espaldas de Fawcett cuando el hombre se giró para guiarlos hacia una de las puertas de roble. Si hubieran compartido algún tipo de lengua secreta, Jack le habría dicho que no se pusiera sentimental.

Molestarían al hombre, tal vez lo asustarían un poco, pero no le pondrían una Brida de duende ni lo dejarían inconsciente para meterlo en un armario. Ese robo mayor seguiría las reglas morales de Maud Blyth.

Fawcett formó un hechizo, trazó una runa compleja y luego abrió la puerta: lo que se veía a través de ella estaba bañado en madera y luz anaranjada. A continuación, el empleado los invitó a pasar al interior del Archivo de Hebras.

–Vaya… –Adelaide, que ya había estado allí el año anterior por asuntos ilegales, se llevó las manos al pecho–. Es mucho más grande de lo que imaginaba.

Las hileras de estanterías se extendían hasta perderse en la penumbra. El aire estaba quieto y en silencio; intocado.

–Cada mago que ha manifestado su poder desde que se construyó El Barril se encuentra aquí –comentó Fawcett con orgullo. Señaló el enorme mapa de las Islas Británicas en la pared, colgado sobre el atril que contenía el registro de visitantes de la sala, y la mujer se apresuró a acercarse con el aire entusiasta de quien quiere sacar el máximo provecho de su entrada a una galería de arte.

–Mira esto, Tom –insistió, y Jack se unió a ella para inspeccionar el mapa, con un detalle impresionante, aunque pálido y poco notable.

Necesitaban ganar tiempo para que Violet encontrara la piedrecita blanca que le indicaría cuál de los tres hombres posibles se encontraba en el Archivo con ellos. Adelaide, siempre práctica, también había acordado con Violet que una moneda de un penique significaría que se trataba de alguien inesperado, en cuyo caso Violet tendría que improvisar.

(Edwin había propuesto tres ideas elaboradas y complicadas de objetos encantados y otras tres imposibles, porque ni Jack ni Adelaide tenían magia. Robin se había aclarado la garganta y dicho: "Eh… ¿Y piedrecitas?").

–Y este es el mapa que se puede usar si un mago está en peligro, ¿no es así? –preguntó Adelaide–. Qué emocionante. ¿Podríamos ver cómo funciona? No para espiar a nadie, claro. Podría nombrar a mi tía; sé que estará en casa, en Bath.

–Me temo que no, señora Pember –respondió Fawcett, con el primer indicio de desaprobación–. La magia del Archivo de Hebras no debe usarse para demostraciones.

–Muy sensato –celebró Jack–. ¿Por qué no nos cuenta…?

Pero antes de que pudiera pedir una tediosa cantidad de detalles sobre el enorme libro de registros que reposaba abierto sobre el atril, se oyó un fuerte golpe en la puerta principal de la sala. Adelaide se sobresaltó.

–Pero ¿qué demonios…? Disculpe, señora Pember –dijo Fawcett, de prisa y en voz alta–. ¿Quién llama?

–¿Señor Fawcett? ¿Alec Fawcett? –respondió una voz algo insegura–. ¡Tengo un mensaje para usted, señor!

El hombre fue a abrir la puerta. Del otro lado, una mujer alta y pelirroja se apoyaba en el marco de forma dramática para recuperar el aliento. Detrás de ella, un pasillo lúgubre se curvaba hacia un lado.

–Mensaje para usted, señor. Alguien me dijo que estaba aquí abajo… Me enviaron desde la oficina de personal… Lo siento, tardé porque apenas llevo una semana trabajando aquí y me confundí cuando dijeron que tomara el pasillo que baja desde los archivos…

–Tranquila, chica. Despacio. ¿Cuál es el mensaje?

–¿Algo sobre su esposa? –dijo Violet, con la voz disfrazada, dejando que subiera en tono de fingida incertidumbre.

–¿Helena? –Fawcett se quedó inmóvil.

–Es posible…

–¿Es… Era un mensaje desde mi casa? ¿Del hospital?

–Lo siento, solo me dijeron que lo buscara… Que fuera *de inmediato*, dijeron…

El mago echó un vistazo por encima del hombro. Jack hizo todo lo posible por parecer inofensivo.

–Si se trata de su esposa, señor Fawcett, por supuesto que debe ir. No tocaremos nada mientras lo esperamos.

–Yo… Sí, gracias. Enviaré… a alguien para que los atienda.

La puerta se cerró detrás de Fawcett y Violet, y Adelaide soltó el aire de golpe.

–Esperaba que fuera él –confesó–. ¡Una esposa embarazada! No podría ser más conveniente.

Al parecer, Alec Fawcett y Manraj Singh habían comenzado a entablar una amistad en la sala de té, unidos por la emoción y los nervios compartidos ante la paternidad inminente.

Violet no lograría identificar a la persona de la oficina de personal que le había dado el mensaje en primer lugar, y luego descubriría que se había confundido de nombre y que en realidad buscaba a un tal Alex Mawson. Mientras tanto, Jack y Adelaide estarían dentro del Archivo de Hebras. Que cualquiera podía abrir desde *adentro*.

Menos de un minuto después, llegó otro golpe a la puerta. Esta vez, más suave y con un ritmo preciso. Adelaide sonrió y fue a abrir la puerta para Robin y Edwin.

–La primera vez que vine aquí pensé que este sitio parecía subterráneo, y tenía razón. Esto no es solo en el sótano, es el subsótano –dijo Robin–. Si estornudamos, podríamos mover los cimientos de todo el edificio. ¡Hurra por Kitty y sus secretos!

–¿Todo despejado? –preguntó Edwin.

–Todo marcha de acuerdo con el plan –respondió Adelaide–. Aquí tienes el registro, Edwin. Ponte a trabajar.

Este usó su cordel para construir un hechizo elaborado, en el que Robin colocó un trozo de papel con el nombre completo de lady Enid. Luego, Edwin le indicó al resto que se apartara del gran libro de registros, desplegado sobre la mesa bajo el mapa.

La magia se deslizó y se extendió sobre el libro como una brisa, moviendo ligeramente tanto la larga cinta negra que yacía sobre las páginas abiertas como los bordes gruesos del papel. El hechizo creció y siguió creciendo: un remolino de aire ondulante, teñido de gris tormentoso. Edwin estaba muy concentrado, debía de estar usando una gran cantidad de su magia.

El lado izquierdo del libro dio un sacudón repentino.

–*Lo tengo* –exclamó. Su pequeño hechizo tormentoso se hundió en las páginas, que comenzaron a retroceder solas, como si una mano enorme e impaciente las pasara hacia atrás. Y entonces, tan de pronto como un chasquido de dedos, el aire quedó en calma. Edwin se adelantó de inmediato, aún desenredando su cordel, y pasó un dedo con entusiasmo por la página–. Enid, Enid… ¡Aquí! Miren esto. Solicitó su propia caja. Usó su apellido de casada para hacerlo, pero está registrada con su nombre de nacimiento.

–¿Cómo crees que logró entrar? –preguntó Adelaide–. Debió necesitar privacidad, como nosotros.

–Podría vivir cien años y no saber ni la mitad de lo que era capaz de hacer el Club Forsythia –respondió Edwin–. Bien. Eh, Robin, ¿puedes…? Gracias.

Robin levantó un buen puñado de páginas para volver a la parte del libro donde la cinta marcaba el presente. Era aparatoso y parecía pesado; los músculos de sus antebrazos se tensaron bajo las mangas remangadas.

–Presumido –murmuró Adelaide.

Robin le guiñó un ojo y dejó caer las páginas con un golpe sordo. Edwin repasó las figuras de otro hechizo para practicar y luego comenzó a formarlo de verdad. Este parecía más sencillo. Una pluma que descansaba en un soporte en una esquina de la mesa se alzó en el aire y flotó sobre la primera columna.

–Edwin John Courcey –dijo Edwin. No había forma de evitar que el nombre de uno de ellos quedara registrado en el libro. Lo único importante era encontrar la caja y salir de allí.

La pluma escribió su nombre, luego el de "Enid Charlotte May Blackwood", y entonces las manos del mago brillaron en rojo, y una luz del mismo color brotó como una cinta que se alzó hasta el techo, en la penumbra de los estantes.

–Tu trabajo, Edwin –dijo Jack–. Te corresponde el honor.

Edwin parecía desbordar de placer por haber resuelto el enigma.

–Aún podría estar equivocado… –musitó, pero se apresuró entre las estanterías y volvió poco después con una caja de madera entre las manos.

Robin le dio un apretón silencioso en el brazo, y Adelaide hizo un gesto impaciente. El pulso de Jack se aceleró, para su sorpresa, pues no era inmune a un buen acertijo. Se conformó con apoyarse

contra la pared para darle un descanso a la pierna, que llevaba días quejándose, y dijo:

–No es por criticar tu efecto dramático, Edwin, pero estamos algo apremiados por el tiempo.

–Cállate, Hawthorn –replicó este, distraído. Colocó la caja encima del libro abierto y retiró la tapa. No estaba forrada con terciopelo, sino con una sustancia *beige* familiar, con algo de textura.

–¿Caucho? –preguntó Robin.

–La única madera completamente inerte ante la magia. Y apostaría cualquier cosa a que la caja exterior es de serbal –explicó Edwin–. Por eso no ha afectado a la magia del lugar. Y por eso no han logrado localizarla aún.

Yacía allí, inocente, dentro de su doble prisión de maderas aislantes. Un peine de plata, que parecía parte de un juego con espejo y cepillo. Pero ningún otro juego había incluido un peine. Y la plata brillaba como si la hubieran pulido el día anterior.

–Edwin –dijo Adelaide y le dio un breve apretón en la mano.

El mago, que rara vez toleraba el contacto físico si no era de Robin, le dedicó una de sus pequeñas sonrisas torcidas.

–Rectificación –dijo, como si la palabra fuera un hechizo en sí misma.

El peine de plata tembló bajo el hechizo como la superficie de una taza de té al ser golpeada. Cuando dejó de temblar, era un cuchillo pequeño, una daga, en realidad, con una hoja afilada y una empuñadura plana. En el centro tenía grabada una hoja de helecho sencilla

–Rayos. ¿Alguien se acordó de traer una funda? –preguntó Robin, con absoluta seriedad, y Edwin se echó a reír. Robin sonrió y los

envolvió a ambos, a Edwin y Adelaide, en un abrazo alegre de celebración "¡ganamos el partido!". Jack agradeció que no intentaran incluirlo.

Eso implicó que era el único que miraba su reloj, a punto de hacer otro comentario mordaz sobre la hora, cuando se abrió la puerta del Archivo. Jack alzó la vista.

–¿Violet? ¿Cómo…?

La maga lo miró directo a los ojos al entrar en la sala. Se veía como ella misma, no como la pelirroja disfrazada que había sido antes. Tenía las manos juntas, palma contra palma, frente al cuerpo, y la seguían tres hombres, uno de los cuales la sujetaba del brazo. Ese hombre no le resultaba familiar; tampoco el que iba detrás, pero ambos bajaron la cabeza con deferencia cuando el tercer hombre entró. Alto, de cabello oscuro, vestido como si el mundo fuera a acabarse si un cabello se le salía de lugar o si una pelusa tocaba su traje gris. Sus pasos, impecables, apenas susurraban al tocar el suelo.

–Vaya, vaya –dijo George Bastoke–. Una vez más, Courcey, eres mejor que un sabueso cuando te dejan a tu aire. No sé cómo agradecerte. Y, por supuesto, están todos arrestados.





CAPÍTULO 15

–*Priez-vous,* Hartley –añadió George con brusquedad, antes de que alguien más pudiera hablar, y señaló a Edwin–. A Courcey, al menos. Y también a Blyth, si parece que golpeará a alguien. Y… –Una sombra de duda surcó su frente al mirar a Jack, pero se desvaneció enseguida–. Ah. Hawthorn. Primo, no pareces tú.

El Cooper que no sujetaba a Violet era un hombre joven, delgado, de cabello rubio y con el aire nervioso de un perro de carreras. Sostenía el hechizo *priez-vous*, que lanzó como si fuera un vaso de agua en dirección a Edwin. Las manos de Edwin se unieron de inmediato, palma contra palma, igual que las de Violet.

Mientras tanto, George lanzó una negación, con una cláusula poco familiar al final, y se acercó tanto a Jack que fue imposible esquivarla cuando lo envolvió. Olió a quemado primero. Luego vio el primer remolino de humo elevándose, como si emanara de un cigarro encendido y olvidado entre sus labios… y, al final, sintió el calor punzante y creciente en la piel de su cuello.

–Hawthorn –exclamó Violet con urgencia–. Es una negación dirigida… Va por el bordado. Quítate la corbata.

Jack la desanudó deprisa, se la sacó del cuello y la arrojó al suelo. La tela gris estaba consumida por brasas y quemaduras allí donde antes estaban las runas del bordado de Violet. Edwin jamás había conseguido lanzar una negación lo bastante fuerte como para lograr eso cuando lo había intentado.

–Ha estado ocupada, señorita Debenham –comentó George, que aún sostenía la negación entre las palmas–. ¿Hay alguien más aquí usando algo que no debería, me pregunto? –Se volvió hacia las tres personas que estaban entre él y el libro de registros y dejó que el hechizo fluyera hasta llenar la mitad de la habitación.

El chaleco de Adelaide se prendió fuego.

Robin gritó. Edwin dio un respingo. La propia Adelaide lanzó un chillido de sorpresa y comenzó a golpearse el frente y los puños de la ropa con las manos desnudas. Sus runas ilusorias bordadas eran mucho más densas que las de la corbata de Jack, por lo que había llamas pequeñas lamiendo la tela y el hilo.

–¡Maldita sea, no puedo hacer nada! –Las manos de Edwin se sacudieron cuando intentó lanzar un hechizo extintor por instinto–. ¡Robin!

–Addy, quédate quieta. –Las manos más grandes de Robin deberían haber servido mejor para apagar el fuego, pero las runas se reencendían en cuanto él se movía de una zona a otra. Adelaide soltó una cadena de improperios en punyabí, resultaba extrañísimo saliendo de la boca de una mujer blanca refinada.

–Señorita Morrissey, supongo. Prefiero ver a las personas tal como son –dijo George–. Si esa prenda contiene la ilusión, entonces, sugiero que se la quite.

–¿Quieres que se quite *la ropa*? –exigió Violet.

–¿A menos que prefiera esperar a que se reduzca a harapos sobre su cuerpo?

Adelaide lo miraba con un brillo asesino en los ojos mientras se desabotonaba la prenda a toda prisa. Robin se quitó su propio chaleco para cubrirla. Los otros dos Cooper encontraron interés

repentino en el techo o el suelo, pero George permanecía tan paciente e inmóvil como una estatua de mármol.

La camisa y el corsé de Adelaide tenían pequeñas manchas negras cuando arrojó el chaleco en llamas al suelo y la ilusión desapareció. Aceptó de inmediato el chaleco de Robin; le quedaba suelto, pero al menos Jack volvió a sentirse cómodo al mirarla.

–Muy bien –continuó su primo–. Y ahora… la daga, por favor.

Nadie se movió. El cuerpo de Edwin ocultaba la daga y su caja. Robin, con la mandíbula tensa, dio un paso al frente para interponerse en el camino de George cuando se dirigió hacia la mesa.

George se detuvo, y aquella arruga reapareció en su frente. Él y Robin eran casi de la misma estatura, aunque junto a la figura elegante de George, Robin, arremangado, sin chaleco y con expresión combativa, parecía más un boxeador al que su primo estuviera evaluando antes de apostar por él.

–Sir Robert, considere su situación.

Robin le lanzó una mirada a Jack, quien negó con la cabeza. Lo último que necesitaban era que la tensión rígida en los hombros y brazos de Robin se tradujera en violencia. Para un baronet sin magia en una sala llena de Cooper, incluso con un gancho de derecha impecable, eso solo podía terminar mal.

Edwin sin duda estaba de acuerdo.

–No les des una excusa –dijo sin expresión. Y se hizo a un lado.

Con un gruñido de fastidio, Robin hizo lo mismo.

George bajó la mirada hacia la daga, asintió con la cabeza y cerró la caja. Era lo bastante pequeña como para caber en su bolsillo.

–Hartley –llamó–, ¿dónde dejaste al periodista?

El corazón de Jack dio un vuelco. Cuando volvió a latir en sincronía con el resto de su cuerpo, se sintió a la vez más sólido y más hueco.

–Escondido en el pasillo, señor –respondió el Cooper, que se había movido para vigilar a Robin.

George alzó la voz, aunque no mucho. Al igual que Jack, estaba acostumbrado a ser obedecido sin necesidad de recurrir a algo tan vulgar como gritar.

–Señor Ross, entre, por favor.

Alan entró sin escolta alguna. Su mirada se cruzó con la de Jack y se desvió de inmediato, como un látigo. Se colocó junto a la pared, cerca de la puerta, como si estuviera listo para escaparse de nuevo en cuanto se diera la ocasión.

–Pero… no se suponía que estuvieras aquí –dijo Edwin–. No te necesitábamos para esto.

–No –intervino Violet con amargura–. Es aún mejor que eso.

–En efecto –agregó George–. Este es exactamente el lugar en el que el señor Ross debía estar. Donde *yo* necesitaba que estuviera.

Debajo del impecable exterior de su primo se escondía un agudo instinto para el espectáculo. Una sonrisa se asomaba en su rostro mientras observaba el impacto de sus palabras en Robin, Edwin y Adelaide.

Hacía mucho tiempo que Jack había entrenado su rostro para ocultar más cuanto más sentía. Útil para un oficial del ejército que no era más inmune al miedo que sus hombres, pero que necesitaba fingir lo contrario. A esas alturas, ya no era intencional, solo sucedía mientras miraba a Alan y su mente repasaba las últimas dos semanas, buscando… ¿qué? ¿Indicios? ¿Pruebas?

Una verdad: Alanzo Rossi odiaba a cualquiera que tuviera un poder inmerecido y que lo usara contra otros.

Y otra: Alanzo Rossi era capaz de tragarse mucho de lo que odiaba si eso le permitía sostener a su familia.

Alguien había roto un cascarón lleno de vidrio fundido dentro del pecho de Jack y lo había dejado correr en riachuelos ardientes y horribles entre sus costillas. Quemaba al inhalar.

–Han sido muy descuidados, todos ustedes, al dejarlo vagar por Londres después de ese viaje, sin siquiera un amarre de silencio, para que cualquiera pudiera acercarse con una oferta de trabajo –continuó George. Chasqueó la lengua–. ¿Lo ven, Hartley? ¿Rolfe? Este es el tipo de cosas que los Cooper están destinados a evitar.

–Sí, señor.

Robin dio dos pasos furiosos hacia Alan antes de que Hartley lo interceptara con un hechizo a medio formar en alto a modo de advertencia. Aun así, el joven parecía a punto de abrirse paso a la fuerza, pero se detuvo y fulminó a Alan con la mirada por encima del hombro de Hartley.

–Una oferta *de trabajo* –escupió–. Y luego fuiste y le hiciste la misma oferta a Maud, y todo este tiempo has estado actuando como espía, recogiendo las recompensas de ambos lados.

–El hombre es un ladrón común, sir Robert –le recordó George–. ¿Esperaba acaso un diamante reluciente de integridad?

Nada se movió en el rostro de Alan tampoco. Se veía demacrado y tenso. Una de sus manos se estremeció, como si estuviera a punto de cerrarse en un puño.

–No entiendo –dijo Adelaide, dirigiéndose a George–. Si el señor Ross le dijo dónde estaba la daga, ¿por qué no vino a buscarla usted

mismo? ¿Por qué dejarnos seguir adelante con todo este plan?

–Para atraparnos en el acto, supongo –conjeturó Edwin.

–Un agradable extra –comentó George–. Pero no. –Miró a Alan–. Bueno, señor Ross, ¿dónde está mi copa?

–La señorita Debenham la trajo –respondió Alan, inexpresivo–. Pregúntele a ella.

Violet se llevó una mano a la boca.

–¿Qué? –exclamó Edwin.

–*Mierda* –escupió ella–. Púdrete, Alan Ross, y que se pudra cada generación de tu maldita familia, y que nos pudramos nosotros por *ayudarte* cuando dijiste que estabas necesitado.

El corpulento y silencioso Cooper que sostenía el brazo de Violet, Rolfe, dio un pequeño paso atrás, como si las obscenidades de la joven fueran contagiosas.

–Señorita Debenham. –George extendió la palma abierta de la mano.

–Recibí una nota temprano esta mañana –explicó Violet, dirigiéndose a Edwin–. Una nota *tuya*. Decía que querías tener la copa a la mano, por si acaso…, que tal vez la necesitarías para un hechizo de afinidad. Un último paso para encontrar la daga si se había dividido en piezas como la moneda. La nota decía que la trajera y que no se lo dijera a nadie.

–¿Y no hablaste conmigo al respecto? –replicó Edwin casi en un grito.

–Estaba escrita *con tu letra* –espetó–. ¿Crees que no la reconozco a estas alturas?

–Fui yo –confesó el periodista, aún sin ninguna expresión en la voz. Alan, quien falsificaba referencias para sus hermanas y quien

había dicho sobre la carta de Jack al romano: "Creo que puedo copiar la letra a la perfección". El que se había sentado en la mesa de Violet mientras planeaban todo eso, escribiendo en el cuaderno de Edwin abierto frente a él.

–Señorita Debenham, no lo repetiré –dijo George.

Los puños de Violet se cerraron y su mirada se desvió hacia la puerta. Era más cauta que Robin, pero su temperamento era peor cuando se encendía.

–No pierdas la cabeza, Violet –intervino Jack con brusquedad–. Entrégala.

La mirada furiosa de la joven se volvió hacia Jack y cambió. Por lo que él sabía, estaba a punto de ser acusado de trabajar *con* Alan y George, dadas las sospechas de Violet sobre sus sentimientos, *ex*sentimientos; ah, al diablo con eso.

–Ross es una rata sucia que trabaja para ratas más grandes y al final recibirá lo que merece –agregó–. No tiene sentido pelear cuando las probabilidades son tan malas. Todos seguimos vivos y sin heridas. Sé sensata.

La maga tragó con dificultad.

–Mierda –repitió, con la voz cargada de tristeza, y rebuscó en un bolsillo de su falda. Sacó una bolsita de terciopelo y, ante el gesto de George, desató el cordón para volcar un pequeño cuenco de plata en su mano extendida.

La copa del último juramento apenas había cambiado cuando Edwin le había lanzado el hechizo de rectificación. Había aparecido el diseño de un helecho, grabado en la superficie interior, formaba un patrón circular bajo el borde. Por lo demás, seguía siendo el cuenco,

del tamaño de una mano ahuecada de Maud, que había pasado varios años dentro de la jaula de un loro llamado Dorian.

Una sonrisa genuina se desplegó en el rostro de su primo mientras lo giraba entre las palmas de sus manos, luego tomó la bolsa de manos de Violet. Ya tenía las tres piezas: moneda, copa y daga.

El grupo había salido esa mañana con la ventaja de tener dos piezas, y las habían perdido todas en cuestión de minutos.

–Excelente trabajo, señor Ross –reconoció George.

–¿Hemos terminado? –preguntó Alan en tono seco.

–Sí. Ha cumplido con su parte del trato.

Alan se despegó de la pared y se paró frente a George.

–¿Esperando que te paguen? –escupió Violet–. Veamos cómo mueves la cola y ruegas.

Aún más color había abandonado el rostro del joven. Jack había visto esa expresión en hombres que se acercaban a una granada sin explotar.

–¿Quieres que saque la lengua también? –le preguntó Alan a George con una actitud desafiante familiar.

Jack se sorprendió lamiéndose los labios. Alan le había preguntado: "¿Cuánto dolió?", porque George no creía en la negligencia ni en la misericordia. No emplearía a un hombre sin magia y luego lo dejaría suelto, capaz de hablar del asunto después. Alan debió saberlo desde el principio.

–No –respondió George mientras se guardaba el cuenco en otro bolsillo y comenzaba a conjurar. El hechizo era de un amarillo suave y asqueroso en sus manos–. Últimamente he tenido motivos para buscar vacíos legales en los amarres de silencio. En lo personal, prefiero algo un poco más… definitivo.

–¿Qué demonios quiere decir con "definitivo"?

–El lenguaje, señor Ross –advirtió George–. No permita que la señorita Debenham nos arrastre a todos a la vulgaridad. ¿Cuándo fue ese viaje suyo? –Movió un dedo para definir una cláusula–. Tomemos los últimos cuatro meses, para estar seguros.

–¿Los últimos cuatro meses de qué? –Alan elevó la voz.

–De tu memoria –respondió Edwin. Ni siquiera sonó vengativo, solo observaba el hechizo amarillo con inquietud.

–¿Qué…? No… –El periodista intentó retroceder, pero el siempre tan servicial Hartley se interpuso en su camino–. Eso no era parte del trato.

–La gente pierde la memoria por golpes en la cabeza todos los días –comenzó George, con una señal hacia Hartley, quien tomó a Alan por los hombros–. Estoy seguro de que su querida familia lo pondrá al tanto de los detalles importantes.

Alan dejó de forcejear. A pesar de sus sentimientos confusos, la mayor parte de Jack quería gruñir de frustración al ver cómo se desvanecía el ánimo de lucha de ese rostro feroz y perfecto. De pronto, estuvo seguro de que el joven no había recibido ni un centavo. George no era derrochador, no operaba con trueques si podía obtener los mismos resultados por otros medios.

–Bien –continuó su primo–. Terminará antes de que lo note. –Alzó las manos a ambos lados de la cabeza de Alan, quien levantó sus propias manos como si pudiera defenderse y cerró los ojos con fuerza. Se mordió los dientes. No parecía tan doloroso como el esfuerzo que requiere levantarse y seguir peleando cuando cada parte del cuerpo está magullada y el cansancio llega hasta los huesos.

George frunció el ceño, y a Jack se le ocurrió que, si él fuera Alan Ross, no le habría contado a George Bastoke ni una palabra sobre la existencia de desviadores.

–¿Señor? –preguntó Hartley.

–No te preocupes –lo desestimó George, enderezándose. El hechizo amarillo se intensificó y palpitó en latidos enfermizos alrededor del cabello rizado de Alan. Sus ojos se abrieron de golpe, sorprendidos, emitió una tos gutural, como si escupiera agua salada, y luego se desplomó hecho un ovillo a los pies de George. Jack vio la imagen fugaz de un amarre de silencio deslizándose entre los labios inmóviles de su hermana. El cuerpo de Alan se sacudió como si luchara por despertarse de un sueño profundo.

George hizo que Hartley arrastrara al joven inconsciente hasta apoyarlo contra la pared, fuera del camino.

–Que lo saquen más tarde. Déjenlo en una banca del parque o en la zanja frente a un bar.

Luego, su primo conjuró otro hechizo, que tomó la forma de una luminosa tiza blanca, y dibujó una serie de runas en la pared más cercana. Brillaron con intensidad y luego desaparecieron.

–¿Qué hace eso? –quiso saber Edwin, que seguía siendo él mismo incluso estando arrestado y en peligro.

–Un llamado –respondió George.

Jack cruzó una mirada con Robin. La pregunta era si debían intentarlo de todas formas, si la desesperación y la superioridad numérica les permitirían reducir a los Cooper antes de que llegaran refuerzos. Podían abrir la puerta, pero con Edwin y Violet atados de manos e incapaces de dibujar runas, estarían atrapados intentando navegar el espacio físico de El Barril.

–¿Qué planeas hacer con nosotros ahora? –le preguntó Jack a su primo.

–Eso depende de qué tanto quieran cooperar. El camino más sencillo sería que todos ustedes hicieran un juramento de sangre voluntario, prometiendo que nunca intentarán poner sus manos sobre el último juramento otra vez ni interferir de ninguna manera con su uso.

Violet, Adelaide y Robin hablaron al mismo tiempo, todas variaciones de lo mismo: un rechazo violento.

Él no dijo nada. Tampoco lo hizo Edwin, quien se miraba las manos como si fuera a separarlas por pura fuerza de voluntad, aunque se arrancara la piel en el proceso. Mientras Jack lo observaba, el mago alzó la vista hacia el mapa en la pared; casi parecía estar mirando *a través* de él, como Robin cuando tenía una visión.

–No, no esperaba que les gustara –comentó George mientras tanto–. Pero los Cooper no son una institución irracional. La oferta sigue sobre la mesa.

La manija de la puerta brilló y volvió a abrirse. En esa ocasión, entraron Walter Courcey y Richard Prest.

–Ahora sí es una fiesta –espetó Robin–. Y nadie pensó en traer champán.

El rastro de una sonrisa cruzó el rostro de Edwin. Al menos parte de su conciencia estaba presente en la habitación con ellos, aunque su mirada seguía lejos, muy lejos. Y no volteó a mirar cuando su hermano entró en la sala, eso, más que cualquier otra cosa, hizo que el vello de Jack se erizara, con algo más parecido a la anticipación que al miedo.

–Viceministro. Courcey –saludó George–. Adelante, por favor. Como se nos advirtió, hoy han intentado robar de forma descarada la daga del último juramento de esta sala, donde los Cooper la hemos estado resguardando.

–¿Resguardando? –repitió Prest–. Pensé que aún la estaban buscando.

–Información sensible, señor –intervino Walter–. Como puede ver por los desafortunados eventos de hoy, era necesario mantenerlo en secreto hasta tener las tres piezas.

–Los atrapamos a cuatro de ellos en la habitación, con las manos sobre la daga –explicó George–. La señorita Debenham, ¿recuerda a la señorita Debenham, señor? La señorita ya había engañado a un empleado leal de El Barril con algún pretexto.

–Sí, la recuerdo. Es una desgracia para la sociedad mágica, jovencita. Y para su familia –dijo Prest, con el ceño fruncido hacia Violet.

–Me esfuerzo. –Ella le dedicó una reverencia teatral.

–¿Le gustaría decirme que también soy una desgracia para mi familia? –preguntó Adelaide en su tono más elegante.

–Casi toda mi familia ha muerto –aportó Robin.

–Y la mía ya piensa que soy una desgracia –añadió Edwin, cuya atención había vuelto a la sala–. El sentimiento es mutuo. ¿Verdad, Walt?

Walter sonrió con desprecio.

–No magos, un exmago y alguien que apenas puede encender una luz en la oscuridad. No me sorprende que hayan ido tras el poder del último juramento y hecho cosas terribles para conseguirlo.

Fue un desliz venenoso en su fachada tranquila y racional, pero, en el fondo, Walter era un abusivo. No podía resistirse a la tentación de lanzar aguijonazos, sobre todo si se trataba de su hermano. George, por su parte, valoraba mucho más mantener la imagen de caballero.

Fue él quien recuperó la palabra para dirigirse a Prest en tono suave.

–Tenemos razones para sospechar que estos villanos, así como la hermana de Blyth, son responsables de varias muertes, empezando por la de Reginald Gatling y la de su tía Flora Sutton, y también de la señora Elizabeth Navenby. Como recordará, han recibido varias herencias en rápida sucesión. No me sorprendería que de algún modo hayan provocado también la muerte de lady Enid, que resultó en que Casa Spinet quedara en manos de la señorita Debenham.

La joven soltó un grito ahogado de furia.

–¡*Ustedes* son los responsables de todas esas muertes! ¡Y probablemente de la de lady Elsie también!

Eso hizo que Prest parpadeara. Los dos Cooper se miraron entre sí, perplejos. La mirada de George giró, lenta y serena, hacia Jack. Ambos se miraron fijo. El odio empapaba a Jack como gasolina; le dolían la mandíbula de tanto apretarla.

–Lord Hawthorn –comenzó su primo–. Usted estuvo presente cuando murió su hermana. ¿Fui yo quien la mató?

Podía intentarlo con todas sus fuerzas, podía sacar la lengua para que todos lo observaran, pero ¿qué diferencia haría? Al viceministro lo habían llevado como testigo, y ya había decidido en quién confiar. Y ningún amarre de silencio decía quién lo había impuesto. George

podía contar la historia que quisiera. Así que Jack no dijo nada. No tenía sentido.

–Ahí lo tienen –continuó–. Lo que le pasó a mi prima fue una tragedia. Pero los mellizos Alston siempre fueron algo inestables. Magia *salvaje*. No apta para uso adecuado. Todo el mundo lo sabía. –Pausa–. Yo no ando por ahí culpándolo a usted por la muerte de mi padre, ¿verdad, Hawthorn?

Para todos los demás en el Archivo de Hebras, eso hubiera sonado como un argumento razonable, aunque indirecto. La injusticia de todo ello hizo un nudo en la garganta de Jack.

George se volvió hacia Hartley y el otro Cooper.

–Creo que ya se ha dicho suficiente. Enciérrenlos a todos. Ya llegaremos al fondo de esta conspiración.

–Muy bien, Bastoke. Arréstelos y manténganos informados –ordenó Prest. Se detuvo antes de salir y señaló el cuerpo inerte de Alan–. ¿Qué pasa con este?

–Un hechizo de memoria demasiado fuerte –explicó George–. No debió haber sido iluminado por empezar, pero no nos causará más problemas.

Después de eso, pasaron muchas cosas en rápida sucesión.

–¡Edwin trama algo! –exclamó Walter, y…

Una línea de luz roja brilló desde las estanterías y…

–Robin, ¡una distracción, por favor! –gritó Edwin, que había estado parado de frente al libro de registro. Entonces, volteó y corrió sin gracia a toda velocidad entre las estanterías antes de que algún Cooper pudiera reaccionar. Ya tenía los brazos libres a los lados.

–¿Qué…? –exigió George, y Robin soltó el grito estremecedor de un atleta enfurecido y le lanzó un puñetazo a Rolfe.

La cabeza del hombre rebotó en una demostración de boxeo más perfecta de lo que cualquier caricaturista hubiera podido dibujar. Su agarre se debilitó y soltó a Violet. Pero Robin no se detuvo, sino que se lanzó contra Hartley, quien había comenzado a correr tras Edwin.

Así que pelearían después de todo. Jack sintió cómo se desplegaba una sonrisa en su rostro. No tenía tiempo para idear una estrategia más allá de *eliminar la peor amenaza*, que de forma conveniente se encontraba cerca. Se apresuró hacia su primo, lo tomó de las muñecas y lo obligó a separar las manos.

Un hechizo incipiente de chispas anaranjadas se desvaneció. George intentó liberarse de él, pero después de dejar el ejército, Jack se había ejercitado en combate con palo, así que su agarre era implacable y sus brazos, fuertes. Y George…

–Debiste haber traído a Morris, George. ¿No lo tienes para esto?

El otro nunca perdía la compostura y usaba a otras personas para que ejercieran violencia por él, por lo que Jack hubiera jurado que nunca había tenido una pelea en su vida. Y eso implicaba que tampoco debía saber de defensa ni distracciones. Miró a un costado, sobre el hombro de Jack, así que él tuvo tiempo para hacerlos girar de costado a ambos, como si estuvieran bailando, y así ver a Walter con un hechizo listo para lanzárselo.

Los músculos de su cuello se tensaron, y luego Adelaide Morrissey, con los brazos morenos desnudos y el chaleco de Robin colgando de los hombros, se interpuso frente al hechizo en ciernes. Jack abrió la boca para gritar "no", lleno de un arrebato de temor.

Pero Walter emitió un sonido en su lugar, una queja breve, como si se hubiera golpeado un dedo del pie. Él apenas podía verlo, pues Adelaide seguía en el medio y él seguía luchando por mantener las

manos de George separadas, pero Walter parecía desconcertado y furioso mientras levantaba las manos para inspeccionarlas. Sus dedos se habían curvado como garras.

–Pero usted no es…

–¿No? –replicó Adelaide, sin aliento, y le dio una patada en la entrepierna.

El siguiente gemido de Walter fue todavía más breve y ahogado. Jack y George hicieron gestos de dolor por afinidad a su pesar.

–Ah, *maldito* –lamentó Violet, seguido de ruido de arcadas. Jack no tenía tiempo de ver qué había pasado, pues su primo, en un rapto de inspiración, estaba intentando patearlo *a él* en las pelotas. De reojo, vio una mano en alto y su mente gritó "granada" sin su consentimiento, lo que le provocó una descarga de terror en la columna.

La mano en alto era de Hartley. Robin le sostenía la otra mano en alto sobre la cabeza, pero el joven Cooper era determinado, sin duda, porque aun casi colgando, lanzó el contenido de su mano libre hacia Jack.

–¡Señor! –gritó al hacerlo, y George volvió a intentar liberarse. La pequeña esfera que parecía de cristal aterrizó a los pies de Jack y derramó un humo amarillo. Cuando los primeros tentáculos llegaron a su nariz, se quedó sin aire de inmediato. Se sintió peor que caer de un caballo, y su pecho se resistía a expandirse.

George volvió a forcejear, y en esa oportunidad no pudo contenerlo. Ni siquiera podía respirar.

–De acuerdo, deténganse –ordenó su primo para todos en la sala, luego levantó las manos para formar un hechizo.

Pero antes de que pudiera hacer algo, las Islas Británicas se desplegaron en la habitación.

Era el hechizo del mapa del Archivo, diseñado para localizar magos. El mapa de la pared era gigante, demarcado con líneas blancas sobre todas las paredes y gran parte del techo. Las líneas se tornaron púrpura brillante, el mapa comenzó a cambiar, a fusionarse y moverse tan rápido que Jack se sintió mareado además de sofocado. Dentro del mapa apareció una línea brillante enceguecedora, que recorría el techo y la pared hasta un punto cercano al suelo, como una veta de oro en una roca. Como un rayo surcando el cielo.

–No, *tú* detente –exigió Edwin.

Reapareció entre las estanterías con un hechizo entre las manos y rodeado de luz, blanca como las luces guía y parecía electrificada, era tan brillante que llevó un momento notar que Edwin estaba temblando como si estuviera afiebrado.

–Santo Dios, lo conseguiste –dijo Robin, sorprendido.

Jack logró inhalar por primera vez en lo que parecieron minutos. George, rápido como siempre, terminó el hechizo que había estado formando y lo lanzó hacia Edwin, quien sacudió las muñecas e hizo que *algo* se interpusiera en el camino del hechizo y lo desvaneciera en chispas. Toda la luz estaba concentrada entre sus manos.

–Devuelvan el juramento y déjennos ir o los *desharé*. Descompondré sus *células*…

El rayo en el mapa descontrolado se ensanchó e intensificó, como si se formara una grieta en el cascarón que contenía una explosión. El mago jadeó agitado, y la luz entre sus manos también se

intensificó. No parecía feliz, se veía como si llevara tres días despierto bajo asedio.

–¿*Qué* está haciendo, señor Courcey? ¡Termine con eso de inmediato! –chilló Prest, refugiado cerca de la puerta.

George intentó con otro hechizo, e incluso Walter intentó levantarse y hacer algo, pero su magia se convirtió en chispas inútiles antes de dejar sus manos. La habitación estaba llenándose de nubes negras, como si brotaran de ventilaciones ocultas, la luz entre las manos de Edwin era cada vez más intensa, y la línea del mapa comenzó a reptar como una serpiente clavada a la pared de ambos extremos y torturada.

Incluso Jack podía sentir que algo andaba muy muy mal.

Adelaide intentó tomar el brazo de Edwin, pero retiró la mano de inmediato. Jack dio medio paso adelante, pero no terminó, porque el suelo se sacudió y luego se agitó fuerte y rápido como un cubilete de dados. Su pierna cedió y cayó al suelo. Walter por poco lo sigue, pero maldijo mientras recuperaba el equilibrio. Comenzaban a filtrarse gritos alarmados y voces elevadas sobre ellos: lo que fuera que Edwin estuviera haciendo ya no estaba contenido dentro del Archivo de Hebras.

–¡Salgamos! –gritó Walter con una señal hacia Prest–. ¡Salga!

Prest abrió la puerta y salió corriendo.

–*Idiota* –agregó con un rugido. Se acercó cojeando y cerró la puerta otra vez para dibujar la runa de salida, con las manos temblorosas por la prisa. Cuando volvió a abrir la puerta, lo llevó al vestíbulo principal.

En ese momento, la línea de luz ondulante estalló de repente, una pata de la mesa se quebró y tanto la mesa como el libro de registro

cayeron con un estruendo pesado. Entre las densas nubes negras y el hecho de que era doloroso mirar a Edwin, Jack casi no podía ver. Se incorporó con cautela. Escuchó voces, gritos y preguntas, y vio los contornos de figuras en movimiento. Algunas debieron salir por la puerta, porque el caos de voces se redujo solo a la de Robin.

–No, ahora no… *Todavía no.* –Robin sonaba desesperado–. Edwin, puedes parar. Suéltalo, por favor… Por favor. Una parte a la vez, mi amor.

Un crujido de piedra terrible resonó justo sobre sus cabezas. Cayó polvo sobre el rostro de Jack, y un recuerdo que hubiera jurado haber dejado atrás, uno de los peores de la guerra, le sacudió cada nervio del cuerpo. Un zumbido agudo penetró sus oídos.

Estuvo a punto de dar un puñetazo cuando alguien chocó contra él, pero logró contenerse al oír una exclamación femenina y sentir el roce de una falda contra sus piernas. Adelaide o Violet. Empujó con firmeza a quien fuera en dirección a la puerta abierta, que era un marco gris con gente corriendo frenética. ¿George había logrado salir? George tenía las piezas del juramento, de seguro las estaría protegiendo por encima de todo.

Se tambaleó hacia Edwin, con la mirada hacia otro lado, y no se topó con nadie más. Aún podía oír el ritmo constante de la voz de Robin, aunque no alcanzaba a entender las palabras.

–¡Robin! –gritó, pensando en lo que Alan había hecho por Maud en el cementerio–. ¡Déjalo inconsciente! –Pero apenas se escuchó a sí mismo; su voz y la de Robin eran tragadas por un rugido creciente y tembloroso.

De repente, la presión de la luz desapareció de los párpados de Jack. Se limpió el polvo, con una mueca de dolor y lágrimas

corriendo por las mejillas.

Edwin estaba de pie (*de pie*, gracias a Dios), aunque apoyándose con fuerza en Robin, pálido, sucio y sacudido por la tos. Él había esperado que detener el hechizo, fuera lo que fuera, también detuviera el caos, pero las nubes estaban tomando un matiz rojizo, como un incendio forestal, y el temblor violento, si era posible, se intensificaba. El suelo de piedra y la madera de las paredes se desdibujaban, como si fueran una ilusión que moría con el fin del poder del hechicero. Como si se estuvieran convirtiendo en niebla, a pesar del peso de El Barril sobre ellos.

"Deshacer", había dicho Edwin.

–Hora de irnos –gruñó Jack. Tomó a Robin del brazo y los arrastró hacia la puerta. El suelo era irregular, como si estuviera lleno de baches. No se atrevió a mirar hacia abajo para ver en qué se estaba convirtiendo, por si acaso le estaba ocurriendo lo mismo a sus pies. Con un buen empujón, sacó a Robin y a Edwin al vestíbulo abarrotado y ruidoso, y entonces… se detuvo.

–¡Hawthorn! –lo llamó Robin.

Jack maldijo y se dio la vuelta.

Ya casi no era una habitación. Era una tormenta en el mar: un cielo ensangrentado, relámpagos, miedo y niebla. El polvo invadió la nariz y la boca de Jack cuando se lanzó de nuevo hacia adentro.

Una parte de él se había preguntado si Alan estaba fingiendo estar inconsciente, si había logrado salvarse del hechizo de George, se había puesto de pie en cuanto la puerta se abrió y ya estaba a calles de distancia, corriendo.

Pero Jack tanteó la pared, y bastaron unos pocos pasos para que su pie golpeara contra algo blando. Se agachó y levantó el cuerpo

flácido y pesado en sus brazos, luego lo cargó sobre un hombro. Su pierna mala se acalambró con un ardor insoportable cuando se incorporó con un quejido.

La puerta. Avanzó, al borde de tropezarse otra vez, mientras el suelo se agitaba como si quisiera vomitarlo. Llegó a ella y la atravesó.

El vestíbulo principal de El Barril era un caos. Todas las puertas estaban abiertas y la gente corría a través de ellas, algunos con papeles o tazas de té todavía en las manos. Por un segundo frenético, pensó que estaba lloviendo bajo techo. No. Lo que caía, en delicadas y hermosas astillas, era el vidrio del techo. Se estremeció cuando algunos trozos aterrizaron cerca y se hicieron añicos.

No podía ver a ninguno de los otros, ni de su bando ni del de George. Así que hizo lo mismo que todos los demás: correr a toda velocidad hacia las enormes puertas de madera que daban a la calle, que estaban abiertas de par en par.

El dolor le besó la frente con labios ardientes. Sus ojos lagrimeaban de nuevo, o tal vez estaba sangrando. El cosquilleo líquido se convirtió de pronto en el centro insoportable de su mundo, pero siguió corriendo, logró salir con Alan y bajar las escaleras de mármol hasta la calle.

A sus espaldas, el centro de la burocracia mágica británica seguía desmoronándose.





CAPÍTULO 16

La jaqueca de Alan despertó antes que él. Era un dolor de cabeza que exigía su propia almohada en la cama; su propio asiento en la mesa. Le tomó un tiempo largo y agónico (durante el cual abrir los ojos era una tarea impensable) recordar que tenía otras partes del cuerpo por debajo del cuello y determinar que *ninguna* de ellas le dolía. O quizás sí y no podía notarlo. Uno dejaba de notar una ampolla en la mano cuando se había torcido el tobillo.

¿Pero qué *demonios*?

¿Tenía resaca? Los hombres describían la resaca de esa forma, con expresiones atormentadas y una fanfarronería apenas disimulada. Alan nunca había bebido lo suficiente como para comprobarlo por sí mismo. Nunca se lo había podido permitir y no estaba dispuesto a rebajarse al tipo de ginebra que le desollaba la boca por dentro.

¿Alguien le había dado un golpe en un callejón? Buena suerte para ellos encontrando algo de valor en sus bolsillos. Bien podrían haberle robado los zapatos. *Mierda.* Para reemplazarlos tendría que usar el dinero de…

¿De quién? ¿De qué?

Los ojos de Alan se abrieron, pese al ferviente deseo de su cráneo de hacer lo contrario. Se vio obligado por la extrañeza desequilibrante de perder un pensamiento a mitad de camino como si fuera un pez resbaladizo.

Quiso cerrarlos otra vez de inmediato, pero no lo hizo. No estaba en su cama, en casa. No se había quedado dormido en el suelo de la oficina del *Post*. Sino que yacía de lado sobre una cama ancha y suave, con ese tipo de postes curvos y decorativos que Caro solía odiar limpiar. La funda de la almohada era resbaladiza y de buena calidad bajo su mejilla, la luz del sol entraba a través de cortinas de encaje, y había un hombre fornido sentado en una silla junto a la cama, observándolo con ojos como zafiros incrustados en la estatua de una serpiente. Si una serpiente usara ropa que valía más que el salario anual de Alan, con manchas de polvo incongruente en el cuello y en la parte superior de los muslos.

De los pantalones, más bien.

Muslos, insistió una vocecita interesada en su cabeza.

El hombre sin duda había notado que él estaba despierto, pero no dijo nada. Sus cejas, oscuras y pobladas, apenas se elevaron.

Los nervios agitados de Alan le decían, sin sentido, que moverse siquiera un centímetro sería invitar a un ataque. Las serpientes eran así, ¿no? No podían ver a su presa si no se movía. ¿O eran las serpientes las que la hipnotizaban hasta que no podía apartar la mirada? Eso parecía tener sentido

Mierda, *su cabeza*. Se le había acelerado el pulso y, con él, la intensidad del dolor.

Finalmente, el hombre se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas. (*Muslos*). De cerca, sus rasgos eran duros, la mandíbula, ensombrecida. La nariz era como una formación rocosa majestuosa, tenía un corte reciente y con costra en la frente, y el cabello de un color entre nogal y ébano.

¿Y cómo sabía Alan cómo era la madera de ébano? ¿Y por qué, de pronto, tenía la boca seca y las piernas inquietas ante la cercanía de ese hombre?

Jesús, María y José. Quizás se había quedado dormido escribiendo y se había soñado dentro de uno de sus propios libros. Al menos uno de ellos comenzaba así. Si ese hombre era un duque, era casi seguro.

–¿Cuánto recuerdas? –preguntó el hombre, con una voz profunda, como tallada en cristal.

Abrió la boca para decir Dios sabrá qué, y un recuerdo cayó en su mente como desde lo alto. Recordó el Lyric, recordó despertar en el suelo de una cabina con un dolor de cabeza mucho más leve que el de ese momento y…

–¿Lord Hawthorn?

Una expresión irreconocible cruzó el rostro de Hawthorn.

–¿Y?

–Y madera, al parecer. –Alan mantenía los ojos fijos en el lord, convencido de que perderlo de vista haría que los recuerdos se le escaparan de nuevo–. No lo sé. Mi mente está como roída por polillas. ¿Qué… me pasó? –Su voz se quebró al pronunciar las últimas palabras.

–Mi primo George te lanzó un hechizo de memoria. Y si no me equivoco, tú hiciste todo lo posible por desviarlo.

George. George Bastoke. Un nuevo recuerdo, cargado de dolor, le atravesó la cabeza como un puñetazo entre los ojos. Alan se encontró acunando una de sus manos contra el pecho, encorvando el cuerpo a su alrededor.

–Me duele la cabeza como si me hubieran dado con un maldito martillo –dijo contra la almohada.

–¿Puedes incorporarte? –Esa pregunta merecía una mirada asesina, y Alan se la dio. Hawthorn sacó un vial, lo destapó y se lo ofreció–. Intenta dar unos sorbos.

Siguió mirándolo con hostilidad, y los labios de Hawthorn se torcieron. Él mismo dio un trago del vial.

–No es mágico. Solo es un tónico. Lo más probable es que te hará volver a dormir, pero también aliviará la jaqueca.

¿Cuál era el peor escenario? ¿Que lo matara? *Entonces* la cabeza ya no le dolería. Alan tomó el vial y bebió un trago. Para su sorpresa, sabía bien, como miel aguada con hierbas. Y, en efecto, volvió a quedarse dormido antes de poder obligarse a murmurar un agradecimiento.

La segunda vez que Alan despertó, la jaqueca se había aliviado y tan solo ocupaba un pequeño ático, en vez de toda la maldita mansión.

La luz había cambiado; la habitación estaba iluminada por una elegante lámpara de gas y un profundo baño dorado de atardecer. Jack seguía en la silla, aún con la ropa manchada. Había una copa de vino llena y un plato vacío sobre una mesa auxiliar, y el hombre estaba leyendo un libro encuadernado en cuero rojo.

Exploró sus recuerdos de los últimos meses como alguien que manipula con sumo cuidado un pergamino antiguo. Algunos fragmentos se le escapaban, otros se deshacían. Recordaba… a Edwin entregándole un aro de papel con una sola cara y la idea de canales tallados dentro de él por el rosario. Sostuvo esa imagen y respiró con ella, como lo había hecho cuando Bastoke vertía ese

hechizo amarillo sobre su cabeza. Había *sentido* que la desviación estaba funcionando. Y luego… ya no había sentido nada.

–Creo que ya lo tengo casi todo de vuelta. –Su voz era un dolor seco.

Jack dejó el libro de inmediato.

–Nombre, año y primer ministro.

–Asquith. Mil novecientos nueve. Y me llamo Julio Cesare.

El barón alzó una mano, que ocultó la forma de su boca.

–¿Y yo?

Alan respondió de inmediato con una de las peores blasfemias que conocía.

–Mi lord –añadió.

Jack se levantó de la silla. Jaló la cuerda de una campanilla para llamar a una criada y pidió té. Entonces, estaban en la casa de Jack. El estilo de la habitación coincidía con las partes que Alan ya había visto.

Un presentimiento lento y terrible comenzó a apretarle las entrañas con dedos invisibles. Lo recordaba todo. Recordaba el odio en la voz de Violet y la furia en la de Robin, cuando su traición y el plan de Bastoke habían quedado al descubierto. No tenía ningún recuerdo de cómo lo había mirado Jack. No había tenido el valor de mirarlo en absoluto.

Pero Alan estaba… allí. *¿Cómo?* ¿Qué había pasado entre el momento en que había caído inconsciente en el Archivo de Hebras y ese?

La lengua se le ensanchó y el corazón le retumbó en el pecho. Fuera como fuera que hubiese ocurrido, estaba solo en el corazón del territorio del lord. Jack había pedido té, como si se preparara

para una tranquila sesión de… ¿qué? ¿Un interrogatorio? ¿Una lenta y magistral flagelación con su lengua filosa? Alan preferiría una buena golpiza con palos en vez de la forma en que su traición flotaba invisible entre ellos, enturbiando el aire y volviéndolo tenso y miserable a su paso.

El té llegó, Jack llevó una taza y un platillo a la cama y le indicó que se sentara para beber. Tal vez allí estaba el veneno, pero Alan estaba demasiado sediento para preocuparse. Era té negro, muy endulzado, y lo mejor que su garganta irritada había experimentado.

–Entonces, ¿el sexo fue parte del juego de espía? –preguntó Jack con tranquilidad.

El maldito había esperado a que tuviera la boca llena de té. Parte del líquido bajó por el camino equivocado, y él se ahogó, se derramó té en la camisa y pensó en arrojar el resto de la taza al rostro de Jack.

Cielos, se sentía demasiado tentado a decir que sí, a clavarle un cuchillo a eso y dejarlo morir. Pero dudó demasiado.

–No. No lo creo. –Jack respondió a su propia pregunta.

Alan había aprendido un nuevo método para mentir de Maud Blyth: no decir nada incierto, guardar los secretos en los espacios entre las palabras. Pero había mentido con sus acciones, los había traicionado a todos por el monstruo elegante de George Bastoke, y el peso de haberlo hecho descansaba sobre sus hombros.

–No fue necesario. Maud, Violet e incluso Edwin me recibieron sin pensarlo dos veces. Me esforcé muchísimo por *no* tener sexo contigo, de hecho, dado que parecía la peor decisión posible.

–¿Y qué pasó con el plan? –preguntó, en ese tono de voz peligroso.

–Mi fuerza de voluntad flaqueó y lo hice de todas formas. Cielos, eres un idiota presumido. –Ya no tenía nada que perder, bien podía interrogarlo también–. *¿Qué ocurrió?*

–¿Con *mi* fuerza de voluntad? Nunca la ejercí.

–Conmigo. Con todos. ¿Qué pasó en el Archivo?

Jack se lo contó. Llevó tiempo y el horror creciente del relato se coló bajo la piel de Alan hasta que fue incapaz de quedarse quieto en la cama. Se levantó y caminó de un lado al otro, bebió más té y escuchó el desastre que había provocado con los dientes apretados.

El barón no se había quedado a comprobar cuánto seguía en pie de El Barril, pero había enviado a un sirviente a esa esquina de Londres y el reporte había sido: "No mucho". El mismo sirviente había ido a Casa Spinet, donde nadie había respondido. Pero, una hora más tarde, había llegado una nota de Violet: los demás estaban a salvo.

El alivio de escucharlo aflojó las piernas de Alan, por lo que debió apoyarse contra el poste de la cama, mientras que algo cercano a una plegaria rondaba por su boca. Le dolía la espalda y una rodilla como si… como si lo hubieran dejado caer inconsciente sobre un suelo duro y abandonado allí y…

¿Y después qué?

"Salimos justo a tiempo", había dicho Jack, sin más detalles.

Alan podría ser un hombre pequeño, pero ni Violet ni Adelaide tendrían la fuerza para cargar su cuerpo fuera de un edificio en pleno derrumbe. Y, por lo que había escuchado, Robin había tenido las manos llenas con Edwin.

Un torrente de emociones peligrosas amenazaba con quebrar su voluntad.

–Me salvaste la vida.

Jack no lo negó, y sus labios se torcieron apenas.

–La próxima vez te abandonaré a morir, si eso complacerá a tu orgullo.

Con un corte en la cabeza y la ropa hecha jirones, se había quedado allí sentado mientras Alan dormía y le había preparado un té perfecto, y él *no merecía* nada de ello. Quería lanzarle todo en el rostro como un puñado de diamantes odiosos.

El torrente de emociones venció, como brasas ardientes. Antes de que su sentido común pudiera siquiera protestar, se paró entre las piernas de Jack y comenzó a sacudirlo por los hombros. Era como intentar sacudir una farola.

–¿Qué demonios…?

–Deja de fingir que no estás enfadado –rugió Alan–. Es… Es odiosamente *condescendiente*, y no lo soporto.

La mano libre de Jack le tomó la muñeca como para apartarla, y Alan perdió la cabeza por completo: se montó sobre el regazo del lord; la silla era tan grande que podía apoyar las rodillas a cada lado de las caderas del hombre. Jack se quedó duro, sus ojos se oscurecieron y sus labios se tensaron. El aire se tornó excitante, como la hora previa a que los cielos se abran y caiga una tormenta.

–*Te traicioné*, debes estar furioso conmigo.

–Sí –respondió, con la mano firme en la muñeca de Alan.

Podría resistirse y nunca lograr liberarse y, en ese momento, eso era lo único que quería en el mundo, lo único que ayudaría.

–Muéstrame cuánto –siseó. El rostro de Jack emanaba furia. Tomó su otra mano para inmovilizar las dos juntas, de modo que los huesos de ambas muñecas se clavaban de forma dolorosa entre sí.

Alan jadeó. Jack tenía la otra mano debajo de su trasero y, antes de que recuperara el aliento, se levantó sosteniendo todo su peso y lo arrojó de vuelta a la cama, donde cayó desparramado y sorprendido.

El impactó hizo que escapara una risa de su interior, una que no reconoció. La anticipación, salvaje y siseante, escapó entre sus dientes, hasta que levantó la cabeza y vio el rostro de Jack.

–Basta –exigió lord Hawthorn. Sonó llano, terminante, y más como una orden que cualquier cosa que le hubiera dicho hasta entonces–. No te *atrevas* a hacerme esto.

–¿Hacer qué? –preguntó. No sabía qué libreto estaban siguiendo.

–Cuando tengo sexo, es porque lo deseo, no por castigar a alguien ni por estar demasiado enfadado.

–Ah, no se enrosque, mi lord, es un juego –respondió Alan entre dientes mientras se apoyaba en los codos. Su propia furia se estaba volviendo desagradable. Sentía que las tablas del suelo se desvanecían bajo sus pies, listas para dejarlo caer en la bodega.

–No, así no. –Jack lo miraba desde arriba, y un músculo se hinchó en su mandíbula–. ¿Esto era lo que hacías en el *Morning Post*? ¿Sabías lo que estabas a punto de hacer, así que me usaste como vara para autoflagelarte?

El desagrado en la voz de Jack fue el flagelo, y él comenzó a sentir la magnitud de su error, lo que acabó con su deseo descontrolado.

–¡No! –Se sentó rápido–. Lo deseaba, no tuvo nada que ver con… Demonios, debes saber cuánto lo deseaba. No era un castigo, era una *recompensa*. Sabía que no la merecía, pero la tomé de todas formas.

Pasaron varios segundos temibles, pero la expresión de Jack se suavizó y se sentó de vuelta en la silla. Alan permaneció en la cama,

pues parecía más seguro.

–Estás enfadado, pero me salvaste de todas formas. ¿Me denunciarás como sodomita? ¿O dejarás que los demás decidan lo que merezco? ¿Por qué estoy *aquí* si no es para que tengas tu venganza?

–No necesito venganza.

–¡¿Por qué *carajos* no la necesitas?! –gritó.

Su desdicha abrió un hoyo en la conversación. Jack tomó el vino olvidado y bebió un trago, con una expresión que decía que quería tirar la copa completa.

–¿Por qué estabas trabajando para mi primo, Alan? –preguntó con tranquilidad. Fue la primera vez que pronunció el nombre de Alan desde que se lo habían concedido. No dijo Julio Cesare, ni un insulto, real o como parte del juego. Dijo su nombre–. Porque apostaría doscientas libras a que no tenías opción.

–Siempre la hay. –Dudó, luego extendió una mano a modo de pedido, Jack le entregó la copa, y él bebió un trago. Debía ser vino de uvas exprimidas a mano bajo la luna llena por vírgenes en una montaña de Francia, pero, en ese momento, lo único que necesitaba era que sus nervios se tranquilizaran–. Fue el tal Morris. Él me encontró. Era malo, pero había conocido a matones como él, y creo que lo sabía, así que me llevó con tu primo George. –Bebió otro trago; ya no quedaba mucho vino–. Podría haber *dejado* que Bastoke hablara con Kenyon e hiciera que me despidieran. O con nuestro arrendador para que nos echaran a la calle. Y eso ni siquiera comienza a describir todas las cosas que dijeron que les harían a… todos los que amo.

George Bastoke había parecido aburrido por el mero acto de amenazarlo. Había hecho una lista de cosas que la magia podía hacerle a una persona y le había sugerido que las imaginara aplicadas a su madre, a su hermano y hermanas, a esos niños encantadores. Habían investigado antes de que Morris lo abordara en la calle.

Tragó saliva. Se le acalambró la mano y sintió un sabor amargo en la boca.

–Bastoke dijo: "Está a nuestra merced", como si dijera que el cielo es azul. Y tenía toda la maldita razón.

–Entonces, yo gano la apuesta, no tuviste elección. –El rostro de Jack aún reflejaba rabia, pero había mutado–. Lo siento.

–¿Te estás disculpando? ¿*Tú* te estás disculpando *conmigo*?

–Tranquilo, no volverá a pasar. Lamento que te hayan puesto en esa situación. Eso es todo.

–De haber sido por *ti*, me hubieran borrado la memoria en el barco –señaló–. Un té de hierbas, ¿no? No sé si hubiera podido desviar una poción.

–Lo has hecho –afirmó Jack–. El hechizo para dormir que la señora Vaughn puso en mi *whisky* debió haberte dejado fuera de servicio por días.

Alan procesó la información. Estuvo a punto de enfatizar que no debió haber bebido ese *whisky* por empezar, pero estaría maldito antes de disculparse por *eso*. No se conocían en aquel momento.

Aunque no era que hubiera abandonado el hábito de apropiarse del alcohol de Jack. Terminó el vino y le entregó la copa vacía. Por fin parecía tranquilizarlo.

–Con lo que Edwin y los demás necesiten hacer para recuperar el juramento, ayudaré, cuenten conmigo. Para lo que sea, haré que Bastoke y los suyos sangren. Los odio tanto que *me enferma*. Me han hecho salir a suplicar ayuda para después traicionar a las personas que solo me han brindado amabilidad.

–Amabilidad y un miembro en tu boca –señaló Jack con sequedad, y Alan cayó presa de un ataque de risa, con el rostro entre las manos. Se sacudió, toda la tensión y el miedo de las últimas semanas emergió a la superficie, y tardó un tiempo en detenerse. Al final, sus costillas seguían teniendo pequeñas réplicas del temblor.

Una mano se posó en su hombro. Levantó la cabeza, y vio al lord al borde de la silla. Su cuerpo fornido se veía extraño cuando no era usado para intimidar. Soltó una última respiración temblorosa y se dejó consolar.

–Los demás me odiarán.

–Son mejores personas que nosotros, lo entenderán –aseguró.

–Al menos dime que *tú* aún me odias.

Jack desplegó una sonrisa que Alan se rehusó a interpretar.

–Te desprecio, Cesare.

–Bien.

Después de eso, Jack llamó a otro sirviente para confirmar que los baños (*¿baños?*) estuvieran listos, luego le pidió a Alan su dirección para poder enviarle un mensaje a la familia. Aunque no le ofreció quedarse, sintió la oferta en el aire, pero escribió que llegaría tarde a casa, dobló la carta en tres y se la entregó al sirviente.

De hecho, había dos tinas listas en el baño gigante que era parte de las habitaciones de lord Hawthorn. Una era un artefacto absurdo, redondeado y de porcelana, con patas como garras y llaves de

bronce a cada lado del grifo. La otra era una tina grande de metal, que sin duda habían llevado hasta allí desde otro sitio de la casa. Ambas humeaban, la habitación olía a jabón y a un toque de la colonia letal del barón.

–Era más fácil llenarlas las dos aquí que hacer que los sirvientes cargaran agua por el corredor –explicó Jack.

–A cara o cruz por la grande. Pero tendrás que prestarme la moneda. –Alan miró alrededor con precaución, anticipando la aparición de Oliver–. ¿Seré atacado por un ayudante de cámara otra vez?

–En contra de la creencia popular –comenzó Jack, quien ya se estaba desabotonando la camisa–, los aristócratas somos perfectamente capaces de lavar nuestras propias extremidades. Y creí que te desmayarías si te ofrecía un ayudante.

Le hizo un gesto grosero y comenzó a encargarse de su ropa. No le hubiera importado si la mitad de Mayfair entraba allí, pues tenía una tina donde entraba de cuerpo entero, no solo las piernas, y estaba *caliente*. Quería sumergirse y nunca volver a salir.

Mientras se sacaba la camisa sudorosa y polvorienta, se percató de que él y Jack habían tenido sexo dos veces, pero nunca se habían visto desnudos. Sus miembros y traseros habían sido descubiertos apenas lo suficiente para cumplir con su cometido. Y allí estaban, cerca de quedar desnudos por completo, y no había verdadera chispa en el aire; no, Alan la había apagado con su estupidez previa. En su lugar, había algo más extraño, calma.

Lo que no implicaba que él no fuera *a mirar*.

Sin ropa, el cuerpo de Jack tenía la musculatura de un hombre que se mantenía activo, suavizada por la solidez de uno que nunca

había pasado hambre. Tenía una capa ligera de vello oscuro en el pecho y en el centro del estómago, más espesa en los brazos y piernas. El cuerpo tenía una irregularidad extraña, como si un escultor hubiera llegado a la etapa final de lijado y pulido, pero se hubiera distraído antes de terminar. La nariz rota, evidente de perfil, el volumen en los muslos y hombros, todo era proporcionado y no llegaba a ser burdo, sino que parecía irresistiblemente inconcluso.

Y tenía una asimetría evidente.

Alan se detuvo, distraído de su propia ropa.

–Cuando dijiste que era una herida de guerra, asumí que…, no sé. Algo que había dejado una cicatriz superficial.

–El daño es más que nada estético.

–Estético –repitió y siguió mirando, ya que al lord no parecía importarle. La piel parecía un paisaje, con hondonadas sobre una porción extensa e irregular faltante en la pantorrilla.

–Es una historia aburrida según parámetros de guerra. El músculo quedó destrozado y se infectó. Y un cirujano heroico logró sacar la podredumbre.

–Auch.

–Volaba de fiebre, así que no recuerdo mucho. Pero me han dicho que, si él no hubiera estado dispuesto a mutilarme, podría no haber sobrevivido. –Jack se sacó los interiores y… nada nuevo por allí, Alan ya había visto *eso*. Luego se metió en la tina, en la más grande, por supuesto.

–No te mueves como si hubieras sufrido tanto daño. –Él volvió a ocuparse de sus propios pantalones–. Y no usas mucho el bastón.

–Me esforcé mucho por recuperarme. –Descansó la cabeza contra la tina y extendió los brazos–. Retomé las prácticas de combate con

palo de Oxford. Es bueno para el equilibrio y para mantenerse en forma. No volveré a correr una carrera, pero puedo caminar estable la mayoría de los días.

–Bueno, por fortuna no fue tu lindo rostro –comentó. La mano de Jack voló a su nariz, y el ataque de risa de Alan hizo eco en el baño–. Ah, demonios, ¡eres vanidoso con tu nariz!

–No todos podemos ser pinturas al óleo. –Jack lo miró deseoso y sin vergüenza mientras se quitaba los pantalones–. Cuando te vi por primera vez, en el barco…

–¿Sí? –Esperaba una respuesta sarcástica, algo que le causara dolor, pues Jack era bueno en eso y él había tocado un punto vulnerable de su historia.

–Pensé que eras una de las cosas más encantadoras que hubiera visto –terminó con voz ronca–. Y que me habías robado mis mejores mancuernillas.

No sabía qué responder a eso. Sin una habitación en silencio ni una pluma, no sabía cómo describir con palabras halagadoras el *deseo* intenso, ambicioso e incoherente que había sentido él al ver a lord Hawthorn por primera vez.

Entonces, se arrodilló junto a la tina de tamaño obsceno, tomó el rostro de Jack entre las manos y lo besó. No fue un beso apasionado, sino un beso de gratitud, por todo, por haberle salvado la vida. Por haber creído en el carácter de Alan aun cuando no había hecho mucho para merecerlo. Por entender sus *razones*. Por haberle escrito una carta sincera a un niño desesperado que vendía obscenidades para sobrevivir.

Por encontrarlo encantador y estar listo para decírselo.

Duró unos segundos dolorosos en los que los labios de Jack se movieron con cuidado bajo los suyos y contra la barba incipiente. A Alan se le cerró el pecho. Anhelaba abrir la boca y beber esa ternura en galones, pero se obligó a apartarse. Jack tenía esa mirada de zafiros y serpientes otra vez, y él quería robársela y quedársela para siempre.

–Dijiste…

–Sé lo que dije –lo interrumpió Alan.

–Ajá. Me pregunto por qué habrás puesto esa regla por empezar. En tus escritos, los besos son –sacudió una mano, de la que cayeron gotas de sangre– devastadores. Arrasadores.

–Así es. Ningún hombre real puede besar así. Es mejor mantener vivo el potencial que arriesgarse a quedar decepcionado. –Supo que estaba planteando un desafío y que era una idea pésima. Como imaginaba, el hombre se inclinó y lo tomó de la nuca para inmovilizarlo–. *Detente*, Jack –dijo, más que nada por el placer de saber que lo haría. Su rostro se sentía cálido por el vapor y por la alegría inocente. Sonrió, se sacudió hasta que el otro lo soltó y pudo ponerse de pie.

–Eres un tormento natural, Cesare. –Jack le lanzó un manotón de agua–. Aséate y ve a casa.

Alan se dirigió a la tina más pequeña, se desvistió y entró. El calor hizo que sus dedos cosquillearan, pero el agua no estaba demasiado caliente y puedo relajar los brazos. Se recostó, cerró los ojos y se fregó con calma con la esponja. Esa noche estaría con su familia otra vez, sabiendo que los había mantenido a salvo. Por esa noche, George Bastoke creería que él había perdido los recuerdos de la magia y que, por lo tanto, no tenía razones para jurar venganza; o

tal vez incluso creería que Alan yacía muerto en las ruinas de El Barril.

El día siguiente sería… más complicado.

Pero esa noche, sumergió la cabeza bajo el agua fragante y dejó que limpiara los residuos de la culpa, la mugre y los secretos.





CAPÍTULO 17

–¡Por supuesto que le dije a Spinet que ya no confiara en él! –dijo Violet, casi a los gritos–. ¡Estamos sitiados otra vez, Hawthorn! *Él* nos entregó a Bastoke y a los Cooper y, por lo que sabemos, después los guiaría por ese túnel y los ayudaría a atravesar las protecciones porque es un distur… destru… Mierda.

Y, de repente, rompió en llanto.

A Jack nunca se le había pasado por la cabeza que Violet pudiera ser del tipo de persona que lloraba, excepto que lo hiciera de forma artística y con un propósito. Sintió el impulso de retroceder todo el camino por el túnel oculto que conectaba la estación de Bayswater con Casa Spinet.

Él y Alan se encontraban al final de ese túnel, frente a la puerta abierta. Jack podría haber entrado sin problema; los resguardos de Spinet aún lo reconocían como alguien bienvenido. Alan, en cambio, se había detenido en el umbral y había murmurado que sí, que en esa ocasión *sí* sentía algo y que le parecía demasiado grosero forzar su entrada, dadas las circunstancias.

Luego, la casa había emitido la melodía de "amigo", en contraste desentonado con la nota continua que indicaba "enemigo", y la dueña de casa había bajado a toda prisa con la pistola de Maud en la mano para ver quién era.

–Bastoke amenazó a su familia –le contó Jack, en lugar de señalar que Alan no habría guiado a nadie a ningún lado si George hubiese

tenido éxito borrándole la memoria y dejándolo tirado en una zanja. Para George, había sido un plan corto de miras, un desperdicio de una mente brillante que ya había obligado a colaborar como un activo. Su primo era un exponente de podredumbre moral, pero por lo general sabía reconocer el talento, sin importar la clase. Joe Morris era prueba de ello.

Pero, por supuesto, George no se había molestado en conocer a Alan. Solo en amenazarlo.

Maud apareció como invocada por el llanto de Violet y les dirigió una mirada fulminante con sus ojos verdes, primero a Jack y luego a Alan.

–¿Qué le hicieron?

–Le pedí que se casara conmigo –dijo Jack al perder la paciencia–. Y la apuñalé con un cuchillo para carne. Violet, no me quedaré aquí todo el día.

La maga hizo un sonido húmedo, casi una risa, y se frotó los ojos con el dorso de la mano. Se la veía sonrojada y con manchas bajo los ojos.

–Que te den, Hawthorn. Ha sido una noche espantosa y casi no he dormido. –Se giró hacia Alan, que había dejado de esconderse detrás de Jack y se había acercado a su lado. Se sostenía como si se estuviera preparado tanto para cuchilladas como para balazos.

–Responderé cualquier pregunta que tengan –aseguró.

–Entonces, respóndelas delante de todos –dijo Maud.

–Y me reservo el derecho de arrojarlos a los dos por una ventana del último piso –agregó Violet, pero apoyó la palma de la mano en el marco de la puerta–. Alan Ross es bienvenido en esta casa. Por el momento.

La escalera principal no se aplanó bajo sus pies, y la música de alarma ya había quedado en el silencio, pero Casa Spinet parecía atenta. El aire silenciaba el ruido de los pasos. Jack ni siquiera se molestó en preguntar por qué todos estaban reunidos en uno de los salones pequeños del primer piso, en vez de en los más grandes de la planta baja: replegarse a terrenos más altos era una respuesta natural ante una amenaza.

Robin dormía en el sofá más grande, con la cabeza apoyada en el regazo de Adelaide, y las partes de sus piernas que no cabían colgaban del lado opuesto. La falda a rayas grises de Adelaide era, penosamente, de una tela muy similar a la tapicería, lo cual, sumado a su postura fatigada, le daba el aspecto de alguien que había estado sentada tanto tiempo que había empezado a fundirse con los muebles. Y Edwin caminaba. Iba y venía con un libro en las manos, pasando la página de vez en cuando, en un gesto que encendía en Jack un pequeño eco del pasado.

Edwin parecía una versión mal construida de sí mismo; él debería haber sido el que estuviera durmiendo. Dejó de pasear de un lado a otro cuando Violet hizo un gesto para que Jack y Alan entraran en la sala y, por unos segundos, se tambaleó en su sitio antes de que su rostro recordara cómo poner una expresión humana. Entonces cerró el libro de un golpe, que hizo que Robin se despertara sobresaltado y pasara de estar tumbado a incorporarse con una velocidad cómica en cuanto vio a Alan.

–Bien, que nadie empiece a gritar hasta que lo hayamos escuchado –se apresuró a decir Maud. Se paró en el centro de la habitación como si estuviera lista para arbitrar un combate de boxeo

que su hermano podría estar tentado a iniciar. Violet se dejó caer en una silla y cruzó los brazos.

–¿Y por qué deberíamos confiar en algo de lo que diga? –preguntó Robin.

–Traigan una de esas velas de la verdad –pidió Alan.

–Que lo más probable es que puedas burlar a voluntad, porque yo te enseñé cómo hacerlo. De nada –añadió Edwin con su tono más mordaz.

–No tenía por qué volver aquí en absoluto –intervino Jack–. Así que todos cállense y *escuchen*. Luego pueden gritar.

A nadie en esa sala le importaba el título de Jack, pero sí reaccionaban a su voz de oficial cuando la usaba con intención.

Edwin se desplomó en el espacio que las piernas de Robin habían dejado libre y levantó una mano sin palabras en señal de aprobación.

Alan explicó. No ofreció excusas; tampoco dejó que se vieran el miedo y la frustración que había mostrado la noche anterior en casa de Jack. Tan solo expuso los hechos. La atmósfera en la sala, tensa y hostil, se relajó un poco de forma casi imperceptible.

–Sabemos que les gusta amenazar a la familia –dijo Maud cuando Alan terminó–. Robin.

–Sí –respondió este. Su lenguaje corporal se había suavizado. Una de sus piernas rozaba la de Edwin.

–No le dije a Bastoke nada que no necesitara saber –agregó Alan–. Ni sobre el túnel que llega a esta casa ni sobre *cómo* los estaba ayudando. Le dejé creer que estaban encantados de tener a un canario sin magia que entraría primero a las habitaciones y se enfrentaría cualquier peligro.

–Así que no sabía lo que puedes hacer –dijo Edwin–. ¿Es por eso que lograste librarte del hechizo de memoria?

–Sí –respondió. Hizo una pausa y luego añadió, con rigidez–: Te debo mucho por enseñarme cómo hacerlo.

–¿Cómo supieron que debían acercarse a ti en primer lugar? –quiso saber Violet, con un filo de sospecha en la voz–. Nos cuidamos mucho de mantenerte fuera de vista durante casi todo el viaje, en el Lyric.

No habían tenido el cuidado suficiente, sin duda. Los chismosos de primera clase sabían muy bien que el joven periodista a bordo pasaba mucho tiempo con lord Hawthorn y sus dos amigas escandalosas. Y Morris era perspicaz.

Alan se encogió de hombros.

–Tal vez solo tenían sospechas. Si hubiese tenido más sentido común, habría fingido no reconocer a Morris, pero me tomó por sorpresa. No pude evitarlo.

–Si al final nadie va a gritar, creo que me toca a mí hacer preguntas –dijo Jack.

Tenía varias. La noche anterior, se había entretenido formulándolas en una lista, organizándolas con cuidado, porque necesitaba algo con lo que distraerse del recuerdo de la piel color oliva pálido de las clavículas de Alan, de la sensación de los labios sobre los suyos, de la enorme fuerza de voluntad que le había costado no arrastrarlo medio vestido a la bañera y besarlo hasta que no recordara cómo formar palabras en ningún idioma con esa boca demasiado lista.

A diferencia de Edwin, Jack no era un organizador nato. La distracción no había funcionado en absoluto.

En ese momento, se dirigió a Adelaide.

–Primero: ¿eres maga?

Algo entre culpa y una sonrisa se apoderó del rostro de Adelaide. Dejó de golpear el brazo del sofá con su anillo y entrelazó las manos con fuerza en su regazo.

–No.

–¿Eres desviadora?

–No.

–¿Tengo que hacer la siguiente pregunta?

–Solo funcionó porque era Walter –respondió la mujer. Walter había estado a punto de lanzar magia contra Jack en el Archivo de Hebras cuando ella se interpuso–. Él fue quien hizo el juramento de sangre con Robin. No puede hacerle daño a ningún miembro de la familia de Robin.

–¿Familia…?

–Addy me pidió que me casara con ella –explicó Robin–. Y acepté.

No era fácil sorprender a Jack. Aun así, sintió como si alguien le hubiese dejado en las manos un puñado de algo completamente inesperado y difícil de manejar: peces dorados vivos, tal vez, o un flan tembloroso.

–¿Están *casados*?

–Comprometidos –corrigió Adelaide–. Mi madre insiste en que necesita al menos hasta el Año Nuevo para organizar una boda, y acordamos no anunciarlo hasta después del parto de Kitty.

Edwin no parecía estar muriéndose con lentitud de amor no correspondido porque el amor de su vida estuviera prometido con otra. Más bien parecía que estaba conteniendo la risa.

–No puedo evitar notar que a nadie más parece sorprenderle esto –dijo Jack en tono peligroso.

Adelaide se echó a reír.

–Robin se lo contó primero a Edwin y a Maud.

–Y yo se lo dije a Violet –añadió Maud, con un tono que daba a entender que era *obvio*.

–Fue por precaución –agregó Robin–. Cuando los ataques a Casa Spinet se hicieron más frecuentes y Addy dejó en claro que no pensaba mantenerse al margen de todo… Auch, gracias. –Su prometida, al parecer, le había pellizcado la pierna–. Edwin llevaba tiempo pensando en cómo las propiedades mágicas definen familias y hogares, y si un juramento de sangre podría funcionar de forma similar. Un compromiso también es un juramento.

–Y, el mes pasado, mis padres me dijeron que, si no conseguía un marido pronto, iban a elegirme uno ellos mismos –dijo Adelaide, con una mirada llena de cariño hacia Robin–. Así que, al día siguiente, fui directo a la oficina en Whitehall y le dije que deberíamos hacerlo.

Tenía unas quince preguntas más a raíz de la nueva información, pero podían esperar. Adelaide estaba protegida de Walter del mismo modo que Maud. Eso respondía a la primera.

–Bien. Siguiente pregunta. *Edwin.*

Edwin pareció incómodo.

–Sabes que he tenido teorías sobre el uso de las líneas ley para resolver el problema de la distancia. Si una propiedad mágica puede potenciar el poder de alguien localmente, entonces, una línea ley podría llevar ese aumento de poder a otra parte, ¿no?

Jack recordaba un monólogo en extremo aburrido sobre ese tema durante el desayuno y se maldijo por no haber prestado más

atención en su momento.

–¿Te conectaste con Cabaña Sutton? ¿Desde *Londres*?

–El truco fue forzar a la magia a fluir de Londres hacia Sutton primero –explicó Edwin–. Un catalizador, para abrir el canal. Logré formar un hechizo con una sola mano para escapar del *priez-vous*, luego usé el mapa encantado para encontrar a Flora Sutton. Su cabello seguía en el Archivo y su cuerpo está enterrado en la Cabaña Sutton. El mapa es demasiado poderoso, así que tan solo intenté conectarme con él y ver si Sutton notaba que yo estaba muy enfadado y necesitaba ayuda. Es la mejor forma en que puedo explicarlo.

–Demonios –exclamó, horrorizado e impresionado a partes iguales–. Y funcionó.

–Mucho mejor de lo que esperaba –confesó Edwin–. Creo que también terminé enredado con la mitad de la magia de El Barril.

–Casi *te matas* –acotó Robin.

Edwin le lanzó una mirada poco feliz. Robin se la devolvió.

–Bien –interrumpió Jack–, ¿qué sucede aquí? Hace semanas que parecen estar al borde de una pelea, y parece ser importante.

–Robin…

–No dejo de verlo morir –soltó.

Maud hizo un pequeño sonido de angustia, y Adelaide se quedó inmóvil.

–La primera visión la tuve hace casi un año, en Penhallick. Y han seguido ocurriendo desde entonces. Siempre son distintas, nunca un evento fijo. Las visiones así son *posibilidades*, pero siguen repitiéndose. Empezó a parecer que yo las estaba provocando solo por temerlas tanto.

–Por eso querías que las detuviéramos –dijo Maud. Fue a sentarse a los pies de Robin y le tocó la mano donde llevaba el anillo de madera de serbal.

–Y por los dolores de cabeza –añadió Robin–. Bien, ahora que todos estamos al tanto de ese alegre detalle, ¿alguien más quiere compartir algo con la clase?

–Edwin –lo llamó Violet y se tocó la muñeca con un golpecito.

Edwin tenía un aspecto aún más demacrado y había tomado la otra mano de Robin con aire posesivo. La soltó y dirigió una mirada fugaz a Alan y Jack.

–Los Cooper llevan golpeando la puerta desde ayer. Violet y yo pasamos toda la noche reforzando las protecciones… O más bien, ella lo hizo. Yo estaba demasiado agotado. Y esta mañana, llegó un sobre a mi nombre por la ranura del correo, y no, no debería haberlo abierto, pero estaba exhausto y lo único que pensé fue que aún estamos esperando respuesta del Grimm de Gloucester. –Su voz sonaba plana. Se remangó un par de centímetros y mostró un brazalete púrpura de runas, como las que habían acompañado la citación de Violet a la Librería–. Al parecer, que ya no exista El Barril no ha impedido a Bastoke ni a la Asamblea emitir algo que es a la vez una citación legal y una orden directa de arresto. No ha… No me ha hecho nada. Todavía.

–Ahora todos somos oficialmente radicales peligrosos involucrados en una conspiración para desmantelar la sociedad mágica británica –dijo Violet–. Ni siquiera yo había conseguido destruir mi reputación con tanto estilo antes. Bien hecho, Edwin.

–Púdrete –replicó él, agotado–. Perdón si necesito un poco de tiempo para asimilar que toda nuestra comunidad nos ve como

criminales violentos que *destruyeron*… –Se quedó en silencio–. El ministerio debería redactar un informe, Addy. El primer ministro necesitará una historia de fachada sobre por qué un edificio anónimo en Farringdon ahora es un montón de escombros.

–Experimentos químicos militares secretos –dijo Adelaide. Le dirigió una leve sonrisa a Alan–. O al final sí fue pólvora. Un complot anarquista.

–No puedes ir al Ministerio del Interior, Edwin –intervino Robin con firmeza–. A ningún sitio al que solieras ir. Te quedas aquí.

–Todavía podemos entrar y salir por el túnel de Bayswater –señaló Maud–. Eso es algo.

–Y aún tenemos disfraces –añadió Violet con una mueca–. Sabemos que Bastoke puede anularlos, pero al menos primero tiene que sospechar de alguien.

–Bien –comenzó Adelaide–. Hazme uno nuevo, por favor. Iré a la oficina y luego a Gloucester. –Siguió un silencio rotundo. La mujer entrelazó las manos con elegancia sobre su regazo y, más que nunca, parecía como si estuviera a punto de corregirle los modales a alguien en la mesa–. Tenías razón, Edwin. Ahora más que nunca, si hay alguien ahí fuera que sepa sobre el último juramento y cómo podría usarse (y cómo podríamos evitarlo), necesitamos saber lo que él o ella pueda decirnos. Volveré a revisar si llegó correo y luego iré a encontrar al Grimm yo misma y escribiré todo lo que sepa. O lo meteré en mi equipaje si es necesario.

Más silencio. A Jack ya no le sorprendía que Adelaide Morrissey le hubiera propuesto matrimonio a un baronet. Probablemente debería ser ella quien estuviera *a cargo* del Ministerio del Interior.

Alan, que había permanecido en silencio durante toda la conversación, como si aún esperara que lo arrojaran por una ventana del último piso si les recordaba a los demás que seguía allí, carraspeó.

–No es por arruinar un buen plan, pero… ¿seguimos en la etapa de *evitarlo*? Ahora que Bastoke tiene las tres partes del juramento, ¿cómo saben que no lo está usando en este mismo momento?

–Es posible –reconoció Edwin y, al tener algo que explicar, pareció un poco más animado–. Pero creo que no es probable. Uno de mis problemas ha sido cómo podría usarse para robar magia a un número reducido de magos y… no creo que sea posible. Es un contrato definido, y las líneas de sangre de las tres familias están estipuladas. Y según lo que dijiste, Hawthorn, se presume que sentiríamos si estuvieran extrayendo nuestra magia, Violet y yo. –Asintió hacia Jack–. Creo que tienes razón en sospechar del baile del equinoccio. A pesar de las líneas ley, la distancia puede seguir siendo un obstáculo. Si hay algún tipo de ritual involucrado, tendría sentido realizarlo cuando haya la mayor cantidad posible de magos reunidos en un mismo lugar. Demonios, casi me dan ganas de dejar que Bastoke y Walter *intenten* usar el juramento –añadió con amargura–. Que absorban toda la magia que quieran si se siente algo parecido a lo que hice con Sutton. Que se hagan pedazos con ella.

–¿Y que por accidente *deshagan* a Cheetham y a la mitad de los magos de Gran Bretaña en el proceso? –preguntó Jack–. No, gracias.

–¿Y si Walter decía la verdad, en mi audiencia? –intervino Violet, de pie–. ¿Y si todavía no han descubierto cómo usar el juramento?

–Si ese fuera el caso, lo más inteligente sería conseguir a alguien aún más listo que ellos –respondió Adelaide.

Todas las miradas se volvieron hacia Edwin. Él miró las runas en su muñeca y apretó los labios en una línea tensa.

–*No* –dijo Robin, casi con un gruñido–. Se acabó. Iremos a Cabaña Sutton. Allí estarás a salvo.

–¿Y eso de que no debo ir a ningún sitio donde suelo estar? –replicó Edwin–. Es lo primero que esperarían.

–¡Tiene resguardos contra magos!

Edwin se detuvo a pensarlo.

–Solo estaríamos trasladando el asedio a una fortaleza más sólida. Pero nos daría tiempo para pensar qué hacer y ver si puedo quitarme estas runas.

–¿Y qué piensas hacer ahora, detener *tu propio* corazón? –espetó Robin.

–Robin –intervino Adelaide, con un tono firme de advertencia.

Varias personas empezaron a hablar al mismo tiempo. Jack alzó la voz por encima del ruido:

–Vamos a Cheetham Hall.

Funcionó. Las primeras notas de protesta se apagaron y todos lo miraron.

–Es tierra de mis padres –añadió Jack–. Ellos tienen control sobre el derecho de invitados, y podemos contarles…, bueno, tanto o tan poco como decidamos.

–¿Ir justo al lugar donde será esta fiesta? –preguntó Robin, incrédulo.

–Sí. Dejemos de permitir que nos asedien. Lleguemos al campo de batalla antes y preparemos una emboscada.

–Me gusta –dijo Maud, lo cual no lo sorprendió en absoluto–. O pasa algo en el baile o no. De cualquier forma, nos dará tiempo para

pensar en un plan en terreno amigo, y para que Addy hable con ese Grimm mientras tanto.

–Edwin –comenzó Jack, al tiempo que se acercaba al sofá–. Enséñame esa citación.

El mago le sostuvo la mirada mientras extendía la muñeca, y soltó una risita cansada.

–¿Qué?

–Estoy recordando la última vez que intentamos involucrarte en quitar una maldición de runas del brazo de alguien.

No fue precisamente una de las mejores mañanas de Jack, hablando en términos generales.

–No me tientes a desinvolucrarme. –Le bajó el puño de la camisa–. Recuerdo lo tranquila que era mi vida antes de que fuera invadida por los Blyth y sus satélites. –Fue Maud quien se rio entonces y le lanzó a Jack una mirada afectuosa desde su lugar en el suelo. Intolerable. No se libraría de ninguno de ellos jamás–. Y no creo que esto sea una maldición propiamente dicha –añadió, mirando a Edwin–. Mi madre debería poder anularla si te llevamos con ella pronto.

Eso lo resolvía todo. Ese circo de desastres se mudaba a Cheetham Hall.

Violet y Maud estaban en su elemento cuando se les daba la oportunidad de organizar un acto teatral. Desaparecieron en algún lugar de Casa Spinet, discutiendo sobre la forma más convincente de hacer parecer que todos estaban dentro, a salvo, durante las semanas previas a la gala del equinoccio en Cheetham. Al parecer, la maga crearía algunas ilusiones de cortinas que se movían y de

siluetas nocturnas y las anclaría a los marcos de las ventanas. Luego, ella y Edwin planeaban ir (bien disfrazados) a la casa de Maud y Robin para montar algunos trucos similares, tras lo cual los cuatro se dirigirían a Cheetham.

Robin, Alan y Adelaide estaban analizando los horarios de trenes, calculando cuándo Adelaide podría llegar a Gloucester y qué rutas podría tomar hacia el sur después y también varias otras rutas que los demás podrían seguir, saliendo de Londres en distintos momentos, para ocultar el hecho de que todos llegarían al mismo punto.

Y Jack estaba a solas con Edwin Courcey por primera vez en casi cinco años.

Estaban en la habitación principal del segundo piso, con sus imponentes ventanas que daban a la calle de Bayswater. Violet y Maud dormían allí. Después de haber cometido el error de reconocer uno de los frascos pequeños sobre el tocador, Jack intentaba no mirar nada con demasiada atención. Ya era bastante malo que Violet le relatara con entusiasmo sus hazañas en la cama, no necesitaba saber que también estaba familiarizada con la línea de productos mágicos ilegales de Whistlethropp.

Esperaba ser ahogado de inmediato por los detalles técnicos de las protecciones mágicas, pero, en cambio, Edwin le dirigió una mirada inusualmente directa. El contacto visual prolongado solía darle a Edwin el aire de un hombre que se esforzaba por sostener un objeto pesado.

–Quiero tu opinión honesta, Jack. ¿Mantenemos a Ross involucrado? Robin y Maud ya están a punto de perdonarlo y… la casa de Violet lo aprecia.

Lo que no dijo: "Tú y yo no somos personas compasivas. Deberíamos ver las cosas con claridad".

Él no sabía si podía hacerlo, pues estaba invadido por su propio cóctel de ira y perdón. Pensó en cómo se veía Alan cuando se dio cuenta de que él comprendía sus razones: desgarrado por un alivio agotado, ensombrecido por esa rebeldía hermosa y persistente.

Podía con la atracción física hacia alguien (incluso en los extremos a los que el joven lo llevaba), pero parecía querer cosas imposibles que no pertenecían a la habitación, ni siquiera a la realidad. Quería abrirse la caja torácica y colocar a Alan Ross dentro para poder mantenerlo caliente con su propia sangre.

No era que pensara admitirlo. Y mucho menos a Edwin, entre todo el mundo.

–Parece que me toca hacer de abogado defensor del hombre en su ausencia –dijo con un tono ligero–. Yo digo que lo mantengamos. Es inteligente, ingenioso y está motivado, sin mencionar lo útil que puede ser la desviación. Y si me estás preguntando si confío en que no cambiará de bando si su familia vuelve a estar en peligro... Bueno, ¿eso lo hace menos digno que el resto de nosotros? ¿Cómo te comportarías tú si fuera Robin?

El mago no respondió. Pero movió los labios y, por fin, asintió: veredicto alcanzado, asunto cerrado. Sacó una libreta y señaló la ventana.

–Violet es la mejor para colocar las protecciones en la casa, pero creo que puedo añadir una distracción. No es el mismo tipo de protección dirigida que tenían Sutton y El Barril –añadió con una mueca–. Esa es reconocible si ya la has sentido antes. Quiero algo más sutil para el frente de la casa, algo que *desanime*. Y no tenemos

tiempo para que la cultive en forma de geranios en los maceteros, pero estoy seguro de haber leído sobre runas de anclaje que liberan magia en un hechizo a lo largo del tiempo.

Edwin miró a Jack expectante. Se había negado a dormir hasta terminar con eso, alegando que sería más fácil si escribía las runas antes de que Jack se marchara, para luego aplicarlas cuando hubiera descansado y recuperado la mayor parte de su magia. Así que seguía teniendo el aspecto de alguien hervido en agua sucia, y eso provocó en él otra de esas extrañas punzadas de nostalgia. Edwin solía verse así todo el tiempo.

Por esos días, Robin, Adelaide e incluso Maud se aseguraban de sacarlo de entre los libros, de que comiera y viera la luz del sol. Nunca tendría la figura de Jack ni la de Robin, pero al menos parecía estar en forma y saludable, en lugar de un esqueleto almacenado en el ático.

Respiró hondo. Las runas podían esperar, pero esa conversación no sería más fácil si la posponía.

–¿De verdad crees que vas a morir?

–¿Qué? –Edwin dejó caer el lápiz.

–Porque he conocido soldados tan convencidos de su propia muerte que comenzaron a apresurarla. Y eso es peligroso para todos los que los rodean.

–¿Crees que *quiero* morir?

–Creo que odias la idea de cosas que no puedes entender ni controlar y que, si se te presentara la oportunidad de hacerlo rápido, sin dolor y con sentido, la oportunidad de sacrificarte, te sentirías tentado.

Por un momento, pensó que recibiría un puñetazo. Lo hubiera aceptado solo por la novedad.

–La señora Vaughn le dijo a Maud que usar el juramento requeriría sangre –respondió Edwin en cambio, con desgana y en voz baja–. Parece poco probable que algo tan grande como transformarlo, poner su potencial de abuso fuera de alcance, requiera menos que eso.

–No significa que tenga que ser *tu* sangre –argumentó Jack–. ¿Debo recordarte que ya no eres ese bibliotecario malhumorado sin amigos? Aunque, bueno, lo de malhumorado aún es cierto. Pero hay gente que lo lamentaría.

–Dios, eres un imbécil. Y claro que lo sé. Robin se negó a dejar que solo tuviera a *una* persona en mi vida. –Parecía tan desconcertado como Jack por el hecho de que estuvieran teniendo una conversación sobre emociones.

–¿Qué?

–Siempre lo había pensado al revés. Si algún día Robin se lanzara de frente al peligro, si hiciera algo heroico y estúpido…, todavía tendría a Maud y a Addy. Y a Kitty, y a Violet.

–Veo que no me consideras.

–No me atrevería –replicó de inmediato–. Si perdiera a Robin, me destruiría, pero al menos habría personas cerca para recoger los pedazos. Y lo mismo para él, si alguna de esas visiones se hace realidad. No podemos ser una persona solitaria ni dos personas solitarias, no si estamos dispuestos a arriesgarlo todo. Y nos hemos apuntado a una pelea, Jack –añadió con sequedad–. Incluso tú.

Jack se encontraba en la incómoda posición de haber ido en busca de una muestra de inmadurez emocional para poder aplastarla y, en

cambio, haber encontrado evidencia de que Edwin había pensado en todo esto con más profundidad e inteligencia que él. Carraspeó.

–Mientras que tú no tengas planeada ninguna estupidez heroica por tu cuenta...

–No si puedo evitarlo. En verdad *no* quiero morir. Creí que moriría en el Archivo de Hebras. –Un escalofrío rápido le tensó la mandíbula–. Y no se sintió significativo en absoluto, solo aterrador.

Jack se acomodó en el asiento de la ventana y miró hacia la calle. Sentía la pierna pesada, llena de sangre. Había estado de pie demasiado tiempo.

–Recuerdo cómo se sentía estar en las tierras de Cheetham Hall y poder sacar fuerza de ellas. Nunca se sintió algo demasiado pesado.

Nunca… hasta el día del que no podía hablar.

–No –coincidió Edwin–. Cuando estoy en Sutton, incluso la magia inglesa común se vuelve más fácil, pero es aún más sencillo manejar las técnicas que usaban Flora Sutton y sus amigas. –Dejó las notas sobre un cojín y se apoyó contra la pared. Una postura relajada, casi la de un maestro dando clase–. Sigo volviendo a la idea de que la magia talla caminos en nosotros, como las líneas ley en la tierra. La magia va donde ya ha estado, donde reconoce el terreno. Aprender nuevas técnicas se siente como abrir caminos nuevos, *más anchos*, así que pensé… –Una sonrisa leve, torcida, casi imperceptible–. Pensé que podía con más. Al principio, en el Archivo de Hebras, se sentía como lo más natural del mundo y después fue abrumador. Estaba intentando usar los caminos equivocados, el *lenguaje* equivocado. Solo contaba con mi voluntad. Y, al final, no fue suficiente.

No era una lección. Era más bien una confesión. La única otra maga cerca era Violet, que aún era nueva en esa clase de responsabilidad. Edwin había jugado con Jack y con Elsie cuando eran niños, había visitado Cheetham Hall cuando la relación de Jack con ese lugar aún era simple, alegre y plena.

Quería decírselo a alguien que pudiera entender.

–La modestia no te sienta, Edwin. ¿Que no tenías suficiente voluntad? Tonterías. Debes ser el mago más testarudo, decidido e inteligente de Inglaterra, y eres mucho más tolerable ahora que lo has aceptado.

Edwin lo miró fijo.

–No sabía que supieras dar cumplidos –replicó con sequedad.

Jack permitió que asomara una leve sonrisa. La brisa paseaba las nubes por el cielo y agitaba las hojas de los plátanos en la calle. Una mujer con cofia y delantal empujaba un cochecito por la acera.

–Y tú sin duda eres mucho más soportable en pequeñas dosis –agregó–. Aunque todavía no diría que eres agradable.

–Tu opinión no cuenta –respondió Jack–. No tienes gusto.

–Sí, siempre lo había sospechado.

Eso volvió a captar la atención de Jack. En los ojos azules como el cielo de Edwin brilló una chispa desafiante.

–Pero resulta que hay personas en el mundo que no creen que pasar tiempo juntos también implique pelear por cada pequeño detalle –continuó el mago.

Una puñalada directa, justo bajo las costillas. Jack siempre había disfrutado una buena pelea y el desafío de intercambiar insultos. Creció sabiendo que lo amaban; para él había afecto detrás de un insulto o no se le ocurría tomárselo en serio, porque nunca se había

molestado en creer nada malo sobre sí mismo. Durante mucho tiempo había asumido, como hacen los niños, que su experiencia era universal, que todos trataban el conflicto como un juego. Ganaba el ataque más certero y personal, pero no *significaba* nada en realidad.

Después de la muerte de Elsie, no se había molestado en aprender nuevos patrones, solo se había vuelto más consciente de los viejos. Era fácil apartar al mundo, hacerle tanto daño como le habían causado a él. Tenía el talento para eso.

Le había tomado demasiado tiempo percatarse de que, para personas como Edwin, no existía ese escudo hecho de autoconfianza. Para Edwin, los insultos *eran* reales, crudos, y lo habían estado desgastando desde el inicio de su vida.

La mujer y su pequeño cruzaron la calle. Un automóvil pasó lento, el metal relucía con el sol.

–No te he tratado muy bien –admitió–. Te pido disculpas por eso, si sirve de algo. –El silencio de Edwin cargaba una densidad gratificante. Jack podría haberlo embotellado.

–Ciertamente no sabía que podías *disculparte*.

–No tengo idea de por qué te quedaste conmigo.

Edwin carraspeó. Jack lo miró de reojo; tenía las mejillas apenas sonrojadas.

–No es por inflar tu horrible ego, pero había recompensas ocasionales. Aunque, en mayor parte, porque no sabía lo que quería en realidad. Y no sabía que existía hasta que lo encontré. Ahora lo sé.

Edwin sacó su cordel del bolsillo y empezó a demostrar el tipo de cláusula de liberación lenta que quería anclar a la ventana: la parte emocional de la conversación había terminado.

Jack tomó el lápiz y empezó a trazar algunos componentes de runas.

Mientras tanto, dentro de él, comenzaba a formarse una resolución: que si alguien tenía que morir por toda esa locura (si la transformación o anulación de Edwin requería un sacrificio), entonces, sería él. Pero Jack había superado su antiguo talento para el melodrama. Todos tenían a alguien que lloraría por ellos, y él le había prometido a su padre, al volver de la Guerra de los Bóers, que no se pondría en peligro de forma deliberada otra vez. Pensó en su madre, que recién volvía a disfrutar de su compañía; pensó en Oliver, que necesitaba un guía; y pensó en Alan, que nunca lo había necesitado, pero lo quería, de esa forma sencilla y feroz que Jack encontraba devastadora.

"Me destruiría", había dicho Edwin sobre perder a Robin.

Jack ya había sido destruido una vez por una pérdida y, en lugar de haber permitido que alguien más recogiera los pedazos, se los había llevado consigo y dejado que se unieran torcidos, a su manera. Pero *había* sanado, sin darse cuenta. Había estado sentado sobre una extremidad dormida tanto tiempo que ya ni la sentía. Y luego, cuando se vio obligado a correr, descubrió que aún podía sostener su peso.

Jack Alston podía no tener magia, pero transitaba por el mundo otra vez, tenía personas que dependían de él, y era como si la sangre volviera a circular en la carne entumecida de sus sentimientos. Lo obligaba a vivir.





CAPÍTULO 18

–Esta fue una idea pésima –dijo Alan. Estaba de pie en el umbral de su propia casa, con el pecho azotado por el recelo–. He cambiado de opinión. Lárgate.

Tal vez Jack hubiera obedecido y se hubiera dado media vuelta o, lo más probable, hubiera encontrado algo sarcástico que decir. Alan nunca lo sabría, porque la puerta se abrió sin que él tocara, y allí estaba su hermana, Bella. Ambos se sobresaltaron al unísono, como si los hubieran atrapado en falta. Sintió cómo su rostro asumía de inmediato la misma mirada entornada de Bella mientras los dos intentaban averiguar de qué se sentía culpable el otro.

Para Bella, que estaba de pie con el viejo abrigo de su madre abotonado sobre el vientre, como una tienda de campaña mal armada, la respuesta era obvia. Alan se adelantó con rapidez.

–¿Saldrás de la casa? –espetó.

–¡Shhh, *mamma* está durmiendo! ¿Y tú qué haces ahí, en la puerta? ¿Quién es este? –replicó su hermana con rapidez, irritada. Cuando se estiró por encima del hombro de Alan para ver a Jack, su rostro cambió de color y sus rodillas hicieron una leve reverencia automática de doncella.

–Yo pregunté primero –señaló Alan. Podía sentir la mirada entretenida de Jack en la nuca–. ¿Qué ibas a hacer, escaparte a la feria y decirle a todo el mundo que has comido demasiados dulces?

–Vete a… Uff –farfulló Bella, y Alan soltó una risita. Iba encaminada a decirle que se fuera a la mierda y había intentado tragárselo. Su expresión se desplomó–. Solo quiero aire que se mueva más rápido que un caracol. Me estoy *asando*.

–Señor Ross –comenzó Jack con paciencia–, ¿impediremos que la señorita salga o haremos las presentaciones adentro?

–¿*Quién* es este? –susurró Bella en italiano, el rostro otra vez tan rojo como un tomate.

–¿Qué pasa? ¿Caro? ¿Bella? ¿Quién está en la puerta? –Se oyó desde lo alto de las escaleras. Al parecer, la madre ya no dormía.

–Santa María… –murmuró Alan, los hizo entrar a todos en la casa de fachada de ladrillo ennegrecido y cerró la puerta mientras su hermana luchaba por quitarse el abrigo y lo hacía un ovillo, que dejó tras el perchero. El recibidor era oscuro y sofocante (el verano tardío había pasado de agradable a odioso) y la vista de su madre ya no era buena, así que de seguro no notaría el abrigo.

Pero el oído le funcionaba perfecto.

Alan y Jack habían discutido sobre ese asunto el día anterior y habían continuado ese mismo día. George había visto por última vez a Alan sin memoria y era posible que creyera que había muerto en el derrumbe de El Barril. Tal vez lo había borrado por completo de su lista mental de cosas que le importaban.

Tal vez no.

–¿Y qué importaría ahora si George se enterara? –había preguntado Jack–. Ya cumpliste tu propósito. No tienes magia ni poder sobre él. Incluso si, de algún modo, descubre que estás en Cheetham, asumirá que fui yo quien te arrastró de nuevo a todo esto solo para fastidiarlo.

–¿Pero por qué necesitas ir a mi casa? –había replicado Alan, sin lograr sacarle una respuesta convincente. No fue hasta que Jack estuvo sentado en la mesa de su cocina, con un aire de impecable cortesía, que entendió de qué iba todo eso: Jack solo estaba siendo entrometido. Había visto el lugar donde Alan trabajaba, había oído la mitad de los secretos de su pasado, y se sentía con derecho a entrar en su casa como si nada y jugar al lord con su familia.

Alan no debería haberlo besado jamás.

La versión oficial, para beneficio de la familia Rossi, era que Alan había estado dentro de ese edificio de oficinas anónimo. Cuando se derrumbó, debió golpearse la cabeza, porque no recordaba absolutamente nada de por qué había entrado allí en primer lugar. Y un aristócrata muy amable (*ja*) lo había sacado con heroísmo de entre los escombros y le había salvado la vida, luego el lord había decidido interesarse por él.

Los Rossi entendían cómo funcionaba eso. Mostrar interés era algo que los ricachones hacían de vez en cuando, sobre todo las mujeres. Podían aparecer con canastas de caridad y jadear escandalizadas por la humedad o sentarse junto a la cocina a leña y preguntar cuánto gastaban en combustible y cuánto en comida. Y tal vez ellos les contaban que su Emma trabajaba en la cocina de un restaurante grande y se llevaba panecillos rotos por la puerta de atrás cuando las cosas estaban difíciles, o tal vez no lo hacían, porque nadie que llevase tanta puntilla en la ropa era en verdad de fiar.

Jack no había llevado una canasta, pero sí se había detenido en la panadería de la esquina y había comprado una docena de bollos. La madre de Alan puso la tetera al fuego, Caro entró con Lizzie en brazos y Tom revoloteando entre las piernas (Emily no volvería de la

escuela en unas horas) y el respeto (o intimidación) natural que generaba la presencia de lord Hawthorn duró diez minutos con exactitud antes de que los parientes de Alan estuvieran gritando felices unos sobre otros.

De hecho, el lord Hawthorn que estaba en la habitación era muy distinto del que había amedrentado a Kenyon. Ese hombre hablaba con corrección, era curioso y mostraba una elocuente empatía liberal por las condiciones de los trabajadores pobres. Incluso el taciturno Dick salió de su caparazón y se echó a reír, y Maria Rossi no paraba de darle palmaditas a Jack en la mano y de decirle que era un ángel enviado por la Virgen María para rescatar a su Alanzo.

Alan masticaba furioso un bocado de bollo.

–Me iré de la ciudad otra vez por unas semanas, *mamma* –le contó cuando se presentó una pausa–. Más de ese trabajo de publicidad, para unos ferrocarriles esta vez.

Era la excusa más simple. Le había dicho a Kenyon que lord Hawthorn lo había invitado al campo a escribir una nota en profundidad sobre Cheetham Hall y el baile que lord y lady Cheetham darían allí, un evento *muy* exclusivo, su editor había aceptado de inmediato. Cielos, algunas fiestas elegantes más y, quizás, el señor Shorter lo consideraría para el *Tatler*, aunque si le tocaba empezar a cubrir partidos de polo, se moriría del aburrimiento.

Si es que volvía del campo, claro.

La rabia impulsiva de Alan y ese deseo de lanzarse a ayudar, comenzaban a agitarse inquietos al encontrarse al calor de su querida familia. ¿Y si fingía haber olvidado la magia y volvía a su vida? ¿Y si se negaba a involucrarse en la lucha contra una

conspiración que buscaba acaparar poder y que podía hacerles daño a muchos magos, de los cuales *él no era uno*?

El bollo dulce se le volvió ceniza en la boca. Lo dejó a un lado.

Se había pasado la vida enfurecido por su propia impotencia frente a la injusticia del mundo. No era político, no podía votar por el presupuesto popular, ni siquiera podía escribir a favor de él mientras trabajara en el *Post*. Pero quizás sí pudiera hacer algo allí, no solo por Violet y Edwin, a quienes había traicionado, sino por todos los magos que no tenían dinero ni posición ni una casa mágica hermosa. Esos merecían aún menos que les arrebataran su poder.

El mundo le había ofrecido a Alan Ross una oportunidad singular para hacer algo desinteresado. Y, por casualidad, esa oportunidad iba de la mano con la posibilidad de vengarse de los hombres que lo habían herido, usado y amenazado a su familia como si no valiera nada.

–¿Lee el periódico de Alanzo, mi lord? –preguntó su *mamma*, que de algún modo había logrado llevar la conversación hacia el trabajo de Alan. Nadie en la familia era analfabeto, pero su madre jamás había leído el *Morning Post* ni conocido a nadie que lo hiciera.

–Señora Rossi, puedo decir con certeza que he leído cada palabra que su hijo ha escrito. Odio pensar en todas las historias que el mundo se habría perdido si no hubiera estado allí para salvarle la vida.

Alan se atragantó con un sorbo de té y, por segunda vez en unos pocos días, pensó en lanzárselo a Jack en el rostro.

–De hecho –continuó el barón al ponerse pie, con una mirada significativa hacia Alan–, me ha prometido que podré ver el primer borrador del próximo artículo. ¿Su estudio está arriba, Ross?

Solo una tacita de té en la cara. Solo una. Alan intentó encontrar una excusa para negarse, pero no pudo. Le señaló a Jack el tramo estrecho de escaleras y se disponía a seguirlo, pero Bella lo tomó del brazo justo cuando comenzaba a subir.

–Discúlpenos, mi lord –dijo y alejó a Alan unos metros. Bajó la voz a un susurro imperioso–. ¿*De verdad* escribirás sobre los ferrocarriles?

El corazón de Alan dio un vuelco de precaución, pero la mirada significativa de su hermana apuntó a Jack.

–¿No te irás para que… te *mantengan*? –agregó en un susurro apenas audible.

La miró fijo. Le hubiera sorprendido menos que se parara de cabeza o que pusiera un huevo de avestruz.

–Recibí un paquete de Berto –continuó ella–, y estaba todo envuelto en papel, pero la cuerda estaba floja, así que lo abrí…

–*¡Bella!*

–Y solo leí unas pocas páginas, pero… ¡por amor de Dios, Al, no soy una virgen inocente! –Enfatizó señalando su barriga–. Y *mamma* puede estar feliz creyendo que nunca has tenido una novia formal porque estás muy ocupado trabajando, pero ni siquiera lo has *intentado*, ni cuando éramos niños ni ahora. Las chicas del barrio te miran como si fueras una manzana fresca y se apuñalarían entre ellas por un mordisco. Y tú ni cuenta te das.

Y había elegido *justo* ese momento para tener esa conversación. Alan miró con desesperación hacia las escaleras: Jack ya no estaba a la vista. Estaba suelto en su casa. Fantástico.

–No puedes decirle nada a *mamma* –dijo, sin molestarse en discutir.

–*Madonna santa*, por supuesto que no. –Bella sabía tan bien como él la avalancha de lamentos y rezos por su alma que se desataría si lo supiera.

–No me convertiré en un maldito gigoló –aseguró–. ¿Puedo...?

–Pero ese lord te mira exactamente como lo hacen las chicas –señaló Bella, sin moverse–. Y sé que tú crees que tienes que meterte en la mierda para que el resto de nosotros no tengamos que hacerlo, pero… no en esto, idiota. Esto no.

Sus ojos brillaban demasiado, y él se maldijo por dentro. Por supuesto que Bella, cuya vida había caído en la ruina por las atenciones de un hombre rico, temería por él.

–No tienes que preocuparte. Sé cuidarme solo –dijo con firmeza–. Y si mi lord llega a poner un dedo donde no es bienvenido, le daré un puñetazo en la nariz. Lo juro.

–Bien. A ver si así se le acomoda –respondió su hermana y soltó una risita.

Cuando llegó por fin a su habitación del ático, Jack estaba de pie junto al escritorio angosto, pasando los dedos por la superficie con aire pensativo. El hombre era demasiado grande y elegante para esa habitación, que lo hacía parecer aún más pequeño y miserable.

–No estás de suerte, no tengo ningún borrador –dijo Alan con rencor. Era mentira. Tenía tres historias empezadas, las páginas arrugadas dentro de la lata de cacao roja y amarilla que hacía de archivador, y todas tenían como protagonista a un lord sarcástico de cabello oscuro y ojos azules–. Ya has visto el lugar. Espero que sea la pocilga que esperabas. Ahora vete.

–Está claro que están muy orgullosos de ti –afirmó Jack, como si Alan no hubiera dicho nada.

–Lo digo en serio.

–Yo también.

Silencio. Él se dio por vencido y fue a sentarse al borde de su cama, que le hubiera quedado tan pequeña a Jack como el sofá de Violet le quedaba a Robin. Las tablas viejas crujieron bajo su escaso peso, y el colchón delgado se hundió. Era muy consciente del montón desordenado de mantas finas, muy distinto a la única manta gruesa y cálida que adornaba la cama de invitados en casa del lord.

–Mi madre está feliz de que gane lo suficiente para pagar el alquiler. Pero no entienden lo que hago y les incomoda no entenderlo.

–Tonterías.

–*No* finjas que sabes algo de nosotros –espetó–. Llevas aquí media hora. Y Bella ya cree que has venido a convertir mi trabajo en prostitución. *Eso* sí que lo entiende bien.

Jack pareció genuinamente sorprendido. Luego se echó a reír y su postura cambió. Mierda, Alan no debería haber dicho nada. Esa era una habitación de esquinas duras, y la voz baja de Jack la sacudía como un trueno en el horizonte.

–¿Y cuánto te estoy pagando?

Negó con la cabeza, pues ese juego no era para ese sitio. Ninguna de las fantasías de Alan se desarrollaba en esa habitación. Sucedían en camarotes de barcos piratas, en las habitaciones o sofás de mansiones o en calabozos de castillos. Aun cuando todo saliera de maravillas en Cheetham Hall, él tendría que vivir, escribir y existir allí. Y si tenía que sentarse frente a ese escritorio, perdido en el glorioso recuerdo de algo real ocurrido bajo ese techo bajo e inclinado, moriría de hambre y de dolor.

–¿Has escuchado de los devoradores de pecados? –preguntó tras frotarse el rostro, porque el intercambio con su hermana lo había hecho pensar en ello y necesitaba hablar de algo lo más alejado posible del sexo.

Hubo una pausa. Jack se había tragado el fragor frente a la falta de respuesta de Alan.

–No –respondió con voz normal.

–Es folclore galés. Leí al respecto en uno de los libros del señor Voight y me resultó familiar, aunque no fuera nada católico. Es alguien a quien se le paga por absorber los pecados de una persona muerta para que esté limpia para ir al cielo. Cuando lo leí, pensé: para eso sirvo.

Nunca había sido el mayor ni el niño mimado, él era el diferente, el listo. No se había sorprendido al descubrir que también era el desviado. Solía soñar que lo obligaban a comer piedras hasta que sus pies se hundían en el suelo, luego las rodillas, caderas y el pecho, empujado por el peso hasta donde ardían las llamas.

–Era muy simple. Después de la muerte de mi padre, me convertí en falsificador, ladrón y pornógrafo, y gracias a eso todos los demás podían mantenerse *respetables*. Hasta que un día dejé de creer en Dios. Solo así. –Chasqueó los dedos–. Y me dije, bueno, es un comienzo, ahora deja de creer en el pecado también. Arrójalo al suelo y déjalo atrás. Pensé… que sería un alivio.

–Pero es difícil deshacerte de algo que has estado saboreando desde que eras demasiado joven como para sentir repulsión por el sabor –concluyó Jack en voz baja.

Alan lo miró precavido, en caso de que fuera otra broma sucia. No parecía serlo.

–Así es.

Cielos, estaba tan cansado, y la solidez de Jack era insoportable. Si se acercaba a golpearlo, a insultarlo o a apoyarle la cabeza en el pecho (ese pecho absurdamente ancho, cubierto en lana, seda y algodón costosos), Jack no se movería. Alan nunca había necesitado apoyarse en nadie, y le resultaba insoportable revisar su alma y encontrarse con el deseo de que alguien más sostuviera su peso. El deseo de ser sostenido, incluso besado.

No podía pedirlo y, según sus reglas, Jack solo lo haría si él se lo pedía. Por un momento, lo odió con fuerza por obedecerlo. Por fortuna, había algo que se atrevía a pedir. Podía pisotear su orgullo si era por alguien más.

–Quiero pedirte un favor. Sé que no tengo derecho y que no me debes nada. Tómalo como una oportunidad de superioridad si quieres.

–Si lo pones de ese modo, ¿cómo resistirme?

–Haré todo lo posible por ayudar, de verdad, pero si esto termina mal para mí, quiero que se lo digas a mi familia y que cuides de ellos. Soy todo lo que tienen. –Eso era obvio. Ese era un favor mucho más grande que conseguir entrevistas para el periódico. Alan recordaba a Jack en el Lyric, burlón y cruel, diciendo: "Debió pedirme más dinero".

Y se lo estaba pidiendo. Era capaz de suplicar.

–¿Qué les diré? ¿Que tu tren descarriló, tal vez?

–Sí. Diles que es un seguro del ferrocarril. Cualquier cosa, pero… –Alan tragó saliva–. Ya han estado en las calles, no dejaré que vuelva a pasar. Te acecharé desde el más allá si es necesario.

–No será necesario, tienes mi palabra –le aseguró Jack. Extendió la mano y estrechó la suya sin un rastro de sorna.





CAPÍTULO 19

Jack llegó a Cheetham dos días después de Edwin y los demás. Adelaide seguía en Gloucester; Alan, en Londres. Ambos debían llegar en el trascurso de la semana.

Antes de que partieran, le había dado a Edwin una carta para la condesa de Cheetham, en la que le suplicaba hospitalidad y silencio y explicaba… no mucho.

"Pídele a Edwin que te explique todo", había escrito. Luego: "dile que responda todas las preguntas que yo no puedo responder". Por desgracia, Edwin no era bueno para esa clase de tareas, aunque sí disfrutaba las explicaciones. Y contaba con el apoyo de Maud y de Robin, quienes podían manejar conversaciones difíciles con extraños con la misma facilidad que un camarero balanceaba una pila de platillos.

A pesar de la necesidad, la carta se sintió como un acto de cobardía absoluta. Sintió un enorme nudo en la garganta mientras Oliver y los sirvientes de Cheetham Hall llevaban su equipaje a la casa y subía los escalones de la entrada.

–Blake –saludó al mayordomo.

–Mi lord.

–¿Lady Cheetham está…?

–Gracias, Blake –dijo lady Cheetham.

Blake, sabio, se marchó. La puerta de entrada se cerró, dejó atrás un rayo de sol y a Jack solo con su madre. Ese día, la señora de la

casa llevaba el cabello gris en un recogido adusto, un vestido entallado y cuentas color coral alrededor del cuello. El hecho de que tuviera que prepararse para recibirlo lo hizo sentir como mugre en las botas del mundo.

–Edwin te lo dijo –afirmó para estar seguro.

Por un momento, los ojos de su madre se convirtieron en hendijas lúgubres en el rostro. Se acercó a él, acompañada por el murmullo de su enagua en el suelo.

–Muéstrame –pidió.

Jack nunca pensó en negarse. Pensó en las palabras que habían resonado en su interior durante años, que lo vaciaban con su fuerza y que nunca diría. *Tu hermano y sobrino vinieron a estas tierras cuando no estabas. Intentaron usar mi magia y la de Elsie y me dejaron sin nada, y a Elsie con más dolor del que podía soportar*. El calor llenó su boca como sangre cuando intentó hablar. El dolor intentaba bajar por su garganta. Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando abrió la boca y su madre sujetó su rostro. Era casi tan alta como él, así que no tenía que estirarse para ver el hechizo que brillaba en su lengua.

–Ya veo.

Un caballo de bronce cayó de su atril de mármol con un ruido sordo, y Jack se apartó.

–Polly.

–No es nada, cariño. Se cayó la mitad del empapelado del estudio amarillo mientras Edwin me lo explicaba –le contó con una sonrisa tranquila–. No importa, pensaba redecorar esa ala pronto. Desearía que me lo hubieran dicho en aquel entonces, en lugar de haber

dejado que pensara que finalmente se habían metido en algo demasiado grande y peligroso.

Y ella *nunca* había dicho eso, aunque Jack siempre supo que eso pensaba. Su padre le había gritado por guardar silencio. Su madre había repetido, una y otra vez, que sin importar de qué se tratara, podía decírselos. Podía decirles lo que fuera.

Por supuesto que había parecido ser el culpable. Ni él ni Elsie decían una palabra al respecto y, cuando ella murió, él se alejó de la sociedad mágica como si su consciencia no soportara el recordatorio.

–Aún daremos la gala. Debemos hacerlo si queremos intervenir.

–Ah, sí –respondió su madre con calma–. Les daré derecho de invitados a mi sobrino George y a sus amigos. Seré la anfitriona perfecta.

Lady Cheetham alimentaba patos huérfanos con sus propias manos y se desviaba del camino antes de pisar una araña, pero a Jack no le hubiera sorprendido que terminara esa frase con: "y luego lo desollaré".

–¿Dónde están los demás? Supongo que los has puesto a trabajar.

–Remando en el lago. La gruta está terminada, y Violet tiene grandes ideas para un espectáculo de luces. Caminaremos hasta allí para anunciar tu llegada. –Miró el atuendo de viaje de Jack–. Deja que me cambie para caminar. Tú ponte botas apropiadas, cariño. Y dile a Freddy Oliver que haga lo mismo. Estoy segura de que el chico disfrutará un poco de aire fresco después de tanto tiempo en la ciudad –concluyó antes de irse.

Y así, Jack fue comprometido a una caminata por las tierras de Cheetham con su madre y su medio hermano. Los motivos pronto quedaron en evidencia cuando Polly comenzó a interrogar a Oliver

sobre el progreso de sus *estudios de magia*, como si Jack fuera un tutor universitario contratado por ella.

–Muy bien, mi lady, muchas gracias. Mi lord me tiene trabajando en cláusulas de intensidad y de definición temporal –respondió Oliver midiendo las palabras e hizo una demostración con un hechizo de luz, en el que usó las cláusulas en lugar de una gran cantidad de poder para intensificarla o atenuarla. Era una práctica positiva y tediosa, que Jack le había enseñado al chico con ironía al recordar lo mucho que él y Elsie se habían quejado de esos ejercicios–. Ah, ¡mi madre me dijo que está construyendo algo extravagante! ¿Puedo echar un vistazo? No tardará. Con cuidado, señor, hay espinas –agregó, con una mirada ansiosa hacia la camisa de Jack.

Polly le lanzó a Jack una mirada satisfecha mientras que el cabello pelirrojo de Oliver rebotaba de camino a la construcción: una cabaña de piedra con un techo de paja densa. Estaba rodeada por rosales salvajes, que se desviaban ante cualquier intento de orden.

–Los jardineros y tú se están luciendo –comentó Jack.

–Si esta gala será un desastre, al menos nadie podrá decir que no fue uno hermoso.

Otros cambios se hicieron visibles a medida que se acercaban al lago. El movimiento de tierra de la visita previa de Jack había terminado: la terraza con balaustre con vistas al lago se encontraba en el punto más alto de una esplanada verde, con pequeños olivos y flores brillantes dentro de círculos de piedra. La tierra bajo la terraza, el extremo norte del lago, era una gruta tres veces más alta que la cabaña, una maravilla tallada en roca oscura, decorada con caracolas y mosaicos irregulares en diferentes tonos de verde y azul, como el palacio submarino de un rey de cuento ilustrado. Un camino

de rocas blancas recorría el extremo del lago, pasaba por debajo de un arco rosado que imitaba el coral y se adentraba en las profundidades de la gruta, desde donde se oían risas.

Notó algo brillante en la periferia y volteó a tiempo para ver una cola emplumada color oro desaparecer entre los setos recortados.

–¿Qué era eso? –preguntó Oliver, junto a ellos otra vez.

–Leo dijo que debíamos conseguir perdices doradas para complementar a los pavos reales –respondió lady Cheetham–. Debió haber explicado que estaba bromeando.

Los padres de Jack formaban una buena pareja (hijos de familias adineradas y de magia poderosa), pero él sospechaba que se habían casado más por benevolencia que por pasión. Su padre tenía amantes discretas y dividía el tiempo entre Cheetham y Londres. Su madre gobernaba en la finca, fiel a las tierras con las que se había casado y con las que había hecho un juramento de sangre.

Y comprar una bandada de perdices que sabía muy bien que él nunca querría era la clase de broma que ella consideraba como una demostración de amor de su esposo.

El crujir de las piedras blancas bajo las botas de Jack advirtió su llegada, y el arco coral pronto arrojó a Robin y a Edwin, mojados, sin aliento y con toallas de baño alrededor del cuerpo. Edwin en toalla parecía la postal de un turista diseñada para burlarse de los ingleses. Sus brazos ya estaban irritados por el sol, pero estaba sonriente. Y tenía una marca más oscura a un lado del cuello. Jack desvió la mirada hacia Robin.

–Qué tal, Hawthorn –saludó el baronet–. Si buscas a las damas, salieron a caminar para secarse. Le advierto, a Violet se le ocurrieron cinco nuevas ilusiones, madame –añadió hacia Polly–. A este ritmo,

tendrá que traer a todo su teatro desde Nueva York e instalarlo de forma permanente en sus tierras.

–No la animes –respondió Jack, y miró a Edwin. Las runas púrpuras de su muñeca habían desaparecido. Edwin notó que lo estaba mirando, así que levantó la mano y la giró de un lado al otro.

–Gracias a tu madre.

–Creo que el joven Edwin está decepcionado de mí –comentó lady Cheetham mientras dejaban a Edwin y a Robin atrás para seguir un camino enrevesado hacia la casa–. He tenido que decirle que los Bastoke nunca hemos llevado registros minuciosos de las runas. Nunca me ha parecido importante.

–Dale unas horas y te sacará toda la información posible y la escribirá él mismo.

–Creo que el señor Courcey es muy amable –dijo Oliver de forma inesperada–. Siempre está interesado en lo que tengo que decir. Me preguntó sobre los hechizos de sanación de mi madre y sobre qué clase de magia era útil en mi trabajo.

La mente acaparadora de Edwin siempre estaba recolectando y coleccionando. Y demostrar verdadero interés en alguien era una clase de amabilidad.

–Tiene teorías interesantes sobre las líneas ley –coincidió lady Cheetham–. Leo ha enviado información sobre lo sucedido en El Barril, y Edwin me contó cómo sucedió. –Frunció el ceño hacia sus botas, luego su expresión se despejó–. El lazo con la tierra siempre me ha resultado intuitivo, y supongo que estoy habituada a él. Ahora requiere mucho *esfuerzo* hacer magia cuando voy a la ciudad.

Intuitivo. Jack le dio vueltas a esa palabra. Como la mayoría de las mujeres de su generación y de la actual, Polly Bastoke había recibido

mucho menos entrenamiento formal que su hermano. Runas transmitidas de forma casual en la familia y hechizos para el ámbito doméstico.

–¿Debemos hablar con las abejas? –preguntó Oliver y se respondió a sí mismo trotando animado hacia las colmenas. Jack apenas recordaba tener tanta energía a esa edad.

–¿Lo presentaste con las abejas? –Sus pasos flaquearon ante la revelación–. ¿O fue Leo?

–Yo lo hice –respondió lady Cheetham–. Parecía… práctico.

–Entonces, él *debe* saber.

–No sabe lo que significa. –Su madre negó con la cabeza–. Y no tiene que significar nada.

–¿A qué te refieres con *práctico*?

Lady Cheetham dejó de caminar, y él se detuvo junto a ella, con los ojos entornados por el sol.

–Jack –dijo con ecuanimidad–, solo lo diré una vez y no pienso disculparme por ello. Tampoco espero escuchar disculpas de tu parte, dado lo que ahora sé. –Ese fue todo un preámbulo. Se sintió tentado a aflojar las rodillas y ampliar la postura para recibir un golpe–. No sabíamos si volverías a poner un pie aquí. –Dolió tanto como él había esperado–. Debíamos hacer planes en caso de que no volvieras. Heredarás, de eso no hay dudas. Más allá del juramento familiar, existe el pequeño asunto del condado. –Sonrió con amargura–. Pero podrías ser conde de Cheetham desde Londres o desde las tierras salvajes de Argentina y nunca volver aquí. Y este lugar necesitará quien lo cuide de todas formas, personas que lo conozcan.

Una disculpa comenzó a formarse dentro de él, pero logró contenerla con facilidad. Tenía años de experiencia rehusándose a disculparse por sus decisiones.

–Tampoco sabía si regresaría –confesó en cambio, con cuidado–. *Dolió*, Polly.

–Lo sé. –Por un momento, pareció más vieja–. ¿Aún lo hace?

No hablaban del duelo, que causaba su propio dolor y tenía su propia casa. Jack, con los pies en la tierra de la finca, por fin se obligó a dedicarle su atención. Durante su última visita, había estado tan lleno de emociones que le había resultado imposible saber cuáles eran de él y cuáles de la tierra en realidad, y se había rehusado a dejar de moverse lo suficiente para discernirlo.

El dolor de la muerte de Elsie había sido aún más confuso, pero incluso sin magia, no había podido escapar del grito de un lugar en el que la heredera había tenido una muerte violeta, tras un año llena de magia convulsionada y rota. Había estado huyendo de esa violencia, que se sentía como una herida abierta.

Por un momento fue como intentar usar un arma o dirigir un caballo después de no haberlo hecho por más de una década. Los músculos responsables de la acción habían perdido la memoria. Era trabajoso y, una vez que lo intentó, el reflejo fue leve, más que nunca. Pero la tierra estaba allí, cantando con suavidad, los árboles, el suelo y la casa misma. Le disparó una punzada caliente que le subió hasta la nariz y lo llevó lo más cerca que había estado de llorar en años. Nada en ello se sentía *mal*.

–No –respondió con voz áspera–. Ahora no duele.

El rostro de su madre se encendió con esperanzas.

–Me alegro. Ha sido… Bueno, a decir verdad, también pensamos en irnos –admitió–. Pero Leo no podía soportar la idea de dejar que Cheetham soportara el daño hasta que se pudriera. Se quedó aquí por cinco años. Apenas salía de las tierras. Y luego le dije que yo podía encargarme.

Jack se sintió casi enfermo por la enorme lección de humildad en lo que sus padres habían hecho en su ausencia. Habían asumido el peso de la enorme y doliente propiedad como si fuera un lobo herido, ignorado los arañazos y mordiscos que debieron resultar de su juramento de sangre y se habían quedado hasta que la herida comenzó a cerrarse.

Hubieran hecho lo mismo por ti, susurró una voz implacable en su interior. *Si tan solo te hubieras molestado en dejarlos. Y deberías haber sido tú quien sanara todo esto. ¿Qué clase de heredero puedes llamarte ahora?*

Y aun así, su madre caminaba por la finca cada día, reconociendo incluso el lugar donde Elsie había muerto, sin importar cuánto doliera. Moviéndose por encima de la tierra en patrones pacientes. Trazando canales con la repetición, tal como Edwin creía que la magia fluía por las líneas ley para renovarse. Magia. Vínculos. Intuición.

Por un momento, Jack tuvo la incómoda sensación de una gran idea que tal vez podría tocar, hacer sólida y comprensible, si tan solo pudiera ir en la dirección correcta.

Pero su madre empezó a caminar de nuevo, cuesta abajo hacia donde las abejas danzaban con la brisa veraniega. Jack la siguió, y la sensación se desvaneció.





CAPÍTULO 20

De pronto, el verano les dio un día de frío, anticipo del otoño venidero, y por supuesto que encontró a Alan temblando molesto en la estación de tren, con los dedos apretados sobre la manija de su única maleta maltratada.

El tren chirrió y chilló con un ruido metálico al detenerse. No se percató de que uno de los silbidos agudos provenía de un ser humano hasta que un hombre le tocó el brazo.

–Creo que esa morena intenta llamar su atención.

Alan miró hacia donde el hombre señalaba: Adelaide asomaba por la ventana de uno de los vagones de segunda clase, agitando ambos brazos hacia él. Su vestido de viaje era azul marino sobrio con vivos blancos y su sombrero era de paja de calidad, pero se veía más joven y mundana de lo que la había visto jamás. Él la saludó y fue hacia ella.

–Me alegra que hayamos podido coordinar los horarios –dijo Adelaide–. Gloucester tenía que estar en la otra *punta* de Inglaterra que Cheetham, claro, pero al menos ahora tendremos compañía si acabamos perdidos en el interior de Essex.

No creía que Adelaide Morrissey hubiera estado perdida alguna vez. De seguro, amonestaba a la geografía con la mirada y ya no se atrevía a causarle dificultades.

Se había asegurado una cabina de seis casi para ella sola. Había una persona de género indeterminado, cubierta al menos con tres

chaquetas, dormida con una maleta abultada abrazada sobre las piernas. Alan aligeró sus pasos para no despertarla. No era quién para juzgar los lugares en los que las personas podían dormir. Se preguntó si se habría colado sin pagar en una estación pequeña y si podría intentar falsificarle un boleto para cuando pasara el conductor.

Los portaequipajes estaban al límite de su alcance, así que necesito de un pie en el asiento y de un gran esfuerzo para subir su maleta junto a las dos pequeñas de cuero a juego y la sombrerera de Adelaide.

–No serviré de mucho en el campo –comentó al sentarse frente a ella. Los pistones emanaban humo y las personas sobre la plataforma corrían hacia las puertas con una mano en el sombrero o saludando. Su acompañante seguía roncando como un trombón, así que Alan no se molestó en murmurar–. No he estado allí.

–¿De verdad? Te creí un viajero experimentado.

–Ja, ja –respondió con sequedad–. El único tren al que he subido es al de Southampton. Luego estuve a bordo del Majestic durante cinco días y pasé apenas unas horas en Nueva York antes de subir al Lyric para volver a casa. –Se había atenido a la publicidad y a los chimentos durante el primer tramo del viaje y solo se había aventurado en los negocios ilegales en el camino de vuelta. Luego, cuando había enviado a su familia a la playa, él se había quedado trabajando en la ciudad.

Todas sus historias situadas en mansiones campestres estaban basadas en libros de otras personas situados en mansiones campestres, y los detalles pesados, en la clase de artículos de sociedad que *necesitaban* que los lectores supieran cuántos

kilómetros de setos ornamentales tenía una propiedad y de qué origen eran los pisos de mármol.

–Tal vez concluyas que no te has perdido de mucho. Robin prefiere la ciudad. Y yo nunca he estado en un transatlántico. Nunca he salido de Inglaterra.

Comparar a esa mujer preparada y adinerada (futura lady Blyth) con su propia familia era absurdo, pero, por un momento nostálgico, algo en la mujer le recordó tanto a Caro que sintió el impulso fraternal de protegerla. Esa era la única excusa para lo que dijo luego.

–¿Has estado bien, sola en Gloucester?

–Qué amable. No he tenido ningún problema. Ya no soy una jovencita, y descubrí que la clave está en verse lo más insípida y respetable posible. Y esto ayuda –agregó. La sonrisa se redujo un poco mientras levantaba la mano para exhibir el anillo que no dejaba de repiquetear contra las cosas.

El exladrón de joyas en Alan se activó ante la imagen. Insípida no era, sin duda. El anillo constaba de una banda de oro, casi hundida por el peso de un rubí oval enorme, rodeado de perlas cultivadas.

–Podrías sacarle un ojo a alguien con eso si te molestaran.

–Es una herencia familiar. Fue la sortija de bodas de lady Blyth. Maud estaba encantada de entregársela a alguien más y no tener que heredarla. O eso dice.

Alan dudó, pero continuó de todas formas. Todos habían escuchado sus debilidades, sus peores partes y, aunque Adelaide lo había tratado con frialdad en Casa Spinet antes del desastre de El Barril, había cambiado de parecer desde entonces y había vuelto a ser amistosa.

–¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Personal?

–Por supuesto. –El interés de su acompañante despertó, y cruzó las manos, con anillo gigante y todo.

–¿Tú… y sir Robert…? –Los nervios le fallaron. Vaya entrevistador.

–¿Si lo amo? –preguntó ella. Cerca. Las mejillas de Alan se encendieron y asintió–. Sí. ¿Como él ama a Edwin y Edwin a él? No. Pero confían en que vea lo que tienen sin interferir y me respetan lo suficiente para creer en que sé lo que quiero. Y no le digas que dije esto, pero Robin es tradicionalista en el fondo y creo que le gusta la idea de ofrecerme la protección de su nombre, además de extenderme la seguridad del juramento de sangre de Walter Courcey.

–¿Protección? –Alan no pudo evitar sonreír–. No pareces necesitarla.

–Lo veo como una forma de conseguir las cosas que quiero sin las cosas que *no* quiero –explicó con tranquilidad–. Y no soy como Violet, no me molesta casarme para hacer feliz a mi familia y para que dejen de preocuparse por mí. –Sus modales se convirtieron en seriedad–. Y es una decisión tomada por amor. ¿Preferiría un mundo en el que nadie esperara que me casara o que no crea que un hombre le dará legitimidad a mi vida? Por supuesto. Pero ese no es el mundo en el que vivo.

–Dale unas décadas más a Maud y ella lo cambiará.

–No lo dudo –rio Adelaide.

El bullicioso silencio del tren reinó por un rato. Todavía estaban en la ciudad, en una parte que Alan nunca había visto, pero el cielo se iba ensanchando a medida que avanzaban, con la promesa de campos por venir. Adelaide miraba por la ventana y se tocaba el

anillo. Dejaría pasar el tema, demasiado bien educada como para indagar sobre las opiniones de Alan sobre el amor y el matrimonio.

Gracias al cielo. No sabía si *tenía* opiniones aptas al respecto. Nunca se había enamorado. Casarse, para un hombre que ya mantenía a una familia, sería más una carga que un deber. Y lo mejor que podría ofrecer sobre el deseo sería entregarle uno de los panfletos del romano y balbucear una explicación muy torpe sobre la diferencia entre fantasía sexual y política personal.

Mejor alejarse por completo de esas aguas.

–¿Has tenido éxito en Gloucester, entonces? ¿Lograste dar con ese Grimm?

Adelaide volvió la cabeza con brusquedad para mirarlo. Se llevó una mano a la boca e inclinó la cabeza, lento como una tetera deslizándose de una bandeja inclinada, hacia el montón de chaquetas en la esquina.

A Alan le tomó un segundo captar lo que quería decir.

–*¿En serio?*

–¡Lo siento mucho! No lo expliqué, ¿verdad? Asumí que… Bah, da igual. –Recompuso su expresión–. No lo despertaré para las presentaciones, pero él es el Grimm de Gloucester. El señor Dufay.

Intentó darle sentido a eso.

–¿El que escribió la canción? –No, ese estaba muerto. Alan había estado en la tumba con Maud, donde el fantasma en cuestión no se había dignado a aparecer ni a ser útil.

–Su nieto. O su sobrino, ¿tal vez? Fue vago al respecto. En persona… –Adelaide suspiró–, no es *tan* terrible como en las cartas, pero tampoco es mucho mejor.

Bueno, ella había amenazado con arrastrar al Grimm de vuelta en su equipaje si no conseguía la información que Edwin quería. Alan observó con más interés al hombre dormido. Incluso encogido en la esquina del asiento como un alambre torcido, Dufay daba impresión de ser alto. Las chaquetas viejas desparejadas caían hasta un par de botas pesadas y gastadas. Los ronquidos se habían atenuado, pero de vez en cuando aún se escapaba un resoplido de un rostro viejo, bien afeitado, de facciones curiosamente delicadas y rodeado de un cabello mal cortado a la altura de los hombros, del color y el brillo graso de la crema.

–Parece que debería estar viviendo en una cueva en los páramos, ¿no crees?

–O como un viejo marinero empeñado en beber todo el viaje –dijo Alan, mirando el bolso de lona y las botas–. Entonces, ¿puede ayudarnos? ¿Sabe sobre el último juramento?

–De seguro sabe *algo*. El primer día no quiso hablar conmigo porque no soy maga, así que Dios sabrá qué cree que es la Oficina de Asuntos Internos Especiales y Reclamos, después de todos estos años escribiéndoles. Luego le dije que sabíamos dónde estaba el juramento, pero que ya no lo teníamos, y me gritó por ser *irresponsable*. ¡Como si fuera culpa mía!

Alan, que sí tenía la culpa, se removió en el asiento.

–Entonces, ¿cómo lo convenciste de venir?

–¡Fue idea suya! –exclamó la mujer–. Yo intentaba explicarle lo que sabemos, o más bien lo que creemos saber sobre lord Hawthorn y lady Elsie y lo que Bastoke ha estado intentando hacer… Escuchó el nombre Cheetham Hall y, antes de que pudiera reaccionar, ya estaba insistiendo en que saliéramos de inmediato. Ha pasado la

mayor parte del viaje dormido. Creo que puede hacerlo *a voluntad* –añadió, mirando a Dufay con duda–, cuando no quiere hablar.

Y Dufay se mantuvo dormido el resto del viaje. O al menos hizo un excelente trabajo fingiendo. En el momento en que el tren se sacudió al detenerse en la estación del pueblo de Cheetham, los ojos del hombre se entreabrieron como si un par de doncellas hubieran subido las persianas al unísono. Esos ojos eran de un azul brillante y penetrante, y se fijaron con sospecha en Alan.

–Hemos llegado, señor Dufay –anunció Adelaide, asintiendo en agradecimiento a Alan mientras él recogía su sombrerera con la mano libre–. Y este es el señor Ross.

–Tampoco soy mago –aclaró Alan, a quien empezaba a molestarle esa mirada.

–Mmm –dijo Dufay, un sonido ligero y áspero, y se desplegó como un perchero.

Gracias a los horarios de Adelaide, había un carruaje y conductor esperándolos en la estación. Dufay no habló en el camino, pero tampoco volvió a dormirse. Su atención estaba fija en el pueblo y luego en el campo empapado de verde. Al observarlo, Alan tuvo la sensación de una esponja antigua, retorcida y reseca, que empezaba a absorber lluvia con lentitud y a recuperar su forma a medida que el agua la llenaba.

Dufay fue el primero en salir del carruaje, con sorprendente agilidad, cuando los dejó frente a la casa. Alan y Adelaide se tomaron más tiempo. Él se sintió vergonzosamente aliviado al notar que Adelaide también necesitaba un momento para asimilar el tamaño de Cheetham Hall.

Era una serie glorificada de cajas grandes, se dijo Alan. Piedra gris y formas cuadradas, posadas en medio del despliegue verde de la naturaleza domesticada. Enormes ventanas lo observaban desde lo alto, empañadas por nubes que interrumpían el cielo de azul irregular. El viento suave era frío, le soplaba el cabello al rostro y olía a una nada limpia con un leve toque a hierba. Entre la enormidad de la casa y la mezcla de sirvientes uniformados y mujeres con vestidos blancos que desbordaban por las puertas como una ola espumosa, se sintió como una esponja, pero al revés. Quería encogerse y esconderse.

Las voces se elevaron. Las mujeres de vestidos blancos eran Maud y Violet, que corrían escaleras abajo seguidas por Robin y Edwin, y…

Los ojos de Alan se detuvieron al ver a Jack, de forma tan abrupta que fue penoso descubrir que era obvio que lo había estado buscando. Jack bajó de un escalón pulido hacia la gravilla de la entrada junto a Alan, y su mirada también se detuvo. Nunca lo habían mirado así, con un placer acalorado tan palpable e irresistible ante su presencia. Se movió como una plancha caliente sobre sus nervios para aplacarlos.

–Debes estar perdido, no admitimos a los de tu clase aquí.

–He venido a llevarme los candelabros.

La limpieza del aire sí que era intolerable. Le raspaba la garganta por dentro. Permitió que su mirada permaneciera en la del barón un momento más, como un niño aferrado a un dulce, antes de prestarle atención al caos cercano. Robin y Adelaide tenían las cabezas inclinadas juntas, y Edwin intentaba tomar el codo de Dufay.

–¿Qué *demonios*? –murmuró Jack.

–Él es el Grimm –explicó Alan.

–¿De verdad? Cielos. Será mejor que lo llevemos adentro. Así al menos mi madre puede darle la bienvenida antes de que Edwin comience el interrogatorio.

Pero las preguntas ansiosas de Edwin caían sobre los abrigos sucios como gotas de lluvia torrencial. Dufay miraba hacia arriba, con el ceño fruncido como si recordara algo. Miró en todas direcciones, ignorando todo, desde los comentarios de Adelaide hasta los intentos de Maud de saludarlo animada. La única persona que consiguió atención fue el sirviente que intentó tomarle el bolso. Dufay se lo lanzó con una autoridad abrupta y sorprendente, y se enderezó en toda su extensión. Luego, esquivó la escalera por completo y avanzó por el costado de la casa.

–Maldición –lamentó Edwin, agraviado, y se apresuró tras Dufay. El hombre se movía tan rápido y con tanta determinación que Alan, al igual que todos los demás, se encontró siguiéndolo como un niño tras un desfile.

Gracias a ello, logró evitar ser tragado por el hogar ancestral de Jack por un tiempo más y fue llevado en un extraño recorrido por las tierras. Pasaron por una zona parqueada más grande que la casa de Alan, con árboles con absurda forma de paleta dentro de maceteros gigantes, luego por un puente con piel de musgo y a través de un pequeño bosque de árboles verdes que se elevaban sobre ellos. Continuaron por una colina de césped alto y denso, que terminaba en un solo árbol, demasiado grande para ser real. Debía tener algún truco. Magia.

No había planeado dar un paseo abrupto y confuso por la naturaleza. No estaba seguro de que la naturaleza lo aprobara más de lo que lo hacían las mansiones mágicas, pero no se quedaría

atrás. Así que apresuró la marcha para seguir a Jack, quien le lanzó una mirada, sin comentar sobre su altura, pero con toda la intención, como si ya no tuviera que abrir la boca para que Alan supiera que lo estaba provocando.

Él tampoco dijo nada. Estaba demasiado ocupado respirando.

Cuando alcanzaron a los demás en la cima de la colina, Maud tenía el rostro enrojecido por el agotamiento y la mayoría jadeaban al menos un poco. Excepto Robin. Él mecía los brazos y le brillaban los ojos, como si estuviera a punto de proponer una carrera colina abajo y luego nadar en el lago. Se veía demasiado atractivo, y también hacía que Alan quisiera abofetearlo.

Dufay estaba caminando en círculos alrededor del árbol, recorriendo la corteza con los dedos. Tardaba en dar cada vuelta, pues el tronco era gigante en verdad. Tal vez la misma magia o el aire campestre, fuera lo que fuera, era responsable del tamaño de Jack.

–Ay, por… *Hawthorn* –exclamó Edwin, exasperado–. ¿Puedes darnos una idea de por qué el Grimm de Gloucester está tan enamorado de este roble? No he logrado que diga nada útil. Y creo recordar que el árbol tenía un nombre, así que supongo que tendrá una historia.

–Es el Roble de la Dama –respondió Jack. En medio de su vuelta, Dufay le lanzó una mirada, frunció el ceño hacia el suelo y continuó rodeando el tronco–. Es una leyenda familiar. Según dicen, la esposa del primer lord de estas tierras plantó una bellota aquí y le pidió al árbol que creciera para convertirse en un guardián que cuidara a la familia para siempre.

–Los robles viven muchos años –comentó Edwin. Inclinó la cabeza hacia arriba y tocó la rama más baja, gruesa como un hombre, que bajaba arremolinada–. Este podría tener varios siglos. Más o menos. Si ha habido magia de por medio. ¿La mujer era maga?

–Es de suponer. –Jack se encogió de hombros–. Ni siquiera recuerdo su nombre. Algo clásico, Phoebe o Phyllis.

–Phyllis murió por amor y se convirtió en un almendro –dijo Robin–. ¿Por qué me miran así? Leí clásicos en Pembroke.

–No, es al revés. –La voz ligera y gutural de Dufay llegó antes de que él reapareciera–. No hay magia digna en un almendro. Es mejor apegarse a los robles. Y se suponía que ustedes lo cuidaran a él, no al revés.

Alan parpadeó algunas veces, como si así pudiera encontrarle sentido a lo que veía. ¿Estaba desviando una ilusión allí? Nada se desvanecía u ondulaba. Las facciones eran las mismas, aunque de repente tenían una delicadeza femenina. La misma altura imponente, las mismas capas de ropa superpuesta, el mismo cabello cano amarillento, que brillaba como mantequilla donde el sol se filtraba entre las hojas del roble.

Y ojos del mismo azul desgarrador que los que ¿lo/la? miraban desde el rostro de Jack, que estaba pálido como un papel.

–Y aún no he muerto –terminó la dama.





CAPÍTULO 21

Fue una conversación muy muy larga.

En realidad, solo podría describirse como conversación en términos flexibles. "Guerra de gritos", "interrogatorio", "juego de acertijos" y "relato de un cuento de hadas" también hubieran sido términos correctos. La mitad sucedió debajo del Roble de la Dama mientras el sol bajaba lento por el cielo y el viento se intensificaba, y donde, desde lejos, debían verse como la combinación de un pícnic escandaloso con un debate del Parlamento.

La otra mitad, por insistencia de Violet cuando los dientes de Maud comenzaron a castañear por el viento, tuvo lugar en uno de los salones comedor más pequeños de Cheetham Hall. No era que tuvieran apetito, sino para que todos pudieran sentarse y terminar la historia rápido por el bien de lady Cheetham. Para luego reiniciar con el nuevo bombardeo de preguntas.

Al menos, con el paso del tiempo, la manera oblicua y divagante de hablar de Dufay comenzó a enderezarse, como alguien que, al reencontrarse con el acento de su juventud, vuelve a adoptarlo sin darse cuenta. Aun así, Jack seguía perdiendo el hilo de la conversación, pues su mente divagaba mientras la miraba. La apariencia de Dufay oscilaba de forma casi dolorosa entre la de un espantapájaros tallado en un nabo particularmente duro y una belleza fantasmal e invernal, casi irreal. O tal vez los nervios de Jack buscaban la belleza con desesperación como un mecanismo de defensa ante al hecho de que un posible fae inmortal estuviera en su

casa, dejando tierra y césped por todos los muebles y asegurando ser uno de sus antepasados.

Sus emociones colapsaron por completo cuando Dufay volteó hacia él.

–Nunca te has molestado en preguntar el significado de Alston –dijo.

Polly lo tomó de la mano y la apretó con fuerza.

Así inició una conversación extensa y una historia como un arbusto espinoso. Parte de ella resonó como un cuento de la infancia. Una vez que todas las piezas salieron a la luz, desempolvadas y unidas con sentido, la historia de las tres familias y el último juramento fue algo así:

Cuando la tierra era algo más joven y los fae tenían parte de sus dominios en ella, los mortales tenían elección. Podían extraer la magia inherente a todas las cosas vivas y encontrar más en los lugares en los que las líneas ley se cruzaban y renovaban. O, si deseaban más magia o magia dirigida a un propósito difícil, podían acercarse a un fae y ofrecerle un intercambio, un juramento individual, con la cantidad y el objetivo de la magia que necesitaban definidos con precisión, al igual que el costo.

Luego, los fae anunciaron la decisión de retirarse, de llevar su reino a otras tierras y otros mundos, y se realizó un juramento final.

Un juramento hecho en plata, pero no cualquiera, sino plata élfica o *allstone*, absoluta, antigua incluso bajo estándares fae, cuya historia era tan antigua como para haber mutado varias veces en el relato. La plata absoluta fue dividida en tres objetos para simbolizar el juramento realizado con las tres familias.

Al parecer, la historia explicó muchas cosas que emocionaron a Edwin, como por qué las piezas del juramento no podían ser detectadas con magia, por qué tenían tal efecto en las líneas ley y por qué podían *tener* tanta magia por empezar, dado que, en general, era mucho más difícil infundir poder en el metal que en algo que hubiera tenido vida.

El costo del juramento era simple: las tres familias tendrían la capacidad de usar magia que, por su origen fae, sería buena para hechizos basados en estructuras y contratos. A cambio, acordaban ser los líderes de los mortales en su responsabilidad con la tierra en la que vivían: guardianes y administradores. Los fae consideraban que para eso estaban los líderes humanos.

Violet dijo que, en su versión de la historia, el juramento había sido celebrado con tres hermanas de una familia, que luego habían *fundado* las tres familias. En la versión de Edwin, cada familia era de un extremo diferente de las Islas, que volvieron a sus lugares de origen después de la partida de los fae.

Dufay no mostró el mínimo interés por señalar una sola verdad, pero dijo que las familias fueron las que insistieron en realizar el juramento en nombre de sus linajes. Los fae, que no se molestaban demasiado en reproducirse, consideraban que la herencia *contractual* era mucho más importante. Los humanos involucraron sangre en el intercambio.

Adelaide, con amargura, comentó que eso sonaba tristemente certero. La historia de los hombres se trataba de intentar obtener y conservar propiedades y poder para sus hijos y de obsesionarse con una línea hereditaria pura. Eso hizo que Jack pensara de otro modo en el alboroto y el descontento de Walter y los asambleístas por la

herencia de Violet y Edwin de Sutton y Spinet, heredadas por leyes contractuales y elección. Y, en caso de Edwin, sin lazos sanguíneos más allá del que él creo con la propia tierra dentro de un laberinto de setos.

Entonces, los fae se marcharon. El último juramento fue escondido en un lugar en el que se creía seguro, dado el peso que los humanos le daban a los símbolos y a las creencias. La dama del *allstone* se quedó, plantó un roble en el camino de una línea ley profunda y le entregó su nombre al hombre con el que se casó como promesa y recordatorio.

Y la magia fae fue el alma y la raíz de la magia británica desde entonces.

–Y esa *no* era la intención –afirmó Dufay, irritada. Miró alrededor de la mesa como una nana que despertó de la siesta y descubrió que sus niños habían hechizado a las muñecas para que pelearan–. Por supuesto que nuestra magia es superior y más elegante, pero tener los dones del alba no era excusa para perder el contacto con lo que ya tenían. *Descuidados*, irresponsables.

Robin había desplegado la carta que el Grimm de Gloucester había enviado a la oficina. Señaló una línea, y Edwin, sentado junto a él, miró a Dufay con dureza.

–Los dones del alba y las recompensas del ocaso. ¿De eso hablaba?

–Y escribió el poema –señaló Violet–. La canción, ¿no es así? Bajo el nombre de Alfred Dufay.

Así resultó ser: había sido varios Dufay durante siglos, hombres y mujeres; acababa con una identidad para dar paso a la siguiente. Eso explicaba por qué Maud no había tenido suerte en el

cementerio: Alfred Dufay nunca había muerto y nunca había vivido en realidad.

El poema, al igual que el juego de hechizos para niños, había sido su forma de comunicarle a la humanidad su irritación al estilo fae: poniendo palabras en el mundo para que fueran repetidas y recordadas.

–Incluso hice que rimara –dijo con pesar–. Les gustan las rimas.

–Así que ha podido comunicarse con sentido por escrito en algún momento –murmuró Edwin–. ¿Por qué convertirse en el Grimm? ¿Por qué no se presentó y *nos dijo*, a los magos, que estábamos perdiendo sabiduría?

Dufay le lanzó una mirada que transmitía aprehensión evidente a su inteligencia. Edwin se sonrojó.

–Prefiero *estar en paz*, no enmendar los errores de los demás por ellos. Pero… –Señaló la carta–. Un día un mago me dijo que había un lugar al que escribir quejas o sugerencias sobre la forma en la que la magia se estaba entrecruzando con el mundo no mágico. Así que lo hice de la forma mortal.

–Y tenía *muchas* sugerencias –comentó Adelaide.

Dufay los volvió a mirar a todos como nana disgustada.

La madre de Jack retiró la mano de la de él, y la ausencia del agarre le provocó un cosquilleo frío. Aunque parecía contrariada, le sonrió a Jack con firmeza.

–Según me han dicho, las damas del Club Forsythia han hecho algunos descubrimientos.

–Así es –respondió Edwin–. Nuevas formas de usar magia antigua. Flora Sutton estaba convencida de que la magia de líneas ley nunca debió haber dejado de usarse, aunque no sé qué tan lejos ha

llegado. Ya he decodificado casi todos sus diarios y nunca se ha expresado en términos de… O tal vez no he sabido *leerlo*… De alba y ocaso. Espacios liminales. –Se desplomó y comenzó a frotarse la frente. Robin le llevó una mano a la espalda.

–Estoy segura de que al menos lady Enid sabía que la canción era importante, dado que la ha utilizado en las puertas y encantamientos de Casa Spinet.

–Me pregunto cuánto sabrá la señora Vaughn –comentó Maud.

Eso hizo que todos se detuvieran. La cuarta integrante del Club Forsythia seguía viva y, hasta donde Maud sabía, era tan despiadada como los hombres con los que trabajaba, pero no tenía respeto ni afinidad hacia ellos.

Alan se extendió como para decir algo, pero dudó.

–Edwin habla de la magia de las casas mágicas (como esta) como si fuera un lenguaje diferente –logró decir–. ¿Qué es? ¿Alba u ocaso?

Dufay repiqueteó una bota en el suelo como Maud solía hacer cuando se veía obligada a pasar demasiado tiempo sentada.

–Mmm. Ambas.

–Por supuesto –afirmó lady Cheetham–. Las casas solo se vuelven mágicas al ser habitadas por magos. La magia realizada en la casa y en la tierra debe contribuir tanto como cualquier mago inherente a la propia tierra. Cuando usar magia en tierra de Cheetham me resulta más fácil, más fuerte, el poder debe venir de algo fuera de mí. –Se encogió de hombros–. Unión y reciprocidad. Tiene sentido.

–Mmm. Cheetham debe estar muy unida –dijo Dufay–, porque también tiene toda la mía.

–¿Su…?

–Mi magia. –Otro golpeteo con el pie, y Dufay movió los dedos como si hiciera un hechizo–. Pensé que parte de ella volvería a mí al estar en estas tierras, pero al parecer no es así. No hay reciprocidad.

–¿No es maga? –preguntó Maud de forma abrupta, por lo que se estremeció de inmediato–. Es decir…, ¿no puede hacer magia? Pero es fae.

–Soy el cuarto don del alba –afirmó Dufay y se acomodó un mechón de cabello grasiento detrás de la oreja–. A través del roble. Un símbolo. El roble llevó mi magia al suelo para añadirla a lo que le era inherente y la ha dejado fuera de mi alcance. Un gesto de buena voluntad.

–Sin magia, por tantos años –murmuró lady Cheetham. Su mano se acercó a la de Jack, pero no volvió a tocarlo. Él se habría estremecido si lo hubiera hecho, pues la familiaridad se retorcía dentro de él. Dufay había tenido magia y la había perdido allí, en la cima de esa colina.

Pero ¿cuánto más doloroso debía ser perder la magia cuando la magia era su *identidad*? ¿Qué le quedaba para definirse a sí misma? ¿Un matrimonio con alguien que tuviera lo que había perdido? ¿Hijos? ¿El cuidado de una tierra abandonada por todos los demás de su clase?

Ninguna suma de dinero en el mundo hubiera motivado a Jack a preguntar: "¿fue suficiente?".

–Un juramento es un juramento –dijo Dufay, con la voz endurecida. El tono gutural sonaba como el canto de un ave–. Tenía que haber un sacrificio, y fue el mío. Y ahora es posible que haya sido *en vano*, porque los humanos no solo se han quedado solo con

ese don, sino que algunos de ustedes ahora tienen la estúpida idea de acapararlo todo.

–¡Nosotros intentamos impedirlo! –exclamó Violet.

–Sí, eso dijo ella –respondió Dufay, señalando a Adelaide–. Y sus esfuerzos parecen ser inútiles. Tal vez ahora puedan explicarme por qué los ladrones del juramento no han sido llevados al consejo y ejecutados.

Una nueva clase de silencio se extendió en el salón.

–¿Ejecutados? –balbuceó Maud.

–¿Aún *tienen* un consejo de magos? –exigió Dufay.

–La Asamblea, eh… –titubeó Adelaide.

–Ellos son los responsables de esto o al menos lo apoyan –explicó Robin.

–Son pésimos para elegir a sus líderes –sentenció Dufay con expresión adusta.

–Sí, es una falla humana común –comentó Alan, sobre las protestas del resto.

–¿Y cómo pretenden detenerlos? –preguntó Dufay.

Más silencio, con sensación depresiva. Edwin se hundió un poco más.

–Teníamos esperanzas de que pudiera decírnoslo –admitió Robin finalmente–. Pero debe hacerse. El precio de un acto de poder no debe pagarlo nadie excepto la persona que más gane con él. –Miró a Jack. En ese momento, su firmeza fue un regalo–. Si la magia no puede ser tomada y combinada de forma segura y consentida, no debería combinarse en absoluto.





CAPÍTULO 22

Las dos semanas siguientes fueron de las más extrañas en la vida de Alan. Y sí, eso incluía el tiempo que había pasado en el Lyric, enredado en cosas como un zoológico suelto, robo de cabello de cadáveres en cámaras frigoríficas y regateo por joyas y pornografía con un aristócrata detestable.

–No, no funciona. Creo que lo estás empeorando –dijo Violet.

Alan abrió los ojos y se inspeccionó en el enorme espejo con marco dorado que colgaba en la biblioteca de Cheetham Hall. Llevaba un chaleco en el que la maga había cosido una de sus ilusiones, basada en uno de los jóvenes lacayos de la finca; se suponía que Alan debía parecer el hermano más bajo del muchacho. En cambio, parecía como si hubiese sufrido un desafortunado accidente en cámara lenta que había desencajado la geometría de sus rasgos. Y que los seguía alterando. No pudo evitar levantar una mano para sostenerse el ojo izquierdo, que se deslizaba por su mejilla como helado derritiéndose. Por suerte, su pómulo estaba donde debía estar, y sus ojos reales también. Los cerró; eso ayudaba.

–Me está dando náuseas –comentó–. Lo intentaré otra vez.

Maud había insistido en que Alan era un as bajo la manga. Bastoke y los demás no esperarían que estuviera en la gala del equinoccio, y él ya no tenía objeciones para no actuar como espía contra Bastoke.

Sin embargo, estaba el asunto de las ilusiones. Su desviación había pasado de ser útil a convertirse en una molestia, y Edwin quería averiguar si Alan podía suprimirla a voluntad. Le había sugerido que dejara de imaginar canales y que, en su lugar, se imaginara *poroso*. Que dejara que la magia se filtrara y actuara en él. Incluso había ido al bosque de árboles altos –hayas, al parecer– y le había tejido una ridícula corona de ramitas flexibles y hojas, para ver si las propiedades potenciadoras de ese árbol hacían alguna diferencia.

Jack había pasado por allí durante ese intento, y sus ojos habían brillado con la promesa de quince comentarios sobre Julio Cesare, que sin duda se había guardado bajo la manga, esperando paciente el momento más irritante para soltarlos.

Alan respiraba lento. El día anterior había funcionado, un poco, cuando lo intentaron con el hechizo de frío. Pero el frío era una sensación, podía apretar los dientes e imaginar que entraba por los huecos de la ropa. En cambio, las ilusiones no le daban nada en qué centrar el esfuerzo, y mirar su reflejo embarrado en el espejo le revolvía el estómago.

Magia. Magia fluyendo por los canales. Ojalá supiera algo sobre ríos y lagos. Tenía que haber alguna razón para que el agua no se filtrara poco a poco en el suelo como la lluvia en los jardines. Podía imaginar eso y luego… imaginar lo contrario.

–¿Mejoró algo? –preguntó entre dientes.

–Quizás deberíamos hacer una pausa –dijo Violet.

–¿Por qué? –exigió Edwin–. Aún no funciona.

Soltó todo su esfuerzo. Se dio la vuelta antes de abrir los ojos y exhaló con algo de nostalgia al ver el verdor y el cielo más allá de la

única ventana enorme de la sala.

Violet exhaló exasperada y se quitó los anillos para guardarlos en la bolsita de terciopelo.

–Porque no a todos les gusta estar encerrados en una habitación durante horas, y es obvio que esto requiere *esfuerzo*. Sigue si quieres, pero no dejes que él te controle, Alan.

Volvía a ser Alan, no el señor Ross, y parte del equipo, en lugar de un empleado o un espía. Quizás las revelaciones de Dufay los habían distraído a todos de cualquier desconfianza residual. Él sabía cuándo era bendecido. Y, por Dios, qué alivio era poder dejarse llevar y *disfrutar* de esa gente. Ya no tenía que atrapar cada pensamiento amigable como si fueran escarabajos destinados a ser aplastados.

La maga salió con lo que podría describirse como la elegancia de un cisne, pues tenía el cuello largo, la nariz alargada y un vestido blanco lleno de volados, que parecía ser el uniforme femenino obligatorio para una fiesta campestre en esa época del año.

Edwin, sentado en el alféizar de la ventana con una pila de libros, miraba alrededor de la biblioteca como si se preguntara por qué alguien querría salir de allí. Edwin Courcey probablemente podría estar en el Polo Norte y aun así encontrar una biblioteca. Se había instalado en la de Cheetham de inmediato, había colonizado la mesa más grande disponible con libros y papeles como un pájaro construyendo un nido y luego se había dedicado a criticar el tamaño y contenido de la colección. Jack le había dicho, entretenido, que el conde y la condesa de Cheetham no eran coleccionistas de libros de magia y que, además de una selección razonable de ficción y poesía, muchos de los libros de los estantes con vitrinas eran tan solo decorativos.

–De seguro los compraron por metro hace décadas. Puede que ni siquiera hayan cortado las páginas de algunos –había añadido, despreocupado.

Edwin se había quedado sin palabras. Por lo que Alan sabía, no había notado que Jack le había lanzado una provocación hecha a la medida.

–Si no conseguimos que funcione, puedo ponerme un enorme bigote postizo con pegamento. –Se quitó el chaleco y lo dejó a un lado.

Apareció una leve sonrisa en el rostro de Edwin.

–O decolorarte el cabello.

–Vete a la mierda –soltó Alan y, por supuesto, escuchó el crujido de la puerta de la biblioteca y un paso que se detuvo en el umbral. Con su suerte, Jack habría aparecido justo a tiempo para escucharlo. A Alan le encantaba conocer las pequeñas sensibilidades del lord, y no tenía intención de darle información a cambio. La maldita corona de haya ya había sido suficiente.

En realidad, la figura que se detuvo en la puerta fue la de lady Cheetham. A Alan se le encendieron las mejillas. Al menos, la madre de Jack tenía diez veces más modales y jamás admitiría haber escuchado semejante lenguaje de un invitado.

–Mi lady –saludó.

–Alan, me preguntaba si podría robarte un momento para que nos acompañaras a lady Phyllis y a mí en nuestro paseo. –La pausa también fue impecablemente cortés–. Edwin, estás más que invitado si deseas unirte.

–No, gracias.

Ella asintió.

–Robin y Jack deberían volver de su paseo a caballo en breve.

Ni la culpa ni los buenos modales ni la magia más poderosa lograrían subir a Alan al lomo de un caballo. Estaba feliz de dejarle eso a la aristocracia. Pero estaba acostumbrado a caminar bastante en la ciudad y estaba decidido a no mostrarle ni miedo ni falta de respeto a los terrenos de Cheetham Hall. Casa Spinet se había *tragado* personas enteras y era diminuta y joven comparada con ese lugar. Si dar paseos servía para mantener feliz a la mansión, él los daría.

Escapó de la biblioteca y fue a cambiarse. Se había imaginado que las fiestas en casas de campo solo implicaban atuendos de calidad y estilo innecesarios, no se le había ocurrido llevar ropa para andar *ensuciándose*. Lady Cheetham le había ofrecido con delicadeza prendas viejas de cuando Jack tenía, bueno, le resultaba desagradable pensar cuántos años, y se las había entregado con disculpas por los agujeros. Después de haber establecido esa línea de caridad con sofisticada discreción, pequeños montones de ropa prestada, adecuada para cada ocasión, habían estado apareciendo en la habitación que le habían asignado.

El siempre servicial Oliver aparecía en cada oportunidad para hacer uno de sus pequeños hechizos para ajustar la ropa a medida. Alan se había rendido ante lo inevitable.

–Perfecto, vámonos, entonces –dijo lady Cheetham cuando se unió a ella y a lady Dufay, cuya mera presencia transmitía paseos por el lodo, aunque fuera una integrante inmortal de los fae. Ella había rechazado todas las ofertas de ropa más elegante. Había rechazado participar en el proceso complicado de planear y organizar la gala de magos. Incluso había rechazado una habitación

en la casa y, en su lugar, se había instalado en la nueva cabaña del jardín, con absoluta satisfacción. Sí le gustaba salir a caminar. Y ya había llegado a tutearse con su anfitriona.

Las dos damas hablaron más que nada de jardinería, pero también se desviaban hacia la historia de la casa y sus terrenos. Alan había empezado a llevar consigo una libreta para anotar detalles para el artículo social que, se suponía, había ido a escribir y que, sin duda, consistiría en mayor parte en mentiras benignas sobre una fiesta poco notable. Pero al menos podría llenarlo de detalles precisos sobre el lugar.

A veces, la historia era historia *familiar*. Lady Dufay se había distanciado de forma voluntaria de sus descendientes, cada vez más con el paso del tiempo. Y lady Cheetham podía recitar la historia de su propia familia y la de su esposo hasta algunos siglos atrás. Las dos parecían decididas a detallarlo todo y encontrarse en algún punto intermedio.

–Creo que le alegra tener a alguien de su misma posición con quien hablar –dijo Jack, más tarde ese mismo día, de vuelta en la biblioteca–. Le gusta involucrarse en la vida de los demás, pero aquí es la gran dama local y es demasiado consciente de ello como para permitirse una amistad real. Ha estado sola.

–Me agrada. Es muy… sólida.

Su imagen mental de la condesa siempre incluía botas Wellington.

–La criaron para no parpadear siquiera si un príncipe y su séquito se presentan exigiendo té y alojamiento.

–De eso no puedo saber –señaló Alan, dejando entrever su acento–. Pero la mayoría de las mujeres de mi vecindario son así, prácticas y fuertes. Te las arreglas con lo que tienes.

–¿Tu madre es igual?

Alan se mordió el labio.

–Solía serlo –admitió–. Ya no tanto. Se dejó la vida intentando mantenernos a flote cuando murió mi padre, antes de que yo pudiera aportar algo. Las personas tienen energía limitada para luchar. Si nunca termina, si *nunca* puede descansar…, se les extingue para siempre.

No podía retroceder en el tiempo para evitar que todo eso pasara; no podía devolverle a su madre la vitalidad perdida ni restaurarle la vista. Pero lo que más deseaba era darle una vida de *descanso verdadero*, no solo la indefensión de su invalidez y la preocupación constante de que pudieran volver a caer por debajo de la línea.

Jack tenía la atención firme en él y se sentía tan pesada y viva en su rostro como siempre lo hacía. No dijo nada, solo asintió y se reclinó en el sofá.

Había una partida de ajedrez inconclusa entre ellos. Maud había estado intentando enseñarle a jugar, pero Alan estaba más cerca de creer que era un buen sustituto para el té de manzanilla o una poción para dormir. Si quería una excusa para sentarse frente a Jack y que pudieran insultarse a sus anchas por una hora, jugaría naipes.

Y quería una excusa para hacerlo.

Habían pasado casi quince días y no habían vuelto a tener sexo. No se habían besado. No se habían tocado. Todas las ideas de Alan sobre permitirse las fantasías en mansiones, sobre dejar la normalidad de lado en favor del juego, se habían detenido, aunque no de forma abrupta, solo estaban en pausa.

Estaba en la casa de Jack, quien era el futuro conde y seguía siendo magnánimo e insoportable. Pero había conocido a su *madre* y

su herencia fae, y ya se conocían demasiado bien como para que lo que tenían volviera a ser sexo fantástico y sin complicaciones.

No que alguna vez hubiera estado libre de complicaciones, pero antes era más limpio con la seguridad del desagrado por encima del deseo.

Y el deseo era más fuerte que nunca. Despertaba casi todas las mañanas con una erección y no se molestaba en borrar al lord de sus pensamientos mientras la atendía. Era muy consciente del cuerpo de Jack cuando compartían un espacio, pero no se sentía tortuoso y, a pesar de que la lujuria le clavara las garras, violentas y silenciosas, frente a pequeñas cosas (como los dedos de Jack sobre una pieza de ajedrez de caoba o la forma autoritaria en la que atravesaba una habitación) no era *urgente*.

Se sentía como si algo se estuviera desarrollando, una comida cocida a fuego lento, y no quería anticiparse por temor a echarlo a perder.

–Hawthorn –llamó Edwin, desde su mesa caótica habitual. Violet y Robin habían despejado una esquina y estaban jugando cartas. Todos levantaron la vista cuando Edwin habló–. Ven a escuchar esto.

Jack se puso de pie y se acercó para recibir una lección. Alan aprovechó la oportunidad para reubicarse en la ventana, desde donde podía disfrutar de un rayo de sol y ver el alboroto de urracas en el círculo de césped formado por el camino de entrada a la casa.

–Creo que podemos convertir el Roble de la Dama en el último juramento –afirmó Edwin y miró al barón con cautela, como si esperara un comentario, una burla o un aplauso.

–Por mucho que aprecie que hayas aprendido que a la mayoría de las personas no les agrada ahogarse en detalles, necesitaré algo

más que eso –respondió. Edwin entornó los ojos.

–He estado pensando en lo que dijo Dufay, sobre ella y que su magia era el cuarto don y el roble un símbolo. No es plata, pero es fae y de este mundo a la vez. Y sabemos que la madera de roble es muy buena para contener poder.

–Un roble gigante no es precisamente portátil –comentó Robin–. Ni fácil de esconder en un bolsillo o laberinto.

–No sería necesario esconderlo si no pudiera ser *usado* –respondió Edwin, más animado–. Cuando absorbí magia de Sutton a través de las líneas ley, todo se volvió confuso y escurridizo. No es *posible* sostener algo tan grande y que te permita hacer algo útil con ello. Y Dufay dijo que el Roble de la Dama vertió su magia en la que ya era inherente a la tierra. Así que… vinculamos el contrato directamente *a* las líneas ley, a la magia inherente. Las combinamos.

–Unión, verdadera esta vez –dijo Violet–. Eso es elegante *y* ocurrente, Edwin. Me agrada.

–¿Suficientes detalles, Hawthorn?

Jack lo miró un buen tiempo antes de hablar.

–Tú sabrás mejor que yo si es una teoría sensata. Pero Robin tiene un punto, mientras que el juramento exista, habrá personas que pretendan usarlo, con soluciones ocurrentes o no. Pondrás la responsabilidad de protegerlo sobre los hombros de mi familia, para siempre.

–Lo haría en Sutton si pudiera –afirmó Edwin–. Pero allí no hay nada que tenga la misma historia, el mismo vínculo con los fae. Tiene que ser ese árbol. Y puedo ayudar –se apresuró a decir–. El bosque de hayas puede ser usado para intensificar la protección, y

se pueden plantar otros árboles con otras propiedades. Tu madre y tú pueden contar con todo lo que sé de las notas de Flora Sutton.

–Pregúntale a ella. Son sus tierras, no las mías –replicó Jack.

–No te desentiendas. Serán tuyas cuando llegue el momento. Y tienes razón…, es un compromiso largo.

La expresión de Jack se acercó a enfado, luego volvió atrás.

–¿Cómo funcionaría? ¿Qué tendrías que hacer? –quiso saber Alan.

–Necesitaré los objetos de plata, los tres, y un juramento de sangre. No de todos los magos, eso creo, sino de un descendiente de cada una de las tres familias.

–Así que aun tendremos que conseguir las piezas del juramento –señaló Violet.

–Sí. –Edwin se desanimó un poco.

Ya habían tenido varias conversaciones sobre cómo podrían manejar la situación la noche de la gala y se habían hecho muchas sugerencias, desde las más practicas hasta las más absurdas. Sin embargo, nada cambiaba el hecho de que mucho de lo que ocurriera dependía de las decisiones desconocidas que tomaran, que *estuvieran* tomando, Bastoke, Walter Courcey y sus secuaces. Y, como Robin había señalado con pesar, ya era tarde para infiltrar un espía.

Mientras se desarrollaba otra de esas conversaciones y Alan tapaba un bostezo con el dorso de la mano (el sol era intenso en su rostro), se oyó un motor, cada vez más cerca. Se asomó por una esquina de la ventana y vio cómo las urracas se dispersaban y un vehículo verde avanzaba despacio hasta detenerse frete a la escalinata de entrada.

–¿Esperamos visitas? –preguntó.

Jack se levantó para mirar, y él señaló abajo.

–Es el automóvil de mi padre –dijo Jack, al tiempo que el conductor uniformado bajaba–. Madre no dijo que vendría. Debería…

Se detuvo: otros dos hombres habían bajado del vehículo. Uno de ellos tenía un sombrero plano como el del chofer y se movía con la firmeza de los músculos. El otro era alto, estaba bien vestido y usaba un bastón similar al de Jack. El sol se reflejaba en la punta dorada.

El cuerpo de Alan salió disparado lejos de la ventana antes de que pudiera procesar la situación. Su corazón dio un vuelco desagradable antes de acelerarse.

–¿Alan? ¿Hawthorn? ¿Qué sucede? –preguntó Violet.

–Es Joe Morris –respondió Jack–. Y mi primo George.





CAPÍTULO 23

Jack nunca había entendido la necesidad de Edwin de estudiar las cosas. Viendo más, se perdía de menos, observando tanto del mundo como pudiera. Enfocar toda la atención en aprender una sola cosa en absoluto detalle era un desperdicio del poco tiempo disponible.

Sin embargo, parecía que él mismo había estado haciendo un estudio detallado de Alan Ross, porque en ese momento supo justo dónde buscar el miedo del joven.

No había sido un estudio académico, Jack lo sabía. Había estado atento a cualquier indicio de que fuera bienvenido. Su ofrecimiento de jugar en el desván de Alan en Londres había sido rechazado; Alan, que había hablado de acostarse con Jack en términos de que su fuerza de voluntad se quebrara, sin duda había decidido que no llegaría más lejos. Él sabía cuándo estaba recibiendo una invitación y cuándo no.

Pero había estado observando y observando, y en ese momento miraba la curva sutil hacia adentro de los hombros de Alan. Observaba cómo los ojos del chico se agrandaban y devoraban su rostro, las pupilas se contraían hasta parecer manchas de tinta sobre el iris café. Jack apretó los dientes. Estaban bajo ataque. Un nuevo frente, eso era todo.

–Quédense aquí –ordenó–. En esta habitación. Todos. Asuman lo peor: asuman que registrarán la casa. Violet, Edwin, tendrán que… –Se detuvo–. ¿Dónde están Adelaide y Maud?

–Haciendo algo con vestidos –respondió Robin.

–¿Dónde?

–Iré por ellas –dijo Violet.

Se levantó, poniéndose anillos en los pulgares, y conjuró una ilusión que cayó sobre ella antes de que Jack pudiera exhalar de nuevo. Se convirtió en una morena con pecas en el rostro y uniforme de criada.

–Tráelas de vuelta aquí. –Jack ya se dirigía hacia la puerta, inspeccionando el marco–. Y luego protege esta puerta como si fuera el mismo cielo. Pon una desviación, Edwin.

–¿Adónde vas? –preguntó este.

–A recibir a nuestros invitados.

–Hawthorn…

–No dejaré que mi madre se ocupe de esto sola –gruñó–. Y no importa si saben que estoy aquí. *Esta es mi casa.*

La alfombra más cercana, una larga con un diseño en rojo y azul, se agitó de repente como si sacudiera el polvo, y los flecos al final rozaron el tobillo de Jack. Él tragó con fuerza, y su palma sobre el marco de la puerta se volvió caliente de repente, como si le hubiera dado un golpe para encerrar su furia allí. Eso era más que tan solo sentir la magia de la tierra bajo sus pies. Se le atoró la respiración en la garganta, pero no tenía tiempo para pensar en eso.

Violet ya estaba corriendo por el pasillo hacia la escalera trasera. Jack miró a Alan por un momento que se sintió como arrastrar la carne sobre metal roto, y luego volvió a mirar la alfombra.

–Protégelos –le pidió al salón, sintiéndose perdido por completo, y cerró la puerta tras de sí.

George estaba con Polly en el vestíbulo. Se preguntó dónde había sido recibido su primo la última vez que había estado de visita y si habría notado que lady Cheetham lo había degradado al no recibirlo en uno de los espacios más amistosos donde se presentaba a la familia.

Morris debía haber entrado por la cocina. No saber dónde estaba le provocaba la misma inquietud que al mirar hacia arriba desde su escritorio y darse cuenta de que la araña que antes rondaba por una esquina del techo había desaparecido.

–Hawthorn –saludó George cuando Jack entró–. Podría fingir que este es un placer inesperado, pero no esperes que me alegre de verte. Perdóname, tía Polly.

Su tía Polly había tenido tiempo para prepararse, así que asintió con cortesía y le lanzó a Jack esa mirada que había perfeccionado para las ocasiones en que los mellizos eran presentados en sociedad y se esperaba que *contribuyeran*.

Jack jugueteó un momento con la idea de decirle a su primo que se fuera al infierno y que se metiera el mayor hierro candente de Satanás por el culo. Pero necesitaba saber qué estaba buscando y mantenerlo alejado de los demás.

–No sabía que debía mantenerte informado cada vez que visito a mi propia madre –espetó, con su nivel de rudeza habitual–. ¿Qué haces aquí? ¿En el coche de mi padre?

–Sí, lord Cheetham tuvo la gentileza de prestármelo –respondió–. Te envía saludos. No ha podido dejar unos asuntos muy importantes en el Parlamento.

–¿Qué haces aquí? –repitió Jack y la imprudencia lo llevó a añadir–: ¿Piensas arrestarme?

El hombre alzó las cejas, sin prisa.

–Estoy aquí para tener una última conversación con nuestra anfitriona e inspeccionar los preparativos de la gala del equinoccio. Si recuerdas… –Hizo una pausa, en la que fue evidente que estaba calculando cuán mordaz podía ser frente a la madre de Jack–. Este evento significa mucho para mí profesionalmente, primo. Espero que las próximas elecciones sean memorables. Esta ya no será solo una celebración, sino una rendición de cuentas sobre el futuro de la magia en este reino. Es un momento para que la sociedad mágica se una frente a las amenazas –dijo, reseco de ironía–. Futuras y presentes. Es un verdadero honor que Cheetham Hall sea el anfitrión de una reunión tan importante.

–Nos sentimos halagados de que nos ofrecieras como voluntarios –murmuró lady Cheetham.

Jack tenía la mirada fija en el bastón de cabeza de bronce de George y trazaba en su mente los movimientos necesarios para arrebatárselo y usarlo para destrozarle los dientes. Para su primo, el bastón era una verdadera afectación, una que había adoptado incluso antes de que él regresara de la Guerra en los Bóers. Tal vez pensaba que Jack había decidido copiar su estilo. Podía creer lo que quisiera.

"Frente a las amenazas".

Él mismo lo había dicho, después de la audiencia de Violet: la crisis justificaba la toma del poder. La destrucción de El Barril había sido un evento demasiado perfecto para el jefe de la policía mágica, pero George había planeado encerrarlos a todos por robo y conspiración de todos modos. Hubieran sido chivos expiatorios de igual manera. Edwin solo había hecho que todo fuera… dramático.

–Y no sería tan descortés como para arrestar a mi primo, el barón Hawthorn, frente a su madre –dijo el hombre, como si supiera muy bien la dirección que habían tomado los pensamientos de Jack, y le dedicó una pequeña sonrisa como si fueran cómplices.

Alan se hubiera ahogado en un charco de rabia. Incluso él sintió un nudo en el estómago por la injusticia de todo aquello. George conocía el poder, cultivaba el poder, y había dedicado su vida a estudiar cómo acumularlo. El heredero del conde de Cheetham no era el tipo de persona fácil de arrestar, ni siquiera por magos. Las consecuencias eran para que las pagaran criaturas menores.

–Lo agradezco –dijo lady Cheetham, sin mover las manos de su regazo.

–Tía Polly, valoro tu intención de querer ofrecerle un refugio seguro a tu hijo –continuó George–. Pero lo que ocurrió en El Barril, lo que Hawthorn y sus secuaces *hicieron*, fue extremadamente grave. Una verdadera tragedia. Los magos no podemos permitirnos estar en guerra entre nosotros. Necesitamos orden y leyes que cumplir o no seremos mejores que animales.

–Y Cooper para hacerlas cumplir, supongo –comentó Jack.

La mirada de su primo se convirtió en un cuchillo afilado.

–Cumplimos con nuestra parte. Hablando de eso… ¿No tienes idea de dónde podría encontrarse Edwin Courcey? ¿O la señorita Violet Debenham? ¿O cualquiera de los otros criminales con los que, por desgracia, decidiste asociarte?

–No.

La pequeña sonrisa del hombre reapareció, pero el cuchillo sobre ella no había sido envainado. Un espasmo de miedo verdadero le recorrió la columna. Volvió a pensar en Morris, que estaba

desaparecido. Pensó en el rostro magullado de Maud en el Lyric, en las runas negras subiendo por el brazo de Robin, y en el gesto de dolor de Alan frente al hechizo de memoria. Y en tres mujeres muertas, que le habían negado su poder a George durante tanto tiempo como habían podido.

–No –repitió el mago y volteó hacia lady Cheetham–. Muy bien, entonces, la gala. No puedo esperar a ver todo terminado. Presumo que los marcadores de afinidad que han dispuesto mis hombres siguen en su sitio.

Lady Cheetham asintió.

George realizó un hechizo y luego trazó cuatro runas invisibles en las esquinas de una mesa baja, que en circunstancias normales contendría un servicio de té para los visitantes. Ese día albergaba solo un florero, con un arreglo alegre de dalias y campanillas, que se habían mantenido frescas por semanas gracias a un encantamiento.

El florero y las flores se desvanecieron bajo una explosión de verde, café, azul y gris que emergió de la mesa como lodo hirviendo. El hechizo representaba a la finca Cheetham: una ilusión realizada con afinidad que representaba toda la propiedad, desde la portería hasta el Roble de la Dama, casi medio metro por encima de la superficie de la mesa. George lo observó por un tiempo, como si fuera un pastel premiado que él mismo hubiera horneado, y luego realizó una negación rápida para que se desvaneciera.

–Muy bonito. Me gustaría ver la vista final desde arriba de la gruta. Por seguridad.

–Jack –dijo lady Cheetham al ponerse de pie–, es un día muy atareado, con todas las entregas que esperamos. La señora Sturt ha estado esperándome. ¿Te importaría hacer los honores?

¿Él debía llevar a George a caminar por el lago solo? El hombre no le había creído ni por un segundo. Tal vez no lo arrestara y arrastrara de vuelta a Londres, pero podría recurrir a los métodos menos agradables de los Cooper para hacerlo hablar. Pensó en los flecos de la alfombra que se habían agitado contra su tobillo y exhaló.

–Sí, puedo mostrarle el lugar y acompañarlo a su vehículo al terminar. Imagino que está demasiado ocupado como para quedarse por más tiempo.

–Gracias, cariño. George. –Con eso, la mujer se dio la vuelta, rígida como si estuviera tallada en piedra, y salió de la habitación. Jack no creyó que estuviera escapando, más bien sospechaba que se estaba alejando de la tentación de llevar a George a la huerta, apuñalarlo con un rastrillo, convertirlo en fertilizante con magia y usarlo en la lechuga.

Así que llevó a su primo al lago. Evitó la cabaña, porque no tenía idea de dónde estaba Dufay por ese entonces, tampoco Morris, y tuvo la alarmante visión de los dos encontrándose frente a frente.

George fue directo hasta la balaustrada y miró hacia el agua centelleante, luego dio una vuelta lenta sobre sí mismo para contemplarlo todo. Los bancos de flores circulares, bordeados con piedras, estaban llenos de acianos y claveles, hortensias y lupinos, y la fragancia a polemonios y madreselva se mezclaba en la brisa. Los olivos brillaban plateados a la luz del sol, y pequeños naranjos en maceteros blancos resplandecían de frutos. Uno de los pavos reales paseaba cerca de la cima de la pendiente, picoteando el césped distraído y, de vez en cuando, desplegando con orgullo su cola exuberante. Era un exponente espléndido de jardín campestre inglés, con toques de lujo mediterráneo, y se veía igual que como lo

haría en la noche del equinoccio; excepto por varios toques mágicos de Violet que aún estaban por llegar.

–¿Qué harán respecto al clima los días previos? No ha sido un verano lluvioso hasta ahora, pero lo último que queremos es estar chapoteando sobre césped embarrado. –Parecía una pregunta genuina.

–Hay un mago en el pueblo que ha coordinado hechizos meteorológicos antes. Polly pedirá ayuda si es necesario.

–Es un verdadero dolor de cabeza coordinar hechizos poderosos –comentó George–. Sería mucho más fácil si todo pudiera hacerlo un solo mago, ¿no crees?

–Si te matara ahora, me pregunto cuántos problemas nos estaría ahorrando.

El viento agitó la superficie del lago. Una serie de ondas reveló los movimientos invisibles de los peces, y una única libélula salió disparada como una joya pendiendo de un hilo.

George giró, lo que dejó al descubierto el movimiento de su mano libre. Estaba girando una de esas esferas de cristal mágico con la palma de la mano sobre la baranda de mármol.

–Quizás tengas suerte y seas rápido –replicó–. Pero estamos en tu tierra, primo. Una muerte violenta aquí les dolería mucho más a ti y a la tía Polly.

Eso explicó mejor por qué había insistido en Cheetham como locación para la gala. Jack se sintió como Robin debió sentirse en la audiencia de Violet: de pronto harto de andarse con rodeos en temas importantes.

–Y lo que sea que planees hacer en la gala, con el último juramento…, ¿fingirás que no implicará violencia?

El hombre levantó la esfera (púrpura, brillante como un magullón con vetas de plata) y la sostuvo como si estuviera evaluando su peso.

–Puede que no, si tú y tus amigos entrometidos no intentan impedir lo que tiene que suceder. Podría ser una noche de celebración de verdad. Una reunión de magos.

–Y de su magia. ¿Por qué estás aquí, George? –exigió Jack.

–Para asegurarme de que todo esté listo –respondió, señalando las tierras con su bastón–, para una noche que pienso asegurarme de que salga perfecta. Y, más importante, para darte una oportunidad de ver que esto ocurrirá te guste o no, Hawthorn. –Dejó de lado la pereza deliberada en la voz–. Cualquiera que sea la magia salvaje que Edwin Courcey haya aprendido a hacer, cualesquiera que sean las ilusiones con las que la señorita Debenham intente disfrazarlos, yo *tendré* una forma de contraatacar. La Asamblea está llena de hombres con los que he trabajado durante años, que me conocen y confían en mí. Están de acuerdo en que, dado lo que ocurrió con El Barril, debe haber una fuerte presencia de los Cooper en la gala, por si se convierte en un objetivo tentador para más… comportamientos disruptivos.

Jack no dijo nada. Su primo no era tan tonto como para revelar algo importante por puro orgullo, esa era una advertencia práctica. Estaba intentando limpiar el desastre antes de que ocurriera. Lanzó la esfera al aire y la atrapó con destreza antes de continuar.

–Hay muy pocas cosas que no nos permitan hacer. Todo el mundo tiene miedo, y un líder fuerte da tranquilidad. Les mostraremos que todos los magos pueden prestarle su poder a tal líder, por el bien común.

Ignoró el sonido y se centró en la forma. Un atisbo de satisfacción se dibujó en la comisura de los labios de George.

–Entonces, ¿Richard Prest sabe que no será electo primer ministro? –preguntó Jack. El atisbo se convirtió en un gesto casi complacido y luego desapareció.

–El cargo no importa. Venga lo que venga (una guerra interna, una nueva amenaza por parte de los no magos o un mal que aún no podemos imaginar), podemos protegernos y ganar. Solo necesitamos un campeón.

–Santo Dios. ¿Eso es todo? ¿Así es como te ves a ti mismo? ¿Como el campeón de los magos?

George lo enfrentó por completo. La irritación solo se veía en la rigidez de sus movimientos; sus rasgos limpios y simétricos permanecían inmutables.

–Deja de ser tan ingenuo, Hawthorn. ¿Para qué más *sirve* que el juramento sea transmitido por las líneas de sangre familiares si no es para esto? Generaciones de magos eligiendo con cuidado a las mejores parejas, volviéndose más poderosos. Para que, cuando llegue la amenaza, alguien sea lo bastante fuerte como para enfrentarse a ella.

Una cuerda vibró dentro de él, como si fuera una de las puertas de Spinet y George hubiera cantado la melodía exacta para develar una creencia cruel y esencial que Jack no se había molestado en revisar desde hacía mucho. La había dejado enterrada junto con el resto de su pasado. Se obligó a escuchar esa vibración. Estaba viendo a su primo, elegante y despiadado, bajo una luz nueva y perturbadora. George no se veía a sí mismo como un confabulador ni un oportunista; eso ya sería bastante malo. No, él creía que ese

era *su destino*. Algo que merecía. Esa cuerda se tensó de repente, y Jack no pudo evitar hablar.

–Tú y John no soportaban que yo fuera más fuerte que ustedes, y que Elsie fuera más fuerte que todos nosotros. No me extraña que tú… –Aun hablando con alguien que conocía el secreto, el amarre no le permitió continuar. Se llevó los dedos a la boca y contuvo el aliento ante el dolor.

–Así que todavía está ahí –comentó George–. Me preguntaba qué era de él. Si alguien podía romperlo, era el chico Courcey. –Una sonrisa sin alegría–. Pero con o sin huecos, un amarre de silencio se aferra. Solo desearía que no hubiera sido necesario.

–Vete a la mierda –gruñó Jack.

–De verdad. Mi padre estaba deseando que me casara con ella, ¿sabes?

Fue como si vertiera agua salada en la herida abierta en su lengua. Todos sus músculos clamaron al unísono por algo contra lo que pelear.

–Nuestro hijo sería, sin duda, la culminación de nuestras líneas de sangre –continuó, como si fuera una cita–. Pero sabía que tendría que esperar demasiado tiempo. Y tenía razón. Ahora… –Miró la mano cerrada de Jack–. Si me matas, no cambiará nada. Solo será otro quien tome las riendas. Walter Courcey, supongo. –Su rostro adquirió una expresión calculadora–. Es bastante fuerte. Es una lástima que tenga un temperamento tan desagradable.

Tenía razón en eso, en muchas cosas, excepto en las que estaba tremendamente equivocado. Dufay había dicho que la sangre les importaba a los mortales, a los fae les importaba que uno hiciera

sacrificios por el poder que había negociado y que asumiera la responsabilidad por los lugares que habitaba.

Un miedo distinto, desconocido, se deslizó por la piel de Jack. El contrato, como Edwin había señalado, era entre dos partes; tenía elementos tanto fae como mortales. ¿Qué pasaría cuando George y Walter recurrieran solo a la sangre y tomaran y tomaran? ¿Qué pensaban sacrificar? No sería fácil que mataran a alguien ante cientos de magos y salieran impunes, por más discursos que George hiciera sobre el miedo y las medidas drásticas.

–Lo que pretendes hacer con el juramento *no funcionará*. No como tú quieres. –Un intento desesperado por hacer que su primo entrara en razón–. No funcionó… –Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando el amarre le llenó la boca de fuego una vez más.

George tuvo la perspicacia suficiente para adivinarlo, y su voz adquirió una nueva nota: una ira oscura filtrándose poco a poco.

–No funcionó porque cometimos el error de dejarte participar de forma activa en el hechizo. Mi padre era un mago fuerte y hábil. No hubiera perdido el control de su magia de esa manera. Fueron tú y tu hermana quienes lo *corrompieron*, probablemente por despecho o porque a esa maldita chica nunca le enseñaron a controlarse… Y lo dejaron débil y enfermo, tanto que…

El hombre se quedó callado. Al instante siguiente, la oscuridad desapareció de nuevo, guardada bajo su superficie pulida. Tanto esfuerzo por no culpar a Jack de la muerte de su tío, cuando era obvio que lo hacía. O al menos él era la única persona que quedaba a quien George podía castigar por ello.

–Hemos terminado –espetó con dureza. Estaba al límite. Si se veía obligado a escuchar un minuto más a su primo insultando a Elsie y

reescribiendo el pasado a su antojo, recurriría a la violencia–. Recoge a tu perro y sal de mis tierras.

Comenzó a bajar por la pendiente y, tras unos pasos, George lo alcanzó, con el bastón balanceándose con soltura en su mano.

–¿Estás *completamente* seguro de que no has tenido noticias de Courcey, la señorita Debenham y los demás?

–No las he tenido. –A la mierda todo esto.

–Qué extraño. Pensé que al menos la señorita Debenham te habría hecho saber del incendio.

Eso hizo que Jack flaqueara en su andar. Su pierna estaba bien, pero sus entrañas se retorcieron con temor. George podía estar mintiendo, era capaz de decir cualquier cosa.

–¿Qué incendio?

–A fin de cuentas, tú también viviste allí un tiempo. Había *tanta* madera –dijo George, con un suspiro casi de placer–. Era ingenioso, sin duda, pero en verdad… era un accidente esperando ocurrir.





CAPÍTULO 24

Fue una espera tensa y en gran parte silenciosa dentro de la biblioteca. Edwin había gastado buena parte de su magia en proteger la puerta, y Violet reservaba la suya por si Morris o Bastoke lograban atravesarla de todos modos y tenían que enfrentarlos. Así que no lanzaron ningún hechizo de amortiguación y todos se mantuvieron alejados de la ventana y en completo silencio.

Adelaide y Edwin leían; Robin los dibujaba; Violet permitía que Maud la derrotara en una partida de ajedrez lenta y nerviosa. Alan intentó escribir un poco más de su artículo, pero se rindió tras diez minutos mirando una frase a medio terminar. Jack estaba seguro de que George no le haría nada allí, en territorio de Cheetham Hall, pero él no confiaba en absoluto. Alan no le ponía límites a lo que George Bastoke y Joe Morris eran capaces de hacer. Estaba furioso con Jack por haberlos encerrado a todos y decidir que saldría solo a enfrentar a su primo y estaba furioso por lo lejos que estaba ese Jack del indiferente lord Hawthorn al que había conocido en el Lyric… y estaba furioso *consigo mismo* por el nudo de temor que le apretaba la garganta como una corbata mal colocada. Aún quería más de Jack Alston. Mucho mucho más. Sería inaceptable que Jack hiciera algo tan arrogante y estúpido como salir y terminar herido, capturado o muerto.

El golpe, cuando llegó, no fue en la puerta, sino tres golpes impacientes a la pared, a un metro del marco, y todas las cabezas se

alzaron al unísono, como conejos asustados.

–Todo despejado –dijo la voz de Jack–. Se han ido. Buen trabajo con el hechizo de confusión, Edwin, ni siquiera puedo encontrar la maldita puerta.

Edwin conjuró un hechizo que debió haber anulado el de distracción, porque Jack entró por la puerta un momento después. Ileso, al parecer. Aunque en su rostro se leía una expresión que él había visto antes en su hermano Emilio, justo antes de que les anunciara a todos, entre los sollozos de su madre, que los echarían de los cuartos oscuros y estrechos del sótano a la calle.

Esa expresión significaba malas noticias para alguien.

Para Violet, resultó ser.

Maud gimió como si le hubieran dado una patada en el costado de solo imaginar que algo hubiera pasado en Casa Spinet. Violet palideció, luego se puso roja. Pero el problema, como señaló Jack, era que no sabían si era *cierto*, y ni siquiera Edwin pudo pensar en una forma de averiguarlo rápido. La tecnología moderna hubiera sido más útil que la magia. Cheetham Hall era demasiado antigua y el conde y la condesa demasiado tradicionales como para haberse equipado con una línea telefónica.

Pero no tuvieron que esperar mucho. Ya fuera por suerte o por designio, Bastoke había cronometrado su visita con precisión, pues una carta desde Londres, dirigida a Violet, llegó en la entrega de correo diario mientras estaban redactando un telegrama urgente para averiguar si había ocurrido algo.

Y sí, algo había ocurrido.

La carta era de la señora Smith, el ama de llaves de Violet, y cada palabra dejaba entrever el temblor y el desconcierto. Había sucedido

la noche anterior. Cuando el primer miembro del personal doméstico había despertado y encendido las alarmas, el fuego ya era demasiado intenso y se había propagado por demasiados lugares como para que lo extinguieran con facilidad ni el personal ni, cuando llegaron, los bomberos.

Nadie había sufrido más que quemaduras menores o una fuerte tos por el humo. *Casi un milagro*, pensó Alan. Pero, a fin de cuentas, eran magos.

La señora Smith se había tomado la libertad de usar el fondo doméstico para encontrar alojamiento para quienes no tenían familias cercanas. Sin embargo, escribió, se esperaba con urgencia que la señorita Debenham se presentara en la oficina del abogado (debían ocuparse del seguro, la limpieza y la reconstrucción) y había agentes de Scotland Yard haciendo preguntas incisivas sobre empleados descontentos o descuidados y sobre un incendio intencional…

–Voy a despellejarlos –gruñó Violet y arrojó la carta al suelo–. A los dos. A todos. Voy a prender fuego sus casas, con ellos dentro, y los mantendré con vida con magia hasta que no quede de ellos más que carbón retorcido.

Alan miró a Maud, luego se preguntó por qué se molestaba. Ella no era Robin, de quien se podía esperar que tranquilizara a su pareja con ideas combativas. Maud tenía una expresión en el rostro como si estuviera dispuesta a animar a Violet y luego hacer tostadas de queso sobre las brasas.

–Nunca debí irme. Tengo que volver. –La maga giró hacia Edwin–. Si ha pasado algo tan grave… Es mi casa, la heredé, tú me viste hacer el juramento de sangre. Debería haberlo sentido, ¿verdad?

–No lo sé –confesó Edwin, rígido–. Yo… pensé que sentiría si algo le pasaba a Sutton, pero…

–¡Pero tu preciosa Sutton está protegida contra magos, así que nada le pasará! –soltó Violet, al borde de gritar.

–¿Y Spinet no estaba protegida? –replicó Edwin. De pronto, su rigidez se volvió inquietud. Se levantó y empezó a pasearse de un lado al otro–. Han conseguido incendiar una casa mágica que habría estado protegida directamente contra el fuego e intrusiones hostiles. Eso requiere de varios magos, determinación y creatividad. Si en verdad quisieran ir a por Sutton… Demonios. Tal vez debería irme.

–*Nadie debe irse* –ordenó Jack; fue como un latigazo a las cabezas de todos. Siguió, con aspereza–: Esto es lo que quieren. Atacaron Spinet porque sabían que nos haría huir si estábamos escondidos allí o que nos sacaría de donde fuera que estuviéramos. En especial a ti, Violet. –Una mirada dura a Edwin–. Y a ti. ¿Crees que Walter no sabe que Sutton es tanto tu fortaleza como tu debilidad?

–Vete al diablo, Jack –espetó el mago–. No somos niños. Deja de hablarnos como si lo fuéramos. Y es muy fácil para ti ser todo un déspota… No han quemado *tu* casa.

–No –respondió en tono pausado–. Solo planean usarla para realizar un obsceno ritual de robo de poder.

–Si Violet no se encarga de la parte legal de todo esto, ¿podrían aprovecharlo para hacer una reclamación legal y quitarle Spinet? –preguntó Robin.

–Ya no la necesitan. Tienen la daga –afirmó Jack.

Robin no se inmutó.

–Las personas como Walter Courcey no hacen cosas crueles porque sean necesarias.

Violet emitió otro sonido ininteligible y le dio una patada a una silla, que se arrastró unos centímetros por el suelo. Luego apoyó las manos sobre el respaldo con un gesto de disculpa y soltó un sollozo entrecortado. Su rostro se desmoronó, y Maud se acercó de inmediato para abrazarla.

–Ella me la dejó a mí –dijo Violet–. Ella pensaba que era digna.

–Y lo eres, querida. Por supuesto que lo eres –le aseguró Maud.

La voz de la maga sonó afectada y joven.

–Y yo… le dije que la *cuidaría*.

Alan se percató de que no se había movido desde que habían leído la carta. Estaba apoyado con fuerza sobre la mesa y una de sus manos estaba entumecida y hormigueaba, así que se reclinó en la silla y la sacudió. La culpa de Violet era como un manto sobre sus propios hombros. Él había obligado a Casa Spinet a revelar sus secretos y… si no hubiera ayudado a tender la trampa en El Barril, si no se hubieran visto obligados a huir así…

–Iré a Londres –dijo Adelaide–. Mañana. –Todos la miraron. Ella se encogió de hombros–. Hawthorn tiene razón. Están buscando una excusa para quitarnos del medio antes de la gala. Yo no tengo magia y no podré ayudar mucho durante la noche. Disfrázame, envíame de vuelta y yo actuaré en tu nombre, Violet.

Esta se limpió el rostro con una manga de encaje. Parecía desgarrada por dentro.

–Será un lío de los grandes, Addy.

–Soy muy buena con los líos.

Nadie discutió con eso.

–Addy, puede que quieran atrapar más que nada a Edwin y a Violet, pero saben que tú también estás involucrada –señaló Robin.

–Les deseo suerte a quienes intenten irrumpir en casa de mis padres –respondió Adelaide–. Y mi abuelo es aún mejor que Robin y Hawthorn para imponerse en cualquier situación, y ha pasado media vida peleándose con abogados de herencias. –Vaciló un momento, luego añadió–: Y no solo eso… Mira, Kitty está a punto de dar a luz, y le prometí que intentaría estar ahí.

Eso hizo que Alan pensara en Bella y Caro.

–¿Estás segura, Addy? –preguntó Edwin.

–Lo estoy.

–Gracias –dijo Violet y se liberó de Maud para abrazar a la mujer por los hombros–. Eso es… Gracias.

Entonces, la joven escribió una carta nombrando a Adelaide como su apoderada, Jack firmó como testigo, y luego hicieron algo mágico con un sello de cera y un mechón del cabello de Violet, que al parecer probaría que Adelaide estaba autorizada a actuar en nombre de Casa Spinet.

El día no mejoró mucho desde allí. Los ánimos oscilaron entre ira y desesperanza. Edwin perdió la paciencia consigo mismo varias veces mientras trabajaba en un hechizo complejo para transferir las propiedades del último juramento al Roble de la Dama. Jack les ofreció a todos un resumen breve y deprimente de las intenciones y amenazas de George, y luego se fue al pueblo a reunirse con el administrador de la finca Hawthorn.

Alan se encerró en su habitación y escribió un cuento oscuro y fantástico, incluso para sus propios estándares: un ocultista que invocaba a un demonio para obtener riquezas infinitas, pero no

lograba controlarlo y acababa convertido en el juguete sexual del demonio. Había sangre en la historia y fuego y la sensación de un castigo del que no se podía escapar. Esperaba que el dolor y el miedo del ocultista se transformaran en deseo abrasador bajo su pluma, que el narrador se perdiera en la libertad del placer, pero la historia se resistía.

Al final, irritado y desconcertado, dejó la pluma.

La voz de Jack resonaba en su cabeza: "Me usaste como vara para autoflagelarte".

Soltó una maldición entre dientes y arrancó las páginas de su cuaderno para romperlas en pedazos pequeños. Escribía los cuentos del romano por placer y por dinero, y sí, a veces para desahogar su frustración, pero siempre desde el hambre, no desde el dolor real.

Estaba allí. Haría lo que hiciera falta para tener venganza, por él, por Spinet y por todos los demás. Eso era todo lo que podía hacer en ese momento.

Después de una cena temprana y cargada de tensión, quedó claro que todos estaban a punto de desaparecer en distintos rincones de la casa o dar el día por terminado e irse a la cama. Pero lady Cheetham los reunió a todos en el salón más grande, incluida lady Dufay, que no había comido más que un enorme plato de carne poco hecha, bañada en rábano picante. No estaba claro si les daría una charla reconfortante, una lección sobre buenos modales o si propondría un juego de salón exasperante diseñado para animarlos. El mayordomo, Blake, entró con una bandeja: una botella oscura y abombada con un tapón de corcho y un juego de copas de cristal no más grandes que hueveras. La dejó sobre una mesita junto a la

mano de lady Cheetham y fue despedido con una inclinación de cabeza.

–Polly. –Jack estaba tendido con las piernas largas despatarradas en su sillón habitual, como una araña mojada que alguien hubiera dejado allí a secar–. ¿Estás segura de que esto es buena idea?

Tal vez iban a emborracharse con licor costoso. El interés de Alan aumentó.

–Todos están al borde del colapso, y Violet ha recibido noticias horribles –comenzó lady Cheetham con calma mientras retiraba el tapón de corcho–. Y en tres días, mi sobrino asesino intentará hacerse con el poder político y mágico en mis propias tierras. Esos problemas seguirán ahí por la mañana. Ninguno de nosotros montará a caballo ni tomará decisiones financieras importantes, así que esta noche vamos a *disfrutar*, aunque sea unas pocas horas.

–¿Qué tan fuerte es esta bebida? –preguntó Robin, mirando de reojo a Maud. Lady Cheetham sirvió la primera copa. El líquido era de un amarillo verdoso pálido.

–Es vino de prímula y no es fuerte en absoluto. Es la magia infundida en las prímulas antes de la maceración lo que tiene efecto. Tradicionalmente, se paga la bebida con una verdad –añadió, alzando la copa–. ¿Quién quiere empezar?

–¿El vino puede saber si estás mintiendo? –quiso saber Alan, cauteloso. Había tomado el enorme reposapiés acolchado que hacía juego con el sillón de Jack como asiento.

–Sistema de honor –respondió Jack–. Todos ofrecen su verdad primero, luego beben.

–Fascinante –comentó lady Dufay. Había aceptado cambiar sus abrigos por una enorme bata azul y café acolchada que había sido

de lord Cheetham cuando estaba dentro. Se negaba a abandonar sus botas desgastadas–. Es una versión de una de las ceremonias de derecho de huésped. El vino élfico te *envenenaría* si mintieras sobre no querer dañar a tus anfitriones. –Extendió un brazo imperioso con una mano delgada al final–. Hay ratones en la cabaña. Verdad.

–Mis disculpas, Phyllis –dijo lady Cheetham mientras le entregaba la copa–. Puedo pedir que los jardineros lancen hechizos de protección. O poner trampas si lo prefieres.

–No es necesario. No me molestan.

–¡Yo sigo! –exclamó Maud–. Violet, querida, he perdido ese brazalete con turquesas y oro. Sabes que soy propensa a perder las cosas. He buscado y *buscado*, pero creo que debemos asumir que no lo volveremos a ver.

Recibió su copa con una sonrisa triunfal.

La mayoría de las verdades fueron de ese estilo: cosas pequeñas, confesiones leves, recompensadas con una copa de vino de prímula. Alan entendía por qué. Ese día había dejado sus emociones a flor de piel. Cualquier cosa punzante o personal podría abrir una herida por la que se derramara demasiado.

Alan pensó con cuidado y dijo:

–Escribo ficción además de periodismo, bajo un pseudónimo.

–Qué misterioso –comentó lady Cheetham con un brillo de aprobación en los ojos–. ¿Algo que pueda haber leído?

–No creo conocerla lo suficiente como para decirlo, mi lady –respondió sin mirar a Jack y tomó su copa. El cristal era más pesado de lo que la delicadeza de la copa sugería.

Lady Cheetham miró la bandeja. Solo quedaban dos copas.

–¿Quién falta?

–Yo –dijo Adelaide. Se puso de pie, con los hombros erguidos; podría haber estado a punto de recitar un poema. En lugar de eso, caminó hacia donde estaba sentado Robin, con Edwin encaramado en el brazo del sillón–. Ustedes dos deben tener *cuidado*. Mis padres esperan una boda, Robin, y si no la tienen, tú lo pagarás. Dicho esto… –Miró a Edwin a los ojos–. Esta es mi verdad: si te matas, romperé el compromiso.

Robin era la imagen del asombro, y Edwin estaba peor.

–¿Qué? –preguntó con debilidad–. No. No lo harías.

–Trae una de tus velas de la verdad y ponme a prueba –lo retó ella–. No soy una muñeca ni una mascota para que me dejes como consuelo si decides martirizarte. No puedes usarme como un *seguro*.

Edwin aferró su copa como si fuera un salvavidas. Por alguna razón, miró al lord.

–Sin mencionar cómo nos sentiríamos los demás si murieras –agregó la mujer–. Cómo podría sentirme *yo*… –Respiró hondo. Edwin ya estaba boquiabierto, de forma poco favorecedora–. Voy a abrazarte –le informó Adelaide, en la que Robin llamaba su voz de hija del maharajá–. No lo haré si dices que no.

Tras un momento, Edwin asintió, incluso se levantó del brazo del sillón y le dio su copa de vino a Robin. Parecía prepararse para un golpe, pero Adelaide solo dijo: "Muy bien", y lo envolvió en un abrazo. El rostro del mago quedó oculto entre el cabello de ella, y sus manos temblaban sobre la espalda de la mujer.

Alan no sabía hacia dónde mirar, pues era un momento privado, pero había una razón por la que ella lo había hecho en público: todos eran testigos de una promesa.

Adelaide se apartó de los brazos de Edwin, se alisó el cabello, le dirigió a Robin una sonrisa temblorosa y fue a recoger su copa de vino.

Lady Cheetham parecía sorprendida, pero se recuperó con aplomo.

–Y *mi* verdad es que nunca he tenido un grupo de huéspedes tan encantador como este, a pesar de las circunstancias.

Se sirvió vino y alzó su copa, vivaz y traviesa como si las décadas hubieran caído de sus hombros. Alan pensó en lo que Jack había dicho sobre su soledad.

–Salud.

El vino bajó por su garganta, le provocó dulzura y la sensación de salir al jardín y respirar aire fresco. La dulzura era inquieta, descendió por su cuerpo, calentándolo, y Alan sintió que un nudo de tensión entre los omóplatos se derretía como cera alrededor de una mecha.

–¿Está haciéndote efecto, maestro desviador? –preguntó Jack.

–Algo está haciendo. –Alan sonrió–. ¿Se supone que debe sentirse aún *mejor* que esto? –Había esperado que todo se volviera borroso, que sus pensamientos se ralentizaran, pero se sentía tan ágil como siempre. Los colores de la sala eran más vivos y todo el cansancio y la tensión del día desaparecían de él–. Te reto a correr hasta ese maldito roble –sugirió, con una sonrisa desafiante hacia el hombre, quien echó la cabeza hacia atrás y se rio. Una risa larga, verdadera, rica, diferente a las carcajadas breves que Alan le conocía. Parecía contagiosa, porque Maud también empezó a reír.

Alan, que había tomado solo la mitad de su copa al principio, se bebió la otra mitad e intentó volverse poroso, como lo había hecho

con las ilusiones de Violet. Dejar que lo penetrara, que la magia hiciera su trabajo. Resultaba mucho más fácil cuando estaba relajado, sin recelo ni tensión por forzar las cosas. Se preguntó si era el efecto de ese primer trago, desviador o no.

Probó su teoría con Edwin, que tenía un brazo extendido sobre el respaldo del sofá de Robin y un poco de color en las mejillas. Robin tenía la otra mano del mago entre las suyas y le trazaba líneas en la palma con un dedo, como si practicara un nuevo tipo de quiromancia.

–Tiene sentido –dijo Edwin–. Espera, quédate quieto.

Retiró la mano, formó un hechizo sin cordel y le lanzó frío a Alan, que lo atrapó como si fuera una bola de nieve. El frío le pinchó la piel, pero no le importó. Fue como una deliciosa zambullida en un baño fresco en un día de calor.

–Vete al diablo –rio Alan.

Maud también seguía riéndose. Violet había creado una pequeña arca de ilusiones hermosas en forma de animales exóticos y los hacía desfilar por las rodillas de la joven. Lady Dufay parecía estar contándole una historia enrevesada a lady Cheetham y apenas se detenía a tomar aire, y lady Cheetham se sacudía de risa en silencio al escucharla. Adelaide estaba acurrucada en un rincón de un diván, sacándose horquillas del espeso cabello negro y acariciándolo con dedos soñadores, completamente feliz en su propia compañía. Alan pensó en lo que había dicho sobre el matrimonio: que le daría las cosas que quería, sin las que no quería.

Y Jack, Jack seguía mirándolo y esos ojos fueron tan efectivos como si lo llamara con un dedo. El cuerpo de Alan, permeable por el vino, se llenó de deseo. Quería sentir la mano del barón aferrando

su cabello o tan solo los dedos pasando una y otra vez por su cuero cabelludo. Así debían sentirse los gatos. No era de extrañar que se restregaran contra las piernas de las personas. Él haría lo mismo: se dejaría caer al suelo, justo allí.

No. Desvió la mirada y se obligó a elevarse por encima del efecto del vino. No era *tan* descarado, y se rio de sí mismo por haberlo pensado. Todo parecía digno de risa.

Lady Cheetham golpeó su copa vacía contra la botella oscura hasta que tuvo la atención de todos.

–Y ahora, una partida de lady Macbeth.

Edwin gimió.

–Odiaba ese juego. Los mellizos siempre ganaban.

–Seguro que nos encantará jugar –dijo Robin–. ¿De qué se trata con exactitud?

–Lady Macbeth. ¡Suena muy dramático! –exclamó Maud.

–Es en honor a una gallina. Es una búsqueda del tesoro –explicó Jack.

Las explicaciones siguieron entre risas generales. Lady Macbeth había sido la campeona ponedora de los jardines de la cocina cuando Jack y Elsie eran muy pequeños. Su niñera de entonces, que necesitaba juegos cada vez más elaborados y agotadores para cansar a los hermanos, había tomado unas plumas caídas de la gallina, las había escondido y había puesto a los dos a competir para encontrarlas.

Para cuando invitaron a Edwin a jugar como visitante, el juego se había convertido en una tradición familiar implacable, que implicaba una lista de posibles objetos a encontrar. Lady Cheetham lanzó un hechizo que escribió una copia de la lista de esa noche en letras

diminutas sobre el dorso de cada mano. Alan entrecerró los ojos para leer. "Algo rojo". "Algo completamente inútil". Y así de forma sucesiva.

Los puntos serían otorgados por la anfitriona por resoluciones creativas o graciosas de las pistas. Encontrar una de las tres plumas blancas, que podían estar en cualquier lugar de la mansión ("O en los jardines, dentro del radio hasta el que sus luces guía los acompañen", dijo lady Cheetham), valía cien puntos.

–Elsie esperaba hasta que estuvieras volviendo y entonces te hacía tropezar con un hechizo y te robaba –rememoró Edwin, sonriente.

–No hay reglas contra eso –agregó Jack. También había un rastro de sonrisa en su rostro–. De hecho, hay muy pocas reglas. ¿Equipos, Polly?

–Elijan a sus compañeros –respondió lady Cheetham con generosidad–. Me aseguré de que no necesitarán magia para encontrar las plumas.

Los Blyth eligieron a sus parejas de forma predecible. Alan, tambaleándose al borde de otra carcajada, intentó convencerse de que sería menos probable que tomara decisiones imprudentes, como empujar a lord Hawthorn a la despensa y exigirle que lo desnudara allí mismo, si se unía a Adelaide, pero mientras dudaba, ella ya se había emparejado con lady Dufay, y…

–Parece que eres mío, Cesare. –La mano de Jack apareció extendida frente a él.

Alan desechó las últimas reservas y dejó que Jack lo ayudara a levantarse. El calor de la mano ardió sobre su piel, y lo miró con aire de reproche.

–¿Cuándo se me va a pasar el efecto del vino? ¿Cuánto tiempo voy a sentirme así?

–El tiempo suficiente para ganar –respondió Jack–. Vamos. Los demás ya nos llevan ventaja. Podemos tener esa carrera hasta el Roble de la Dama después de todo. Veamos si las luces llegan tan lejos.

–¿Cómo está tu pierna hoy? –preguntó Alan con inocencia.

–Ya lo veremos –dijo el otro con una sonrisa.

Aún le sostenía la mano y la usó para arrastrarlo con él hacia la puerta. En cuanto salieron de la habitación, las esferas luminosas de sus luces guía aparecieron sobre sus hombros, listas para ayudarlos a explorar en la oscuridad.

Un cuarto de hora más tarde, Alan no sabía si el vino de prímula seguía haciendo efecto, pero no tenía la menor importancia. Era una noche cálida y, cuando salieron, una medialuna regordeta les sonreía detrás de las nubes. A pesar de jadear de tanto correr y reír, aún sentía que podría seguir así hasta que saliera el sol. Y lo que había entre él y Jack, que hervía a fuego lento, empezaba a borbotear, lanzando gotas ardientes cada vez que sus miradas se encontraban, cada vez que la risa del lord se colaba en sus venas, con cada mínima discusión que sabía a dientes arañando gloriosamente la piel.

Alan deseaba a Jack con tanta intensidad que sentía los huesos en llamas. Estaba listo para que la olla se desbordara. Cualquier cosa podría pasar cuando ese juego terminara.

Tras una hora entera, habían encontrado una de las tres plumas, escondida casi fuera de la vista entre las tablas del suelo del ático, y

llevaban en los bolsillos un montón de objetos para cumplir los distintos desafíos de la lista.

Se encontraban en las bodegas largas y estrechas de Cheetham Hall, Jack sacaba botellas para mirar detrás de ellas y se reía mientras Alan señalaba que su sombra era la solución perfecta para "algo más alto que el más alto de ustedes". Alan se miró la mano, esperando que la lista brillara en rojo y desapareciera (la señal de que el juego había terminado) y entonces oyó que alguien gritaba:

–¡Hawthorn!

Tanto él como Jack levantaron la vista. Maud y Violet estaban en la entrada de la bodega y se apresuraban hacia ellos, con las luces guía rebotando con delicadeza a su alrededor.

–Podría ser una emboscada –señaló Alan–. Tú les pegas con un palo y yo escapo con el botín.

–¿Dónde están esos instintos de ladrón, Cesare? –replicó Jack–. Yo las distraeré y tú les robas de los bolsillos.

–Trato hecho.

–Hawthorn, por fin –dijo Maud al llegar. Parecía agitada y se sujetaba las costillas–. Ay, cielos. Violet, no puedo. Yo… –Y rompió en carcajadas, entre las cuales logró murmurar una disculpa.

–Maud encontró un fantasma –explicó Violet. En la penumbra de la bodega, la luz guía hacía que su cabello adquiriera el tono del vino de primavera–. Estábamos rodeando la huerta, había una verja y no estaba cerrada con llave, así que entramos a buscar una pluma allí, y la voz de Maud cambió…

–¿Crees que un fantasma contaría como algo inútil? –La joven volvió a reír, con un matiz histérico y sin aliento–. Pero nosotras… Ella…

–Creemos que es lady Elsie –se apresuró a decir Violet–. No. Estoy segura. Hawthorn, tu hermana está acechando esta casa.





CAPÍTULO 25

La botella que Jack estaba tocando se hizo añicos. No fue un estallido ruidoso ni violento, el vidrio solo se quebró, como si hubiera tenido líneas talladas y debilitadas. El líquido se deslizó entre los fragmentos de la botella, atravesó la rejilla de madera, las muchas botellas polvorientas debajo y comenzó a filtrarse hacia el suelo.

Se miró las yemas de los dedos: dos gotas de vino tinto descansaban allí, como si alguien lo hubiera pinchado con una aguja.

Las palabras de Violet corrían dentro de él como piedras en el agua y él intentaba perseguirlas.

El corazón le latía con firmeza en el pecho, y deseaba que explotara. Quería reír. Quería arrancar todos los árboles del terreno, exponer sus raíces y dejarlos desnudos y doloridos.

"Tu hermana".

–¿Hawthorn? –dijo Maud–. Yo… Si quieres hablar con ella, puedo…

–*Cállate* –respondió con fiereza. Alzó la vista–. No puedo con esto esta noche.

Maud empezó a decir algo más. También Violet. Alan permanecía en silencio e inmóvil, con la mano apretada sobre el bolsillo que guardaba la pluma que habían encontrado. Algo en Jack se estremeció con una desesperación absoluta, e incluso esa desesperación fue más ligera de lo que debería haber sido. Debería haber sentido más.

–No –sentenció Jack. No a todos ellos, a todo eso–. Mañana.

Salió solo de la bodega, subió solo a su habitación y se desvistió con los dedos entumecidos. La lista en su mano brilló y se desvaneció. Su luz guía se acomodó en su soporte y llenó la habitación de sombras, y Jack permaneció despierto en la cama, donde su euforia primaveral peleaba una guerra indescriptible con el resto de sus emociones. Las cortinas temblaban al ritmo de su corazón. El aire de la habitación presionaba su rostro. Sus oídos zumbaban con el silencio. Finalmente, el efecto del vino se fue disipando y dejando la sensación de cansancio y pesadez de estar tendido con pereza bajo el sol, sobre el césped, tras un pícnic copioso. Incluso el descenso del preciado vino de primavera de Polly era agradable.

De todas formas, permaneció tumbado, pensando en su hermana y en el año previo a su muerte, hasta que cayó en un sueño inquieto antes del amanecer. Nadie lo molestó. Nadie lo despertó para desayunar ni llamó con una bandeja. Para cuando despertó, llamó a Oliver, se afeitó, se vistió y bajó las escaleras. Adelaide ya se había ido camino a Londres para encargarse de las cenizas, físicas y figuradas, de Casa Spinet.

Quedaban dos días para la gala del equinoccio y todos sus problemas *seguían* ahí, pese a las horas de felicidad breve y simple que Polly les había regalado.

Y la hermana muerta de Jack podría ser un fantasma. Podría haber sido un fantasma todos esos años. No podía creer no haber considerado esa posibilidad antes.

Escapaste, siseó la voz de su vergüenza. *Huiste de la casa, de la tierra y de la magia. Huiste de su fantasma desde el principio,*

incluso antes de saber que tal vez podría hablar.

Reunió todas las fuerzas que tenía para ir a hablar con su madre.

–Es tu decisión –dijo lady Cheetham de inmediato.

Jack se tragó el deseo injusto de que ella tomara la decisión por él. La habría resentido para siempre si lo hubiera intentado.

–Aun así, dime lo que tú quieres, Polly.

La mujer guardó silencio. Estaban en el invernadero, bañado por una luz suave; era un día nublado pero no húmedo, y no había señales de que tuvieran que convocar magos para alejar la lluvia.

–Creo que un fantasma no puede tener un amarre de silencio –dijo ella por fin–. Las maldiciones terminan con la muerte, y un amarre es una maldición. Quiero saber qué es eso que no puedes contarme, Jack, sobre lo que mi hermano les hizo a los dos. –Hablaba con la tensión de quien camina por la cuerda floja sabiendo el precio de una caída–. Pero no *necesito* saberlo. Eso no cambiará el pasado ni la traerá de vuelta. Y parte de mí tiene miedo de saber con exactitud de qué no he sabido proteger a mi niña. –Su voz se quebró al final, cargada por las lágrimas.

–No. Nada de esto tuvo que ver contigo –aseguró él con aspereza.

–Tonterías. Yo era su madre –respondió lady Cheetham y le apretó la mano una vez–. Solo tú sabes lo que quieres y lo que necesitas. Lo dejo en tus manos. Lo siento.

Jack podía oír voces en otras partes de la casa, pero no estaba listo para ver a nadie más, así que salió por la despensa del guardabosques al día ventoso y dejó que sus pies lo llevaran hasta la verja cerrada en la muralla de piedra gris, tras la cual su hermana melliza había caído a la muerte.

Se quedó de pie frente a la verja casi un minuto, luchando por respirar. Luego se dio la vuelta y fue hacia las colmenas. Se detuvo frente a ellas, con los ojos cerrados, balanceándose un poco sobre el césped irregular. El subir y bajar del zumbido era como olas pequeñas rompiendo sobre rocas en la costa, llevándose lo peor de su miedo.

–No sé qué hacer –dijo en voz alta y volteó al escuchar el crujir de una rama tras él. Alan estaba allí, una silueta oscura contra el césped verde, con los rizos alborotados por el viento. Llevaba un chaleco rojo oscuro que Jack no había usado desde que tenía catorce años–. ¿Ahora me estás siguiendo? –espetó.

–Sí –respondió Alan–. Supuse que estarías de ánimos para pelearte con cualquiera que se te acercara, y al menos yo podría disfrutarlo.

No tenía ninguna respuesta que no le diera la razón, así que no dijo nada mientras el joven se acercaba hasta pararse a su lado, con las manos a la espalda, observando las colmenas con curiosidad.

–¿Te responden? O, bueno… Al diablo, ya no sé nada. Ya no doy nada por sentado en este sitio.

–No, no responden. Les hablas, les cuentas tus novedades. A Elsie y a mí nos presentaron a las abejas apenas nacimos.

–Ah. –Alan se alejó con cautela cuando una abeja se acercó a su rostro–. Preséntame, entonces.

De algún modo, fue justo lo que debía decirse. Jack hizo una leve reverencia hacia las colmenas, y Alan lo imitó, un segundo después.

–Colmenas y reinas de Cheetham Hall, este es Alanzo Cesare Rossi, la desgracia de mi vida.

–Encantado –dijo Alan, con el ademán de quitarse un sombrero que no llevaba–. Disculpen los modales espantosos de su amo. "Desgracia". A este paso, me picarán hasta matarme.

–Están conectadas con la tierra. Saben a quienes considero mis verdaderos enemigos.

Los hombros del joven se relajaron, y permitió que una abeja caminara por su pantalón sin apartarla.

–¿Quieres hablar de ello? –preguntó entonces, de forma abrupta.

Jack no quería hablar en realidad, pero *no* hacerlo tampoco hubiera servido de mucho.

–¿Qué harías tú en mi lugar? ¿Aceptarías la oferta de Maud?

–Yo no estoy en tu lugar y nunca lo estaré. Pero daría cualquier cosa por volver a hablar con mi padre.

–¿Cómo murió?

–Neumonía.

–¿Fue rápido? –Una sombra de hostilidad atravesó el rostro de Alan y fue casi un alivio ver algo tan familiar.

–Bastante.

–El fantasma de la señora Navenby era ella misma al momento de su muerte. Tenía los mismos recuerdos, la misma personalidad –explicó Jack. Una vez que empezó a hablar, sus dudas volaron como platos al aire. Y le disparó a uno por vez–. Y su muerte fue repentina, por obra de magia. No tienes idea de cómo era Elsie antes de morir. Había luchado tanto contra el dolor que apenas quedaba algo de ella. La señora Navenby dijo que existir como fantasma, sin un médium, era como estar dormido. ¿Y si la despertamos y sigue sintiendo el mismo dolor que antes y soy *yo* quien la obliga a atravesarlo?

–¿Y si Maud puede darle una voz, cuando de otro modo nunca la hubiera tenido?

Ese no era un simple plato al aire. La voz de Jack se volvió plana como una lámina de metal.

–No intentes manipularme. No *supongas* nada. Tú no conociste a mi hermana, no sabes lo que ella querría.

–Tú tampoco hasta que se lo *preguntes* –replicó Alan.

–¿Y a ti qué te importa? –gruñó. Un grito resonaba en su cabeza. Durante casi un año se había dejado arrastrar de nuevo a la magia, de vuelta a ese mundo y, de pronto, deseaba haber echado a Robin y Edwin de su casa antes de que pudieran siquiera mostrarle una maldición–. ¿Qué ganas *tú* con esto, Alan Ross? ¿En qué te beneficiaría esto? Tiene que haber algo. Dijiste que te gustaría verme políticamente de rodillas. ¿Así que estás haciendo todo lo posible por llevarme hasta allí, es eso?

Silencio. Incluso el zumbido de las abejas parecía más suave que antes.

¡Lucha!, gritaba esa voz que quería estallar dentro de Jack. *Dijiste que lo disfrutarías. ¡Pelea conmigo!* Podía ver el ánimo de pelea en las arrugas que se profundizaron en la nariz de Alan, en la elevación de su mentón afilado, y lo deseaba con ansias.

Lo vio elevarse. Y lo vio desvanecerse.

–Vete al diablo –dijo Alan en voz baja y se marchó.

Jack aguantó un día más antes de quebrarse.

No fue una conversación el desencadenante, pues todos lo evitaban; Alan debió haberlos advertido. O quizás pensaban, con razón, que, si había conseguido que incluso Alan se marchara

enfadado, nadie más tenía esperanzas de lograr un intercambio civilizado. Aceptó ese silencio relativo con alivio; así había pasado la última década de su vida, al fin y al cabo: conforme con su propia compañía, feliz de tener un amplio círculo de colegas y conocidos no magos, pero manteniéndose alejado de la intimidad abrasiva de la familia.

Comía solo y daba cabalgatas largas para inspeccionar las zonas Hawthorn de la finca o caminatas que evitaban la ruta que tomaba su madre.

Se sentía como un tronco hueco. Si alguien lo golpeaba, resonaría de dolor. Al regresar de una de esas caminatas, vio a Edwin y Violet, de pie bajo el Roble de la Dama con Dufay y lady Cheetham. La gala tendría lugar al día siguiente.

Se frotó la mandíbula con frustración. Su ira estaba casi agotada, y el pragmatismo heredado comenzaba a llenar ese vacío. Los demás lo habían estado consintiendo, dándole tiempo, y ese tiempo se había terminado. Edwin lo necesitaría en la gala. Su madre lo necesitaría. Y no había forma de saber cómo se vería el mundo de la magia británica o sus vidas después de eso.

La visita de George había removido algo dentro de él, y el espacio que le habían dado le había permitido a ese algo asentarse, estar listo para ser examinado. Como su primo, Jack había crecido pensando en su magia como algo merecido, mucho más incluso que su título o su riqueza, cosas que, con el tiempo, sus ideas políticas lo habían llevado a aceptar como representativas de una falla fundamental en cualquier sociedad que afirmara respetar la humanidad y el bienestar de todos sus miembros.

Había creído que la magia (su magia fuerte, maravillosa, salvaje) era su derecho absoluto de nacimiento. Por eso se había enfadado tanto cuando se la habían arrebatado. Pero tal vez nadie merecía heredar ese poder. En especial si no podían demostrar que sabían usarlo bien. "Mía para cuidar y sanar". Ese era el pacto antiguo, pero se había reducido hasta esconderse en palabras que solo los terratenientes pronunciaban.

Alan de seguro tendría algo que decir sobre eso.

Y si Jack iba a aceptar el último juramento en esa tierra en una nueva forma, si aceptaba heredar más que el título de Cheetham, entonces, debía aceptar cada parte de su pasado por completo. Y trabajar, como lo habían hecho sus padres, hacia el perdón.

Su siguiente paso se sintió más liviano.

Volvió a la finca y encontró a Maud.

–Sí. Quiero hablar con ella si puedes hacerlo posible.

Si se hubiera tratado de hablar de forma directa con un fantasma, sin un médium humano de por medio, Jack tal vez habría estado tentado a hacerlo solo. O al menos solo con su madre presente. Pero pedirle a Maud que guardara secretos de Violet y de Robin, que se quedara sin nadie con quien hablar sobre lo que pudiera pasar, era demasiado injusto. Todos estaban a punto de ver ese asunto llegar a su final, merecían saber cómo había comenzado.

Ya se habían impuesto suficientes secretos, suficiente silencio, alrededor de todo aquello.

El muro de piedra alto rodeaba un área cuadrada de césped bien cuidado, rodeado por todos sus lados por una estrecha franja de rosales bajos. En el centro del césped había un gran columpio de madera, que Jack reconoció que había sido trasladado desde su

antigua ubicación junto al arroyo que recorría el límite sur de la finca. Uno de los lugares favoritos para merodear de Elsie.

La palabra lo hizo estremecer.

No había otros asientos, así que todos se sentaron sobre el césped sin decir nada. Todos menos Jack y lady Cheetham, que permanecieron de pie, y Maud, que caminó sin preámbulos a sentarse en el borde del columpio. Era mucho más baja de lo que había sido Elsie. Sus pies apenas rozaban la hierba.

–Esto fue lo que hice la última vez. –Su firmeza era una cuerda en medio de la tormenta de anticipación de Jack–. Y entonces la sentí. A ella, quiero decir. Me sorprendió –agregó con tono de disculpa–. Estar poseída de nuevo, me recordó demasiado al cementerio, así que no lo pensé, la rechacé y salimos corriendo. –El peso de Maud hacía oscilar levemente el columpio–. Lo siento. Estoy aquí ahora –dijo al aire.

Nada. No sucedió nada durante el tiempo suficiente para que la tensión de Jack comenzara a convertirse en decepción. Tal vez todo había sido un engaño del vino de prímula. Tal vez Violet se había equivocado.

Y entonces los hombros de Maud se sacudieron como si tuviera hipo, y se miró las manos con brusquedad. Se sacudió de repente y casi pierde el equilibrio al plantar los pies sobre el asiento y levantarse. Se sujetó de la barra superior para sostenerse y pareció sorprendida de apenas poder alcanzarla. Permaneció allí, montando el vaivén del columpio, acompañada por el chirrido de las cadenas, que retumbaba con fuerza en el silencio.

El corazón de Jack se encogió. Su madre se había quedado inmóvil por completo a su lado.

–*No tienes por qué disculparte* –comenzó el fantasma en Maud. Su voz era vacilante y casi un susurro áspero–. *Me atrevo a decir que yo me asusté el doble que tú.*

Y luego miró a Jack.

El nombre se ahogó en la garganta de él. Hubiera salido como una pregunta, pero no había duda alguna. Conocía esa sonrisa, súbita como una crecida de verano, aun cuando la veía en la boca de otra joven. Se encontró incapaz de decir nada.

Como siempre, su hermana Elsie no tenía ese problema.

–*Ah.* –La añoranza que había en su voz se transformó de inmediato en una nota de alivio abrumador–. *Vives. Me alegra mucho.* –Una pausa–. *Qué pena que parezcas la parte trasera de un camello. ¿Qué te pateó la nariz y por qué te lo merecías?*

La risa de Jack fue como escupir sangre.

–Tú no puedes hablar. Tienes el rostro de otra persona.

–Jack –chistó lady Cheetham, luego se llevó una mano a la boca porque también se echó a reír.

–Se llama Maud –le contó Jack–. La médium. Es… una amiga.

Elsie vaciló.

–*¿Cuánto… tiempo ha pasado?*

–Dieciséis años. –Jack ya se había preparado para eso.

Elsie miró a su hermano y a su madre, y el rostro de Maud se tensó.

–*¿Y padre…?*

–Está bien –se apresuró a responder lady Cheetham–. Todos estamos bien, cariño.

Distraída, Elsie descentró un poco los pies y flexionó las rodillas para mantener el columpio en movimiento. Miró en silencio a las

demás personas sentadas en el césped y se detuvo apenas un instante en Edwin, con un parpadeo casi de reconocimiento. El rostro de Maud se volvió difuso por unos segundos, pero era Elsie de nuevo cuando volvió a mirar a Jack. Se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja, en un gesto que significaba que Elsie quería escapar de una conversación difícil que ella misma había provocado. A Jack le dolía el corazón al verla.

–*Deja de mirarme, tonto* –murmuró–. *No creí que volvería a verte. Me parecía mejor así. No quería tener que… disculparme por haberme ido*.

–No me sorprende. Siempre odiaste disculparte.

–*Ah, mira quien lo dice.* –Le sacó la lengua, y Jack se sintió muy joven y muy viejo al mismo tiempo.

–Nunca tienes que disculparte con nosotros –aseguró lady Cheetham, pero una de las manos de Maud se alzó de prisa.

–Soy yo –dijo Maud–. La pierdo. Es mucho menos firme que la señora Navenby. Creo que requiere demasiado esfuerzo mantener el vínculo en mí.

–*Sí* –afirmó Elsie. Su voz era más débil otra vez–. *Es como trepar por un poste engrasado. Lo siento, madre. Jack. Estoy muy cansada…*

–¿Duele? –A Jack se le subió el mundo a la garganta.

Elsie cerró los ojos y respiró hondo, como si estuviera llenándose los pulmones con la belleza de la tarde.

–*No* –respondió–. *Nada duele. Y es un tipo de cansancio diferente al de antes. Esto es como estar lo bastante cerca de dormirse como para no sentir la forma del cuerpo, pero no poder despertar más. No puedo sentir estos dedos aunque los mueva.*

–Te dejaremos dormir –dijo Jack, aunque lo único que deseaba era hacer lo contrario. Quedarse allí para siempre y hablar, hablar, hablar–. Pero antes… ¿le contarás a madre, a todos, lo que pasó bajo el roble? No te aburriré con la historia –añadió, refugiándose en la ironía–, pero George planea volver a intentar combinar el poder de otros magos para sí mismo.

La expresión de Elsie se oscureció. Se llevó una mano a la boca en forma de O silenciosa, señal de comprensión, no de maldición. No había amarre. No más silencio.

–*Y lo detendrás.* –No fue una pregunta.

–Sí –afirmó Edwin. Ella giró bruscamente la cabeza para mirarlo–. Elsie, si puedes contarnos *con exactitud* qué intentaron hacer y cómo se sintió… Cualquier cosa podría ayudarnos a estas alturas.

Ella volvió a mirar a Jack. Él asintió.

Así que Elsie se los contó. Al final, se perdía, como había dicho Maud, con más frecuencia y durante más tiempo; le resultaba difícil mantener el control de la mente de la médium. De todas formas, explicó con franqueza lo que John y George habían hecho, cómo les habían pedido a los mellizos que mezclaran su magia y luego habían intentado usar su sangre compartida para extraerla. Y lo que *ella* había hecho al sentir que la magia se retorcía y se descontrolaba, al escuchar a Jack gritar y entrar en pánico. Había recogido toda esa magia dentro de sí misma y hecho que Cheetham Hall la ayudara a contenerla allí, como una presa construida a toda prisa.

Jack no podía decir lo que quería decir. Tenía la lengua pesada en la boca aun cuando lo escuchaba relatado por otra persona. Pero, antes de pensarlo demasiado, consiguió levantar la mano y realizar una seña de su antiguo lenguaje privado: una petición de *compartir*.

Elsie lo entendió. Por supuesto.

–*Sí, quería compartirse* –dijo la voz que ya estaba desvaneciéndose–. *Intentaba salir, Jack, volver a ti. Pero cada vez estaba peor*. –Los dientes de Maud se apretaron en un gesto breve de dolor–. *Al final era tan malo, tan lejano a lo que la magia debería ser, que estoy segura de que el impacto de absorberla te hubiera matado.*

–Te mató a *ti* –logró decir Jack. Estaba furioso con ella, una furia desesperada, y a la vez muy feliz de tener aunque fuera esa parte de su hermana con la que estar furioso. Recordaba el abandono desconcertante que había sentido en los últimos meses de su vida, cuando ella primero se había negado a dejar que él la tocara y luego le había impedido que estuviera siquiera en la habitación, de la que lo había echado gritando y lanzando cosas.

Elsie se desvaneció del rostro de Maud. Pasaron cinco latidos eternos del corazón de Jack antes de que lograra volver.

–*No.* –Solo hubo un destello de fuego, pero fuego al fin–. *Yo me maté. Me había dicho a mí misma que viviría con el dolor para siempre si eso lo mantenía lejos de ti. Pero no sé si hubiera logrado eso tampoco. No importaba. Una semana más y hubiera perdido el control. Me había vaciado por dentro. El límite era tan delgado…*

Eso era lo que él no quería: obligarla a revivirlo. El agotamiento y el esfuerzo se colaban por los bordes de su voz.

–*Era uno de los dos o los dos, Jack*. *No me arrepiento.*

Jack asintió, con la mandíbula tensa, se volvió hacia su madre y le tocó el brazo.

–¿Polly?

Su madre se secó el rostro con rapidez.

–Estoy orgullosa de ti, Elsie.

No dijo "te he echado de menos", al igual que no se lo había dicho a Jack. Les dejó abierta la puerta para que fueran ellos quienes entraran. Eso era todo.

–Te quiero –soltó Jack, antes de perder el valor.

La nariz de Maud se arrugó en una expresión final, desgarradoramente familiar.

–Uf, está bien. Yo también te quiero, tonto. Ahora, ve y arruina los planes de ese bastardo. Y luego vuelve y cuéntamelo todo.

La médium bajó con cuidado del columpio y miró ansiosa a lady Cheetham, quien le dio las gracias y luego la abrazó.

Jack pudo ver que Edwin estaba a punto de estallar con cinco teorías nuevas sobre lo que significaba que la magia se mezclara y regresara a una sola persona, sobre que alguien pidiera a su tierra que le ayudara a contenerla. Pero las entrañas de Jack acababan de quedar expuestas, todavía no estaba listo para discutirlo en términos teóricos.

También le dio las gracias a Maud, quien se ruborizó complacida, y luego volvió a su habitación, debatiéndose entre acostarse agotado o hacer flexiones durante una hora. Se sentía más liviano otra vez después de que por fin se rompiera el silencio terrible de aquella noche, de que le devolvieran a su hermana melliza, aunque fuera de esta pequeña forma, de *tenerla* allí. Tal vez no para siempre, pero poder sentarse allí y saberla en paz…

Se sentó al borde de la cama y tembló con inquietud. Tenía los ojos secos y la mente demasiado acelerada. No quería dormir, ni caminar, ni hacer nada de lo que pudiera pensar en hacer. Quería

una ilusión de Violet que dominara todos sus sentidos, tan vívida que pudiera perderse en ella y olvidarse de sí mismo.

Alguien llamó a la puerta.

–¿Qué? –preguntó con voz ronca.

–Ahora que conocí a tu madre, ya sé de *dónde* vienen tus horribles modales: de tu padre –dijo la voz de Alan–. Debe de ser el título. Te arruina. Siempre lo sospeché.

Si Maud había sido una cuerda en mitad de la tormenta, la diversión que sintió Jack en ese momento fue tan buena como un ancla. Se incorporó un poco más.

–Me niego a ser insultado a través de una puerta. Entra y dímelo a la cara.

Alan obedeció. Aún llevaba ese chaleco color vino que hacía que su tez brillara y no parecía dudar en absoluto. Tenía el aspecto de alguien que ya había tomado una decisión.

El sonido suave de la manija de la puerta encontró un listón dentro de Jack y jaló con fuerza.

–Hablaba en serio cuando dije que no me gustaba la idea de verte sufrir –comenzó Alan enseguida–. Siento si lo que dije sobre Elsie antes hizo que todo fuera más difícil para ti.

–Tenías razón. –Jack negó con la cabeza.

El joven se acercó a él, sin ninguna vacilación, y le tomó el rostro entre las manos para que levantara la vista. La última vez que eso había ocurrido, lo había seguido un beso. En esa ocasión, se sentía más como consuelo, pero aún había una promesa allí, en la cercanía de su cuerpo y la presión leve de sus uñas. En la forma en que exhaló cuando Jack le apoyó las manos pesadas en las caderas para mantenerlo en su sitio.

A plena luz del día, el cabello de Alan parecía el plumaje de un cuervo. El color café intenso de sus ojos era tan uniforme, sin una pizca gris o amarilla, que le quitaba el aliento. Esos ojos lo miraban con atención, como si lo estuvieran memorizando para capturarlo en palabras.

–¿Qué quieres, Jack?

La gente seguía haciéndole esa pregunta como si fuera fácil de responder. Alan la hizo con la sencillez de una invitación. Su mirada decía que le daría lo que quería si podía y no lo haría si no, y Jack siempre sabría la diferencia.

"Solo tú sabes lo que quieres y lo que necesitas".

Jack le presionó las caderas. El hombre frente a él era cálido, sólido, real y mucho mucho mejor que una ilusión.

–Quiero distracción –respondió con aspereza–. Quiero algo que me consuma por un rato.

–Mmm. –Alan sonrió de lado y se apartó del alcance de Jack–. Bueno. Estamos en su mansión, después de todo. Y aunque haya robado este disfraz, es evidente que no pertenezco aquí. –Fue hacia el aparador. Oliver mantenía la mayoría de las cosas de Jack guardadas con cuidado, pero allí había un estuche de viaje de cuero. Solo podía ver la nuca del joven mientras abría el estuche y revisaba su contenido–. No soy más que un ladrón. Esperaba salirme con la mía y desaparecer en la noche, pero me atrapó aquí, con sus mancuernillas más costosas en los bolsillos. –Se giró y levantó una palma abierta, en la que algo brillaba. Su acento había desmejorado, dejando atrás el tono cuidadoso que usaba en sociedad.

Su expresión decía: "¿Y bien?".

La respiración de Jack se volvió más agitada. El aire entre ambos era denso, tan cargado de potencial que no le hubiera sorprendido ver un destello de magia. Un rayo dorado.

Se puso de pie. Para cuando llegó hasta Alan y le sujetó la muñeca extendida, el joven ya había cerrado los dedos sobre su "botín". Jack intentó, sin mucha delicadeza, abrirle la mano.

–No tiene sentido resistirte. Ya te tengo. Entrégamelo –ordenó.

–Váyase al diablo –respondió Alan, encendido, y jaló el brazo con brusquedad, usando el peso de su cuerpo. Jack casi lo pierde, pero logró apretar a tiempo–. No le tengo miedo.

–Como tú mismo señalaste, estás en mi casa. –Una sensación como una sombra líquida, como el ardor del buen *brandy*, se esparcía bajo su piel. Su miembro se agitó. Alan apretó aún más el puño para resistirse, y Jack lo atrajo con fuerza hacia él y se inclinó para susurrarle al oído. El cuerpo entero del escritor se estremeció–. Nadie vendrá a ayudarte –agregó en tono bajo y preciso–. Y planeo darte una lección sobre lo que pasa cuando alguien intenta robarme. ¿Así que no me tienes *miedo*, bastardo arrogante?

Empujó a Alan y en lugar de intentar meter las uñas bajo los dedos cerrados del joven, le levantó la mano hacia su boca y sopló despacio, como si pudiera aflojarle los dedos como a un sello de cera. Luego le tocó el mentón de forma gentil, burlona y peligrosa.

–Eso cambiará pronto.





CAPÍTULO 26

Alan tragó saliva por reflejo.

Por fortuna, el ladrón al que representaba también hubiera necesitado ese momento para reconsiderar el predicamento en el que se encontraba. Para sentir la solidez férrea con la que el lord aferraba su brazo. Para buscar una grieta de debilidad en ese rostro brutal.

Alan necesitaba el momento para decirle a su cuerpo que no alcanzara el clímax allí mismo. Aun sentía la mano envuelta por el calor sorprendente del aliento de Jack.

–Muy bien –comenzó en tono lúgubre–, no hay que hacer escándalos. Las devolveré. –Abrió los dedos y las mancuernillas cayeron al suelo. Jack lo sacudió del brazo, y él le lanzó una mirada desafiante–. Adelante, mi lord, deme una *lección*. ¿Cree que no me han castigado antes?

–Estoy seguro de que sí. Sin duda, una nueva reprimenda no causará ninguna impresión. Creo que podemos hacer algo mejor. –Llevó la mano libre a la espalda baja de Alan y luego la deslizó para apretarle el trasero como si testeara un trozo de carne. Él por poco y se muerde la lengua.

–¿Qué… está *haciendo*?

–Sé que no tienes educación, rata de alcantarilla, pero creo que puedes adivinar. –Volvió a apretar y también presionó a Alan contra su muslo. Aún le sujetaba la muñeca con la otra mano. Estuvo a punto de avergonzarse frotándose contra la pierna, pero se contuvo

y, en cambio, le colocó la mano libre en el pecho como si quisiera empujarlo. El bastardo de Jack movió el muslo lo suficiente para volverlo interesante, y Alan cerró la boca para contener un gemido.

–Ahora te diré exactamente lo que haré y lo que le pasará a esta criatura encantadora que se entregó a mis garras. Y usaré palabras simples para que las entiendas. –Volvió a mover la pierna de forma más deliberada–. Te penetraré hasta que grites. Luego te daré la vuelta y te daré un poco más. Para cuando termine contigo no recordarás nada excepto cómo se siente tenerme dentro de ti.

–No –susurró. *Maldición*, tendría que haber tomado nota–. No lo haría.

–Aprenderás cuál es tu lugar –murmuró Jack sobre el cabello de Alan. Su aroma era embriagador, la solidez de su muslo contra la erección, una tortura deliciosa–. De un modo u otro.

Necesitó de todo su autocontrol para quedarse quieto y flojo, como si se hubiera rendido. Tomó una decisión rápida y dirigió una sonrisa traviesa a los zapatos lustrados de Jack.

–Déjeme ir, mi lord –pidió con la voz apocada–. Haré lo que me diga, pero…, por favor. Me está lastimando.

Jack le liberó la muñeca de inmediato, entonces Alan lo empujó por el pecho y corrió hacia la puerta. Agitó la manija algunas veces antes de sacudir la llave, con tanta torpeza por el pulso acelerado y la anticipación de la captura que no fue necesario fingir que se le caía. Se deslizó de sus dedos hacia el suelo y, antes de que pudiera agacharse a recogerla, Jack lo atrapó. Un brazo lo sujetó del torso e inmovilizó los brazos y el otro se deslizó por detrás de sus piernas y lo levantó del suelo, como a un costal en medio del camino.

–*Mierda* –jadeó, más impresionado de lo que pretendía, y fingió sacudirse un poco mientras el hombre lo cargaba por la habitación. En esa ocasión, cuando lo lanzó a la cama y lo miró desde arriba, no había verdadera rabia en su expresión, solo puro deleite y hambre.

Sí, eso era lo que él buscaba: una pelea que ocupara toda la atención de Jack como el lord lo necesitaba. Y, por los dioses del sexo, esa atención quemaba con dulzura. Haría lo que fuera por tener más de ella, tomaría a Jack de las manos y lo llevaría más cerca de la cima de ese juego de lo que habían estado antes.

Las sábanas eran suaves y blancas, con un pie de cama de satén dorado oscuro y dos almohadones dorados en medio de una cantidad innecesaria de almohadas. La cama no tenía dosel, pero el cabecero era de madera elaborada, con paneles de brocado y cuero. Mientras él se arrastraba hacia atrás en busca de otra escapatoria, una pequeña voz en su cabeza gritaba que estaba apoyando los *zapatos* en esa *tela fina* y otra parte le sugería, alegre, que lo hiciera con más fuerza.

El lord lo tomó de un tobillo y lo arrastró hacia él y, antes de que Alan pudiera moverse, apoyó una rodilla sobre el satén dorado, luego la otra, y usó todo su peso sobre la cama para inmovilizarlo. Apenas recordaba que se suponía que se resistiera, pues se sentía demasiado bien. Las manos de Jack que presionaban sus muñecas contra la cama suave, la rodilla de Jack apoyada con intención entre sus piernas, tanto que el mínimo movimiento de la pelvis sería tan satisfactorio como frotarse en una mano.

–Mírate. –Lo estaba mirando de verdad, y su voz fluyó como melaza oscura entre los dos. Los labios de Alan se separaron y sus caderas volvieron a agitarse contra la maravillosa presión

implacable–. Tu cuerpo sabe lo que quiere aunque tú no lo sepas aún.

–Déjeme. –Flexionó los brazos para resistirse a los grilletes de Jack. No cedieron.

–No. No puedes ir a ningún lado. No puedes huir. No puedes irte a trabajar, a robar, ni siquiera a pensar. Debes detenerte por un momento.

El corazón de Alan se aceleró por algo diferente al deseo. La melaza de esas palabras se derramó sobre él y lo hicieron escucharlas. Algo frágil cobró forma en su pecho: agua salada cálida, aire ligero y una agitación silenciosa e irracional que parecía casi pánico.

–No…

Jack inclinó la cabeza y rugió a centímetros de su boca.

–No tienes opción. –Luego se detuvo y se produjo un silencio en el que Alan pudo haberle dicho que se apartara, porque sí tenía opción, pero no quería hacer eso. No sabía lo que quería. Su respiración era agitada, casi que tenía miedo de parpadear, y aferraba a Jack como si necesitara algo. El hombre torció los labios y agregó en voz suave y deliberada–: Cesare, mi adorable devorador de pecados, tienes que *parar*.

El nombre burlón se había convertido en la forma de darle un título de emperador, de darle poder, aun cuando el peso implacable de su cuerpo pretendía arrebatárselo. Lo frágil dentro del pecho de Alan se quebró al medio y el agua salada rompió en su rostro, debajo de la piel, al borde de las lágrimas. Trago con fuerza, dos veces.

–Alan. –Jack liberó parte de la presión en sus muñecas.

–No te atrevas –espetó y, gracias a Dios, el lord volvió a presionar de inmediato–. Dame un momento. Demonios, no esperaba escuchar algo de mí que no sabía. –Allí estaba, había encontrado las palabras correctas. Su respiración se estabilizó–. Quédate conmigo. Mantenme aquí.

–Te tengo. –Jack le acarició las muñecas con pulgares firmes–. Te tengo, y te quedarás aquí y recibirás lo que tengo para darte.

–No quiero *nada* de usted –respondió Alan con fervorosa gratitud.

–Lo que sea –lo reprendió, y él le escupió en el rostro. O lo intentó, pues tenía la boca seca. Jack soltó una risa que sonó como azúcar quemada y se inclinó para besarle la frente. Y como la mano bajo el mentón al inicio, la delicadeza de la acción se sintió como una amenaza–. Y no me importa lo que quieres. Ahora. Te soltaré las manos y te sacaré la ropa. Ya sabes lo que pasa cuando intentas escapar, así que te comportarás, ¿de acuerdo?

Alan intentó liberar las manos una última vez antes de rendirse.

–Sí.

–Sí, ¿qué?

–Me comportaré. –Un calor exultante y resentido se elevó en su pecho.

Jack empezó por los zapatos y siguió por el resto de la ropa. No cabían dudas de que estaba habituado a que otro hombre lo ayudara a desvestirse, lo que en Alan provocó una combinación turbulenta de vergüenza y excitación, que llegó a la cúspide cuando quedó desnudo por completo en la cama. Por fortuna, el verano había reaparecido y las ventanas debieron absorber el calor, de modo que estaba confortable.

El lord, que seguía vestido en su totalidad y estaba sentado a un lado de la cama, dejó la última prenda y recorrió a Alan con la mirada, de la cabeza a los pies, sin cambiar de expresión. Un cosquilleo le recorrió las piernas; no encontraba una posición en la que no se sintiera extraño.

–Puedes escapar ahora si quieres, muéstrales a todos lo que eres.

Antes de que pudiera responder, Jack inclinó la cabeza y le succionó el pezón sin piedad, y la sensación repentina fue como un golpe. Alan estuvo a punto de gritar, su torso se agitó y su miembro, cada vez más cargado de sangre, comenzó a tensarse sobre su abdomen. Su piel ardía, viva de deseo. Dejó que el volumen de sus quejidos aumentara mientras Jack lo miraba como si fuera un experimento y le dejaba marcas de succión y palabras sucias a su paso. Solo un perro se sacudiría de esa forma. Se estaba asegurando de que la próxima vez que lo liberara no recibiera un consentimiento rencoroso, sino que Alan *suplicaría* quedarse en la cama.

–No le rogaré –logró decir–. Ni un… Ay, *Dios* –exclamó cuando le tomó las pelotas por sorpresa. Su erección ya era completa. Miró a Jack con rabia, preguntándose cómo mantenerse en personaje y a su vez exigirle que se sacara la ropa *de una vez* e hiciera lo que había prometido.

Pareció escuchar sus pensamientos, porque lo dejó y se dedicó a desvestirse, lento, con miradas ocasionales hacia la cama como si estuviera satisfecho con su trabajo. Alan no suplicaría, pero por supuesto que tampoco se movería, en especial porque Jack también estaba duro y volvió a la cama con un frasco prometedor de loción.

–¿Cómo lo quieres? –musitó–. No importa, te lo haré de todas las formas posibles tarde o temprano.

No podía asegurar nada más allá del día siguiente y ambos lo sabían, pero Alan sintió un calor en todo el cuerpo ante la idea de todas formas. Apenas logró atrapar el frasco cuando Jack se lo arrojó.

–Ábrelo.

Mientras lo hacía, el hombre le aferró las piernas, las flexionó y le apoyó los pies separados sobre la cama. Volvió a sujetarle el trasero de forma posesiva antes de apoyarle una mano sobre el abdomen.

–Así veré ese lindo rostro cuando te corras con mi pene.

El pulso de Alan palpitaba por todo su cuerpo y contra la mano extendida de Jack. Era una sensación extraña, perdería la razón mirando esos dedos y su trasero ya estaba tensando alrededor de la nada. No quería que eso fuera lento, suntuoso ni sin dolor.

–Jack, no te tardes demasiado –dijo al entregarle el frasco abierto.

Un pequeño asentimiento. Jack fue profesional y rápido al utilizar un dedo lubricado para que él se habituara a la dilatación. Hacía tiempo que nadie se preocupaba por el placer físico de Alan y aún más desde que había sido penetrado por un pene real.

Jack se lubricó la erección también, y Alan sintió una descarga de placer egoísta al oírlo sisear, al ver la expresión voraz y abrasadora en los ojos mientras se arrodillaba entre sus piernas.

–Mi lord –jadeó. Cielos, quería tocarse, pero era mejor que no lo hiciera. En cambio, deslizó una pierna ansiosa sobre el muslo de Jack para acercar sus cuerpos, y este lo asistió con la otra pierna, de modo que pudiera trabar los pies detrás de él si quisiera. Jack era

calor sólido, y Alan podía sentir la tensión de esos muslos, la presión contra su entrada–. No puedo… No puede hacer…

–Eres mío, ladronzuelo, y harás lo que yo quiera –rugió Jack. Entonces sujetó los muslos de Alan y lo arrastró con firmeza y sin piedad por la extensión de su miembro.

Se mordió una muñeca, porque percibía que un grito insensato intentaba escapar. Toda su atención estaba en la dilatación casi excesiva entre sus piernas y en las réplicas de placer que corrían por su columna. Con las piernas sobre el regazo de Jack, no tenía forma de incorporarse, y el lord estaba fijando un ritmo que lo sacudía hasta los hombros, codos y, diablos, hasta el *cráneo*.

Tienes que detenerte.

Alan se relajó y dejó el mundo atrás. El ritmo de Jack era fuerte y su erección era considerable, pero sí se sentía suntuoso después de todo. Alan solo tenía que mantenerse allí, dejar que lo sostuviera donde lo quería y disfrutar de ser penetrado.

Casi había perdido la consciencia de su propio pene, dichoso y aletargado, cerca del éxtasis sin ser tocado, cuando Jack se detuvo. Su compañero tenía las mejillas, la garganta, los hombros y hasta el pecho enrojecidos. Al ver los músculos hinchados del cuello, Alan deseaba treparlo, marcarlo, *morderlo*.

Apretó el trasero intencionadamente, y Jack gimió como animal adolorido. Fue maravilloso. Luego, con un brillo oscuro en los ojos, le tomó el pene en represalia, y fue el turno de Alan de gemir adolorido. Se estremeció con los nervios alterados.

–Te correrás para mí cuando yo lo diga, Cesare.

–No…

–Sí –sentenció. No hubiera necesitado hacer mucho. Formó un círculo con el pulgar y el índice y los movió rápido arriba y abajo con pericia camino a lo inevitable–. Ahora –ordenó, al tiempo que el cuerpo de Alan caía por el abismo.

Fue como quedar en blanco, incapaz de preocuparse por algo o de sentir tensión, pues cada molécula del cuerpo había sido arrasada por el placer. Encantado, bajó del éxtasis y tomó consciencia de que se había embarrado el cuerpo con su propia descarga (el maldito de Jack había *apuntado*) y que el miembro aun erecto del hombre había dejado un dolor agudo al retirarse de su interior.

–¿Qué pasa? –preguntó arrastrando las palabras. Se aclaró la garganta y volvió a intentarlo–. ¿Tanto hablar y no puede terminar? –Estaba dominado por una audacia ambiciosa, capaz de decir lo que fuera, de *hacer* lo que fuera. Así que miró la erección enrojecida de Jack, luego a los ojos inyectados de placer y se lamió los labios–. Una pena por mi lindo rostro. No acercará su hermoso pene a él.

El lord tardó un momento en procesar lo que escuchó. Cuando lo hizo, por poco palideció por la sorpresa y luego se encendió con una mirada peligrosa, en la que Alan quería arder. Jack se inclinó, le tomó el cabello con una mano para obligarlo a levantar la cabeza (el cambio de ángulo *sí* dolió, pero no se hubiera resistido ni por una fortuna), se adelantó hasta estar de rodillas sobre él y usó la mano libre para masturbarse, fuerte y rápido, hasta que sus hombros cayeron y su propia descarga blanquecina se esparció por el cuello, el mentón y la boca de Alan.

Cera caliente, pensó con ingenuidad. La sangre rugía en sus oídos.

–Con un demonio –soltó Jack. Bajó la cabeza de Alan, pero parecía incapaz de apartar la vista de él. El joven quería decirle "lo

sé", pero lo único que podía era devolverle la mirada.

Después de un momento, Jack se recostó a un lado y Alan consiguió sentarse. Flexionó las rodillas, pero volvió a extenderlas, pues sintió una pequeña punzada en la espalda cuando se movió. Se sentía como si le hubieran sacudido el polvo, colgado al sol y luego tendido sobre un suelo confortable. También se sintió cubierto por el resultado de dos clímax increíbles e hizo un intento vago de limpiarse con las manos. Luego dudó antes de tocar las sábanas, algo ridículo dado lo que acababa de ocurrir sobre ellas.

–Te hemos dejado hecho un desastre –señaló Jack, demasiado complacido.

A modo de venganza, Alan se abrió paso con la lengua en la boca del hombre y se limpió las manos en los hombros y en el vello negro de su pecho en el proceso. El lord podría ver lo mucho que lo disfrutaba. Pero fue consciente de su error cuando Jack gimió contra sus labios, lo atrajo hacia él y se unió al beso de lengua, y la esencia indescriptible y caliente formada por la colonia de Jack combinada con sus fluidos corporales inundó sus sentidos. Besaba como si discutiera, así que Alan le llevó una mano a la nuca y discutió con fiereza.

"En tus escritos, los besos son… devastadores".

Alan sabía dos idiomas y, aun así, tendría que inventar un tercero para describir cómo se sentía besar a Jack Alston. Había comenzado como algo sucio, pero se estaba convirtiendo en algo peligrosamente tierno. Alan estaba abrazado a él, con una rodilla sobre su pierna; podía rodear ese muslo como un listón, ser besado por siempre y estar feliz.

Estaba sonriendo por la idea cuando se separaron, y los labios del barón dibujaron una sonrisa similar. Lo atrajo para un beso más ligero, y algo dentro de él se movió, como imaginaba que se movían los planetas en la oscuridad del universo.

Intentó respirar para asimilarlo.

–Eres una maravilla, Cesare. Eso era justo lo que necesitaba. No, quédate aquí –agregó cuando Alan comenzó a apartarse. Fue una de esas órdenes ofensivas al pasar, pero, por primera vez, no sintió la necesidad de negarse; su cuerpo estaba feliz de desplomarse en la cama y obedecer.

Jack fue quien se levantó para deambular desnudo hacia el pequeño baño adyacente. Él giró de lado para admirar la vista de ida y de vuelta: Jack volvió enseguida con una toalla mojada y una seca.

Extendió la mano, esperando que se la arrojara como el frasco.

–Creí haberte dicho que recibirías lo que te diera.

–Creí haberte dicho que te golpearía si me ofrecías ayudantes de baño –replicó.

El sexo había sido maravilloso, sí, pero esa era una revelación: el cuidado sorprendente con el que Jack los limpió a ambos con la toalla mojada.

–Esto es algo del ejército, ¿no? –preguntó mientras giraba cuando se le indicó–. Todo bien lavado, sacudido y doblado.

–Y lustrado –agregó al tiempo que le frotaba el trasero con movimientos circulares y le pasaba un pulgar distraído por la raja. Alan reprimió un gemido y tomó la otra toalla.

Una vez seco, recuperó la ropa para vestirse. Jack retiró la sábana superior en otro movimiento de eficiencia militar. Él abrazó un almohadón dorado antes de recostarse contra el cabecero, desde

donde observó, algo decepcionado, cómo el cuerpo del lord desaparecía debajo de los pantalones y la camisa; ese pecho, esos muslos y ese pene. Al diablo las casas señoriales, Alan podía escribir artículos sobre eso: "Lord Hawthorn tiene una estructura bien formada, de una arquitectura demasiado dura para llamarla clásica, que data del año…", ¿qué edad tenía Jack?

Contuvo la risa y dejó el almohadón a un lado.

–Debería… –dijo, señalando la puerta con la cabeza.

–¿Por qué? –Se detuvo en el último botón de la camisa, y Alan respondió con una mirada al cobertor deshonrado de la cama–. Alan, estamos en una casa con tantos invertidos que Wilde podría escribir una obra sobre ella, en la tierra de mis ancestros. Y aún hay tiempo antes de que tengamos que vestirnos para lo que de seguro será una larga cena y sesión de estrategias. –Jack extendió las piernas al otro lado de la cama, sentado sobre las almohadas–. Otra lección del ejército: descansa cuando puedas. Quédate.

Debía tener razón respecto a la cena. Esperaban a lord Cheetham y a Bastoke temprano en la mañana, así que esa noche debían ultimar detalles del plan para la gala: la emboscada que evitaría el ritual de Bastoke. Era tentador tener un último momento de paz.

Jack le tomó la mano que había vuelto a retorcer el almohadón.

–Puedo atarte a la cama si es lo que hace falta para que descanses.

Alan sonrió y usó la otra mano para lanzarle el almohadón a la cara.

–Lo espero con ansias –respondió, pero hizo su propia pila de almohadas y se acomodó sobre ellas. Luego, inquieto, giró de lado–. No se siente natural estar en la cama por la tarde.

Jack rio. Aún sostenía la mano de Alan, quien no había sentido la necesidad de retirarla. Le recorrió los callos provocados por la pluma, una pequeña constelación de pecas oscuras y…

–¿Cómo te has hecho esto? –preguntó en referencia a una cicatriz blanca en el dorso de la mano, que tenía su contraparte del otro lado.

–Es… un recordatorio. –Mierda, perdió el control de la voz, pero Jack lo miró y logró descifrarlo.

–¿De Morris y George?

No le había dado detalles de su reclutamiento involuntario como espía de Bastoke, pero ¿qué caso tenía seguir guardando el secreto?

–Morris me dio un cortaplumas y dibujó una runa en mi mano. Lo llamó compulsión. –Tragó con fuerza y sus dedos se tensaron en la mano del hombre–. No me apuñalaron, yo me apuñalé a mí mismo cuando me dijeron que lo hiciera. Y… –Y giró la hoja cuando se lo ordenaron. Reprimió la bilis que subió por su garganta–. Una vez que dejaron su punto en claro, Morris me sanó. Casi como nuevo.

Excepto por las cicatrices: recordatorio de a quién le pertenecía y de lo que estaba en juego.

–La magia de compulsión es compleja. –Jack podría haber sido Edwin explicando un concepto de no haber sido por la chatura de su voz–. Es difícil sostenerla en el tiempo y los términos deben ser *muy* específicos para que funcione.

Vaya. Parte de Alan se había estado preguntando por qué no le habían fijado esa runa, dado órdenes y dejado libre. Eso hubiera sido más fácil que usar la coerción, sin duda.

Y él no había sabido cómo desviar ninguna magia a voluntad en ese entonces. La compulsión le había dejado un mínimo margen de

movimiento, como un par de pantalones anchos, para soltar el cuchillo la primera vez que lo había apuntado a su propia mano. Pero no había sido igual la segunda vez; Morris se había esforzado más.

–Fueron específicos.

Silencio. Jack seguía sosteniéndole la mano cerrada, como si contuvieran las mancuernillas u otro objeto preciado.

–Maud aún tiene esperanzas de que no tengamos que matar a nadie mañana. Yo más bien espero lo contrario.

Miró su mano contenida en la de Jack.

–Aun eres un idiota que tendría dos peleas antes del desayuno, pero has estado desesperado por tener a alguien más a quien proteger, ¿no es así? –comentó con una revelación, como una oración que se devela palabra por palabra a medida que es escrita.

–¿A alguien más?

–Después de Elsie. –La expresión de Jack comenzó a oscurecerse, y Alan se preparó para contraatacar, pero cuando lo miró con más cuidado, supo que no estaba dirigida a él–. Jack, no le has *fallado*. Es obvio que hubieras muerto *por ella* de haber tenido la mínima oportunidad.

Se preguntó si Jack estallaría de rabia, pues había dejado de presuponer sus reacciones cuando estaban los dos solos. Allí estaba, hablándole al lord como si hubieran crecido en el mismo vecindario. Pero al igual que en la primera noche en el estudio de Jack, sentía un hueco en su interior donde debía haber peligro.

El brazo del hombre cercano a él estaba temblando.

–Ah, demonios. –Hizo lo que hubiera hecho por cualquier persona que le importara: extendió la mano para tocarle el hombro. Jack se

apoyó en ella, y siguió acercándose.

Contuvo un gemido de sorpresa. Muy bien. Extendió las piernas para que Jack pudiera acomodarse, hasta que el arrogante lord Hawthorn se recostó con la cabeza sobre sus muslos y las manos en el rostro. No estaba llorando, o no creía que lo estuviera. Una tormenta reprimida había estado acercándose a la superficie desde que habían llegado a Cheetham Hall, y el fantasma de Elsie había derribado la última barrera de contención. No sabía qué hacer al respecto, pues no parecía ser la clase de cosa que nadie pudiera solucionar. Abrió la boca, pero volvió a cerrarla, pues tampoco parecía algo con lo que las palabras pudieran ayudar.

En cambio, llevó una mano al cabello avellana de Jack y la dejó allí. De vez en cuando movía los dedos para consolarlo, pero más que nada permaneció allí, procesando el hecho de que le permitiera ser testigo de la enormidad de todo ello. A pesar del abismo entre sus vidas, tenían eso en común, ninguno de los dos confiaba con facilidad. Sus realidades los habían vuelto retorcidos. El pasado puede convertirte en un aro de papel con una sola cara, de modo que el consuelo y la vulnerabilidad se escapen por canales invisibles, imposibles de alcanzar.

Excepto, tal vez, que tuerzas tu voluntad para desaprender tu propia historia. Si te permites ser vulnerable y poroso, aunque solo sea así, en silencio y de soslayo.





CAPÍTULO 27

La última vez que Jack había asistido a la gala del equinoccio trienal de magos británicos fue el año en que él y Elsie cumplieron dieciséis. Tenían apenas la edad suficiente para asistir, habían dicho sus padres, siempre y cuando se comportaran, habían añadido con bastante menos esperanza.

Se había celebrado en un castillo cerca de la frontera con Escocia y, en menos de dos horas, Elsie había logrado reunir a un pequeño regimiento de jóvenes magos igual de enérgicos que ella. Al amanecer, no quedaba mucho del invernadero del castillo, lord Cheetham se disculpó con frialdad y luego pasó la primera hora del largo viaje de vuelta en carruaje regañando a su descendencia.

Jack pensaba en esa noche mientras Oliver lo afeitaba. Podía recordarla con menos dolor que antes: su padre lo animaba a interesarse por la política, mágica o no; las velas encantadas para ahuyentar los mosquitos; los fuegos artificiales que estallaron en el cielo en el punto más álgido de la noche; los hoyuelos impenitentes que siempre se formaban en las mejillas de Elsie cuando los metía en problemas.

George y lord Cheetham llegaron antes de lo previsto. Oliver, que estaba encargado de vigilar la llegada del automóvil, corrió al salón a avisarle, y todos dejaron los cubiertos sobre los platos casi intactos.

–Allá vamos –dijo Robin.

–Edwin –pronunció Jack.

–Lo sé –respondió este con una leve sonrisa hacia Robin antes de salir. Si todo salía según lo planeado, esa sería la última vez que Jack vería su rostro hasta que todo terminara. Alan ni siquiera había bajado a desayunar con los demás: si el enemigo no sabía que tenían un arma, era mejor guardarla bajo la manga el mayor tiempo posible.

–Bueno –dijo lady Cheetham al ponerse de pie–. Averigüemos cuánto ha contaminado mi sobrino a mi esposo en el camino, ¿les parece?

Jack le apretó la mano con la que lo tomó del brazo y salieron con los demás a la cálida bruma de la mañana de septiembre. Los sirvientes uniformados también iban saliendo de prisa.

Morris no bajó del automóvil en esa ocasión; sin duda llegaría más tarde, junto con el ayudante de cámara de lord Cheetham y la mayor parte del equipaje. El conde no viajaba ligero al cambiar de residencia.

Se deleitó en la sorpresa genuina que atravesó el rostro de su primo cuando subió los escalones y se encontró con la mayoría de las personas a las que había estado buscando.

–Él sabe que estamos aquí y nosotros sabemos que él lo sabe. Pongamos las cartas sobre la mesa –había dicho Maud.

–Démosle justo lo que esperan y habrá menos posibilidades de que se fijen en otras cosas –había añadido Violet, la maga actriz.

Jack le dedicó a George una sonrisa insípida y hostil.

–Polly, Hawthorn –saludó lord Cheetham–. Es un comité de bienvenida más concurrido de lo que esperaba.

–Ciertamente. Permíteme presentarte a nuestros invitados, Leo –respondió ella.

–¿Lo ve, señor? –comentó George–. No quería creerlo. Sin embargo…

Lord Cheetham frunció el ceño y con eso puso fin a las esperanzas de Jack (que había intentado no albergar) de tener tiempo para explicarle toda aquella situación escandalosa de una forma que pudiera entenderla. Todavía se negaba a creer que su padre hubiera sido parte de esa conspiración desde un principio y que hubiera aceptado el asesinato a sangre fría de una anciana. Pero lord Cheetham, conservador obstinado y de superioridad moral, *sí* creería en que el poder debía reunirse y usarse para el bien de todos los magos. Y también era capaz de creer que George Bastoke, el modelo de magia poderosa y astucia política, era la persona adecuada para hacerlo.

Tal vez Jack y Polly aún pudieran arrastrarlo hasta el jardín amurallado, junto con una joven médium a la que su padre nunca había conocido, e intentar convencerlo de que escuchara la voz de un fantasma. Tal vez incluso el conde les creería. En cuyo caso, expulsaría a George de sus tierras, volverían a ocultar toda esa conspiración para intentarlo otra vez más adelante, y la mínima oportunidad de frustrarla se desvanecería por completo.

–Polly, cuando George me lo dijo, no quería creerlo. No parecía algo propio de ti. ¿Sabes lo que han *hecho* estas personas?

–Invité a la señorita Debenham la semana pasada para que me ayudara con las decoraciones de la gala –respondió lady Cheetham con tranquilidad–. Tiene un don extraordinario. Y también a los amigos de Jack… Han sido una espléndida compañía y una gran ayuda con los preparativos. Ellos son sir Robert Blyth y su hermana, la señorita Maud Blyth.

Si alguien sabía cómo irradiar cordialidad y educación en una situación absurda, eran Robin y Maud. Incluso lord Cheetham murmuró un saludo por reflejo y estrechó la mano que Robin le ofrecía.

–Los Blyth no son magos. No creo que su presencia en la gala sea apropiada –señaló George.

–He oído que sir Robert es un vidente valioso para la Asamblea –replicó lady Cheetham con tono de sorpresa–. Estoy segura de que merece estar aquí.

El ceño fruncido de su esposo no se suavizó. George le apoyó una mano en el brazo.

–No importa, señor. Lo tengo todo bajo control. Aunque –añadió, mirando a Jack–, me sorprende que el cabecilla de tu pequeño grupo de criminales no esté presente. Tía Polly, ¿sigues negando que Edwin Courcey se esté alojando en Cheetham Hall?

–Por supuesto. No he visto a Edwin Courcey en años. ¿Entramos, Leo? El personal tiene mucho trabajo hoy. Y debes necesitar un descanso.

Una chispa atravesó el rostro de su primo cuando la dueña de casa guio a todos adentro. Jack se le unió a él.

–¿Has dejado a tu sabueso en Londres? Imagino que las fiestas elegantes no son lo suyo.

–Estará donde yo necesite que esté –respondió el hombre y se adelantó a zancadas.

Jack había pensado que el día sería eterno, pero transcurrió volando. La mansión bullía de actividades y preparativos y, para media tarde, se había hecho tanta magia en la casa que le hormigueaba el paladar.

Se vistió temprano para darle a Oliver el resto de la noche libre y acompañar a su madre en la fiesta.

–Y ten cuidado. Si algo parece peligroso, busca a tu madre y lárguense –le dijo.

El chico estaba muy bien entrenado como para hacer preguntas; sabía que esperaban problemas, que Jack y los demás tenían algo ingenioso preparado y le habían advertido que debía mantenerse alejado de Joe Morris. Más allá de esa información, Jack quería que se mantuviera al margen.

–Sí, mi lord. ¿Ha visto al señor Ross? –le preguntó mientras le alisaba la parte trasera del traje formal por última vez.

–No.

–Estoy muy orgulloso del trabajo que he hecho con él. –Oliver sonrió con orgullo.

Le tocó resistir la curiosidad y, en cambio, dirigirse al vestidor de su madre. La encontró casi lista, vestida de un elegante azul pálido, con capas de tul negro superpuestas, flores de encaje y guantes negros hasta el codo. A su señal, ella despidió a su doncella, diciendo que su hijo podía ayudarla con las joyas. Jack sacó los zafiros de su estuche: gargantilla, pendientes, tiara, el regalo de bodas de lord Cheetham. Ella le dio la espalda, complacida.

–Le hice una promesa al señor Ross –comenzó, con la vista en el cabello blanco en la nuca de su madre y en el delicado broche de la gargantilla–. Necesito que la cumplas por mí si no puedo hacerlo.

Luego explicó la situación de la familia de Alan y le entregó su dirección en un sobre; ella le lanzó una mirada, pero lo aceptó.

–Si las cosas van tan mal que ni tú ni el señor Ross lo logran, de seguro tendré otros asuntos de los que ocuparme. Pero sí, lo haré.

–Sabes que no tienes que hacer nada esta noche, Polly. Sé la anfitriona. Concéntrate en proteger a los invitados y en tranquilizar a la tierra si algo sucede. No hagas nada precipitado. La casa te necesita.

La mirada de ella se intensificó hasta convertirse en La mirada.

–Es muy dulce de tu parte el querer protegerme, cariño.

Ese no fue un consentimiento. Pensó en lo que había dicho de Elsie: "Era su madre". Pensó discutir sobre cuál de los dos tenía más derecho a morir por el otro, pero se resignó a perder al instante. En cambio, se inclinó para besarla en la mejilla.

Encontró a Alan acomodando copas en una mesa dispuesta bajo una hilera de luces que titilaban y cambiaban de color. Las sombras eran largas con los últimos momentos de luz del día; los primeros invitados debían llegar en cualquier momento. Todos tenían una tarea, y no había nadie cerca.

Golpeó a Alan en la pierna con su bastón.

–Veo que por fin has aceptado tu lugar en el mundo. Ya era hora.

Alan se detuvo, volteó y le dedicó una reverencia rencorosa. Para ser toda una musa como jovencito, resultaba una muchacha poco agraciada. Con el cabello corto disimulado bajo un gorro blanco, se integraba a la perfección, sin necesidad de magia, en el torrente de criadas vestidas de blanco y negro que ultimaban detalles.

–Si dices que me sienta bien, te cortaré la garganta.

Jack le echó una mirada de arriba abajo al vestido negro con delantal blanco.

–Te prefiero de rojo. Pareces una urraca desnutrida.

Alan le devolvió la mirada. El traje de gala de Jack también tenía los colores de una urraca, pero Oliver se había asegurado de que las

solapas de satén brillaran como agua oscura contra el blanco glaciar del pecho de la camisa, el chaleco, el cuello y la corbata de moño.

–Te ves como una pesadilla –murmuró. Su rostro fue la imagen del hambre por un instante, algo que Jack entendió a la perfección. La atracción de un peligro que podía habitar y luego despertarse–. Ten cuidado –agregó Alan.

–Que Dios lo permita. Tú también.

–Morris ha estado merodeando por la gruta y el lago. Estuvo a un metro de mí y ni siquiera parpadeó, parece que las urracas desnutridas tampoco son su tipo. Entré a la gruta después para investigar si la estaban usando como escondite, pero está despejada. Creo que deben pensar que nosotros escondemos a Edwin allí. Y… estoy armado –reveló, anticipándose a la insistencia de que *tuviera cuidado*. Metió la mano en un bolsillo oculto del vestido negro (gracias, Oliver) y sacó una pequeña navaja–. La tomé prestada de mi primo Berto antes de dejar la ciudad. Y el vestido es fácil de sacar si tengo que correr. Levantó un extremo de la falda negra para revelar un par de pantalones de montar; otra prenda rescatada del guardarropas juvenil de él.

–Muéstrame las figuras otra vez.

Alan representó cuatro figuras con la mano. Estaban listos. No había nada más que decir. Edwin había estado en lo cierto: todos sabían que se apuntaban a una batalla. Y si Jack no podía decirle a su madre que no se arriesgara, por él o por alguien más, mucho menos podía ordenárselo a Alan Ross. *Te prohíbo salir herido. Te prohíbo morir*.

Sería inútil.

La música suave llegó desde la finca.

–Aquí vamos –dijo Alan.

El sol se puso, ya era hora. El conde y la condesa de Cheetham estarían en la escalinata de entrada de la finca, donde cada mago realizaría un pequeño acto de magia (la tradición era una chispa de luz) y se le concedería derecho de invitado. Luego serían guiados hacia el gran salón, que esa noche solo sería un lugar de paso, en donde le servirían ponche con una poción especial de Whistlethropp para evitar la fatiga hasta el amanecer. Otra tradición.

Jack se reunió con Maud, Violet y Robin en el salón y brindaron con sus copas de ponche. Los ojos de Maud eran entusiastas y determinados sobre el traje verde menta y plateado. Violet llevaba un vestido sutil para ella, de un tono rosado muy elegante, con los hombros descubiertos y decorado con un degradé de perlas intrincado, desde crema pálido hasta fucsia intenso.

–Creo que he tenido una visión con ese vestido. Ojalá pudiera recordarla –le dijo Robin.

–Lo usaré para tu boda y diremos que fue esa –respondió Violet mientras lo tomaba del brazo.

Jack guio a Maud a través de las puertas del salón, por el patio aterrazado y hacia el parque. El camino hacia el lago estaba delimitado por más luces brillantes, instaladas en árboles o en faroles altos. La magia que solía alimentar las luces guía de la finca había sido redireccionada allí, pues no sería necesaria puertas adentro.

La ligera inclinación de césped y la extensa terraza iban poblándose poco a poco. El aire olía a madreselva, a comida y a perfume y, aun al aire libre, siseaba por los hechizos lanzados sobre la comida para mantenerla fresca, caliente o fría. Los sirvientes solo

debían ocuparse de mantener las mesas llenas y las bebidas circulando.

Maud giró la cabeza al escuchar el chillido irritado de un pavo real.

–Le dije a Violet que a los pavos reales no les agradarían las chitas.

Violet se estaba guardando la magia para esa noche, pero había pasado las dos semanas previas creando un espectáculo de ilusiones lumínicas, ancladas en pequeños discos de roble, que Edwin le había enseñado cómo usar para almacenar energía. Esa noche, sus ilusiones no necesitarían de su magia, sino que serían alimentadas por los discos de roble.

Ya había pequeños grupos de magos reunidos para ver el espectáculo. Un pez koi gigante se elevó en un círculo de agua en el cielo, con su propia luz roja y dorada. Una torre de cuento de hadas comenzó a construirse desde el césped, primero se apilaron los ladrillos, luego se cubrieron de hiedra y espinas. Un par de hombres jóvenes habían levitado hasta las ventanas, a seis metros de altura, para ver si la torre estaba habitada.

También había una versión más grande de las criaturas de zoológico que Violet había hecho bailar sobre la falda de Maud la noche del vino de prímula. Los pobres faisanes y pavos reales (reales y ajenos a la multitud) miraban a los felinos con alarma y les lanzaban chillidos amenazantes de tanto en tanto.

Era todo un éxito: la sociedad mágica hablaría de ello durante meses, aunque no sucediera nada más interesante o peligroso que un pez gigante en el cielo. Jack había estado escapando de la magia por tanto tiempo que, de algún modo, todo eso le resultaba más inquietante que escapar de un edificio mágico derrumbándose en

una tormenta de magia. Una reserva de emociones reprimidas estaba aflorando, pero se obligó a ignorarlas. Había rostros conocidos y desconocidos por todas partes, y muchos volteaban para que él no los atrapara mirándolo. Además de los rumores que sin duda circulaban acerca de la destrucción de El Barril, nadie había visto a lord Hawthorn en la sociedad mágica por años, así que los rumores sobre él eran todavía peores. Edwin y Violet le habían contado la mayoría: había perdido la magia; había rechazado la magia; su hermana se había vuelto loca y él iba por el mismo camino.

Escuchó la voz altisonante del cuñado de Edwin, Charles Walcott, acusando a Edwin de ser la oveja negra de la familia. No tenía nada que ver con el resto de ellos, por supuesto. Luego vio a los Manning y saludó a Pete con la cabeza. El *dicentis* de Violet, Arthur, también estaba allí, con dos mujeres que supuso que eran la hermana intelectual y la nueva prometida.

–Allí está George –señaló Maud.

–Bien, no lo pierdas de vista –respondió Jack.

Su primo se encontraba con un grupo de asambleístas y sus esposas. Jack miró alrededor. Robin y Violet, como carnada, mantendrían vigilados a Walter y a Morris. Edwin estaba entre la multitud, disfrazado por una ilusión cosida en hilo blanco en la bufanda de seda, también blanca, sobre su traje. Solo Violet y Alan sabían cómo se veía, y Alan estaba allí, con la cabeza gacha frente a una de las mesas de comida. Jack no detuvo la mirada en él.

Las discusiones interminables habían concluido en que, antes de que les sucediera algo, necesitaban saber quién tenía las piezas del último juramento o dónde estaban escondidas. No podían ser

detectadas con magia, y un detector de plata sería inútil en un mar de relojes de bolsillo, bastones, mancuernillas, tiaras y gargantillas. Y se enfrentaban a magos suspicaces y poderosos, uno de los cuales lideraba a una pandilla de hombres entrenados para apagar cualquier amenaza a la sociedad mágica, así que estarían en alerta máxima. Solo podían trabajar con eso y con el hecho de que todos estaban a la vista, excepto por una ausencia altisonante: Edwin. Una pieza faltante que había demostrado ser capaz de realizar magia más grande y fuerte de la que lo creían capaz, aunque hubiera terminado en un desastre.

En términos de Maud, el plan era fingir que ya habían ganado.

Robin y Violet tenían tres réplicas exactas de las piezas del juramento, que habían forjado de forma meticulosa en plata con la magia de Edwin y la memoria de Robin. Debían realizar la actuación más difícil: revelarlas frente a Walter, Morris o ambos y que *las vieran*. Lo único que necesitaban era una reacción que los ayudara a determinar si uno de ellos o George tenía las piezas reales. O que alguno de ellos corriera hacia alguien o hacia algún escondite secreto.

La lengua de figuras era para hacerle saber a Alan quién era más sospechoso o a quién debía seguir; era más simple que la magia y más rápido que piedras coloreadas. Luego, con las mismas figuras, Alan le transmitiría el mensaje a Edwin. Ambos debían permanecer ocultos de sus enemigos hasta que llegara el momento de actuar.

Edwin había estado practicando un hechizo somnífero para poder realizarlo con una mano y sin cordel y usarlo en el objetivo.

La siguiente tarea de Violet sería mantener a todos los demás alejados, con ilusiones, magia defensiva o un ataque de histeria,

mientras que Edwin buscaba y recuperaba las piezas del juramento. Maud y Jack se encargarían de lo que se necesitara para ello.

Sería arriesgado y complejo, pero necesitarían poco tiempo. En cuanto Edwin tuviera los objetos de plata en sus manos, Jack le pediría a Cheetham que revocara el derecho de invitado de sus enemigos para siempre. Luego irían al Roble de la Dama y le transferirían el último juramento de modo que no pudiera ser separado de las tierras de Jack.

El lord casi cae contra Maud antes de estabilizarse con el bastón cuando un hombre lo empujó al pasar sin disculparse. Jack volteó para decirle algo, pero se distrajo al ver a Dufay sin abrigos. Tampoco llevaba un vestido, sino lo que solo podía describirse como *túnicas*, como si fuera una fiesta temática y se hubiera caracterizado como la primavera. Atraía más miradas que el propio Jack y se desenvolvía con el doble de arrogancia. Estaba impresionado; todos la verían como lo que era: una anciana ermitaña que se había dignado a salir para la gala.

–George nos tiene vigilados. Es muy solicitado, ha estrechado muchas manos. Esto sería mucho más fácil si los hombres no insistieran en vestirse todos iguales para los eventos formales –protestó Maud–. Al menos las mujeres… Vaya, está aquí después de todo.

No se refería a Dufay, sino a Seraphina Vaughn, quien había llegado a la terraza con una expresión de dolor reprimido, como si subir la pequeña pendiente hubiera requerido mucho más esfuerzo del que pretendía. La última integrante del Club Forsythia miró alrededor y debió haber visto a Maud también, porque cambió de dirección para dirigirse hacia ellos.

–Esperaba ser detestable con alguien y qué mejor que una anciana inofensiva –comentó Jack–. Hora de poner más clavos al ataúd de mi reputación.

–Quiero hablar con ella.

–Maud, ¿tengo que recordarte que intentó *asesinarte*?

–No permitas que vuelva a intentarlo, por favor –respondió la joven antes de extender la mano hacia la señora Vaughn con todo el respeto de una dama hacia una mujer mayor.

Jack dio un paso al costado para poder ver a George sobre las cabezas de las mujeres; al menos las dos apenas le llegaban a los hombros. No habían creído probable que los hombres de George le confiaran las piezas del juramento a la señora Vaughn.

"Podrían hacerlo. Sería buena distracción de su parte", había insistido Maud y por supuesto que también quería tener a la anciana vigilada.

–Y bien, señorita Blyth, ¿espera convencerme de cambiar de equipo a último minuto?

–Sí. –Jack no creyó que estuviera mintiendo.

–Ya veo. –La mujer soltó una risa cálida y chillona que pareció atorarse en sus costillas–. ¿Qué historia brillante intentará contarme?

–Una que ya ha escuchado –dijo la joven con firmeza–. Durante toda su vida, de hecho. Los hombres han decidido, una y otra vez, que no puede o no debería ser portadora de poder o que debería ejercerlo en secreto. Su padre, sus hermanos, su esposo. ¿Permitirá que un hombre horrible y vanidoso como George Bastoke lo haga otra vez? Porque lo hará y lo sabe.

Esa era una buena historia. En parte era la de esa mujer, en parte era la que el fantasma de la señora Navenby les había contado. Los ojos de Seraphina Vaughn destellaron al escucharla, pero se tranquilizó de inmediato y miró a George.

–Me dio su palabra. Es trivial, pero significa algo para los hombres como él.

–Asesinó a su propia prima al intentar robarle la magia. Su palabra no vale nada –señaló Maud.

Podría haberla conmovido con una hora más y todo su poder de persuasión, pero la señora Vaughn extendió una mano con guante a un lado, hizo una mueca y llevó la otra mano hacia el rostro de Maud. La joven se estremeció, y Jack le apoyó una mano en la espalda. La anciana desplegó una sonrisa fría como la mirada de un halcón y le dio una palmada a la mejilla de Maud.

–¿Qué pueden ofrecerme tú y tus amigos condenados? Nada. No son mejores que cualquiera de esos hombres, que Beth, Enid o Flora. No me quedan muchos años, señorita Blyth, y *tendré* el poder que merezco antes de morir. Lo tendré ante la vista de todos.

Su primo tenía la cabeza inclinada para escuchar a Richard Prest. Hubo movimiento en la cercanía. Era… Morris, quien se acercaba al grupo de políticos. El matón de George estaba mejor vestido de lo que lo hubiera visto jamás, pero no parecía cómodo con la ropa elegante. George se hizo a un lado para hablar con él. Se acomodó para verlos mejor, con el corazón en la garganta, y vio la mano de su primo bajar disparada al bolsillo, luego lo vio relajarse, recuperar la compostura y hablar con intensidad.

Esa era su respuesta. Y el enemigo estaba en guardia. Hora de moverse rápido.

–No tiene sentido discutir con una causa perdida, Maud. Vamos. –Los alejó de la señora Vaughn en dirección al límite de la terraza, desde donde podía ver a Alan. Maud mantenía un silencio excitado mientras observaba a George y a Morris. Jack esperó a que Alan los mirara para hacerle la señal que habían acordado para "George", que disimuló tomando el brazo de su acompañante.

Morris asintió y volvió a alejarse, y Jack se concentró en George.

–Vamos –susurró Maud.

Los dos permanecieron observando el grupo cercano a la baranda. Aún tomaría tiempo; Alan debía encontrar a Edwin para transmitirle la señal y luego retirarse con disimulo; Edwin, como quiera que luciera, debía aproximarse a George. Era una lástima que Morris se hubiera ido, pues Edwin podría haberlos derribado a ambos de una vez.

George formó un hechizo con elegancia.

Jack aferró el bastón con fuerza y aflojó las rodillas, listo para empujar a Maud tras él, pero George no los atacó, tampoco cayó dormido.

En cambio, se elevó en el aire con tranquilidad hasta flotar sobre las cabezas de todos, como una figura oscura y confiada en contraste con las luces y el cielo.





CAPÍTULO 28

Era un hechizo de levitación. También debió usar un hechizo de amplificación, porque cuando George habló, su voz pudo escucharse sobre el bullicio. Dio un breve y elegante discurso de bienvenida, que incluyó una dosis generosa de elogios para sus queridos tíos, el conde y la condesa de Cheetham, por haber organizado tan magnífico espectáculo.

–Pero creo que podemos hacer más. Esta es una noche extraordinaria en más de un sentido, y la Asamblea tiene un gran logro que revelar, uno que amerita un escenario *especial*. Después de todo, tenemos este lago maravilloso aquí, sería una pena desperdiciarlo. De hecho, los invito a todos a venir y pararse sobre él.

Las personas más cercanas a la balaustrada comenzaron a murmurar admiradas. Jack frunció el ceño y se acercó un poco más junto a Maud.

–¿Qué pasa? –preguntó ella, que no alcanzaba a ver. La pregunta se repetía a su alrededor.

–Están congelando el lago –respondió Jack.

Al menos ocho magos (Cooper, sin duda) estaban de pie en distintos puntos alrededor del lago, ejecutando el mismo hechizo con una coordinación perfecta. Una niebla blanca se elevaba arremolinada en el aire, y flechas blancas se extendían sobre la superficie del lago desde el puesto de cada uno de los hombres.

Cada flecha de hielo se encontró con las demás en el centro y juntas formaron una lámina sólida e ininterrumpida. En el extremo más lejano del lago, el hielo hizo algo más complejo: un escenario elevado, que le daba un aire teatral al suceso. Eso era lo que pretendían, por supuesto.

–Por cualquier temor que puedan tener las damas: mantendremos el aire cálido y es completamente seguro caminar sobre él sin resbalar. Tienen mi palabra –terminó George y descendió a la tierra, con expresión satisfecha.

Era algo muy típico del hombre. No le bastaba con aprovechar el éxito de la hospitalidad de otro, tenía que crear uno propio. Y esa era una demostración evidente del nivel de magia que, por el momento, solo podía lograrse en grupo.

La audiencia de magos en trajes elegantes comenzó una procesión entusiasta desde la terraza y la ladera de césped hacia los extremos del lago, donde dos preciosos puentes de hielo denso conducían hacia la superficie congelada. Jack y Maud iban al final de la multitud. Había perdido de vista a los demás, pero mantuvo un paso firme, con la joven a su lado.

Esa era la oportunidad para Edwin y Violet, sin duda. George ya había dicho lo suyo y, por el momento, nadie lo estaba observando. Mientras la mayor parte del grupo se dirigía hacia el puente, Jack y Maud giraron al unísono sin ponerse de acuerdo y se apartaron del resto. En cambio, tomaron el sendero de piedras blancas que llevaba a la gruta, justo debajo de donde habían estado parados.

–Hawthorn.

No llegó a ser una pregunta, pero había un hilo de inquietud en la voz de la joven, que se encontró con uno similar en Jack. Luego, la

inquietud fue ahogada por la satisfacción de dar un paso tras paso por el sendero crujiente de piedras blancas, bajo el arco de coral rosa. Allí era donde debían estar. Entraron por completo en la gruta, y la inquietud se transformó en miedo absoluto.

–*Mierda* –soltó Maud a su lado.

–Estoy completamente de acuerdo, querida –dijo Violet.

Violet y Robin estaban de pie en el centro de la gruta, el hermoso espacio lleno de mosaicos resplandecía en colores marinos, iluminado por otra hilera de luces mágicas. Ninguno de los dos movía más que los ojos para mirarlos y ambos estaban serios.

Las cuerdas brillantes que les rodeaban las muñecas lo explicaban; los extremos desaparecían en el pilar central de la gruta, una roca oscura adornada con azulejos verdes y un anillo de caracolas marinas blancas y rosadas auténticas. Y de pie en la otra entrada de la gruta, observando la llegada de Jack y Maud con una expresión de diversión maliciosa y apenas disimulada, estaba Walter Courcey.

Sí. Mierda.

Jack sintió cómo la rabia y la desesperación dominaban su rostro, pero sus piernas siguieron caminando de todas formas, como si sus huesos actuaran siguiendo órdenes diferentes a las de su mente. Como si alguien lo hubiera abierto y hubiera grabado allí las runas de una compulsión. Él y Maud caminaron sin pausa hacia el pilar, y sus manos se alzaron al unísono hacia él.

–Resiste, Maudie –dijo Robin con urgencia–. Hawthorn, si puedes…

La mano de Maud temblaba; por lo que Jack la conocía, sabía que estaba luchando con todas sus fuerzas, pero eso no servía de nada,

la magia era demasiado fuerte. En cuanto los dedos de Jack tocaron la primera caracola, el impulso abrumador de hacerlo desapareció, como si hubiera estado anhelando un alimento específico y se volviera ceniza en su boca. Se hubiera apartado de un salto, hubiera girado y cargado contra Walter Courcey con el bastón por delante, de no ser porque, como había anticipado, una nueva brida apareció en su muñeca y perdió la capacidad de controlar su cuerpo.

–Muy bien. Debo decir que funcionó aún mejor de lo que esperaba –comentó Walter.

Hubo un silencio, en el que Jack se percató de que estaba esperando que Edwin hiciera una pregunta. Edwin no estaba allí. *No estaba allí.* Y tampoco Alan. Entonces, con la boca seca, la hizo él mismo. Parecía tan buen método como cualquier otro para ganar tiempo.

–¿Cómo haces que una compulsión funcione sin palabras?

–No es una compulsión *estrictamente*. Bueno, supongo que sí lo es. Es el Flautista de Hamelín. Me han dicho que estás familiarizada con esa historia –respondió Walter, dirigiéndole una leve sonrisa a Violet–. Con una modificación para infundirlo, gracias a la señora Vaughn. Solo se necesita una pizca de polvo sobre la piel desnuda. Y todos ustedes se han hecho *muy* visibles para los Cooper esta noche.

Alguien había empujado a Jack entre la multitud. La señora Vaughn había tocado la mejilla de Maud. Incluso con los trajes de noche, era bastante fácil rozar con los dedos enguantados una zona de piel expuesta con suficiente velocidad y decisión. Luego, solo hacía falta que alguien activara el hechizo desde un solo lugar, como ese pilar, y la compulsión cobraba vida.

–Y esta es una versión elegante de la Brida de duende –añadió Walter–. Permite hablar, pero no moverse, combinada con un hechizo de pantalla, de modo que nadie puede escuchar ni ver lo que ocurre aquí. –Señaló alrededor–. Me dicen que los Cooper prefieren este escenario para hacer interrogatorios.

Jack apretó los dientes. A través de las ventanas abiertas de la gruta podía ver el lago, cuya superficie congelada estaba medio llena, y alcanzó a distinguir figuras moviéndose sobre el escenario elevado al fondo. Nadie estaba mirando hacia la gruta; y aunque lo hicieran, el hechizo de pantalla estaba activo.

–Ah, no ponga esa cara, Blyth –agregó Walter–. Su molesto juramento de sangre sigue en efecto, no puedo hacerles daño a usted ni a su hermana. Tampoco necesito interrogarlos, no saben nada útil para nosotros, ninguno de ustedes. Solo necesitamos mantenerlos fuera del camino, tranquilos. Ahora, si me disculpan, debo ver qué está demorando a…

Alguien lo interrumpió. Dos personas entraron por la otra boca de la gruta, una sujetando con fuerza a la otra por el brazo.

Joe Morris. Y, con las manos unidas en posición de *priez-vous*, sin bufanda blanca y con su propio rostro, Edwin.

–Atrapé a este afuera. El muy idiota siguió a los demás –explicó Morris.

–Ah, Win, tenía el presentimiento de que acabarías por aparecer. –La sonrisa de Walter creció.

Los ojos de Edwin se ampliaron al captar la escena. No hizo ninguna pregunta, pero era evidente que no estaba bajo la misma compulsión que los demás, porque intentó zafarse del agarre de Morris, falló y luego se quedó quieto.

–Ah, por el amor de Dios, Edwin, ¿por qué nos seguiste? Ese no era el plan –espetó Violet, quien no sabía manejar las crisis.

–Perdóname por intentar saber por qué el resto de ustedes caminaba en la *dirección equivocada* –dijo Edwin con frialdad.

Por supuesto. Sin Violet y los demás cuidándole la espalda, lo habrían rodeado los Cooper en cuanto lo vieran revisando la ropa de George, aunque lograra dormirlo. Y sin saber dónde estaba Jack, Edwin tampoco podía confiar en su plan de respaldo si fallaban al robar las piezas del juramento: dejar que el ritual comenzara, fuera cual fuera su forma, y luego hacer que Jack revocara el derecho de invitados tan pronto como el último juramento estuviera a la vista. Difícil y caótico. El derecho de invitados revocado era desagradable, pero no era una compulsión en sí, y no había forma de saber qué podría hacer George antes de que le resultara insoportable.

Jack seguía en su territorio y aún podía hablar, ¿qué pasaría si revocaba su derecho de invitado en ese momento? Su primo se llevaría el juramento consigo al salir y lo más probable era que intentaría completar el ritual en cuanto cruzara la frontera de Cheetham. Walter y Morris tal vez se llevarían a *Edwin*, y los demás seguirían atrapados.

¿Y dónde demonios estaba Alan?

–Ha sido muy conveniente que te presentaras voluntariamente –le dijo Walter a Edwin–. Bastoke planeaba usar a Blyth para sacarte de tu escondite, pero aquí estás, listo para ofrecer tus servicios.

–¿Qué *servicios*? –preguntó Robin, casi en un gruñido.

Edwin parecía resignado.

–Es sangre, ¿verdad? Al final, todo se reduce a eso. No veía cómo podrían hacer funcionar esto sin ella.

Un frío iracundo e inútil envolvió a Jack al escuchar la palabra "sangre", pero Edwin tenía razón. Era justo lo que esperaban.

Walter asintió.

–Al principio, Seraphina Vaughn creía que el ritual tendría que implicar el sacrificio de tres personas, una de cada una de las tres familias, como señal de que los magos tomaban en serio la petición de poder. Pero nos dimos cuenta de que eso no es necesario. Han pasado demasiadas generaciones y la sangre se ha mezclado lo suficiente como para que cualquier mago británico tenga sangre de las tres.

Edwin se había puesto aún más pálido, pero no se mostró sorprendido. Si la mirada de Robin hubiera podido matar, Walter ya se habría convertido en una mancha de sangre en el suelo.

–Él es tu *hermano*. Todos están obsesionados con la sangre, ¿no significa nada para ti?

–Robin, estás perdiendo el tiempo –dijo Edwin, pero Walter lo interrumpió, con la voz tajante y desagradable de repente.

–Él no tiene lealtad hacia los magos ni hacia nuestra familia. Yo no tengo por qué mostrarle ninguna a cambio.

Increíblemente, Edwin soltó una carcajada.

–Sé honesto, Walt. Te vencí una vez y aún no lo superas. Así que, supongo que me matarás en algún rincón, y Bastoke fingirá que consiguió el poder porque se lo pidió al juramento *de forma amable*.

–Ah, no. Es importante que esto ocurra en público.

–¿En público? ¿Frente a todos? Estas son personas normales, decentes –intervino Maud con vehemencia–. ¡La mayoría no verá el *asesinato* como un medio justificable para un fin!

–Tiene una visión muy ingenua de la gente normal, señorita Blyth –respondió Walter–. Las ejecuciones públicas de criminales peligrosos siempre han sido concurridas. Todavía se reporta sobre ahorcamientos en los periódicos. Eso no es asesinato, es mantener el orden en el mundo. –Le dirigió a su hermano una mirada que helaba de satisfacción–. Pero no sometería a nuestro padre y hermana a eso, Win. No te preocupes, no tendrán que verte morir. Verán justo lo que queramos que vean.

Morris, que había permanecido impasible durante todo el intercambio, sin quitarle los ojos de encima a Edwin, habló con impaciencia:

–Courcey, el señor Bastoke está esperando.

–Todavía hay gente en los puentes –comenzó Walter al echar un vistazo por las ventanas–. Y odiaría que los amigos de Win no supieran *con exactitud* qué está ocurriendo detrás de la ilusión que todos los demás verán.

Edwin tenía razón, se trataba de Walter dándose el gusto de estar del lado inteligente por una vez. Y deleitándose en el miedo de Edwin, como siempre lo había hecho.

–No serán tres personas o tres muertes, sino tres heridas, superficiales y simbólicas a ojos de todos los demás. –Walter simuló dar dos cuchilladas con la mano, y Edwin se estremeció–. Y qué *amable* del señor Courcey al ofrecerse como penitencia por lo que le ha hecho a El Barril. –Concluyó con una puñalada final.

–No –susurró Maud.

Edwin miró a su hermano de frente y movió la boca, pero no dijo nada.

–Así que lo asesinan en el escenario mientras que una ilusión de él baila tap del otro lado –dijo Jack, hastiado.

–O se desmaya. Luego diremos que los Cooper lo han encerrado por seguridad y, en unos años, nadie lo recordará. A nadie le importará –aseguró Walter con desinterés.

Sí, a las personas en esa habitación les importaría. La sonrisa de Walter escondía la promesa de que ellos también serían encerrados como criminales, asesinados, controlados con amarres de silencio o privados de su memoria, lo que fuera más expeditivo para George y los Cooper.

–Si sigue con esto, si lo mata, lo destruiré, Courcey –sentenció Robin con los labios blancos de furia.

–Una vez que tengamos el juramento, podrá *intentar* hacer lo que quiera –replicó él, luego se dirigió a Morris–. Muy bien, hora del espectáculo. Refuerza el *priez-vous*, Morris. Ha conseguido liberarse antes, no dejaré que vuelva a pasar.

El hombre asintió y soltó a Edwin apenas lo suficiente para realizar el hechizo. Edwin se estremeció cuando los tendones del dorso de su mano se hincharon.

–Y para estar seguros de que la estupidez sin sentido que has logrado controlar en El Barril no se repita, Morris montará guardia afuera de esta cueva, desde donde tiene una vista privilegiada. Ante la *primera señal* de problemas de tu parte, Win, entrará y cortará la garganta de Blyth. Adivinador o no.

–*Vete al infierno* –escupió Maud.

Edwin miró a Robin a los ojos con una desesperación que hizo que Jack quisiera apartar la vista; era un momento demasiado privado.

–Verá que no lo estoy lastimando, sir Robert, solo estoy señalando un hecho. –Les sonrió a todos antes de tomar a Edwin del brazo y arrastrarlo fuera de la gruta. Morris fue tras ellos.





CAPÍTULO 29

Alan no sabía qué estaba pasando, pero sospechaba que algo había salido demasiado para el carajo, como diría su primo Berto.

Había recibido la señal de Jack y se la había transmitido a Edwin, que estaba disfrazado, luego había vuelto a parecer ocupado cerca de una mesa. A partir de ese momento, su papel era flexible: dar apoyo si era necesario o ser mensajero de lady Cheetham si la necesitaban por alguna razón.

Hubiera preferido algo un poco más directo cuando se trataba de vengarse, pero su familia lo prefería vivo antes que muerto, y la muerte era lo que encontraría si se lanzaba de forma innecesaria a una pelea mágica.

También estaba el asunto de qué sucedería *después*, una vez que recuperaran y transformaran el último juramento. Bastoke y Courcey no eran del tipo que se dejaba vencer sin buscar su propia venganza, y cuanto más tiempo pudieran ocultar la participación de Alan, más seguros estarían los Rossi. Alan tenía intención de ver cómo George Bastoke era expulsado con magia de las tierras de Jack, tal vez incluso le lanzaría algo a la espalda al muy desgraciado mientras se iba.

Era imposible perderse el discurso de George, pronunciado a tres metros del maldito suelo. El corazón de Alan latía con fuerza mientras apilaba vasos vacíos en una bandeja. La invitación para bajar al lago sin duda no se incluía a los sirvientes, y resultaría

sospechoso si corría tras ellos en ese momento. De seguro Edwin y Violet estarían aprovechando esa oportunidad.

Los segundos se convirtieron en minutos, en los que la multitud iba desplazándose desde el césped hacia el lago. El aire más allá de la balaustrada se veía como una neblina tenue, como la bruma matutina que bañaba el Támesis.

Había ruido, claro, pero sonaba emocionado y agradable, no parecía que nadie hubiera colapsado. Tampoco había señales de que estuviera ocurriendo ninguna pelea. Algunas sirvientas habían aprovechado ese giro inesperado en los planes de la fiesta para correr hasta la terraza, que había quedado vacía, y se asomaban por la barandilla para mirar hacia abajo.

–A la mierda –murmuró Alan, y fue a hacer lo mismo. Ya era tarde, por lo que el cielo había oscurecido por completo, excepto por el brillo de la luna, y el aire era tan fresco como para que los pantalones de montar debajo del vestido no le resultaran incómodos.

Y abajo, en el lago, era invierno. Una luz pálida y brillante procedente de más linternas mágicas iluminaba la escena, hacía brillar los puentes de hielo y la superficie helada del lago. El hielo se veía áspero y sólido como si fuera natural, y ninguno de los presentes (que rebosaban alegría) parecía tener problemas para mantenerse en pie.

Inhalar el aire que subía desde allí despertó en él un extraño recuerdo de la infancia: su padre abriendo los cofres de hielo para sacar botes metálicos de helado o bloques sólidos de hielo, que luego cortaba y raspaba para hacer dulces. Niebla fría envolviéndole la cara. La última vez que ese recuerdo lo había sorprendido estaba en la cámara de hielo del Lyric, cortándole un mechón de cabello a

un cadáver. El aire de esa noche era igual de frío, como si enormes ventiladores invisibles estuvieran empujando el frío hacia arriba y lejos de los magos.

George Bastoke subió al escenario helado al otro extremo del lago. Estaba demasiado lejos para que Alan distinguiera su rostro, pero el andar de pasos largos y despreocupados lo delataba.

–*Maldición* –escupió, con sentimiento.

¿Dónde demonios estaban los demás? Abajo, seguro. Buscó con la mirada el cabello rubio de Violet y su vestido rosado, o un destello de verde pálido que pudiera ser Maud. No tenía esperanzas de encontrar a Jack en una multitud llena de ricachones altos, de traje y con cabello castaño. En especial cuando todos estaban de espaldas a él.

¿Qué demonios se suponía que debía hacer? *No tengo el cabello de nadie para hacer un hechizo de rastreo*, pensó enloquecido. Y luego: *Y no soy un maldito mago*. Lo único que podía hacer con la magia era desbaratarla y ni siquiera de formas útiles o predecibles.

–Se están tardando demasiado –dijo lady Dufay.

Los nervios tensos de Alan lo hicieron dar un salto y soltar un pequeño grito de sorpresa. La mujer se había acercado sin hacer ruido y estaba parada junto a él; a la luz de la luna y de la magia, su piel y su cabello casi parecían brillar por sí mismos, de una forma mucho más inquietante que atractiva. Parecía envuelta en sábanas de lino y medio matorral.

–Gracias a Dios –susurró–. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde están los demás?

–¿Courcey planea dormir a Bastoke frente a toda esta multitud? –preguntó lady Dufay con su acostumbrado tono de desaprobación.

Así que ella tampoco sabía.

Un escalofrío diferente recorrió la espalda de Alan al ver a lady Cheetham siendo escoltada (una escolta, sin duda, dadas las figuras que la flanqueaban) hacia donde se encontraba su esposo, cerca del frente de la multitud. La condesa miraba a su alrededor con inquietud. Tal vez pudiera llegar hasta ella si mantenía la cabeza agachada todo lo posible, podría fingir que había surgido una emergencia en las cocinas o que un invitado se había desmayado. Y quizá *ella* podría encontrar a los demás, quizás a través de la tierra… Ella y Jack habían hecho un juramento de sangre con ese lugar, ¿no? Así que quizás…

–*Las abejas*.

Tomó el brazo de lady Dufay por encima de las telas que la cubrían. La extremidad era delgada y firme como un palo de escoba.

–Usted conoce este lugar. Su magia está en él. ¿Las abejas podrían encontrar a Jack, al señor Hawthorn?

Eso captó la atención de la dama. Lo miró con esos maravillosos y escalofriantes ojos azul fae que Jack había heredado, incluso después de muchas generaciones. Las profundas líneas de su rostro se acentuaron más al pensar.

–Pueden encontrarlo, sí, pero no pueden hablar para *decírnoslo*.

Eso bastó para él. Al segundo paso se percató de que aún sostenía el brazo de Dufay y se apresuró a soltarla, pero ella lo estaba siguiendo de todas formas. Y era más alta y rápida que él, además. Alan se subió la falda hasta la cintura y, una vez más, salió corriendo tras la dama; cuesta abajo en esa oportunidad, no hacia el roble. Tenía una sensación horrible, como un anzuelo clavado entre los omóplatos, que soltaba el sedal conforme se alejaba del lago,

lejos de donde, de seguro, se gestaba el peligro y donde más lo necesitaban. Pero esa era la mejor idea que tenía.

Llegó a las colmenas sin aliento. No se oía mucho en las cajas de madera y solo contaban con la luz de la luna, pero Alan no divisaba a ninguna abeja suelta, ni arrastrándose ni volando. Debían estar dormidas. ¿Las abejas dormían?

Lady Dufay, que había llegado antes, se llevó una mano al pecho e inclinó el cuerpo en un movimiento que hizo que el extraño ropaje que llevaba de repente adoptara una forma *apropiada*. A Alan le dolieron los ojos al verlo.

Él también hizo una reverencia. Había palabras. Jack las había dicho.

–Colmenas y abejas. Quiero decir, reinas –comenzó él–. Colmenas y reinas de Cheetham Hall, me conocen, y supongo que conocen a lady Dufay. Ella plantó ese árbol e inició esta familia, y uno de los suyos está en peligro. Probablemente. –Tragó aire con fuerza. El silencio de las colmenas no cambió–. Ustedes conocen a sus enemigos y saben que yo no soy uno de ellos. Yo… les prometo sangre. Les contaré todos mis secretos. Lo que quieran. Pero necesito encontrar a lord Hawthorn.

Lady Dufay no dijo nada. Alan tenía fuego en los pulmones y se sentía como un tonto parado allí en la oscuridad, suplicándole a un enjambre de abejas.

De pronto, una sombra se alzó despacio desde una de las colmenas; un movimiento oscuro y sedoso con los árboles y la noche de fondo. Consideró hacer otra reverencia y se preguntó si estaba a punto de morir picado por haberse atrevido a tanto.

Pero el enjambre se deslizó hacia el lago.

–Ah, gracias, gracias –dijo Alan y lo siguió.

Las abejas eran casi tan rápidas como lady Dufay, pero Alan se esforzó por seguirles el ritmo. Los guiaron a él y a la dama de regreso por donde habían llegado. Ya empezaba a inventarse excusas para explicar por qué una doncella flacucha corría tras un enjambre de abejas en medio de una multitud de magos, ¿acaso era un aprendiz de apicultora y se le habían escapado? Pero enseguida supo que no se dirigían al lago en sí mismo, sino que lo estaban rodeando rumbo a la gruta marina, que Alan había inspeccionado esa misma mañana. La plataforma de hielo comenzaba a varios metros, lo que dejaba una extensión de agua negra y juncos en medio que delimitaba el camino y la gruta.

Un jalón brusco en la manga lo detuvo en seco. Dufay lo arrastró tras un seto y se llevó un dedo a los labios. A Alan no le importó en lo más mínimo la expresión habitual de ella, la que decía "qué tontos son estos mortales". Se asomó con cuidado desde el refugio del seto y vio a Joe Morris, a unos cuantos metros, con la mirada fija en el lago. Alan le siguió la mirada. Desde allí apenas podía distinguir el escenario elevado donde estaba Bastoke, flanqueado por varias personas más, y a otro hombre al que arrastraban hasta allí. Cabello claro. Edwin.

Bastoke hablaba con la voz amplificada otra vez. El pulso descontrolado de Alan solo le permitió captar algunas palabras. "Sangre". "Para servir a todos los magos".

Con un maldito demonio. Eso no sonaba nada bien. Y Morris estaba justo entre ellos y el arco rosado que daba paso a la gruta.

Cuando Alan buscó a las abejas, habían desaparecido. Una lástima, en verdad les habría dado lo que fuera por ver a Joe Morris

recibir unas cuantas centenas de aguijonazos. Le escocía la piel de solo pensarlo. Se le acalambró la mano con cicatrices de tanto aferrar la falda negra. Morris era demasiado leal como para sobornarlo o razonar con él, canalizaba magia más rápido que cualquier otro mago que él hubiese conocido e infligía un dolor terrible sin pestañar.

¿Qué había funcionado contra ese hombre en el Lyric?

Teatro. Teatro y mentiras.

Tomó una respiración temblorosa. Se alisó la falda y el delantal y se ajustó la cofia para asegurarse de que no se escaparan rizos por la nuca.

–Mi lady –susurró–. Necesito una distracción. Vaya y sea una anciana excéntrica. Tan excéntrica como pueda. Y… acérquese todo lo posible a él.

Lady Dufay no hizo preguntas. Un nuevo destello amarillo blanquecino brilló cuando sonrió mostrando los dientes. Y al instante siguiente había desaparecido detrás del seto, con pies demasiado ligeros sobre el camino de piedra.

–¿Pero qué demonios…? –escuchó decir a Morris.

–Ah, buen señor –dijo lady Dufay, su voz como un espejo. Era como si alguien hubiera tomado a lady Cheetham y la hubiese pulido durante una hora–. Mi lord, ¿es usted? ¿Ha regresado a mí, como prometió? Quizás… esté lista para perdonarlo, después de todo.

Alan se atrevió a echar un vistazo por el seto. Lady Dufay se movía como una bailarina ebria, con sus ropajes ondeando alrededor, y recitaba un poema desconocido, que tenía el ritmo singular de la canción del planetario. Morris seguía firme en su sitio como el buen guardia que era, diciéndole a la mujer extraña que

fuera al lago con los demás invitados. Era evidente que no quería ser grosero ni físico, pues no quería llamar la atención.

La mujer se acercó con florituras, extendió la mano hacia el rostro de Morris, y Alan hizo su aparición en la escena.

–¡Mi lady! ¡Aquí está! –Intentó imitar la voz suave y conciliadora de Bella, manteniendo la cabeza agachada al máximo mientras se apresuraba hacia ellos. Sus hombros eran como bloques, su cuerpo entero estaba preparado para recibir un ataque mágico o físico. Mantuvo la vista fija en las piernas de Morris–. Lo siento mucho, señor, se me ha escapado. Le juro que la estoy cuidando bien, por favor, no se lo diga a nadie. Mi lady, tiene que estar con los demás, en el lago…

–Llévatela –sentenció Morris–. Oye… –Por fin se hizo a un lado cuando lady Dufay le hizo arrumacos e intentó tocarle el hombro.

–No está bien de la cabeza –jadeó Alan.

–Ni que lo digas.

Alan se interpuso entre ellos. Cuerpo a cuerpo, bien. Metió la mano en el bolsillo del vestido. Morris se extendió más allá de él para mantener a la mujer a una distancia prudente y, en el proceso, casi derriba el gorro de Alan con el brazo.

–¿Qué demo…?

Ese era el momento.

Giró, aferró la navaja y rodeó al hombre con el otro brazo como si lo abrazara para mantenerlo en su lugar. Según sus cálculos, donde tenía más posibilidades de atravesar toda esa maldita ropa era debajo de las costillas, donde tenía la carne más vulnerable. Así que apuntó la navaja a ese lugar y presionó hacia adentro y hacia arriba con todas sus fuerzas.

Había tenido su cuota de peleas desagradables, y la regla general era acabar al oponente rápido de cualquier forma posible. Esa no era una pelea por comida o por el mejor lugar para vagabundos en la calle, Morris no era la clase de hombre que tomaba una herida como advertencia, y Alan no creía poder derribarlo de un solo golpe.

Nunca había asesinado a nadie.

Morris gruñó cuando la navaja lo atravesó. Sonaba sorprendido. Presionado contra él, el calor del cuerpo del hombre era impactante. Alan olía sudor y cobre en él. No sentía los dedos alrededor de la empuñadura cuando arrancó la navaja, rezando que sus músculos cooperaran, se tambaleó con el arma en la mano insensible y por fin miró a Joe Morris a la cara.

El mago lo miraba con la violencia de una botella estallada contra el borde de una barra. El vidrio afilado brilló con reconocimiento, y Morris tosió tres veces entre risas aterradoras. Cada una de ellas expandió la mancha oscura que Alan podía ver en la camisa blanca debajo del chaleco negro.

–Buen intento, ladrón –dijo Morris y, doblado de dolor como estaba, comenzó a formar un hechizo, que cobró vida a una velocidad desconcertante, de color azul pálido brillante. Alan ya había visto ese hechizo. Se encontró inmovilizado al verlo mientras que el frío de sus acciones se escurría de sus extremidades y lo dejaba temblando.

Muévete, maldito imbécil, se dijo a sí mismo.

Arremetió con torpeza contra los dedos de Morris, pero el mago estaba preparado y dio dos pasos hacia atrás y llevó el hechizo azul hacia la herida que Alan le había infligido.

Se estaba sanando, como había sanado la mano de Alan después de herirlo.

El hechizo se desvaneció dentro de él, Morris se irguió y se lanzó hacia Alan, con un nuevo hechizo en ciernes. Estaba pálido y cubierto de sudor, pero se movía como si nunca hubiera sido apuñalado.

Lady Dufay fue más rápida.

Giró su túnica blanca como un cisne levantando vuelo. Morris maldijo entre dientes, Alan retrocedió de un salto y, cuando se recuperó, el mago estaba atrapado, con los brazos inmovilizados a los lados en las manos de la dama. Era imposible que formara hechizos de ese modo. De todas formas, seguía lanzando patadas hacia atrás con todas sus fuerzas para intentar desestabilizar a su captora. Si maldecía más fuerte, los últimos en la audiencia sobre el lago de hielo podrían escucharlo.

Lady Dufay, firme como un roble, miró a Alan con impaciencia.

–¿Y bien? Termina con él.

Lo abrupto de la declaración le revolvió el estómago casi hasta vomitar. Había sangre en la navaja, había sangre en su mano. Dios. Hacer eso *dos veces*, la segunda a un hombre indefenso, aunque fuera un hombre como ese, que deseaba verlo muerto a él y a su familia y cuyo rostro le recordaba el sonido de una hoja cortando los huesos y tendones de su mano…

Devorador de pecados, pensó adormecido.

En esa oportunidad, clavó la navaja en el cuello de Morris, y la sangre que brotó cuando lo sacó fue como agua caliente en un grifo, pero púrpura en la oscuridad. Surreal.

Morris tosió al intentar decir algo. Sus ojos se dieron vuelta y sus brazos siguieron forcejeando con el agarre implacable de Dufay. Tardó algunas respiraciones burbujeantes y horribles, pero todo terminó.

Alan, tembloroso, limpió la navaja en su falda y la devolvió al bolsillo. Escuchó el estruendo del cuerpo de Morris cuando la mujer lo soltó, pero estaba muy ocupado vaciando el estómago en los juncos para verlo.

–Sosiégate –dijo lady Dufay. Se enderezó para mirarla con rabia, pero ella no lo estaba mirando a él, sino que estaba de rodillas, con una mano sobre las rocas–. Vendrán más, no tengo dudas.

Sí, era un hecho. Alan miró al escenario con ansiedad. El público prestaba atención en silencio y la voz de George seguía resonando. ¿Cuánto tiempo había durado todo aquello? No importaba.

Alan corrió a través del arco rosado hacia la gruta. En cuanto lo atravesó, se produjo un silencio de sorpresa, hasta que las cuatro personas dentro comenzaron a gritarle al mismo tiempo. Analizó la escena: cuerdas brillantes, alguna clase de prisión o atadura, y los cuatro estaban *inmóviles*. Se llevó dos dedos a la boca para chiflar, eso los calló a todos.

–Díganme cómo sacarlos de esto –exigió.

–¿Edwin está vivo? –preguntó Robin–. ¿Lo han asesinado?

–¿Qué…?

–Sentí que alguien murió –explicó Jack.

La tierra. Lady Dufay la había estado consolando. Tal vez seguía haciéndolo, porque no había entrado con él.

–Creo que aún no le han hecho nada. Ese fue… Morris. Está muerto. –Alan se limpió las manos en el delantal arruinado.

Otro silencio perplejo.

–Bastoke y Walter *matarán* a Edwin y no se verá como si lo hubieran hecho, han puesto una ilusión –balbuceó Robin–. Olvídate de nosotros, ve a salvarlo.

–*¿Solo?* –exigió Jack.

–Puede desviar el ritual, arruinarlo de alguna forma.

–¡Que rompa esta maldita brida! –gritó Violet–. Tal vez si tocas el pilar el hechizo se vuelva sobre sí mismo.

–O podría quedar atrapado también. ¿No hay otra forma? –preguntó Maud.

Ah, fantástico. Otra discusión sobre teoría mágica. Y el único inteligente *no* estaba allí.

–Esperen, si Morris está muerto, él no lo sostenía con su poder directamente –reflexionó Robin.

–Si es una trampa, podría haberla instalado aquí esta mañana para activarla después. Como tus ilusiones, Violet –dedujo Alan.

–Mis ilusiones solo funcionan gracias a los discos de roble. Como Edwin no deja de decir, la madera alberga magia porque la magia se aferra a la vida. Esto es de piedra, ¿cómo puede…?

–No *todo* es piedra –murmuró Maud.

–Las caracolas –dijeron ella y Jack al mismo tiempo.

Una sola fila de caracolas rodeaba el pilar como un anillo a un dedo. Alan se movió entre sus aliados inmóviles y tomó el bastón de Jack, que se liberó con facilidad de la mano del lord. Apuntó la punta de plata y destruyó la caracola más cercana.

Las cuerdas brillantes se desvanecieron.

Las piernas de Maud cedieron, y Robin la tomó del brazo para estabilizarla.

–Gracias, Cesare –dijo Jack y se inclinó para frotarse la pierna–. Me aterra pensar qué te deberemos después de esto.

Le extendió el bastón, que el barón aceptó.

–No me deben nada –afirmó.

–Tenemos que movernos –indicó Robin–. Hawthorn, espero que tengas una estrategia, porque de lo contrario subiré allí y los estrangularé a todos con mis propias manos.

–Violet, necesitaremos una pantalla para movernos sin ser vistos y tal vez un escudo después de eso. Y al menos una buena ilusión al mismo tiempo, si puedes con todo.

–Reboso de magia. –Violet brillaba de ira–. Puedo hacer *toda* clase de cosas.

Después de que la maga limpiara las manchas de sangre con un hechizo rápido, Alan fue enviado al otro lado del lago. Nadie lo miró mientras cruzaba el puente de hielo, pues era una sirvienta, a fin de cuentas. Aun cuando se extendió por el lateral tallado del puente, como un niño buscando una mejor vista de un desfile, apenas recibió algunas miradas y ceños fruncidos de los magos cercanos. Tenían cosas mejores a las que prestar atención.

El hielo se sentía demasiado frío en las manos, pero fuerte y sólido como la piedra, así que no tenía miedo de resbalar. Y desde allí podía ver.

Edwin se encontraba en el centro del escenario de hielo. En principio, no parecía estar muy mal, excepto porque lo habían desvestido hasta la cintura y estaba pálido, rígido y helado. Tenía ambos brazos extendidos, como si esperara que un ayudante de cámara le ajustara las mancuernillas. Alguien le había dibujado una

línea de tinta roja en un antebrazo, que corría y goteaba al llegar a la muñeca y la mano.

Su hermano Walter estaba a su lado con una daga de plata en una mano y un cuenco en la otra. Pasó la punta de la daga por el segundo brazo de Edwin, del que brotó una nueva línea roja.

El mago no se movió. Ni siquiera gritó. Tenía la mirada perdida sobre las cabezas de la multitud, y Alan observó el ascenso y descenso de su pecho. ¿Cuánto de lo que veía era real y cuánto la ilusión que Robin había mencionado? Los presentes murmuraron entre sí, pero nadie hizo ademán de ayudar ni de detener eso. Parecían un grupo reunido para ver un espectáculo callejero, en cuyas copas alguien había colocado un penique o un reloj, que en cualquier momento reaparecería o se transformaría en un listón de seda. En cualquier momento.

A un lado de los hermanos Courcey y unos pasos más atrás, se encontraba la señora Vaughn, con las manos unidas frente a ella como una institutriz que vigilaba a sus pupilos. Y, al otro lado y mucho más prominente, se encontraba George Bastoke.

El hombre tenía una mano extendida y sobre ella flotaba una moneda de plata grande y brillante. Asintió satisfecho cuando Walter recibió el nuevo hilo de sangre de Edwin en el cuenco y reanudó su discurso. Alan no se molestó en escuchar más que las primeras oraciones, pues se trataba de lo que esperaba: sacrificio, poder, derechos de nacimiento; relatado con la cadencia de un ritual y del latín de una misa de medianoche. Parte de él esperaba que George se llevara la moneda a la boca y dijera algo sobre el cuerpo, la sangre y el vino; hubiera encajado con el resto de las locuras arbitrarias, ¿no?

Alan bajó del puente y se abrió camino por el límite de la multitud, con la cabeza gacha, hasta llegar casi al frente. No se atrevía a moverse demasiado rápido para no atraer miradas desde el escenario.

Y *allí* estaba lady Dufay, también se había adelantado junto a lady Cheetham y, como todos los demás, estaban observando el espectáculo obsceno. Alan espió detrás de un corsé adornado con encaje extravagante y de la barba de un caballero y notó la expresión sería de lady Cheetham, pero no alcanzaba a verle las manos. ¿Podría acercarse a ella y decirle que no necesitaba actuar, que la ayuda iba en camino? ¿Podría lograrlo sin atraer la atención de Bastoke? *Mierda.*

Bastoke dejó de hablar. Walter Courcey elevó la daga y colocó la punta sobre el corazón de Edwin.

Los murmullos se intensificaron. Una joven cercana a Alan se refugió estratégicamente en los brazos de su acompañante, sin apartar la vista del escenario. Luego no sucedió nada por un momento, como si las cuatro personas en el escenario estuvieran posando para una fotografía. ¿Qué estaba sucediendo detrás de la ilusión? ¿Qué…?

Una nebulosa blanca y negra salió disparada de la multitud cerca de Alan, cargó por los escalones hacia el escenario y siguió su curso hacia Walter y Edwin.

Robin.

Sobre el bullicio de la multitud resonó un grito de alarma que sonó a Walter, aunque el hombre en el escenario no había hablado ni se había movido.

–Rolfe –rugió Bastoke con un chasquido de la mano libre.

Una descarga de magia dorada voló desde el frente de la multitud hasta Robin, que casi había alcanzado a los Courcey. La magia atravesó a Robin y se dirigió a la señora Vaughn, cuya imagen no se movió más que la de Walter, pero se oyó otro grito breve, irritado y femenino, y la escena de pronto… cambió.

Aun eran Edwin, Walter y la señora Vaughn, pero en lugar de estar tranquilos, la mujer parecía furiosa y desequilibrada y se palmeaba la falda como para apagar fuego. Debió haber estado sosteniendo la ilusión y la había dejado caer. Y el público pudo ver lo que estaba sucediendo en realidad.

–*Mierda* –jadeó Alan, y tras él se elevaron expresiones de horror.

Walter se encontraba con la daga en alto y los dientes a la vista. Y Edwin no era el hombre resignado e inmóvil con dos pequeños cortes en los brazos, sino que estaba esforzándose por respirar, se balanceaba de un lado al otro y sus brazos eran dos ríos de sangre agitados.

Fue difícil seguir lo que sucedió a continuación. Robin arremetió contra Walter, quien retrocedió sacudiendo el cuenco y blandió la daga como para enterrarla en el rostro de Robin. Alan se estremeció, aun sabiendo que esa era una ilusión del baronet. De hecho, la daga atravesó a Robin como si fuera niebla. En el mismo momento, una copia exacta pareció salir de la nada, detrás de Walter y de Robin, con el rostro teñido de rabia y el bastón de Jack en la mano. Llevó los brazos atrás y blandió el bastón contra Walter, como un jugador de críquet en el golpe final. Alan estaba lo suficientemente cerca como para escuchar el impacto ciento por ciento real.

Walter se tambaleó, cayó de rodillas y luego se desplomó de lado, y el cuenco y la daga cayeron de sus manos inertes.

–¡Violet! –gritó Robin, al tiempo que se interponía entre Edwin y Bastoke, quien se había recuperado del impacto inicial y estaba a punto de completar un hechizo.

La pantalla cayó (debió haber requerido de increíble concentración sostenerla mientras manipulaba la ilusión de Robin) y reveló a Violet y a Maud paradas a un lado del escenario. De las manos de Violet emergieron sogas negras y brillantes, que volaron hacia George y lo envolvieron como serpientes hambrientas y furiosas. El hechizo del hombre desapareció cuando sus brazos quedaron inmovilizados, y su rostro se desfiguró en una expresión de incredulidad iracunda al perder el equilibrio y derrumbarse como un árbol.

La moneda cayó de su mano, giró y se detuvo junto al cuerpo inerte de Walter.

El alivio cubrió a Alan como un baño helado.

–¡Jack! –llamó lady Cheetham–. Ah, bien hecho, cariño.

Alan miró hacia atrás; Jack había aprovechado el alboroto para sorprender al Cooper en la primera fila, Rolfe, y estaba amarrándole las manos detrás de la espalda con ¿su corbata? Eso parecía, pues el cuello de su camisa era un caos.

Debía haber más Cooper por allí y las dudas de ver a su líder incapacitado pronto se disiparían. Él corrió hacia las escaleras, quitándose el delantal en el camino. Se llevó la tela a la boca y logró desgarrarla con los dientes con la fuerza de la necesidad. Fue un corte irregular, pero era suficiente para tener dos piezas en vez de una.

–Dame los brazos, para detener el sangrado –jadeó al llegar junto a Edwin.

El mago tenía el color de la leche podrida y se le cerraban los ojos, pero dejó que Alan le anudara la tela en los brazos heridos. Tenía la piel fría y húmeda y, cielos, había *demasiada sangre*. Robin lo rodeaba por la cintura, y eso parecía ser lo único que lo mantenía en pie. Al estar concentrado en su tarea, apenas notó que la señora Vaughn pasó corriendo junto a ellos hasta arrodillarse junto al cuerpo inconsciente de Walter Courcey.

–*Estúpido.* Hombre estúpido, ¿cómo has podido permitir que…?

Supuso que la mujer podría despertarlo con magia, pero ¿qué diferencia haría? Habían detenido el ritual, nadie asesinaría a Edwin para completarlo, y lady Cheetham los vigilaría mientras tanto.

–Alan. –El joven volteó hacia Jack, quien se hizo cargo del vendaje con experiencia militar–. Ve a buscar a Freddy Oliver y a su madre, Margaret –le ordenó–. Si alguien es capaz de curar a Edwin, es ella. Reuniré las piezas del juramento y nos veremos en el roble tan pronto como les hayamos explicado la situación a los invitados de mi madre. De hecho, si ella pudiera…

Un grito agudo atravesó el aire.

Maud.

Alan giró al tiempo que más gritos se elevaban en la audiencia, como si Maud hubiera estado en una caja de resonancia. La joven de vestido verde se encontraba de pie, a salvo, con las manos sobre la boca y los ojos desorbitados por el horror. Estaba mirando a Seraphina Vaughn, quien empuñaba la daga del último juramento. Y quien había enterrado la daga, certera, en el corazón de Walter Courcey.

El tiempo se comportó de forma extraña desde entonces. Sintió un cosquilleo de viento en el rostro, aire frío que ascendía y se alejaba.

Le picaba la nariz. Los gritos de la multitud sonaban vacíos y distantes. Y sin importar cuántas veces parpadeara, la escena era la misma: Walter estaba muerto, y la señora Vaughn estaba arrancándole la daga ensangrentada del corazón para apoyarla en el pecho, como si señalara que había terminado de comer.

–¿Por qué lo haría? –murmuró Maud.

–Como siempre, acabo por descubrir que debo hacer todo yo misma –respondió la mujer. Los miró a todos, hasta encontrar a Edwin–. Si tu sangre ha servido para iniciar esto, la de tu hermano debería servir para terminarlo.

–Maud, *la moneda* –exclamó Jack, quien ya avanzaba hacia la anciana, pero ella formó un hechizo, amplió las manos y los hizo volar a ambos y estrellarse contra el suelo.

–Le dije que no desperdiciaría mi oportunidad, debió escucharme.

Apoyó el cuenco sobre el cuerpo de Walter, colocó la moneda dentro y los tocó a ambos con la daga ensangrentada.

–Listo –dijo la última integrante del Club Forsythia.

Y un haz de luz surgió debajo de sus manos.





CAPÍTULO 30

Cuando la luz se apagó, no había moneda ni copa ni daga.

Solo quedaba la señora Vaughn, poniéndose de pie, con una roca plateada en las manos. La piedra absoluta de las fábulas fae era menos impresionante de lo que Alan había imaginado, tenía el tamaño de una manzana grande, forma irregular y globulosa, como un trozo de cera derretida arrancada de una vela. Era brillante como si estuviera recién pulida, pero ya no emitía su propia luz.

La señora Vaughn tomó una respiración larga y lenta y bajó la mirada satisfecha hacia la piedra.

–¿Qué está pasando? –preguntó Violet–. Siento…

–También yo. Se está *yendo* –respondió Edwin con la voz hueca.

Él no sentía nada, pero era evidente que era parte de la minoría. El bullicio de los magos sobre el hielo se hizo más fuerte, y pequeñas luces de colores, como un espectáculo de ilusiones improvisado, se encendían alrededor: los magos intentaban probar su magia al sentir que se escurría. Muchos se veían mareados o enfermos. Incluso Edwin, quien no podía verse peor, se llevó una mano sangrienta al pecho, como si sintiera la herida que Walter nunca había podido infringirle.

–Hace falta un poco más de luz, imagino –dijo la señora Vaughn. Levantó la vista y frunció el ceño. No dijo nada ni extendió la mano libre hacia el cielo.

Alan no se había percatado de la capa de nubes hasta que comenzaron a dispersarse. Alguien estaba limpiando el polvo de una

ventana gris o retirando la sábana polvorienta de una vieja pintura. Poco a poco, el brillo del cielo nocturno fue revelado: estrellas y más estrellas, esparcidas como azúcar sobre un manto de oscuridad. La luna emitía un brillo blanco y regordete.

–Mierda. Ese es un buen espectáculo, ¿no? –masculló Violet.

Lo era. La multitud alarmada se había quedado en silencio, maravillada. En ese silencio, la señora Vaughn habló, y su voz sonó tan clara como si estuviera junto a Alan y le hablara al oído.

–¿Lo ven? Un acto de magia que hubiera requerido de diez magos o de veinte, realizado por una sola. Y con una fracción del poder que aún está por venir. –Siguió mirando el cielo–. Mírenlo, esto es lo que somos –agregó en un susurro audible–. Hombres y mujeres que merecen ser vistos. Escondemos nuestro poder y tememos salir de las sombras cuando deberíamos celebrarlo. El peligro de ser pocos es que vivimos en riesgo de ser castigados y cazados si somos temidos por la mayoría. Así que, *hagamos* que ellos nos teman. ¿Qué pueden hacernos si nosotros podemos hacer esto?

–¿Alguien tiene alguna idea? –murmuró Alan. No habían ideado un plan en caso de que el ritual fuera *completado* más allá de lo que Jack había balbuceado: improvisar y rezar.

–Cuanto más tiempo pase, más magia tendrá ella y menos tendremos nosotros –aseguró Edwin, que seguía blanco como un papel y apoyado en Robin–. Ojalá pudiera *pensar*.

Maud miró a Alan a los ojos y se llevó una mano al muslo; su vestido también tenía bolsillos. Nunca la había visto tan apagada hasta entonces.

–Si alguien pudiera distraerla… –comenzó la joven.

–*No puedo contener a Bastoke* –exclamó Violet, alarmada.

Él volteó, con el corazón acelerado a un ritmo diferente. Las cuerdas mágicas que Violet había creado se estaban afinando y desvaneciendo hasta desaparecer de forma abrupta. George Bastoke se puso de pie. El único consuelo era que él también se miraba las manos, abatido y horrorizado. La magia lo abandonaría como a todos los demás.

Formó un hechizo de todos modos; sus movimientos fueron pequeños y la chispa entre sus manos era apenas visible, pero allí estaba. Alan esperó, con la garganta cerrada por el miedo, intentando predecir qué estaba haciendo. Algo para recuperar el control, de seguro.

Bastoke se movió detrás de la señora Vaughn, con la mano detrás de la espalda sostuvo la chispa blanca entre dos dedos y los chasqueó, un movimiento que hubiera sido imperceptible para cualquiera que no estuviera en el escenario. Alan estaba listo para esquivar un ataque, pero la chispa voló hacia Seraphina Vaughn, quien sostenía la piedra en ambas manos y parecía estar saboreando el momento antes de decidir qué maravilla hacer a continuación. La chispa blanca la picó entre los omóplatos como un mosquito, y Bastoke cerró el puño.

La mujer se meció hacia adelante, luego hacia atrás y cayó sin soltar la piedra. Tampoco la soltó cuando su cuerpo cayó flácido, con una expresión de sorpresa e indignación y la mirada en las estrellas que había descubierto.

–Ah, qué pena –se burló Bastoke. Luego se inclinó para recoger la piedra, el *allstone*. No parecía muy conmovido por el hecho de que sus dos mayores aliados fueran cuerpos desparramados en el centro del escenario.

–Maldición, condenado demonio –escupió Jack.

Alan estaba de acuerdo y, por las expresiones, todos los demás también.

–Es una lástima que una anciana confundida creyera que *ella* tenía la capacidad de controlar todo el poder de la magia británica sin consecuencias –continuó Bastoke, tan tranquilo como siempre, casi apenado. Alan quería arrancarle la lengua afilada de la boca.

–No hagan nada improvisado, Robin, Maud. Edwin, ¿el juramento aún puede ser transferido al roble si se lo arrebatamos? –quiso saber Jack.

–Yo… –Edwin tragó saliva, con la mirada en Bastoke, quien estaba asegurándole a la multitud que todo estaría *bien*. Él tenía esa magia bajo control, él no flaquearía, su corazón no fallaría ante la presión–. Creo que ya no importa *qué* simboliza al último juramento, porque ha sido revertido. La magia de los fae se está regenerando a sí misma. *Rectificación.* Ahora que el proceso ha comenzado, quiere completarse, estar entero como las piezas del juramento.

–Tiene razón, así se siente –dijo Violet, mirándose las manos.

–Entonces, ¿qué? –exigió Alan–. Queremos arrancarlo de las manos de ese bastardo de todas formas, ¿no?

–Sí –afirmó Maud.

–Detuvo el corazón de la señora Vaughn, ¿puedes detener el suyo? –le preguntó Robin a Edwin.

–Estoy vacío. Ni siquiera podría levantar una hoja. ¿Violet?

La maga negó con la cabeza, apesadumbrada.

Jack soltó un suspiro largo y lento, como si estuviera a punto de darles un sermón sobre lo inútiles que eran como ejército. En

cambio, se puso de pie y caminó, sin velocidad ni estabilidad, hacia el frente del escenario, a medio metro de Bastoke.

–Cielos –soltó Alan y se dispuso a seguir al barón, pero Robin lo tomó del brazo.

–Sin movimientos improvisados. Deja que Hawthorn lo intente. Estas son sus tierras y Bastoke es de su familia, eso aún podría significar algo.

–Primo –dijo Bastoke.

Jack tenía una mano en alto y se sostenía con rigidez, como si sintiera la falta de algo en lo que apoyarse. Su pierna, justo lo que necesitaban.

–George, ya has hecho suficiente. Y sabes que la magia mezclada de este modo no puede ser devuelta. –Hablaba como si esquivara baches en el camino–. ¿No lo sientes?

–Lo tengo bajo control.

La piedra… Alan parpadeó. ¿En verdad estaba brillando? ¿Esas eran más chispas blancas elevándose y girando alrededor de la mano de Bastoke? Era difícil decirlo con la superficie irregular. Su boca se secó al imaginar que una de esas chispas volara hacia Jack. Que le detuviera el corazón de un momento al otro.

–Nací… para esto –agregó Bastoke, y Alan percibió un leve cambio en su voz, como si él también se estuviera esforzando más de lo habitual para mantener su tono elegante e imperturbable.

Jack exhibió su sonrisa más cruel e implacable. Él y Bastoke parecían dos sujetalibros escalofriantes, retratos de la aristocracia pintados por un artista con buen ojo y sin interés por la adulación.

–No hay nada en tu sangre que te haga más capaz de manejar esto que cualquier otra persona. Si Elsie no pudo hacerlo, sin duda

tú… –Jack se detuvo, con los labios fruncidos de dolor.

El amarre seguía allí después de todo lo sucedido.

Pero había dicho suficiente. La máscara de Bastoke se quebró un instante para revelar rabia y, aun cuando abrió la boca para responder, una repentina *blancura* hizo que Alan cerrara los ojos y penetró sus párpados con una línea brillante. Violet ahogó un grito. Los gritos de la multitud fueron ahogados por algo peor: un crujido desagradable y demasiado fuerte, que comenzó bajo los pies de Alan y recorrió todos los huesos de su cuerpo. Se obligó a abrir los ojos; la línea blanca aún le nublaba la vista cuando parpadeaba. La multitud era un borrón que se esforzaba por cobrar forma en la noche iluminada.

–Santo Dios, el hielo –dijo Robin con voz ronca.

Se oyó otro crujido, seguido por una vibración persistente. El movimiento de la multitud se fragmentó. El hielo se estaba *quebrando* en trozos que flotaban por el lago. Para su horror, la carga de uno de los trozos era irregular, de modo que comenzó a inclinarse poco a poco hacia un lado. Las personas resbalaban y gritaban.

La máscara de Bastoke había caído un poco más; la forma en que miraba el hielo develaba que no había tenido intenciones de hacer eso. Había perdido el control de la magia que había absorbido de la piedra y estaba perdiendo el control de su preciada audiencia, puesto que estaba a punto de lanzar a varios de ellos al agua.

Maud se llevó las manos unidas a la boca.

–¡Todos salgan del lago! –ordenó. Algunas de las personas más cercanas la escucharon, pero su voz no llegaba muy lejos. Tomó aire para intentarlo otra vez.

–*No.*

Si el crujido del hielo había penetrado los huesos de Alan, lo que estaba sucediendo los sujetó y los sacudió. Era Jack. Tenía los brazos extendidos a ambos lados, como si intentara detener dos paredes que se caían sobre él, y su voz parecía rechinar.

No. Era el suelo, el hielo. El temblor continuó y los gritos se volvieron más alarmados. Se formó un cuello de botella de personas aterradas en cada puente; quienes no estaban atascados en trozos de hielo flotante no habían necesitado de la advertencia de Maud para correr a tierra firme.

Y, de pronto, el temblor se detuvo.

Alan, con la visión ya casi normalizada, observó la escena: la parte inclinada del hielo se había congelado, en el ángulo en que estaba. No seguía cayendo. Tampoco había más trozos de hielo partido chocando unos con otros.

Y comenzaba a hacer frío, subía desde sus pies.

–Creo que congeló el lago. Lo congeló *por completo* –señaló Edwin.

–¿Cuál de los dos? –quiso saber Violet.

Al ver los hombros temblorosos de Jack, Alan supo la respuesta.

Bastoke se recuperó enseguida de la conmoción.

–El peligro ha pasado. No dejaré que salgan lastimados –comenzó en su tono amplificado por magia. Pero por fin había recelo en su mirada fija en Jack–. Vaya, vaya, primo. Me pregunto de dónde habrá salido ese pequeño truco. ¿Pretendes pelear por esto? –preguntó con la piedra en la mano. La luz blanca era más fuerte, fluía y pulsaba, iluminando la plata y la mano de Bastoke como si la magia fuera y volviera entre la piedra y el hombre.

El lord no parecía mucho menos impactado por lo sucedido. Estaba cargando más peso en la pierna buena y sus manos temblaban mientras formaba un hechizo y… nada.

No había magia. Cualquiera haya sido el truco, no podía repetirlo.

La expresión de Bastoke se tiñó de alivio.

–No se debería pelear por ella. No debería existir en absoluto, George –replicó Jack y dejó caer las manos.

El pulso interminable de magia blanca era más rápido, más brillante. Tanto que, cuando George sonrió, él imaginó que saldría en torrentes por su boca.

–Alan, tengo que acercarme –dijo Maud, que había aparecido a su lado de pronto, con una mano en el bolsillo.

–Necesitas una distracción.

Ella se mordió el labio, lúgubre y decidida, y asintió con la cabeza. Alan pensó en animales corriendo por un barco y en Maud Blyth arrastrando a un periodista ladrón a su cruzada. De lo único que se arrepentía era de haberla traicionado, pero allí estaba, enmendándolo.

Se soltó la falda negra, se sacó el gorro y se pasó una mano por el cabello para calmar el escozor. No sabía qué pasaría en su rostro si miraba a Jack, así que no lo hizo. Se interpuso entre lord Hawthorn y el primo y apuntó toda su insolencia del East End hacia Bastoke.

–¿Qué tal? ¿Me recuerdas, cerdo infectado de viruela? –A la sorpresa la siguió el desprecio. Sí, Bastoke lo recordaba. Alan continuó antes de que se recuperara–. Si te estabas preguntando dónde está tu secuaz Morris, te lo diré: le corté la garganta. Está *muerto*. Ya no torturará a nadie por ti. Parece que tendrás que

ensuciarte las manos y hacerlo tú mismo. –Sonrió; su corazón latía desbocado.

Bastoke arrugó el rostro con absoluta irritación. Mientras el hombre lo miraba, dentro del brillo blanco en sus manos surgieron chispas rojas. Lo que se avecinara, no sería tan silencioso y limpio como detener el corazón de Alan.

Tomó aire como si fuera a zambullirse y se preparó.

Un ruido metálico resonó en sus oídos.

El mago retrocedió tambaleándose. Su mano cayó y soltó la piedra, que impactó contra el suelo y rodó. El hombre se movió como para arrastrarse tras ella, pero en cambio se llevó una mano al hombro con un gesto de dolor. El brillo se había apagado y corría sangre entre sus dedos.

Maud bajó el arma de empuñadura perlada.

–*Maudie* –pronunció Robin tras ellos.

Bastoke tomó aire entre dientes e intento ir por la piedra otra vez, pero Alan, que estaba más cerca, se adelantó y dio dos patadas. La primera fue para alejar la piedra hacia Jack, quien la atrapó bajo el zapato como un director de escuela poniendo fin al juego. La segunda fue al dorso de la rodilla de Bastoke para hacerlo caer. Él no era tan tonto como para permanecer al alcance de un golpe, ni siquiera de un hombre al que le habían disparado, así que dio dos pasos atrás, con lo que despejó el camino de Maud desde donde se encontraba junto a Jack.

–Maud, cúbrelo.

–Quédate donde estás –advirtió ella, apuntándolo con el arma. Bastoke levantó la cabeza. Estaba apoyado sobre una rodilla, con la

mano aún en el hombro, y había perdido todo rastro de compostura. Mostró los dientes y…

–Santo Dios –jadeó Alan.

Una nube blanca como aliento de dragón brotó de la boca de Bastoke. Otro tanto brotaba de la herida en su hombro, como si hubiera reemplazado la sangre. Las reunió entre las manos y movió los dedos. Formaba un hechizo. Era una magia espeluznante, del color púrpura de labios desprovistos de aire.

La magia que había absorbido de la piedra seguía en él.

–No me arruinarás esto, Hawthorn. No después de tanto tiempo –rugió.

Y levantó las manos hacia Jack y Maud.

Bueno, pensó Alan y luego dejó de pensar, solo se movió para ponerse, una vez más, frente a Bastoke, al mismo tiempo que el mago disparó el hechizo.

Un aro de papel. Madonna *santa, haz que esto funcione*.

La magia lo impactó como una oleada de dolor abrasador.





CAPÍTULO 31

Diecisiete años transcurrieron entre actos de magia, Jack se preguntaba si sería un récord.

En realidad, aún se preguntaba si lo que había hecho había sido magia siquiera. No había usado cláusulas, una idea cuidadosa de lo que deseaba hacer ni lo había expresado en lengua de figuras. La ira y el miedo habían abierto los ojos dentro de él y habían gritado, como se grita de frustración en una habitación vacía sin esperar respuesta.

Pero algo había respondido.

Cheetham Hall.

Si había sido magia, era la clase de magia realizada por los niños antes de sus ceremonias de hebras, cuando la magia se revela como un destello de luz en la oscuridad. Parado allí con los brazos extendidos, se había sentido terriblemente joven por un instante, consciente de las líneas ley bajo sus pies y aún más consciente del malestar de la finca, pues sus invitados, a quienes les debían protección, habían sido amenazados. Ese hecho había penetrado su consciencia como papel de lija sobre piel sensible. Y entonces se había llenado, esa era la única forma de definirlo. El lecho de un río que llevaba tanto tiempo vacío que había olvidado su propósito, colmado de agua de pronto. La magia lo había inundado y hecho lo que él quería antes de que pudiera formar la idea de lo que deseaba

hacer. Había salvado vidas o al menos había alterado las circunstancias para que no estuvieran en peligro.

Y, en ese momento, Alanzo Rossi estaba salvado la suya.

Un gruñido escapó de su garganta cuando la magia impactó a Alan, quien se dobló con un gemido de dolor. Una descarga de color púrpura rebotó hacia el pecho George, como si el joven hubiera servido de espejo, y el mago se desplomó. A él no le importaba demasiado si su primo estaba vivo o muerto, aunque suponía que alguien debía comprobarlo. Luego. Alan, el desviador, había devuelto la magia a su creador.

–¿Alan?

No hubo respuesta y, al instante siguiente, él también se desplomó y quedó inmóvil en el suelo.

El corazón de Jack se debatía en tres direcciones en ese momento. Observó el campo de batalla: el lago estaba congelado y era seguro otra vez; la multitud de magos no estaba en silencio, pero tampoco gritaba; George había caído y ningún Cooper había salido del bosque en un despliegue de iniciativa desastroso; Walter y la señora Vaughn estaban muertos; Maud tenía el arma y Edwin seguía en pie.

–Que *nadie* la toque –advirtió al levantar el pie de la piedra; se centró en Maud, la más propensa a intentar levantar la piedra por colaboración. Luego se acercó para arrodillarse junto a Alan.

Debió haber revocado el derecho de invitado de George tan pronto como le sacaron la piedra de las manos, pero había tenido la idea ilusa de que hubiera *dolido* más y resultado más satisfactorio hacer que su primo se parara allí, ensangrentado, y respondiera por todo lo que había hecho frente a las personas a las que les había

robado la magia y de las que anhelaba admiración. Así que no había hablado, George había actuado y Alan estaba pagando por eso.

–¡No! –exclamó Violet.

La mano de Jack retrocedió por voluntad propia antes de que tocara al joven. El cuerpo inconsciente de Alan estaba curvado como si sufriera dolor, su rostro brillaba de sudor, sus puños estaban apretados y las respiraciones ocasionales eran forzosas. Eran respiraciones escasas y demasiado lentas.

–Violet –dijo entre dientes.

–Es lo mismo que pasó en Casa Spinet –respondió ella al tiempo que se arrodillaba junto a Alan–. No pudo desviar toda la magia de una barrera y, de algún modo, la absorbió. Luego intentó escapar a través de mí y de Edwin cuando lo tocamos, como si fuéramos esponjas y él, leche derramada.

–¿Y entonces qué hicieron?

–Nada. –Frunció el ceño hacia el joven, y la luz resaltó los ríos de lágrimas secas en sus mejillas–. Se fue. Con el tiempo, creo que volvió a la casa.

–*No* lo tocaré con la piedra –sentenció Jack–. Aunque de allí haya salido la magia. Por lo que sabemos, no hará más que empeorarlo.

Absorción de magia. Cerró los ojos y, a tientas, apeló a la finca. En esa ocasión, en lugar de estirar un músculo en desuso, se sintió como forzar un músculo exigido hasta que temblara. Pero lo intentó de todas formas.

¿Puedes absorberla de él? ¿Puedes llevarla a las líneas ley, como a la magia de Dufay? Que sea recibida y enderezada. Magia fae en magia de la tierra.

No sabía si estaba sintiendo algo en realidad o si solo eran sus deseos. ¿El cuerpo de Alan se estaba relajando? ¿Su respiración se estaba normalizando? Violet le tocó el hombro con cautela; frunció el ceño, pero no apartó la mano.

–No sé, se siente diferente…

–*Lord Hawthorn* –rugió una voz impaciente, como si lo hubiera estado llamando hacía tiempo.

Jack levantó la vista y se encontró con Richard Prest, el viceministro de la Asamblea, flanqueado por otros dos hombres de edades similares. Uno de ellos no dejaba de mirar los cuerpos de Walter Courcey y de la señora Vaughn como si fueran a levantarse de un salto en cualquier momento.

Algunos miembros de la audiencia habían decidido que era hora de dejar de ser meros espectadores y comenzar a exigir respuestas.

–Lord Hawthorn –repitió Prest, gélido como su aliento congelado–. Espero que pueda explicar qué rayos ha sucedido aquí y *a dónde ha ido nuestra magia*. –Abarcó la superficie del lago con un brazo, donde las personas formaban hechizos con las manos, pero no surgía la magia. Al menos dos filas de personas estaban amontonadas contra el escenario, esperando impacientes a ver cómo sus líderes solucionarían la situación.

Localizó a sus padres, quienes conversaban con las cabezas inclinadas juntas, como en las pocas discusiones que los había visto tener: su padre áspero y enfurecido, su madre cada vez más tranquila e implacable en sus respuestas. Dufay seguía con ellos.

–Todos pueden irse a…

–Violet –la interrumpió Jack. Por mucho que simpatizara con su costumbre de degradar a los hombres con la lengua y, en otras

circunstancias, se hubiera sentado a disfrutarlo, esa noche aún podía terminar mal de muchas maneras. Necesitarían de toda la buena voluntad que pudieran conseguir.

Los ojos de Alan seguían cerrados y Violet seguía aferrándole el hombro. Podría haber sido el joven de un cuento de hadas, que había caído por un espejo roto y quedado maldecido con el sueño eterno. Jack tenía riquezas, un título nobiliario y un cuerpo robusto, pero no podía hacer nada por él.

Se puso de pie. Deseaba tomar al mundo en sus manos y partirlo como a una rama seca, y Prest se había presentado de buena gana para que lo hiciera con él.

–¿*Nuestra* magia? Nuestra magia fue un regalo de los fae, tal como los miembros de la Asamblea sabían al momento de darles a mi primo George y a sus aliados su bendición para encontrar el último juramento. Y ahora han terminado con la vida de un mago y la han utilizado para reunir ese regalo de vuelta en la piedra de la que salió.

–¿Está toda allí? –preguntó uno de los hombres, con las mejillas rojas por la emoción sobre el bigote entrecano–. Entonces, debemos recuperarla –afirmó y avanzó con paso firme hacia la piedra *allstone*, que permanecía abandonada en el hielo donde Jack la había dejado.

–¡No sea estúpido! –sentenció e intentó lanzarse a detenerlo, pero su pierna mala se retrajo ante el movimiento abrupto. Maldijo y se detuvo a sacudirla.

Entretanto, Prest corrió tras su colega y lo apartó de un codazo en el camino.

–Déjamelo a mí, Terrence, es mi responsabilidad. A fin de cuentas, pronto *yo* seré… Ah, aquí está… –Se enderezó y su expresión

comenzó a cambiar de hambrienta a horrorizada–. Yo…

La magia reemplazó el aire. Un sabor cobrizo invadió la lengua de Jack, acompañado de un cosquilleo tan fuerte que se sintió como un nuevo amarre de silencio. Pronto el aire se sentía como intentar respirar bajo agua gasificada, que punzaba y causaba dolor en los pulmones. Violet tenía un ataque de estornudos. Un grupo numeroso de magos, que incentivados por el hecho de que varios de sus líderes hubieran roto la barrera tácita, se había acercado al escenario para hacer lo mismo, también estaban tosiendo.

Ante los ojos de Jack, la noche iluminada adquirió un brillo oleoso, que palpitaba en ondas suaves, como viento hinchando una gasa tan fina que era casi invisible. Sintió un estallido de dolor en los oídos, que luego se le taparon por la presión que también acumuló sangre en su rostro, como si hubiera estado colgado cabeza abajo durante varios minutos.

Y entonces (aunque de seguro solo habían pasado unos segundos desde que Prest había levantado la piedra) el resplandor comenzó a espesarse. Respirar se volvió aún más difícil; Jack no sabía si los destellos de luz en su visión eran magia o un desmayo inminente. El aire a su alrededor se arrugaba como nata sobre leche caliente, se acumuló, espesó y oscureció a lo largo de lo que no podía evitar pensar como una enorme *costura*, que le recordó una vez más que esa era la magia de seres cuya realidad no era una realidad humana. Que se habían alejado por completo de este mundo y, lo más probable, se habían ido a otro.

–¡Prest! –gritó con una bocanada de aire dolorosa–. ¡Suelte esa maldita cosa!

No hubo señales de que el hombre lo escuchara. Uno de los sonidos que Jack podía escuchar, más allá de la presión dolorosa que le embotaba los oídos, era el castañeo violento de los dientes del mago. Prest sujetaba la piedra como si fuera lo único que lo mantenía con vida. Y tal vez lo era. A Jack no le importaba. Maud ya debía haber alcanzado su límite de dispararle a la gente, pero *él* no. Él podía…

–Échanos una mano, Hawthorn –pidió Robin.

Volteó justo a tiempo para que Robin le pasara el brazo de Edwin y la mitad del peso. La sangre en las vendas improvisadas se había tornado café oscuro, y los ojos de Edwin estaban abiertos y punzantes como agujas.

Luego, Robin avanzó con tranquilidad hacia esa tormenta invisible de magia caótica y le dio un puñetazo al viceministro en la cabeza, implacable, como en El Barril, y Prest quedó inconsciente antes de tocar el escenario helado. El aire volvió a la normalidad con la rapidez de una banda elástica que se rompe. La piedra rodó un poco y luego se detuvo, pues no tenía forma para ir muy lejos.

Edwin, con la mano aferrada al brazo de Jack, soltó una risita entrecortada, y él entendió por qué. Por muy mala que fuera la situación, empezaba a parecerse a un partido de rugby, en el que las únicas reglas que todos recordaban eran *taclear y atrapar*. Robin, la estrella del deporte, no intentó recoger la pelota, solo se quedó de pie, vigilante, y miró a los magos amontonados, que se habían detenido con prudencia en su intento de lanzarse al escenario a recuperar el poder robado.

–Creo que todos dejaremos en paz el objeto plateado lleno de magia peligrosa por ahora –dijo Robin con firmeza, como si le dijera

a un grupo de caza que la diversión se había terminado y era hora de volver a cenar.

–¿Alguien trajo una caja con interior de caucho? –murmuró Edwin–. ¿O la envolvemos en la falda de alguien?

–Quizás aún podamos llevarla al roble –dijo Jack–. Tal vez la tierra acepte también esta magia.

–No… me gusta la idea –comenzó Edwin–. Fue peor para Prest que para Bastoke, y no creo que sea porque Bastoke era un mago más fuerte. Ahora hay más magia en ella, y *todavía se está llenando*. Pudo haber empezado por todos los magos aquí esta noche, pero hay muchos más en Gran Bretaña. Y si las líneas ley la absorben, ¿quién sabe si alguna vez la recuperaremos?

–De todos modos, no creo que lo hagan –replicó. No se molestó en suavizarlo. Se obligó a no mirar hacia donde yacía Alan–. No sin que… les pase lo que a Elsie. Tú mismo lo dijiste. Está completa y no se dividirá de nuevo.

Edwin lo miró fijo, con los ojos muy abiertos por la consternación. Antes de que pudiera responder, se oyó un grito sorprendido de Maud, que pronto se transformó en un sonido de dolor puro.

George estaba de pie otra vez, sangrando y sin magia, y de algún modo había logrado arrebatarle la pistola de empuñadura nacarada a Maud. Al menos no había hecho más que eso; ella se sujetaba la muñeca con una mueca de dolor, pero por lo demás parecía ilesa.

El arma, pequeña y delicada, se veía absurda en la mano de George, aunque no había nada de gracioso en la forma en que la movía de un lado a otro entre Robin y Jack, como si no pudiera decidir a cuál de los dos deseaba destruir más.

Jack sintió… algo. No fue un cambio en el aire, sino algo más profundo e interno, o quizás más terrenal, como si estuviera de espaldas a un río y de repente notara que empezaba a fluir con más fuerza.

Un resplandor delicado se encendió en la frente de su primo y desapareció. El arma se detuvo apuntando directo a Jack, y George… no movió ni siquiera el dedo que tenía en el gatillo. Su rostro estaba devastado por el cansancio y la rabia, y su mirada derramaba odio hacia Jack, pero no se movía.

–*Esto ha llegado demasiado lejos* –espetó la condesa de Cheetham; su voz tenía ecos de cueva marina. Jack la miró, estaba cerca del escenario, pero no había subido. En verdad había contenido todo en su interior: el dolor, el duelo, la violencia. Jamás la había visto así. Y, por la forma en que la miraba, tampoco lord Cheetham. Ella tomó una inhalación profunda y volvió a ser Polly, aunque tan fría como el lago bajo sus pies–. George Bastoke, no alzarás un dedo más contra mí ni contra los míos. Te revoco el derecho de invitado. Ya *no* eres bienvenido en las tierras de Cheetham Hall.

Maud, siempre más valiente de lo que nadie esperaba, se acercó y recuperó el arma. Los dedos de George no ofrecieron resistencia, aunque sus ojos la miraron con odio y temor. La joven le dedicó una sonrisa ligera y se guardó el arma en el bolsillo.

–Listo. Cuando usted diga, lady Cheetham –dijo Maud.

Un trozo de hielo explotó a los pies de George y de repente quedó libre. Se tambaleó, luego se dio la vuelta, inestable por el dolor, y echó a correr. Jack podía sentir cómo la tierra dirigía los pasos de su primo hacia donde ella quería que fuera. Abajo del escenario (la

multitud le abrió paso de prisa) y fuera del lago, no por el puente, sino por la orilla más cercana, donde los juncos escarchados permanecían inmóviles. George cruzó el césped a tropezones y salió de las zonas bien iluminadas para la gala, así que a Jack le costó ver con claridad lo que sucedió a continuación. Sobre la figura oscura del hombre apareció una nueva sombra, como una pequeña nube. *Un enjambre*. Descendía, lo rodeaba.

Se oyó un grito breve y ahogado cuando las sombras se fusionaron y se convirtieron, por un momento, en una sola forma agitada. La forma colapsó. Y luego, silencio.

Jack lo sintió como un nudo de dolor vengativo que se tensó en lo profundo de la tierra de Cheetham Hall durante un instante, que luego se liberó y desapareció.

–Muy bien, oficialmente no entiendo qué está pasando. –La voz de Robin rompió el silencio–. Hawthorn, ¿congelaste el lago? ¿Tienes tu magia otra vez? ¿Y lady Cheetham aún conserva la suya?

–Solo ellos. Por el lugar en que estamos –explicó Edwin.

–No creo que sea tan simple –replicó Jack. Era la idea a la que había intentado dar forma desde que su madre había hablado de reparar la herida de Cheetham Hall. La miró, tenía el aire algo incómodo de cualquier anfitriona que se ha visto obligada a expulsar a un invitado por mala conducta. Y luego a Dufay, quien correspondió a su mirada.

–Los dones del alba y las recompensas del ocaso. ¿Dijo que las líneas ley les pertenecen a todos los magos? Su magia fue nuestra antes de que los fae llegaran a este lugar. Recompensas, no dones. Cada hechizo es un acuerdo entre el mago y la tierra. –Esperó a que Dufay asintiera–. Edwin. Haz uno de los hechizos de Flora Sutton.

El mago parpadeó, desconcertado.

–Piensa en invocar a Sutton, si eso ayuda. A distancia, como hiciste en Londres.

–Ni siquiera estamos en la misma línea ley.

–No importará. No pienses en figuras, has roto un *priez-vous* sin ellas, ¿no? Piensa en ese segundo lenguaje.

–No puedo...

–Sí puedes. –Jack estaba lejos de estar tan seguro como sugería su tono. Pero el tono era lo importante cuando se le decía a un soldado que se pusiera el casco y saliera a luchar, así que desvió la mirada hacia la multitud agitada y despojada de magia y añadió en voz más baja–: Y si tú puedes, entonces, quizá otros puedan aprender.

Edwin guardó silencio un instante más. No lo culpaba. Ya era bastante milagro que Edwin hubiese salido de El Barril con vida y le estaba pidiendo que lo repitiera.

El mago cerró los ojos. Aflojó la mano que aferraba el brazo de Jack y alzó la otra. Pasaron varios segundos. Y luego varios más.

–Yo digo que… –empezó alguien entre la multitud, con tono de queja, y Violet lo mandó a callar con dureza.

Una arruga pequeña apareció en el ceño de Edwin. Líneas junto a los labios. Movió los dedos con un gesto fluido, como lengua de figuras somnolienta, los llevó a su muñeca vendada y los deslizó por el brazo. Una luz azul los siguió a su paso. Cuando Edwin abrió los ojos, no solo había desaparecido el nuevo surco de preocupación en su rostro, sino que también parecía haber pasado la mitad de su dolor. Tal vez lo había hecho. Ese hechizo tenía aspecto de haber sido de sanación.

–Bien, excelente, me alegra que haya funcionado, lo que sea que fuera –dijo Robin en un susurro apresurado–. Ahora, ¿alguien quiere decirme qué se supone que haga con *esto*?

"Esto" era la piedra *allstone*. Jack deseó con desesperación estar en un barco otra vez y poder lanzar esa maldita cosa a las profundidades del océano para no volver a verla jamás. Pero ¿quién sabía qué efecto tendría tanta magia en un lugar? Dejar una marca en las líneas ley sería lo de menos.

Miró a Edwin, y luego a Violet, que seguía sentada junto al cuerpo inconsciente de Alan y le dijo "sin cambios" en lengua de figuras. Jack era un faro, girando y buscando en la oscuridad. Se volvió hacia su madre y Dufay.

–Si no podemos revertir lo que se hizo con el último juramento, lo romperemos.

Dufay alzó las cejas. No se molestó en usar las escaleras; tan solo se impulsó hacia el escenario apoyándose en el borde como si fuera una silla de montar. Su rostro se veía más anciano y más juvenil al mismo tiempo y, por una vez, había más curiosidad que juicio en él. Sacudió las mangas para acomodarlas con elegancia. De pronto, fluyendo en blanco y verde sobre el hielo, esas túnicas no parecían ridículas en absoluto y, en ese momento, pese al caos, la sangre y el ambiente de partido de rugby, esa era una *ceremonia*.

–¿Y hablas en nombre de todos los magos, hijo de mi linaje?

En nombre de todos los magos. La ironía casi hizo que Jack se atragantara. Apenas merecía hablar en nombre de su propia finca. Miró a Edwin con una pregunta que se esforzaba por no sonar como súplica.

–Es tu fiesta, Hawthorn –respondió este, y el subtexto decía "a ti te gusta la política y yo preferiría enterrarme vivo antes que hablar en público".

–¡Deja de darle vueltas y hazlo ya, Hawthorn! –gritó una voz fuerte con acento de Somerset desde la multitud–. A mi esposa no le gusta este frío.

Gracias a Dios por Pete Manning. Jack giró, dirigió el mejor intento de su habitual mirada arrogante hacia el lugar de donde había salido la voz y se sintió mejor al instante. Política. Muy bien. George había estado en lo cierto al decir que el espectáculo servía a un propósito. Jack podía haber pasado años construyéndose una coraza de indiferencia hacia las opiniones ajenas, pero una ceremonia necesitaba una voz.

Le hizo una señal a Robin para que se apartara. Tal vez sería más impresionante si intentaba un hechizo de levitación, como su primo había hecho con la moneda, para sostener la piedra en el aire.

No, al diablo. Se quedaría en el suelo.

Tampoco amplificó su voz con magia, pero la multitud hizo silencio y escuchó con atención.

–No sé qué les ha dicho George Bastoke, pero esta es la verdad: esta piedra es el último juramento entre los magos de esta tierra y los fae y contenía, *contiene*, toda la magia que nos han dejado para ser usada por pocos al servicio de muchos. Esta magia ha sido absorbida de ustedes y aún es absorbida de todos los magos de Gran Bretaña. –Hizo una pausa, porque no estaba seguro de decir lo siguiente, pero les debía más que verdades a medias, y el amarre de silencio no interferiría allí–. No sé si podrá ser devuelta o regenerada, no creo que sea posible. Y en su estado actual, solo

puede ser usada por una persona, algo que no debería existir. Incluso si pudiera ser controlada.

Habían sentido la fractura del lago. Habían visto lo sucedido cuando Prest la había tomado. Las circunstancias estaban del lado de Jack en eso.

Aun así, la política era política a pesar de todo.

–¿Alguien quisiera expresar una opinión?

Pudo ver que varias personas estuvieron a punto de alzar la voz. Lord Cheetham parecía estar pensándolo, pero él lo miró, hasta que negó con la cabeza despacio.

Así que…

–¿Ahora qué? –le preguntó Jack a Dufay, pues era más su fiesta que la de él.

–Supongo que un miembro de cada familia…

–Ah, al diablo con las líneas de sangre –exclamó Violet de pronto. Se levantó del lado de Alan y se acercó a Hawthorn con toda su presencia escénica–. Es un cuento de hadas, todo es simbólico. Solo necesitamos tres. Ven aquí, Edwin.

Edwin se adelantó como si hubiera estado esperando la señal. Aún estaba pálido, pero parecía mucho más vivo.

–Lady Dufay, queremos devolver los dones del alba. No hemos honrado nuestra parte del último juramento y esta magia ya no es apropiada para la sociedad en la que nos hemos convertido, en manos de personas con demasiada hambre de poder, con intención de usarlo para sus propios fines en lugar del bien común. Hemos cambiado demasiado. No es su culpa.

A él nunca se le hubiera ocurrido ponerlo en esos términos. Pero la expresión de Dufay reflejaba un dolor antiguo y desconcertado,

por lo que supo que Edwin tenía razón. Los fae habían asumido que la sociedad mortal permanecería inalterada después de su partida, pero la distancia entre los que tenían poder y los que no se había ampliado y la predisposición de los líderes para asumir responsabilidades (de sus tierras, de sus acciones, de los demás) se había marchitado.

Si es que había existido alguna vez.

–¿Y si la oscuridad viene por ustedes? –quiso saber Dufay.

–¿Quiere decir que esto no fue todo? –preguntó Violet.

–Tendremos que recurrir a nuestras propias estrellas –respondió Edwin, imperturbable–. Nos lo dijo y no la escuchamos. –Se detuvo a inhalar. Con su tez pálida y ojos azules, se veía mucho más cerca de ser familiar de Dufay que el propio Jack. Parecía tener sangre fae él mismo–. Nosotros, los magos de esta tierra, aceptamos solo las recompensas del ocaso. Todos asumen su propio costo.

Sonaba correcto. Cortar las partes podridas y esperar que quedara suficiente para sanar.

–Acepto –dijo la dama del *allstone*.

Hubo una larga pausa, pero la piedra en sí misma no hizo nada.

–¿Y ahora qué? –preguntó Jack.

–Desháganlo, yo no puedo. Ha estado fuera de mí durante demasiado tiempo. Y el ocaso no es mío para echarle mano.

–Deshacer… –Edwin tragó saliva–. Sí, de acuerdo.

–Espera, si rompemos el juramento, ¿el lago no se derretirá de pronto? ¿No deberíamos sacar a todos de allí?

–No. Hawthorn no usó *esa* magia, ¿o sí? –señaló Edwin.

En esa ocasión, cerró los ojos apenas un momento. No hubo una tormenta de nubes de tinta a su alrededor ni un rayo dorado que

atravesara su realidad, sino el hechizo que destruyó El Barril en miniatura alrededor de sus dedos.

Edwin Courcey tomó el último juramento y lo convirtió en polvo entre sus dedos.

Y desde el polvo emergió una columna de luz más alta de lo que la vista podía ver y demasiado brillante para mirar donde se encontraba con las estrellas, como un charco de agua brillante que captaba la luz donde se encontraba con roca oscura. Todo sucedió antes de que Jack pudiera completar una respiración.

Y, cuando lo hizo, fue derribado por lo que se sintió como una mano gigante, un viento imparable. Sopló desde el pilar plateado, que estaba disolviéndose como fuegos artificiales, como polvo, en realidad.

No quedó nadie en pie. Y el viento también murió con rapidez.

Y luego todo fue quietud.

Miró alrededor. Comenzó a elevarse el bullicio propio del final de una obra teatral, excepto que, en lugar de que se encendieran las luces, sucedió lo opuesto. Las luces de colores dispuestas en los árboles habían desaparecido e incluso los faroles que contenían las luces guía de la finca tenían menos brillo. Jack se preguntó cuánta de la magia de Cheetham Hall, de la mezcla de las dos formas, se habría ido.

Todos estaban poniéndose de pie.

Todos excepto Alan, quien seguía inmóvil en el suelo.

Volvió a arrodillarse junto a él, a desplomarse de rodillas, más bien. Su pecho estaba apretado por la angustia y se sentía congelado en el tiempo, pues muchos de sus recuerdos intentaban superponerse con esa escena. La primera vez que había visto a ese

hombre, inconsciente en el suelo de un transatlántico por haber bebido el *whisky* hechizado que era para él. Alan dormido en su casa del pueblo mientras su memoria se esforzaba por recomponerse. Elsie tendida bajo del Roble de la Dama, al borde de la muerte por haber creado una barrera alrededor de la magia corrompida para protegerlo.

Luego, Jack había pedido la ayuda de Cheetham Hall para devolverla de los límites de la muerte. Ese había sido su último acto de magia hasta esa noche. Y, como esa noche, había sido un acto realizado por instinto puro, una magia proveniente de caminos más antiguos y profundos que cualquier trato con los fae.

"Toma lo que necesites de mí", había dicho.

Jack tomó la muñeca fría de Alan y, una vez más, llamó a la tierra, palpitante y viva debajo de ellos.

–Préstame lo que necesito –pidió entonces. A pesar de todo lo que le había dicho a Edwin, no estaba para nada seguro de que fuera a funcionar. Para nadie y mucho menos para él. Romper el juramento había sido demasiado estremecedor y definitivo. Y de todos los magos de Gran Bretaña, de seguro Jack era el que menos merecía recurrir al ocaso. Jack, que había huido. Jack, que, egoísta, solo había atendido sus propias heridas.

Él merecía pagar por ello. Pero no Alan.

–Te entrego mi vida, por el tiempo que me quede. *Por favor.* –Y sintió cómo comenzaba a llenarse de nuevo. Podría haber gritado o llorado, pero el alivio ahogó su voz–. No te atrevas a desviar esto, rata de alcantarilla. Por una maldita vez en tu vida, dejarás que te ayude.

Esa magia no era impulsada por el pánico. Tenía que ser deliberada, y Jack no tenía los meses de práctica que Edwin había dedicado a liberarse del molde de su entrenamiento. Una súplica tendría que bastar.

Despierta y sana, pensó y soltó su magia en un hilo que se convirtió en un torrente feroz.

La cabeza del joven se sacudió y sus ojos se abrieron de golpe, como dos charcos que reflejaban la luz de la luna y, antes de que Jack pudiera hablar, se incorporó. Parecía desconcertado, pero sus brazos apenas temblaban y su piel se calentó en las manos de Jack.

Su alegría se mezcló con la de la finca. Alan se había inclinado ante las abejas, había salvado al heredero de esa tierra, y la sangre en sus venas tenía las huellas y la sangre de la familia mágica por todas partes. Bien. *Bien.*

Alan miró a su alrededor, con los ojos entornados ante la luz tenue. En algún momento del último minuto, los demás se habían reunido cerca, observando sin intervenir. Jack no lo había notado.

–Mierda –murmuró el joven–. No me digas que *otra vez* me perdí la parte emocionante.

Su mirada se posó en la mano de Jack, que aún le sujetaba la muñeca. Tomó una inhalación temblorosa, se tocó el esternón como si le doliera y abrió los ojos de par en par.

–Jack…

–No me debes nada –lo interrumpió Jack.





CAPÍTULO 32

Al final, llevó más tiempo convencer a Edwin de que *no* estaba obligado a enseñarle a cada mago presente un nuevo enfoque de la magia antes del amanecer que persuadir a dichos magos de romper con la tradición del equinoccio y abandonar Cheetham Hall antes de tiempo. La madre de Jack logró ambas cosas sin perder la sonrisa. Esa era una clase de magia que Jack jamás se había molestado en aprender.

Tal vez el hecho de que los cimientos de la magia ya estuvieran hechos pedazos había ayudado. Romper una tradición que se trataba, en su mayoría, de comer, beber y bailar durante doce horas seguidas no parecía gran cosa en comparación.

–Empezó siendo algo más que eso. El equinoccio es importante –dijo Dufay. Y luego se alejó sin más explicación.

–Esto es como revivir los diarios de Flora Sutton –murmuró Edwin.

Pasaban apenas unos minutos de la medianoche, los últimos invitados ya se habían ido y todos habían comenzado a retirarse a sus habitaciones, pero se habían quedado merodeando en el vestíbulo de la planta baja, como si estuvieran procesando, distraídos, una discusión inconclusa. La magia que quedaba en la finca parecía capaz de manejar las luces guía, una vez que lady Cheetham hubo despachado a los sirvientes a sus camas con instrucciones de dejar la limpieza para la luz del día. Los terrenos de la propiedad estaban oscuros, iluminados solo por la luna y por las

estrellas, aunque algunas de las nubes delgadas comenzaban a regresar.

Al menos habían retirado los cadáveres del lago. Pronto el hielo empezaría a derretirse.

–Tiene numerosas páginas sobre las diferentes clases de magia que se adaptan mejor a cada estación –continuó–. Pensaba que se basaba en la agricultura, pero ahora veo que…

–Edwin, no convertirás lo que queda de esta noche en una clase teórica de magia. Ve a dormir. Has perdido sangre –lo reprendió Jack.

–Pero…

–Vamos –dijo Robin con firmeza. No se había apartado del lado de Edwin ni había dejado de mirarlo con suspicacia, como si aún pudiera desmayarse. O morir. Jack se preguntó qué camino de posibilidades y probabilidades habían seguido esa noche, qué sendero de las visiones de Robin habían tomado.

Las dos muertes simbólicas de Edwin, y la pausa antes de la tercera. Su hermano experimentando la tercera en su lugar. Todo aquello tenía, sin duda, un aire a cuento de hadas espeluznante.

Robin persuadió a Edwin de retirarse al ala donde estaban sus aposentos, y Maud y Violet los siguieron poco después. Alan también subió por la escalera principal; cruzó una mirada con Jack, pero no dijo nada.

Él permaneció un rato en el mármol pálido y tenue del vestíbulo. Podía escuchar movimientos a lo lejos, sonidos suaves y amigables de pasos, voces, cosas que se movían, se cerraban y se acomodaban. Todo se estaba apagando. Pero Jack no se sentía apagado. Sentía que podía pasar las seis horas siguientes

recorriendo los límites de ese lugar, reconociendo y aceptando los temblores de dolor bajo sus pies por lo que había ocurrido esa noche. Sangre derramada, vidas perdidas.

Les había dejado a su madre y a Dufay la tarea de explicarle la situación a su padre y no tenía idea de qué forma tomaría esa conversación. Tenía el respeto entrenado y una opinión adulta a medio formar sobre lord Cheetham como si fuera una estatua tallada, que proyectaba distintas siluetas dependiendo del ángulo en que le diera la luz.

Se avecinaban días largos, extraños y difíciles, que no anhelaba precisamente. Pero eran necesarios, y él pagaría lo que debía.

Freddy Oliver había vuelto al pueblo con su madre, por insistencia de Jack. Él ya se estaba quitando el traje (no dormiría, pero quizá podría leer) antes de entrar a su habitación. Su luz guía se deslizó hasta el portador junto a la cama, donde su brillo aumentó y adquirió un tono dorado, que iluminó el lugar con una calidez acogedora.

En el camino, iluminó a Alan.

La parte de Jack que disfrutaba de tener razón y que solía estar convencida de su propia certeza intentó decirle que no estaba sorprendido, pero lo estaba. Todo suceso trascendental y temible de su vida lo había enfrentado en soledad. Desear su soledad y luego encontrar a alguien que la interrumpa y alegrarse de ello era una experiencia nueva. Una alegría pequeña, como un trago de buen vino, pero de una novedad que sacudía su mundo. Desde la muerte de Elsie, no había habido nadie cuya compañía Jack prefiriera a la propia.

Había cartas dispuestas en una partida a medio comenzar sobre la alfombra. Alan las ignoró al levantarse de donde se encontraba con las piernas cruzadas. Su propia luz guía titiló y luego se apagó; estaría en el portador al otro lado de la puerta, esperando a que él saliera.

Jack no quería que saliera.

Se miraron por uno momento. Alan aún llevaba puesta la parte superior del uniforme de sirvienta y debajo unos pantalones de montar. Jack se arriesgó a enfrentar la futura ira de Oliver al lanzar su traje sobre la silla del escritorio y comenzó a desabrocharse las mancuernillas.

–Tengo que *escribir* sobre esa fiesta. Gracias a Dios que soy bueno con la ficción –dijo el joven por fin.

Alan, el periodista, había logrado conseguir descripciones detalladas de tres personas diferentes de lo ocurrido mientras estaba inconsciente, y todas ellas habían notado y se habían centrado en cosas diferentes a las que Jack recordaba.

–Exprímelo. Úsalo también como inspiración para la próxima historia del romano –sugirió, y la mirada de Alan fue lo suficientemente extensa y contemplativa como para erizarle el vello de la nuca.

–No hay nada excitante en un lago congelado y varios asesinatos –replicó, pero él reconoció el tono. Era la primera jugada de su parte. Él, que había hecho aquel comentario mordaz sobre los pescaderos de Whitechapel cuando Alan había regresado a su vida, estaba siendo invitado a *regatear*. Así que sonrió.

–¿Qué tal un joven audaz disfrazado de sirvienta… cuyo secreto es descubierto… y luego es chantajeado para cometer actos

innombrables para el heredero de la finca?

–Creo que evitaré las historias en casas señoriales por un tiempo. Además, ¿no te parecería raro leer uno de mis libros y saber que tú lo has inspirado? –añadió, con repentina franqueza.

Fingió pensar en ello mientras dejaba sus mancuernillas y el collarín.

–A decir verdad, creo que me provocaría una erección capaz de romper tabiques.

Alan se ahogó de la risa y se relajó, luego se acercó a Jack, sobre corazones y diamantes, y lo miró a corta distancia.

–Bueno, no lo esperes por ahora. Aún no deseo compartirlo con nadie más. –Pudo haber sido una confesión dulce, de no haber sido por la mano del joven sobre el pene de Jack, a quien dejó sin aliento. El calor entre sus piernas creció cuando Alan lo presionó y lo frotó.

–Mmm. Aún no podrías romper nada, pero podrías dejar magullones.

El deseo creciente hizo que Jack le llevara una mano a la nuca, clavara una uña allí y contemplara cómo las pupilas del joven se dilataban. Deseaba enterrarle los dientes en el cuello, succionar la piel azotada por la noche y dejar un magullón. Sí.

La imagen de Alan colmado de magia no canalizada, tenso e inconsciente por el dolor, se apareció en su mente sin ser llamada, así que se obligó a bajar la mano y a no ser egoísta.

–Ha sido un largo día, deberías descansar.

–*¿Descansar?* –Alan retrocedió, exasperado–. Bebí una copa de ponche capaz de mantenerme despierto hasta el amanecer, como el resto de ustedes. No sé si he logrado que funcione, se sintió como si

lo hubiera hecho, pero pudieron ser mis nervios. O el pequeño detalle de haberle cortado la garganta a un hombre. –Su voz se hizo más débil–. Y luego, lo que sea que *tú* me hayas hecho hizo que despertara del mejor descanso que he tenido en *años*. Podría subir seis colinas, escribir diez artículos sin descanso o montarte hasta hacerte polvo y luego chuparte hasta que estés duro para hacerlo otra vez. –Eso hizo que Jack estuviera mucho más cerca de romper tabiques–. Esa es mi situación, lord Hawthorn. Si *tú* quieres descansar, solo dilo. –La tensión en los ojos de Alan se suavizó y su tono bajó hasta sonar como si se burlara de sí mismo–. Me gusta su experticia en la cama, mi lord, pero no es necesario que esté listo en todo momento. No tiene que desearme a cada momento del día.

–Lo hago. Te deseo tanto que me vuelve inútil. –Eso ni siquiera se acercaba a lo que pretendía decir, pero no le importaba–. Podría tener sexo contigo tres veces al día y no tener suficiente.

Alan sonrió con absoluto placer inesperado. Tal vez así se había visto al recibir la carta de Jack para el romano. Mucho de lo que se decían lo ocultaban bajo una capa de sarcasmo, como si la verdad tuviera que burlar un amarre de silencio. Jack lo disfrutaba, pero también disfrutaba la mirada sorprendida del joven ante un cumplido directo.

–Bueno, ya que estamos en la misma página, cuéntame más sobre los actos *indescriptibles* que el heredero de las tierras tiene en mente.

Se tomó su tiempo para analizar a Alan de pies a cabeza.

–Cambié de parecer. Con ese atuendo, te ves más como un pirata que como una sirvienta.

–*¿Las hazañas del grumete?* –Alan sonrió con los dientes a la vista–. Me han dicho que se vendió bien. No me sorprende que te guste la temática: un capitán despiadado, que me llama cuando tiene un escozor que rascar, que hace que me incline por el barandal mientras la tripulación mira cómo me retuerzo…

Entre risas, presentó el desafío. Aferró la camisa negra de Alan y lo jaló hacia él, luego descendió por el cuerpo del joven, por las caderas, más abajo de donde los pantalones de montar se ajustaban sobre esas piernas esbeltas, y permitió que la sensación sugiriera lo que podría seguir.

–O tal vez eres un mozo de cuadra insolente que necesita practicar cabalgando por los establos.

Alan resopló y mantuvo los brazos abajo, pero su entrepierna palpitó contra Jack por un instante excitante.

–Cabalgar, ya veo. No quieres hacer el trabajo, ricachón perezoso.

–Fuiste tú quien dijo que me montaría hasta *hacerme polvo*.

–La aliteración te excita, lo recuerdo.

Jack le dio una nalgada suave de advertencia, y la separación tentadora de los labios de Alan se amplió. Sus ojos eran tan oscuros que él podría disolverse en ellos.

–Hablando de pereza, según recuerdo, la última vez solo te quedaste allí recostado. Y ya que has *descansado* tan bien, es tu turno de esforzarte un poco.

El cuerpo de Jack palpitaba de necesidad y alteraba su percepción del tiempo. Tal vez se desvistieron poco a poco, tal vez lo hicieron en menos de un minuto. Tal vez recordaba haber ido al aparador en busca de la loción de la última vez; tal vez pestañeó y se encontró tendido desnudo en la cama, con el frasco en las manos de Alan por

arte de magia, y el joven sentado entre sus muslos, también desnudo.

Lo observó con codicia, esa piel suave color oliva, los parches de vello oscuro debajo de los brazos, en una línea desde el ombligo y espeso sobre el miembro, miembro hacia el que deseaba lanzar su rostro con desesperación.

Pero no lo hizo, sino que permaneció recostado allí y siseó cuando los dedos callosos de Alan, lubricados, avanzaron hasta sostener los miembros de ambos alineados.

–Tengo una teoría sobre el aire en este lugar –comenzó con una estabilidad admirable–. O quizás sea el agua. Todo lo que crece aquí es absurdamente largo.

Más chispas de calor estallaron en el vientre de Jack. Alan solo estaba moviendo los dedos, provocándolo sin fricción verdadera, pero la sola imagen del pene endureciéndose contra el suyo era devastadora. Se obligó a presionar los muslos del joven para contenerse de tomar las erecciones de ambos él mismo y aumentar el ritmo.

–Eso es irracional. ¿En verdad lo crees? –preguntó con voz áspera.

–Un hombre puede sentirse inferior –respondió Alan, pero no sonó como si lo creyera en lo más mínimo.

Él se tragó tres comentarios sobre las *clases inferiores* y contempló el pene de Alan. Al hacerlo, los músculos de su abdomen se tensaron con deseo.

–¿Crees que me importa cómo te sientes? Ese pene ahora es mío también. Lo desenfundaste para mí y estás exhibiéndolo para mí, ¿no?

Alan se movió con evidente vergüenza.

–Sí –consiguió decir.

–No te oí.

–*Sí*, mi lord. –El joven lo fulminó con la mirada y presionó los dedos por un momento agónico.

–Buen chico –dijo Jack y, a cambio, le apretó el trasero con fuerza–. Entonces, quiero inspeccionar mi propiedad más de cerca.

Jaló a Alan, quien subió por su cuerpo con facilidad, pero no se percató de lo que él tenía en mente hasta que su pene casi le toca el mentón.

Luego dejó escapar un gemido gratificante.

No era la primera erección que Jack se llevaba a la boca, aunque el acto nunca había sido… de su preferencia. Sin embargo, al escuchar el cambio en la respiración de Alan por bocanadas necesitadas y al sentir cómo los muslos se tensaron y temblaron bajo sus manos, tal vez pudiera aprender a disfrutarlo. La loción solo tenía una ligera textura oleosa, que desapareció enseguida, y el miembro del joven se sentía como un peso suave y obediente en su boca. Movido por la ambición del deseo, consiguió recibirlo hasta el fondo de la garganta por un instante y hundir la nariz en el vello negro, hasta que el aroma denso del cuerpo de Alan lo embriagó de deseo.

Luego, se encontró en un ataque de tos muy poco agraciado. Los muslos sobre él se sacudieron como si se estuviera riendo y luego retrocedió, de vuelta a su lugar sobre la cadera de Jack.

–No se canse, mi lord. No todos pueden ser tan dotados como yo.

Jack se secó la boca y levantó la vista. Alan se veía entre engreído y tembloroso, con el cuello brillante de sudor y los ángulos del rostro afilados como espinas. La punzada de deseo que lo atravesó fue casi

dolorosa, como si se hubiera arrojado sobre espinas y permitido que le atravesaran la piel.

–Y qué dotado eres, hecho para recibir mi pene como y donde quiera dártelo.

Alan sonrió y se inclinó para murmurar palabras que cosquillearon contra los labios de Jack.

–Entonces, será mejor que lo pongamos donde pertenece, antes de que decida ir en busca de una mejor oferta.

El joven no se molestó en prepararse, sino que dedicó un momento tortuoso a lubricar el pene de Jack y luego sentarse sobre él de a poco, controlando el ritmo con pequeños movimientos de las caderas. Jack debió hacer un esfuerzo sobrehumano para mantener los ojos abiertos y no maldecir en voz alta al ser envuelto con *mucha* lentitud por la presión.

–Sigue, bastardo –rugió entre dientes cuando fue evidente que la última pausa fue por efecto más que por comodidad. Le llevó las manos al abdomen a Alan y le enterró las uñas en la carne. Inhaló, casi embriagado, pero su sonrisa se encontró con más espinas.

–Oblígueme, cerdo.

Esa fue otra invitación. Tomó las muñecas de Alan y lo obligó a bajar el resto del camino mientras lo observaba retorcerse mientras sentía la presión. Y, demonios, la expresión en ese rostro. Una de las piernas de Jack se sacudió de forma involuntaria y su espalda se tensó con la amenaza de una descarga inminente. Tuvo que respirar y relajar los músculos sobre la cama para contenerse.

La siguiente palmada al muslo de Alan fue mucho más fuerte.

–Ahora, monta.

–Sabe que nunca he subido a un maldito caballo, ¿cierto?

–Las actividades no son del todo compara… –Perdió el hilo con un gemido cuando el joven se elevó y volvió a descender sobre él. Tenía una mano sobre el abdomen de Jack y con la otra se recorrió el cabello mientras reía sin aliento. Cielos, era hermoso.

–Espero que no –respondió y volvió a moverse.

Los músculos para controlar el movimiento sí lo eran, pero Jack no lo mencionó. Alan lo estaba haciendo bien. Y él no podía dejar de tocarlo, como si sentir la pierna de Alan, el abdomen agitado, los pezones erectos, pudiera distraerlo del delicioso placer que se tensaba en su interior. La tentación del pene frente a él también era demasiado; tan bello como había dicho, con una sola vena prominente, oscurecida por la sangre, y la piel retraída por el dominio de los dedos pulgar e índice de Jack. Alan inhaló y comenzó a mover las caderas de forma más errática y más fuerte sobre las caderas de su compañero.

–Yo… Mierda –jadeó antes de correrse entre los dedos de Jack. El clímax parecía tomarlo por asalto en cada oportunidad. Era fascinante.

Se preguntaba cuánto costaría, qué tanta dedicación y observación serían necesarias para llevarlo al límite y luego hacer que se detuviera. Tenía intenciones de averiguarlo.

Después de limpiarse la mano sobre su propio abdomen, llevó la mano a la boca de Alan. Nunca había hecho algo así con otro compañero de alcoba, pero había un estante de su casa del pueblo lleno de muestras de la mente creativa y sucia de Alanzo Rossi en cubiertas púrpura, y había dejado de molestarse en limitar sus deseos. Si había límites, Alan se lo diría.

–Tu suciedad, tú la limpias. –Arrastró las palabras por el deleite.

Un músculo se hinchó en la base del cuello de Alan y otro en la V invertida bajo sus costillas. Observó la mano de Jack con ojos de color negro sólido antes de obedecer las órdenes.

Si él no volvía a vivir otro encuentro erótico en su vida, podría autosatisfacerse con el recuerdo de ese momento, tendido con el miembro duro dentro de Alan y la lengua del joven serpenteando entre sus dedos.

–Maldita sea. No te compartiré con nadie más –rugió.

–La tripulación estará *muy* decepcionada –murmuró Alan contra su mano. Aunque no fue un beso, se sintió como si lo fuera.

Jack recuperó la mano limpia, y Alan no se movió. Reprimió un bostezo que pudo haber sido genuino y rio cuando él le pellizcó el muslo.

–¿Se le ofrece algo, mi lord? He tenido mi descarga, si quiere la suya, tendrá que hacerlo usted mismo.

La pierna mala de Jack se quejó por la velocidad con la que se movió, pero valió la pena al ver cómo los ojos de Alan se ampliaron y cómo se sacudió cuando lo hizo girar. Demasiado cerca del clímax y sin paciencia para más juegos, le levantó las rodillas, se posicionó y volvió a penetrar ese calor envolvente. Alan gimoteó y luego exhaló agitado cuando él se inclinó hasta cubrirle todo el cuerpo con el suyo.

Continuó con algunas embestidas profundas, con una mano sobre la cabeza de Alan, las piernas del joven a su alrededor y las bocanadas de aire caliente en la garganta…

Logró por poco no colapsar por completo cuando llegó su descarga como un torbellino caliente de placer, seco y empapado a la vez. Sus extremidades se habían convertido en arena bajo la piel.

Cuando se levantó para alejarse, no pudo llegar lejos, pues las piernas de Alan lo mantuvieron en su lugar.

–Quiero sentirlo, ¿está bien? –preguntó voz baja. Jack lo observó desde arriba: aún lleno por su miembro, hecho polvo, sudoroso y de labios hinchados, era la imagen más excitante que pudiera imaginar.

–Cesare, estoy a tu merced.

Una de esas expresiones como rocas atravesando un vitral se dibujó en el rostro de Alan: bordes irregulares, luz y color. Cuando habló, se preguntó si era posible que el sexo fuera tan bueno que le arruinara la capacidad de entender el lenguaje, pues ninguna de las palabras de Alan eran palabras.

Por supuesto, no era su idioma, sino que estaba hablando en un italiano lento y deliberado.

Nunca había hablado en su idioma, ni cuando Jack había estado en su casa ni cuando estaba furioso ni dominado por el dolor. Ni siquiera dominado por el placer. Controlaba quién podía ver y escuchar esa parte de él y se la estaba enseñando a Jack.

–Bésame. Eso significa la última parte –concluyó. El corazón de Jack latió con fuerza.

–¿Y lo demás?

–Lo traduciré –respondió antes de atraerlo hacia él. Sus labios sabían a agridulce y sus besos eran afilados. La lengua de Jack encontraba dientes, sus mentones se rozaban con aspereza y cada caricia de los labios de Alan era tan maliciosa como la forma en la que sonreía cuando no le preocupaba dar una buena impresión. Pero debajo de la aspereza había algo embriagador, un abismo de deseo que no tenía final. Y Alan emitía sonidos desesperados, como si fuera a morir si Jack se detenía.

En cierto punto, su pene se deslizó fuera del joven, y él interrumpió el beso para dedicarle una mirada inquisitiva. Habían girado de costado, con el peso de la pierna de Jack sobre el cuerpo de Alan, y la mano de Alan enterrada en el cabello de Jack.

Cuando se dispuso a liberar parte del peso, Alan le tomó un brazo y lo atrajo sobre él para mantener sus cuerpos unidos.

–Cielos, amo lo grande que eres –confesó como si estuviera ebrio de placer–. De hecho, no, lo odio. –Jack sentía su respiración contra el pecho–. Tamaño, fuerza, posición y riqueza, todas las ventajas posibles. ¿Sabes cuánta confianza se necesita para creer que alguien no usará eso en tu contra? ¿Para poner tu corazón en sus manos sabiendo eso? –Al final, su voz era apenas una brisa, apenas audible sobre el sonido de sus dedos rascándole el cabello.

A decir verdad, Jack no tenía idea de que los *corazones* estuvieran en juego. Pero había desnudado el suyo con la cabeza sobre el regazo de ese hombre y nunca había temido que Alan pudiera decir una palabra al respecto o usarlo en su contra. Lo que tenían era fuerte, tenía vida y era seductora y aterradoramente fácil. Encajaban en formas en las que no se suponía que encajaran. Lo hacían incluso cuando peleaban; no había burlas que cayeran en terrenos sensibles y miserables como con Edwin, sino la tranquilidad de que cualquier bola sería recibida y devuelta, mejor y más animada.

Jack pudo haber dicho: "Si hay un día en el resto de mi vida en que no estés para provocarte, será de los peores días". "Podría entrar en cualquier habitación de cualquier sitio y siempre alegrarme de verte".

–Pondría tu corazón en mi pecho y lo cuidaría como si fuera el mío. ¿Hay forma de hacer que me creas? –dijo en cambio.

Alan giró para mirarlo y tragó saliva. Desnudo en brazos de Jack, era tan hermoso como césped escarchado o marcas de manos fogosas en piel predispuesta. Desconfiado, porque debía serlo, porque a pesar de lo que era fácil entre ellos, aún había muchas cosas que inclinaban la balanza en su contra.

–No lo sé. Tú eres el mago, ¿la hay?

Estuvo a punto de negarlo por reflejo, pero no lo hizo. No podía negarlo en ese lugar después de lo que había sucedido esa noche.

Entonces, sus siguientes palabras fueron la promesa de un mago, cuyo ritmo encontró con facilidad.

–Pondré mi sangre en cualquier juramento que nombres –afirmó.

De hecho…

–Vamos. –Se desenredó de Alan y se levantó. Todavía no tenía sueño en absoluto y su sangre bullía por el cuerpo satisfecho–. Límpiate, vístete y ven conmigo.





CAPÍTULO 33

Alan tomó prestada una de las camisas de Jack y un jersey de lana. Las prendas colgaban flojas de sus hombros y le cubrían las manos, pero su cuerpo reservaba el calor de la intimidad reciente mientras lo seguía por las tierras de Cheetham Hall.

La noche estaba musicalizada por sonidos de la naturaleza que Alan pretendía identificar. Las luces guía de la finca eran demasiado débiles para dejar la casa, así que Jack había buscado una lámpara de mano con paredes de cristal grueso, que arrojaba un pequeño halo dorado en su camino colina arriba hacia el Roble de la Dama.

El lord dejó la lámpara en el suelo junto al árbol y se sentó en la rama baja y enroscada que bien podría haber sido moldeada para ese fin. Tal vez lo había sido.

Se sentó junto a él, más cerca de lo que se había permitido hasta entonces, pues sentía una avaricia insaciable de todo lo que pudiera tener de Jack, aunque parte de él aún fuera reticente a tomar la más mínima cosa. Pero deseaba eso, el calor del cuerpo de Jack que atravesaba la ropa del lord y se colaba en la suya.

Estaba tan feliz de estar vivo que su sangre cantaba.

Flexionó una pierna sobre la rama y la abrazó. La limpieza del aire frío del campo ya no se sentía extraña, y allí arriba tenía un ligero aroma a hojas, a tierra y, extrañamente, a pimienta. El jersey que usaba añadía un rastro lejano a lana y a naftalina, pero no olía a Jack. Las prendas del lord debían ser sometidas a un cuidado

meticuloso y oreadas después de cada uso. Se guardó la decepción absurda que eso le provocó.

–¿Qué estamos haciendo aquí? –preguntó pasado un rato.

–Este era el lugar preferido de Elsie. Si hay un lugar en estas tierras para hacer promesas, es este. –Se detuvo y levantó un pie a la vez para quitarse los calcetines y los zapatos. Sus pies se veían muy blancos en contraste con el césped. Cuando volvió a hablar, su voz tenía el tono cansado y profundo de siempre, pero con un aire similar al que Edwin desprendía al explicar un problema–. Nunca he puesto mi sangre en este lugar de verdad, como Violet en Casa Spinet, sino que mis padres lo hicieron por mí cuando nací. Muchas familias ya no se molestan en hacerlo. Fue una decisión tomada en mi nombre, como la que hemos tomado esta noche en nombre de todos los magos.

Quizás no esperara respuesta o contribución, pero Alan había entrevistado a personas reservadas y también a personas desesperadas por la pregunta correcta que liberara la verdad.

–¿Crees que fue la decisión equivocada?

Jack hizo una pausa muy larga y movió los pies descalzos.

–No. –Extendió una mano hacia la linterna como para calentarla. La luz tembló, chisporroteó y luego creció. La llama dentro de la lámpara no era más grande, pero la luz que emanaba se expandió e intensificó hasta envolverlos a ambos en un rincón acogedor de luz cálida. La noche se extendía más allá de ella.

Jack bajó la mano y exhaló despacio, y la luz se redujo otra vez.

–Aún se siente como un milagro –murmuró.

–No digas eso donde el árbol puede oírte. La tierra podría decidir que debe permanecer inconsciente –le advirtió Alan, parte en

broma, parte no.

El hombre había dicho que Cheetham Hall había salvado a Alan, que había absorbido lo peor de la magia corrupta de George y lo había despertado sano y salvo. Más allá de la evidente incomodidad de Jack con su propia magia, no tenía un gramo de modestia en su arrogancia natural, por lo que eso debía ser verdad. Él les había prometido sangre y secretos a las abejas de Cheetham Hall, y no sabía qué les debía después de que esas tierras le salvaran la vida. Tenía un nuevo entendimiento incómodo de lo que Jack, Edwin y Violet querían decir al hablar de las obligaciones con un lugar. No quería quitarse los zapatos, por si pudiera sentir… algo, pues sería demasiado para esa noche.

–Mi tierra preferiría que todos se mantuvieran en pie e ilesos –dijo Jack con mucho pesar–. Tendré que pasar mucho más tiempo aquí para reparar el daño de las muertes de esta noche, tal como mis padres lo hicieron después de… Elsie. *Esa* es una decisión –declaró con voz firme–. Es algo de lo que escapé y de lo que pretendo dejar de huir. Seré el heredero, a fin de cuentas.

Si hubiera detectado la más mínima pizca de victimización en el tono de Jack, Alan se habría sentido justificado para golpearlo, pero no la hubo.

–Y después de mí, ¿quién sabe? –continuó–. Alguien que no conocerá tan bien este lugar. Debo hacer lo mejor posible antes de que eso suceda.

Detuvo sus pensamientos de golpe frente a una montaña de presuposiciones. Pensó en Robin y en Adelaide.

–¿No piensas casarte y tener un heredero?

–La última vez que tuve esta conversación, un americano rico intentaba presentarme a sus hijas. Puedes intentar venderme a tu hermana si quieres. –Hizo un gesto burlón–. Todo lo que sé es que no es virgen y que debe odiarme, pero ya hemos establecido que me agradan los italianos gruñones y de ojos negros que cumplen con esa condición. Y debe ser *mucho* mejor ama de casa que tú.

–Púdrete. Serías afortunado de tenerla.

Alan se esforzó por no reír mientras, en el fondo, una oleada de celos terrible emergía ante la idea de que Jack se casara, pero la descartó, pues era absurdo. Nunca le pediría a nadie que olvidara su responsabilidad hacia la familia. Por nada y menos por él.

–No lo dudo –afirmó Jack. Parte del tono burlón desapareció–. No, aún sin considerar los sentimientos románticos, nunca he encontrado a nadie con quien creyera que pudiéramos tolerarnos para vivir juntos, ni siquiera por deber. Mucho menos con quien tener un vínculo razonable.

–No imagino por qué será, con tu personalidad cálida y flexible.

El lord le pasó el pulgar por la nuca, con suficiente presión como para que fuera amenazante. Alan se estremeció, distraído.

–Entonces, ¿quién heredará? Este lugar es mágico, las reglas son diferentes. ¿No puedes elegir a alguien, como lady Enid eligió a Violet?

–Si fuera Sutton o Spinet, sí, pero no es posible ignorar las reglas cuando se trata de condados. Sin heredero… –Resopló entretenido–. De hecho, Freddy Oliver podría serlo después de todo, de no ser por el detalle de que es ilegítimo.

–¿Oliver? ¿Tu *ayudante de cámara*? –Alan se estaba perdiendo de algo.

Se hizo silencio, y Jack adoptó una expresión peculiar.

–Es hijo de mi padre –admitió finalmente.

–Ah. –No pudo evitar la expresión en su rostro.

–No por… atenciones indeseadas –agregó Jack al leerle la mente–. O para ser honesto, no estoy seguro –admitió con cierto esfuerzo–. Siempre asumí que Margaret Oliver consintió.

El fantasma de Bella reapareció en la conversación. Tal vez Margaret Oliver había accedido porque sabía lo mucho que le hubiera costado decir que no.

–Un premio para el lord, está aprendiendo –celebró, pero aún había algo extraño. Jack no actuaba como si hubiera compartido un secreto emotivo, sino como si se le hubiera escapado algo al pasar.

–¿Qué? –preguntó el lord en respuesta a la mirada de Alan.

El joven pensó en decir "nada", pero lo olvidó. Si era una pelea, pelearían. Sabían qué hacer con eso.

–Pensé que sentirías algo más profundo por tener un medio hermano, dado que has perdido a una hermana.

–Yo también lo pensé –confesó, sin ánimos de pelea–. Pero no necesito conocerlo como hermano, no es lo que necesita de mí. La sangre no significa mucho sin haber crecido juntos.

Alan imaginó que un chico se presentara en su casa en Clerkenwell como un hijo perdido del difunto Marco Rossi. Podría tener sentimientos al respecto, pero no creía que fueran a ser simples.

Volvió al tema en discusión: Freddy Oliver. Un chico de alegría genuina, orgulloso de hacer trajes a la medida, con opiniones fuertes sobre zapatos, corbatas y qué sastres debía frecuentar el lord.

–¿Crees que Oliver sería un buen conde de Cheetham? –preguntó con poco tacto.

–Puede que no, pero aprende rápido y ama este lugar. Y que mi antiguo ayudante de cámara se siente en la Cámara de los Lores sería una bomba.

Maldito sea, tenía razón. Era una imagen tentadora.

–Entonces, burla las reglas –dijo, y Jack le lanzó una mirada interrogativa–. No las mágicas. Eso es lo que te importa, ¿no? Escoger al cuidador apropiado para la tierra. Burla a la aristocracia y legitima a Oliver.

–Su madre… –objetó–. Mi madre –agregó algo afectado.

–No digas que es hijo legítimo de tu padre, finge que es tuyo.

–Alan, no tengo intenciones de casarme con Margaret Oliver.

–Falsifica un documento que diga que lo hiciste y un registro de nacimiento que diga que es tu hijo y guárdalos para que sean abiertos junto con tu testamento. No importará hasta que hayas muerto, ¿no?

Jack lo miró sin pestañear por un momento.

–Es alarmante que tu primera idea sea la falsificación, pero lo admiro.

–Si las reglas son estúpidas, al diablo con las reglas.

–Ayuda tener la opción. –Por fin se rio–. Eres demasiado listo para tu propio bien, maestro Cesare. –Llevó una mano al rostro de Alan, se inclinó hacia él, pero se detuvo con las cejas en alto–. ¿*Esta* sigue siendo una regla?

–Sí. Tiene demasiado sin pedirlo, mi lord. Es bueno que se le niegue algo que quiere y… Demonios. –El escalofrío previo se

dispuso a conquistar cada centímetro de su piel, desde las mejillas hacia abajo–. Amo cómo te ves cuando lo deseas.

Jack permaneció donde estaba.

–Pero supongo que puedes preguntar –agregó con gracia a pesar del deseo que intentaba explotar en su pecho.

Una sonrisa despiadada se desplegó despacio en el rostro de Jack. *Cometí un error mortal*, pensó Alan cuando el lord le afirmó la mano en la mejilla y se acercó a centímetros de su boca. Luego habló como si estuviera leyendo una de las escenas más depravadas de una de las historias más oscuras y sucias de él.

–Quiero besarte hasta que tu boca olvide que existe para algo más que dejarme saborearla. Quiero besarte tan profundo y por tanto tiempo que todos los narradores de tus historias saltarán de las páginas comidos por los celos. –Casi hizo contacto con los labios de Alan, pero no llegó. Sonaba a gravilla y a té negro lleno de azúcar–. ¿Me dejarías?

Era tan malo como cuando lo había hecho repetir que se comportaría. No, era peor, algo en verdad impresionante. El miembro de Alan estuvo al borde de mostrarse interesado otra vez.

Asintió con la cabeza.

Jack había dicho que el romano describía los besos como devastadores, y Alan creía desear eso: actos en los que pudiera disolverse, olvidarse de sí mismo y de la dura realidad del mundo.

Pero no podía disolverse en eso, pues cada parte de su cuerpo clamaba por estar más presente, sentir *más*, atraer a Jack más cerca de él, respirar el aliento y la piel del lord, hasta que ese aroma caro e innombrable fuera parte de sus pulmones. Hasta que el camino de los labios y de la lengua de Jack desde su boca, por su mentón,

breve y caliente en sus orejas, se grabara allí para que todos lo vieran. Estaba tentado a hacerlo cumplir la amenaza que había hecho más temprano: descender en ese césped suave, succionar el pene de Jack hasta que volviera a endurecerse y luego hacer que lo empujara contra la corteza sólida del árbol para penetrarlo sin piedad.

Eso parecía un tanto irrespetuoso hacia el roble. Alan imaginó a lady Dufay asomando desde el otro lado con su mayor gesto de desaprobación. Se rio, lo que interrumpió el beso. Jack se estremeció y se enderezó.

–Debería cambiarte por un modelo más grande. Eres demasiado bajo para esto.

–No hay nada malo en mí, tú eres demasiado alto. –Alan lo evaluó y luego se paró sobre la rama, como Maud-Elsie había hecho sobre el columpio. Miró alrededor desde allí–. Ajá, veo el atractivo. Amo de todo lo que alcanza la vista.

–¿Te convertirás en traidor a tu clase, Cesare?

Olfateó e intentó imitar la forma de Jack de relajarse con arrogancia aunque estuviera totalmente erguido.

–Yo soy lord Hawthorn, simpatizante liberal y miembro activo del Club Reformista. Creo en cobrar impuestos a mis semejantes adinerados para educar a los pobres. Pero no tengo objeciones contra un sistema que implica que soy dueño de todo *esto* –abarcó las tierras con un movimiento del brazo– mientras hay miles de personas en Londres (arrendatarios en mi propia tierra, cielos) que nunca podrán pararse más que en una silla desvencijada y decir que son dueños del lugar en el que viven. Nunca en sus vidas.

Su corazón latió con fuerza ante el silencio del hombre. Era un alivio haber encontrado esa rabia aún allí y haberla sacado a la luz de forma desafiante.

"Traidor a tu clase". Eso había dolido más de lo que Jack había planeado. Sin importar lo que Alan sintiera por él, lo similares que fueran sus ideales, mentes y gustos sexuales, aún intentaban cubrir un abismo de injusticia con las manos. Lord Hawthorn necesitaba recordarlo. Y también Alan.

–Acepto que he recibido demasiado sin pedirlo –dijo Jack finalmente–. Pero debo decir que sí tengo *algunas* objeciones. Y desconozco cuál es la mejor solución, si es la ley, la política o caridad.

–O guillotinas.

Jack sonrió.

–En cierto modo, ese era el punto de haber roto el último juramento. Un objeto no puede ser la clave de toda la magia. Pero la magia tampoco puede tratarse de qué tierras posee alguien en los papeles, pues se trataría de unos pocos frente a la mayoría otra vez. Y nadie es dueño de las líneas ley ni de la magia que albergan. Está allí para que todos la usen, aunque no sea tan poderosa como la magia contractual de los fae.

–Congelar todo un lago fue bastante poderoso –afirmó.

–Pienso que eso fue por estar en esta tierra. –Jack señaló el Roble de la Dama–. Los hechizos en serio poderosos aún requerirán que los magos trabajen juntos, tal vez más que antes, y eso es lo mejor. Hacer cosas grandes debería requerir consenso.

Él no sabía qué decir. Llevó una mano al cabello de Jack como había hecho más temprano y, cielos, ¿apenas la noche anterior? Se

sentían como semanas. El hombre se entregó al contacto sin cambiar de expresión. Alan sintió una descarga extraña de orgullo triunfal como en su infancia, cuando Caro, Emilio y él rodeaban el carro del lechero mientras el hombre descargaba y sobornaban a la vieja y paciente yegua con granos de azúcar que le robaban a su padre. Si la yegua elegía su mano primero, ganaban privilegios de presumir durante el resto del día. Pero se guardó la comparación para más adelante, cuando Jack necesitara que aplastaran su arrogancia.

–Mientras tanto, dado que por ahora soy incapaz de desprenderme de la tierra que heredaré con mi futuro título, al menos puedo ponerla a disposición de otras personas. –Jack levantó la vista hacia él–. Eres bienvenido aquí en cualquier momento. Puedes traer a toda tu familia si quieres. Tenemos lugar para todos, sin duda.

Intentó imaginar la expresión horrorizada de su madre si el clan Rossi fuera invitado a las tierras del condado de Cheetham. Estalló en una carcajada horrorizada. Abandonó el cabello de Jack y se apoyó contra la rama gruesa.

–No lo creo.

–Y estoy seguro de que Polly contrataría a Bella, una vez que haya dado a luz y dejado de amamantar. Si es que puedo contenerme de desposarla hasta entonces.

–Ella… *¿Qué?*

–He oído que las dos jóvenes Rossi tienen excelentes referencias. Hablo en serio, deberías preguntárselo. A Polly.

–*No.*

–Entonces, yo lo haré.

Era una trampa. Alan lo fulminó con la mirada.

–Deja de darme cosas, es un hábito horrible.

–Los liberales somos apasionados de la redistribución de las riquezas.

–*Púdrete* –replicó, pero no pudo contener la sonrisa.

–Sabes qué decir si en verdad quieres que me detenga.

Cielos, no pudo decirlo en mejor momento. Todas esas ventajas, su tamaño, riquezas y posición y… magia también, y Alan tenía el poder de negarle lo que fuera con solo decir su nombre.

Y lo que era más trascendental: creía que Jack lo respetaría.

–No me debes nada, lo digo en serio –agregó el lord con una mirada atenta–. Todo lo que haya entre nosotros serán obsequios intercambiados con libertad. Y no te daré ni un penique si no lo quieres, solo te ofreceré mis conexiones y mi nombre…

–Tu habilidad para intimidar a editores de periódico inocentes…

Jack sonrió de lado.

–Quiero ver hasta donde llegarás cuando tengas oportunidad de crecer.

Esa fue otra sacudida al universo de Alan. "Pondría tu corazón en mi pecho". Él era quien trabajaba poniendo la pasión en palabras, pero allí estaba, avergonzado por un aristócrata. No sabía cómo hablar en voz alta con una persona real sobre pensamientos y sentimientos tan reales que lo aterraban.

Lo mejor que había conseguido había sido expresarlos en italiano. "Te inmortalizaría en palabras. Te capturaría en tinta y llevaría las páginas contra mi piel hasta que se deshagan. Bésame hasta que llegue a conocerte. Bésame hasta conocerme, deshazme y ámame de todas formas".

En lugar de hablar, tocó los labios de Jack, una sola caricia del pulgar. Una respiración acalorada escapó por su nariz.

–¿Eso es todo, obsequios intercambiados con libertad? –preguntó con voz temblorosa–. ¿Qué se supone que le obsequie yo, lord Hawthorn? No le hace falta nada.

Las piernas extendidas de Jack proyectaban sombras aún más largas bajo la luz de la lámpara. Las aves nocturnas cantaban cerca de ellos y, más allá del follaje espeso del roble, el cielo seguía adornado por la luna y las estrellas.

Jack había seguido la mirada de Alan hacia el mundo ante él. No volvió la vista, pero apoyó la mano sobre la de él en la corteza del árbol. No ejerció presión, Alan podía liberarse cuando quisiera.

–Sí me hace falta.





EPÍLOGO

–Si tuviera que elegir un momento, diría que elegí a Adelaide como mi futura compañera cuando ella supo que no era mago y me miró como si fuera una especie particularmente tonta de lirón.

Adelaide sonrió y sacudió migajas de sándwich de sus guantes.

–En mi caso, no sé si fue la montaña de deudas de sir Robert o su absoluta falta de interés en las mujeres lo que me resultó más atractivo en un esposo.

Violet se ahogó con un bocado de sándwich.

Jack, quien se encontraba ocupado sacudiendo pétalos y gotas de lluvia de su sombrero de seda, levantó la vista para ver la expresión en el rostro de Alan. El joven lucía delicioso y molesto a la vez, como siempre que usaba un traje formal. Algunos pétalos blancos se habían atorado en sus rizos.

–Gracias –dijo Alan y guardó su anotador, intacto–. Qué conmovedor. Mi regalo de bodas será ignorar todo lo que acaban de decir e inventar citas apropiadas para mi artículo.

–Asegúrate de mencionar el vestido –suplicó Adelaide.

–Para eso has tenido que posar tanto tiempo para la cámara de Danny. –Alan le dedicó una mirada sufrida–. Si hay algo que a los lectores del *Tatler* les importa más que la cantidad de títulos nobiliarios presentes es cómo era el vestido. Además de un rumor confiable sobre su costo.

–Qué vulgaridad –exclamó Adelaide con alegría–. Inventa una suma escandalosa también.

Al no tener parientes mujeres a su cargo, Jack no tenía idea de cuán costoso podía ser un vestido de bodas, pero ese era digno de verse, sin duda. Cada vez más mujeres estaban escogiendo casarse de blanco, como la difunta reina, pero la recién coronada lady Adelaide Blyth había elegido un dorado pálido que relucía sobre su piel morena, con suficientes frunces y bordados para satisfacer incluso a la sección de modas sedienta del *Tatler*, y con una capa de seda roja alrededor del ruedo de la falda, que había sido parte del sari nupcial de su madre.

Era abril, y las tierras de Thornley Hill parecían aliviadas de recibir los colores de la primavera. El emplazamiento de la baronía de Robin era una casa pequeña pero muy bonita en una esquina agradable de Kent, y la boda fue el primer evento celebrado allí en casi una década.

Los recién casados habían expresado su intención de pasar tiempo a solas antes de la cena, habían tenido el atrevimiento de escaparse con una botella de champaña y, a través de Maud, habían mandado llamar a un grupo selecto de personas al huerto de manzanos.

"Huerto" era un término generoso para la agrupación anárquica de árboles, pero los brotes lucían todo el blanco que Adelaide no. Había mantas extendidas sobre el césped húmedo (había llovido toda la mañana) y una bandeja llena de sándwiches bajo un paño de lino, que Adelaide había atacado como una criatura famélica.

–Eso me recuerda que aún no nos has dado un regalo de bodas, Edwin –señaló la novia.

Edwin se encogió de hombros. Parecía tranquilo, sentado cerca de Robin, con un indicio de risa en su expresión, como lo había tenido todo el día.

–A menos que sea una pila de libros en los que no estarás interesada, estoy esperando que elijan algo.

–Hazme un copo de nieve –pidió Robin.

La risa llegó a los labios de Edwin y escapó al aire. Aun después de todo, Jack podía contar con una sola mano las veces que había escuchado reír a Edwin Courcey.

–De acuerdo –concedió.

Por esos días, rara vez usaba un cordel para hacer hechizos, aunque aún lo hacía despacio, con concentración y cuidado, y aún prefería usar gestos para enfocarse. Igual que la mayoría de los magos británicos.

Muchos estaban encontrando formas que se adaptaban mejor a ellos.

El copo de nieve comenzó como una pequeña nube de neblina, flotando a un costado de las mantas, y comenzó a crecer y crecer. Verlo crecer, capa tras capa de hielo moldeado, hizo que pensara en la construcción de una catedral.

Maud, quien nunca permanecía sentada cuando tenía otra alternativa, había estado merodeando como una dríada entre los manzanos y en ocasiones volvía para acariciar el cabello de Violet, robar un mordisco de sándwich o continuar con una broma privada. Cuando el copo de nieve alcanzó su altura, se acercó y tocó una punta brillante y afilada con un dedo.

–Vaya –jadeó–. Violet…

–No, querida.

Los enormes ojos verdes de Maud se posaron en la maga. Ninguno de ellos era inmune a la persuasión de Maud, pero Violet tenía más practica que los demás.

–Pero tú no…

–Sí. Y no.

–¿Aunque solo sea una ilusión?

–Acaba de terminar el invierno. Estoy harta de la nieve y del frío y no quiero llenar una habitación de eso, ilusión o no. Vuelve a preguntarlo en medio del verano.

–Hubiera creído que todos tuvimos hielo suficiente para toda una vida –intervino Alan–. Emily y Tom quisieron llevarme a patinar sobre hielo en Navidad y fingí estar engripado.

–Son todos unos ingratos que no aprecian la belleza. Y es *mi* copo de nieve y creo que es maravilloso –replicó Robin.

Edwin sonrió y, después de un momento, se inclinó para darle un beso a Robin. Fue rápido y ligero, pero lo hizo frente a todos. Eso también era nuevo. Y ese día en particular se sentía como una declaración.

Por esos días, Edwin se dividía entre Sutton, donde la magia aún era más fácil y podía dedicarse a crear nuevas técnicas, y su habitación permanente en la casa Blyth en Londres. Estaba más ocupado que nunca. La Asamblea de Magia se había debatido si reclutar al destructor de El Barril para el puesto de asesor consejero superior que había ocupado su hermano Walter, pero Manraj y Kitty habían sido terriblemente razonables con las personas hasta que consiguieron suficientes votos. Si había sido difícil discutir con Kitty cuando estaba embarazada, era casi imposible hacerlo cuando mecía a un bebé con fuerza.

Violet estaba gastando buena cantidad de su fortuna en reconstruir Casa Spinet como una casa más normal y que provocara menos ansiedad al habitarla. Lo que significaba que podría rentarla cuando siguiera a Maud a Cambridge ese año, aunque ella no tuviera intenciones de estudiar en la universidad. Las jóvenes pasaban la mitad de su tiempo ideando planes de lo más extravagantes para crear su propio Bloomsbury para mujeres: un paraíso para jóvenes magas, artistas, músicas y estudiantes.

Conociéndolas, lo lograrían con gran estilo.

Alan, que se encontraba tumbado boca arriba sobre las mantas con los ojos cerrados (se había mantenido despierto con Jack hasta bien pasada la medianoche, explorando en detalle un escenario para el último panfleto del romano, así que era su culpa estar agotado), también seguía dividiendo su tiempo. Escribía artículos de sociedad para el *Tatler* y comentarios concisos para la sección de política del *Sphere*, que por esos días publicaba muchas ilustraciones del debate en curso en la Cámara de los Comunes sobre la limitación del poder de los lores, tras el rechazo del presupuesto de Lloyd George.

Jack levantó su bastón, se concentró y le lanzó una pequeña descarga de magia al joven. Siempre se había sentido más cómodo usando un objeto para combatir, y Edwin le había encontrado unos textos germánicos antiguos sobre el uso de varas de madera. Ese bastón en particular había sido un regalo de Navidad de Violet, de madera de espino, que resultó ser muy buena para la magia.

Alan no abrió los ojos, pero se estremeció y agitó una mano en dirección a él. La magia se hundió en su pecho con un burbujeo placentero.

–Púdrete, Jack –dijo el joven con una sonrisa asomando en los labios.

–No me has pedido una cita a mí.

–No te preocupes, también inventaré una para ti –respondió Alan. Reprimió un bostezo y se incorporó, sacudiendo pétalos de su chaleco, pero no de su cabello–. Tenías planes para la nueva lady Blyth y te enfureciste cuando rechazó la oportunidad de convertirse en la futura condesa de Cheetham.

–Un momento –intervino Adelaide–. Quiero escuchar esa propuesta ficticia, aún podría cambiar de parecer.

–Casado hace unas horas y ya quiere abandonarte –comentó Edwin–. Robin, defiende tu honor.

–No tengo honor –replicó Robin con amabilidad–. Dejé que mi hermana se escapara y fuera deshonrada, ¿recuerdas? Y pienso ser un esposo infiel.

–Muy bien –comenzó Jack–. Como regalo de bodas, Robin, no te robaré a tu esposa. Ni en las columnas de sociedad ni en ninguna otra parte.

–Lo aprecio –respondió este.

–También tengo un obsequio real –agregó, porque era ridículo sentirse opacado por un copo de nieve–. Colmenas y dos enjambres para Thornley Hill. Deberían entregarlas la semana próxima.

–¿Cómo se envían las abejas? –preguntó Violet con interés.

–Con mucho cuidado y algo de humo, al parecer –respondió Alan.

–Es parte de hacer un trato con la tierra, aun para no magos. Hablas con ellas, les anuncias los eventos. Nacimientos, bodas.

Robin no se rio, sino que asintió con seriedad y miró a Edwin.

–Un trato. Hagámoslo bien, entonces. Creo recordar cómo funciona.

Robin se puso de pie, se acercó al copo de nieve que seguía en el aire y lo tocó con más fuerza de la que había usado Maud. Tanto que brotó sangre de su dedo.

Luego, sir Robert Blyth, no mago, se arrodilló y realizó el juramento de sangre tradicional hacia, en sus términos, la extensión de tierra que lo aceptara.

–Y este es mi hogar –agregó con cierta incomodidad–, por si no lo sabías ya. Mi hermana, la oveja negra de mi primo, supongo –le dedicó una sonrisa a Jack–, y las personas que amamos. Listo.

Él cruzó miradas con Alan. Coincidieron en silencio en que esa ya era *demasiada* sinceridad para compartir en público, pero que no dirían una palabra que pudiera arruinarlo.

–Tú también, Addy –dijo Edwin.

–Lo haré si tú lo haces. –Y le ofreció la mano para que la ayudara a levantarse. Edwin parpadeó, pero no protestó. Y ellos también derramaron su sangre sobre la tierra húmeda e hicieron una promesa. *Cuidar y reparar.*

Y, de pronto, los tres se estremecieron un poco, como si algo los hubiera golpeado.

–¿Robin? –preguntó Maud de inmediato.

–No lo sé –respondió él. Miró a Edwin, que fruncía el ceño mientras observaba la sangre en su dedo.

–Creo que funcionó. Creo que...

–Sí, creo que sí –afirmó Adelaide con una voz extraña–. Ah. ¿Edwin?

Una luz pálida titilaba en sus dedos; pequeña, pero estaba allí. Desapareció. Luego, cuando la mujer entrecerró los ojos, volvió a aparecer, más brillante que antes.

Silencio.

–Mierda –soltó Alan.

–En efecto –dijo Jack con sequedad–. Eso lo cambia todo.

Adelaide apagó la luz y se llevó una mano a la boca abierta. Maud se miró las manos con los ojos amplios y confundidos. El rostro de Edwin albergaba diez preguntas a la vez. Abrió la boca, pero no dijo nada. Las preguntas debían estar luchando por el protagonismo, pero antes de que alguna de ellas pudiera ganar, Robin le llevó las manos a los hombros.

–Edwin, hoy quiero disfrutar de un momento sin complicaciones aquí con mi familia, luego entrar y ser un buen anfitrión. Puedes planear la reinvención de la magia británica (otra vez) *mañana*.

Tras una pequeña eternidad, el mago asintió.

–La boda campestre de sir Robert Blyth y la señorita Adelaide Morrissey ha sido una celebración tranquila y privada –comenzó Alan, luego se acercó a Jack y le arrebató el bastón–. Sin fae inmortales presentes, sin gritos de la sobrina pequeña de la novia cuando preguntaron si alguien tenía objeciones a la unión y sin revelaciones trascendentales sobre la magia.

–Tu habilidad para la ficción sigue tan afilada como siempre, Cesare –comentó Jack.

La mirada de Alan se oscureció al mirarlo a los ojos, pero no mordió el anzuelo. En cambio, siguió subiendo y bajando la mano por el bastón, acariciando la madera lustrosa entre los dedos.

Jack sintió calor en el abdomen. Alan no apartó la vista.

–Le agradecería que abandonara ese comportamiento sucio *de inmediato*, señor Ross –dijo Violet mientras se sentaba a su lado–. Hay damas solteras presentes –agregó con una voz sorprendida y quebrada.

El joven se sonrojó y bajó el bastón.

Jack rio y se reclinó hasta sacar la mano de la manta y hundir los dedos en el césped. Esa no era su tierra, pero aun así era suya, en cierto modo, como de todos los magos. Y se relajó con el palpitar leve y lejano de la magia que fluía y se renovaba a su paso, en caminos llenos como ríos, que ya no eran débiles, sino que estaban a disposición de todos los que habían aprendido a tomar de ellos.

Y en algún lugar lejano de las líneas ley se encontraba Cheetham Hall y el fantasma dormido de Elsie, a quien le había contado la historia de la gala del equinoccio y de la muerte de George, como ella lo había pedido. Y luego la había dejado descansar.

Adelaide había hecho que Edwin volviera a sentarse y tenía la cabeza sobre el hombro de él. Estaban inmersos en una conversación con Maud, que sonaba como si estuvieran comenzando a planear la reinvención de la magia. Robin aún no lo había notado, porque estaba distraído con Violet, quien estaba haciendo una imitación precisa del pastor anciano que había celebrado la boda. Alan, con su bastón todavía en la mano, tenía un brillo travieso en los ojos, como si estuviera pensando en unirse a ella, tal vez para representar a lady Dufay, quien se había sentado junto a Jack y Alan y había murmurado críticas durante toda la ceremonia.

Familia.

Él no tenía el optimismo de Robin, no diría que esa reunión de caos encantador y fascinante no tuviera *complicaciones* ni que fuera

posible no tenerlas. Pero, como a Edwin le gustaba decir, así era la magia. Los objetos rotos quieren estar enteros. Los conjuntos quieren estar unidos.

Con la llegada del ocaso, la magia se expandió. Y Jack pudo sentirla.

NOTAS Y AGRADECIMIENTOS

Incluso más que en los otros dos de la serie, creo que este libro merece unas breves notas históricas. Nadie que intervenga en *Un poder desatado* es un personaje histórico real, pero Randall Kenyon es una versión ficticia de Fabian Ware, redactor jefe del *Morning Post* en 1909. En efecto, el *Post* era propiedad de la condesa Bathurst e intentaron recaudar fondos para construir un dirigible destinado a la defensa nacional.

Casi todo lo que rodea al Presupuesto del Pueblo, excepto los aristócratas que lo debaten, también es exacto. La gente lleva mucho tiempo intentando crear un Estado del bienestar que funcione, y otras personas llevan el mismo tiempo haciendo berrinches al respecto.

Para construir la vida y los antecedentes de Alan y su familia, me basé en gran medida en el libro *Round About a Pound a Week,* un trabajo de investigación sociológica asombrosamente detallado y práctico sobre la vida de las familias de clase trabajadora del Londres eduardiano, publicado por Maud Pember Reeves y el Grupo de Mujeres de la Sociedad Fabiana en 1913.

Tengo que dar las gracias a la isla-palacio italiana de Isola Bella, cuyas terrazas ajardinadas, gruta marina, pavos reales y faisanes dorados robé descaradamente para el proyecto paisajístico de la finca de Cheetham. Y hablando de eso: disculpas a la localidad de Cheetham, que ennoblecí y arrastré de Manchester a Essex.

Mis equipos editoriales han hecho del proceso de producción de mi primera trilogía un viaje de delicias a pesar de todo el estrés. Un millón de gracias a Diana y Ruoxi por hacer que mis libros sean mejores, y por su paciencia cuando la pandemia acabó con mi productividad durante meses y este libro se produjo en una carrera desenfrenada hacia la fecha límite. Gracias al resto de mi equipo de agentes (Ari, Isabel, David y Betty Anne), al equipo de Tor en Estados Unidos (Oliver, Sanaa, Irene, Devi, Caro, Jocelyn, Michael, Renata, Becky Y., Sam F., Yvonne, Jess, Megan, Steven, Sam D. y Lauren) y al equipo de Tor en el Reino Unido (Bella, Georgia, Becky L., Grace y Lydia). Son rockstars. Y un agradecimiento especial a Christine Foltzer por esta preciosa portada y a Heather Saunders por el brillante diseño interno.

Este es un libro sobre la familia, y he tenido la suerte tanto de amar a la que me tocó como de haber construido la mía propia a su alrededor.

Sara y Magali: tener dos bandejas de entrada en las que puedo grabar escenas y capítulos a medida que se escriben se ha convertido en una parte tan integral de mi proceso de escritura que

no sé qué haría sin ustedes. Gracias por creer en mí y en mis personajes. Los parisinos lo hacen mejor, *bien sûr.*

Macey, sin la cual el sistema mágico de este libro sería aún más desastroso. Gracias por decirme de qué iba mi serie. Todos los árboles son culpa tuya.

Leife y Sam: gracias por venir a la costa conmigo durante la época de máximo pánico y, en general, por ser unos amigos incondicionales.

Tegan y Stuart, mis otros incondicionales: son sencillamente los mejores.

Mei-ing Nieuwland, gracias por el magnífico arte y el increíble ojo para los detalles. Puedes atribuirte el mérito exclusivo de la existencia de Arthur Manning en la novela.

Iona Datt Sharma: gracias por tu atenta lectura sensible y tus comentarios sobre Adelaide Morrissey. Esta lectura y la investigación mencionada anteriormente me han permitido abordar la historia real y a menudo tensa del escenario de una manera significativa. Todos los errores que pueda haber son míos.

A los primeros lectores, cuyo entusiasmo me mantuvo animada, no tengo palabras para agradecerles que formen parte de mi comunidad. Un agradecimiento especial a Alix E. Harrow, Grace D. Li, Alyshondra Meacham y Lex Croucher.

Gracias a mis padres y hermanos por todo.

Enormes gracias una vez más a todos los libreros, blogueros, bibliotecarios, críticos, artistas y escritores aficionados que han ayudado a difundir la trilogía. Sigo siendo una *fandomer* de corazón, y ver crecer un fandom en torno a mis propias obras ha sido increíblemente genial.

Y gracias, sin medida, a los lectores que me han encontrado y me han acompañado en este viaje. Gracias a ustedes habrá, espero, muchos más mundos y aventuras por venir.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Notas y agradecimientos



¡QUEREMOS SABER
QUÉ TE PARECIÓ
LA NOVELA!

Encuéntranos en

tiktok.com/vreditorasya

facebook.com/vreditorasya

twitter.com/vreditorasya

instagram.com/vreditorasya

Marske, Freya
Un poder desatado / Freya Marske. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
Traducción de: María Laura Saccardo
ISBN 978-631-300-480-5

1. Literatura Juvenil. 2. Novelas Fantásticas. I. Saccardo, María Laura, trad. II. Título.
CDD 863.9282

Título original: *A Power Unbound*
Dirección editorial: María Florencia Cambariere
Edición: Melisa Corbetto con Ailén García
Coordinación gráfica: Leticia Lepera
Armado de interior: Florencia Amenedo
Arte de portada: Christine Foltzer
Diseño de portada: Will Staehl
Conversión a formato digital: Estudio eBook

© 2023 Freya Marske
© 2025 V&R Editoras
www.vreditoras.com

First published in English by Tor, trademark of Macmillan Publishing Group, LLC. Por mediación de Ute Körner Literary Agent y Books Crossing Borders Inc, New York

ARGENTINA
Florida 833, piso 2, of. 203
(C1005AAQ) Buenos Aires
Tel.: (54-11) 5352-9444
e-mail: **editorial@vreditoras.com**

MÉXICO
Dakota 274, colonia Nápoles - C. P. 03810
Alcaldía Benito Juárez, Ciudad de México
Tel.: 55 5220-6620 • 800-543-4995
e-mail: **editoras@vreditoras.com.mx**

Primera edición: agosto de 2025

ISBN 978-631-300-480-5

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión, sin previa autorización escrita de las editoras.

EDITORAS

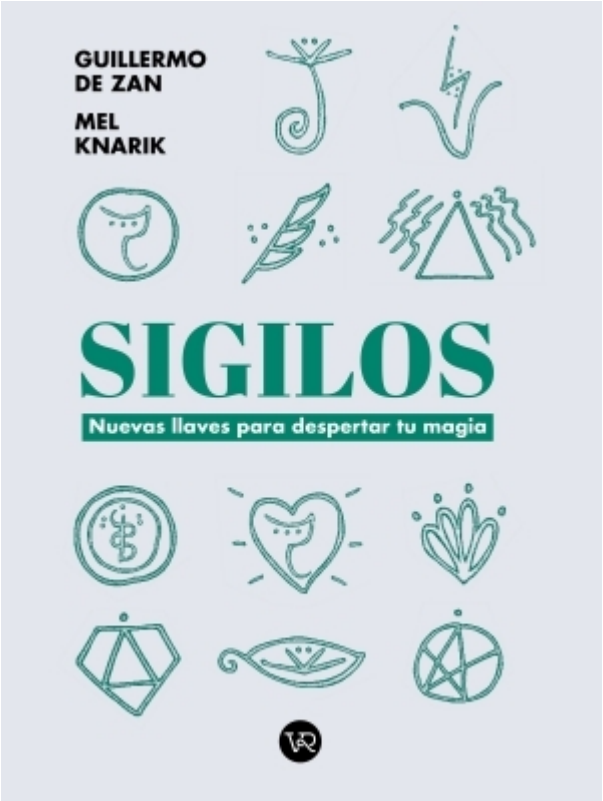
Seguinos en tu red favorita

VR.editoras

Índice de contenido

Cubierta
Sobre este libro
Sobre Freya Marske
Portada
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Notas y agradecimientos
Índice
Créditos


GUILLERMO
DE ZAN
MEL
KNARIK
SIGILOS
Nuevas llaves para despertar tu magia

Sigilos

De Zan, Mel Knarik y Guillermo
9786313002559
140

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

"Todos tenemos un enorme potencial para modificar nuestra realidad de formas inimaginables... A través de sigilos —dibujos simbólicos con propósitos mágicos que podrás usar para fines concretos y específicos— Guillermo De Zan y Mel Knarik te brindarán las llaves para conectar con tu Yo Creador y despertar el potencial mágico que duerme en tu interior. Los sigilos te darán acceso al poder ilimitado que espera pacientemente tras la puerta del potencial. Como quien halla un tesoro, podrás comprobar por ti mismo tu capacidad de abrir el caudal de magia que es tuyo por derecho. Los sigilos son la llave. Este libro es la llave. Es tu momento de evolucionar."

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


KATHERINE APPLEGATE
Crenshaw
Mi amigo imaginario
V&R

Crenshaw

Applegate, Katherine
9789877471403
192

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Decir lo que sentimos puede cambiar el rumbo de nuestras vidas. Jackson y su familia están atravesando un momento duro. No tienen dinero para pagar el alquiler. Tampoco abunda la comida. Tal vez, él, sus padres, su hermanita y su perra deban volver a vivir en la minivan. Otra vez. Cuando las cosas parecen ponerse realmente mal, Jackson recibe una visita inesperada: Crenshaw, su amigo imaginario. Aun cuando él se resiste a creer en esas cosas, Crenshaw parece estar dispuesto a ayudarlo. ¿A qué? A hacer eso que le es tan difícil: expresar lo que siente. "En esta emotiva novela se muestra cómo la resiliencia creativa de la mente de un niño puede suavizar situaciones difíciles, mientras se exploran los límites entre la imaginación y la verdad". –Publishers Weekly

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


1.000
datos locos
DEL FÚTBOL
MUNDIAL
ANÍBAL LITVIN
V&R

1.000 datos locos del fútbol mundial

Litvin, Anibal
9789876127769
264

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

• En los primeros años de fútbol, los árbitros usaban un pañuelo, que agitaban para avisar sobre sus decisiones. En 1878 se introdujo el silbato para dirigir.• Según informes antropológicos hay comunidades aborígenes en Oceanía que no saben quién es el presidente de su país, pero conocen a Maradona, Pelé y Messi.• El Estadio Tamaulipas, en México, se encuentra ubicado geográficamente en dos municipios diferentes: medio campo está en Ciudad Madero y el otro medio, en Tampico.• A los 25 años, Lionel Messi superó a glorias del fútbol, como Johan Cruyff, Marco van Basten y Michel Platini, al obtener mayor cantidad de Balones de Oro. Estas son algunas de las 1.000 curiosidades que contiene este libro. Te sorprenderás con tantos datos insólitos y divertidos de la historia mundial del deporte más popular de todos los tiempos, desde sus orígenes hasta la actualidad. Prepárate: ¡leerlo es un verdadero golazo!

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


1.000
datos locos
de los JUEGOS
OLÍMPICOS
ANÍBAL LITVIN
VR

1.000 datos locos de los Juegos Olímpicos

Litvin, Anibal
9789877471472
272

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¡No te pierdas este libro! Un recorrido por la historia de los Juegos Olímpicos, desde sus inicios hasta hoy, en el que encontrarás información sobre disciplinas, participantes, medallas y situaciones curiosas. • Los Juegos de Londres 2012 fueron los primeros en ser transmitidos en 3D. • Río de Janeiro 2016 representa el primer evento olímpico en Sudamérica. México, en 1968, fue la primera ciudad latinoamericana en concretarlo. • Para llevar la antorcha olímpica solo es necesario ser mayor de catorce años y poder recorrer cuatrocientos metros. • El fútbol americano fue deporte de exhibición en 1904 y 1932, pero nunca llegó a alcanzar el nivel de deporte olímpico.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


ANÍBAL LITVIN
El libro de ORO de
MESSI
10
CAPICUA

El libro de oro de Messi

Litvin, Aníbal
9786313002702
117

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Este es un libro cargado de pasión. ¿Por qué? Porque celebra al gran genio del fútbol mundial. EL LIBRO DE ORO DE MESSI incluye datos curiosos, goles, anécdotas, récords, cantos y todo lo asombroso que rodea al Mejor Jugador del Mundo.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)